

¿CUÁNTAS MENTIRAS HACEN FALTA PARA COMETER EL CRIMEN PERFECTO?

**DAVID
ELLIS**

UN RETORCIDO
JUEGO DE AJEDREZ
DONDE TODOS
CREEN GANAR.

CAERÁS EN MI TRAMPA

MÓTUS

CAERÁS EN MI TRAMPA

David Ellis

Traducción: Julián Sosa

MÓTUS

Título original: *Look Closer*

Derechos gestionados por The Foreign Office Agència Literària, S.L. y Hodgman Literary, LLC.

© 2022 David Ellis

© 2026 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2026 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 979-13-992274-5-1

Para mi hermosa Susan

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Dedicatoria

Capítulo 1

ANTES DE HALLOWEEN 13 de mayo

Capítulo 2

SIETE SEMANAS DESPUÉS Julio

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 10

ANTES DE HALLOWEEN Agosto

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 17

ANTES DE HALLOWEEN Agosto

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 22

ANTES DE HALLOWEEN Septiembre

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 33

ANTES DE HALLOWEEN Septiembre

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 40

ANTES DE HALLOWEEN Octubre

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 50

ANTES DE HALLOWEEN Octubre

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 59

LOS DÍAS ANTES DE HALLOWEEN

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

LOS DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

HALLOWEEN

Capítulo 77

LOS DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 78

Capítulo 79

HALLOWEEN

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

LOS DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

HALLOWEEN

Capítulo 88

LOS DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Si te ha gustado esta novela...

David Ellis

Manifiesto Motus

CAPÍTULO 1

Simon

MIRO LA HORA EN MI teléfono verde. Son las 20.51, nueve minutos para las nueve. Ya pasaron casi dos horas desde que terminó Halloween y Grace Village está sumida en la oscuridad, con sus residentes listos para dormir.

Los coches de policía saldrán esta noche, aunque por ahora no hay ninguno en la avenida Lathrow, al menos por lo que puedo ver desde el vestíbulo de Lauren, observando a través de la mirilla de la puerta principal con la emoción nublándome la vista. No por las lágrimas. No estoy llorando. Creía que podrían llegar en algún momento, incluso era probable, pero eso no ocurrió. Ahora sé que no llegarán. Las lágrimas son para la tristeza, el arrepentimiento, el remordimiento.

No estoy precisamente tranquilo, sin duda no es lo que describiría como normal; nada más lejos de eso. Un zumbido apagado resuena en mis oídos y el pum-pum, pum-pum de mi pulso retumba por todo mi cuerpo, un tambor que ninguna orquesta sinfónica podría igualar. Aun así, no me tiembla la mano cuando me preparo para sujetar el picaporte de la puerta, que, a juzgar por su pestillo dorado y ornamentado, uno esperaría que abriera una bóveda llena de tesoros principescos. Pero no hay joyas ni riquezas detrás de esta puerta. Solo peligro. No se supone que esté aquí, dentro de la casa de Lauren.

Me vuelvo una vez más y miro hacia atrás, hacia el vestíbulo.

El cuerpo de Lauren cuelga desde el descansillo del primer piso. Los dedos de sus pies están a solo unos metros del suelo de mármol. Está inmóvil, justo frente a mí, con la cabeza inclinada hacia la derecha de manera antinatural, descansando sobre la cuerda anudada alrededor de su cuello. Está tan torcida que parece que fuera a desprenderse del cuerpo y caer sobre el suelo de mármol vetado. Lleva un disfraz de gata, ajustado al cuerpo, que se completa con maquillaje, bigotes pintados y una nariz chata; incluso las uñas de las manos y los pies están pintadas de negro. Una Barbie de Halloween, si es que algo así

existe, y estoy seguro de que sí. La cuerda, que sube desde el nudo corredizo, se tensa contra la ornamentada barandilla de hierro forjado en el primer piso, con vistas al vestíbulo abierto. Más allá de lo hermosa que se ve, de lo sensual de su disfraz, no puedo evitar pensar en un congelador de carnicería, con los distintos cortes de carne colgando de enormes ganchos en el techo.

Feliz Halloween, Lauren.

Doy un paso hacia delante, pero mi bota cruje sobre una esquirla de vidrio roto del tazón de dulces de Halloween hecho añicos en el vestíbulo. Cualquiera sea la razón por la que me acerqué (¿una última despedida?, ¿volver a ponerle el zapato que se le cayó del pie izquierdo?), lo pienso mejor y me vuelvo hacia la puerta.

Quito el pestillo de la puerta y la abro. El aire frío de octubre se cuele bajo la capucha que llevo puesta y que me cubre la cabeza por completo, bloqueándome la visión periférica. Me olvidé de echar un vistazo por la mirilla otra vez antes de abrir. Eso fue un descuido. Y esta no es una noche para ser descuidado.

Camino por las calles vacías del vecindario con mi disfraz de la Parca, con una funda de almohada en la mano izquierda. Paso frente a esqueletos colgados de los árboles, lápidas en los jardines, luces naranjas en los arbustos, fantasmas que me observan con el ceño fruncido desde las ventanas.

Con la cabeza enterrada en esta capucha inmensa y mi metro ochenta de altura, puedo pasar por un adolescente que salió tarde a pedir dulces (aunque no tendría mucho sentido, considerando el estricto toque de queda del barrio) o un adulto que regresa de una fiesta para la que no se me ocurre ninguna dirección ni el nombre de quién la organizó. Debería caminar con naturalidad, como si no me importara nada en el mundo; como un hombre anónimo, cubierto de pies a cabeza con una túnica y una capucha negras en la única noche del año en la que eso no parece sospechoso. Aun así, debo tener una respuesta lista en caso de que me detenga un coche de policía.

Una mujer sabia me dijo una vez: “Las mejores mentiras son las que más se acercan a la verdad”.

“Estoy volviendo a casa”, diré si me lo preguntan. “Bebí demasiado”.

Tendría que bastar. En realidad, no bebí nada, pero es difícil de comprobar. Y la parte de que estoy volviendo a casa se acerca bastante a la verdad. Al menos, voy en esa dirección.

Sigo avanzando por las manzanas perfectamente cuadriculadas del pequeño

barrio, llego al parque en el extremo sudeste, tomo el sendero diagonal, paso junto a algunas personas sin hogar, unos columpios vacíos y un grupo de adolescentes apiñados en la colina con cervezas que intentan ocultar. Pongo un pie frente al otro y trato de actuar con normalidad y pensar en cosas normales. Hace mucho tiempo que no lo consigo.

No me siento normal desde el 13 de mayo.

Caigo en el juego de pensar “¿Qué habría pasado si...?”. ¿Qué habría pasado si no hubiera ido a cortarme el pelo ese día? ¿Qué habría pasado si el vicedecano no me hubiera llamado a su oficina, lo que hizo que me retrasara? Diez, quince segundos de diferencia y tal vez nunca la habría visto. No habría sabido que había vuelto.

Pero como nada de eso me tranquiliza, pienso en lo que viene después. Mi diario. Mi diario de tapa verde, que combina con mi teléfono. Me deshice de él, ¿verdad? Lo quemé hasta dejarlo hecho cenizas en la chimenea, ¿verdad? No lo soñé... ¿o sí? Si la policía llega a ponerle las manos encima, será el fin.

Eso tampoco ayuda a calmar mis niveles de ansiedad; entonces, intento distraerme con algunas rarezas del lenguaje, como cuando era niño y necesitaba tranquilizarme para no entrar en pánico. Pienso en que la palabra *refrigerador* empieza con *re-*, que es un prefijo que implica repetición, pero uno no siempre “vuelve” a enfriar lo que sea que saque de allí. O que la palabra *tumba* funciona como sustantivo, pero también como verbo y podría decir que alguien se “tumba en una tumba”. No sé por qué pensar en las palabras de esa manera me calma, pero siempre fue así. Supongo que hay algo en esas rarezas que me resulta familiar. Tal vez porque, de algún modo, veo algo de mí en ellas.

De pronto me detengo. Mis piernas, inexplicablemente, parecen haberse vuelto de goma. El cansancio se apodera de mí y mi pulso se dispara otra vez, retumbando en mi garganta. A solo metros de la avenida Harlem, a segundos de abandonar Grace Village y cruzar al vecindario hermano de Grace Park, donde vivo.

Logro esconderme detrás del cobertizo de herramientas de la Secretaría de Parques. Me siento en el suelo, bajo la capucha, me quito la máscara y apoyo la cabeza sudada contra la pared de ladrillo. Hurgo dentro de la funda de almohada hasta encontrar el cuchillo, el mismo que usábamos para cortar el pavo el Día de Acción de Gracias cuando era niño. Creí que lo necesitaría esta noche.

Tomo mi teléfono verde y empiezo a escribir: Lo siento, Lauren. Lamento lo

que hice y lamento que no me amaras. Pero no lamento haberte amado como nadie más lo hizo. Iré contigo ahora. Espero que me aceptes y me dejes amarte como no podrías hacerlo en esta vida.

Cuando termino, dejo el teléfono sobre mi regazo, junto al cuchillo. Extiendo la mano con la palma hacia abajo y me la quedo mirando. Se mantiene quieta y firme.

Respiro hondo y asiento. Puedo hacerlo. Estoy listo.

ANTES DE HALLOWEEN
13 de mayo

CAPÍTULO 2

Simon

—¿SABES CUÁL ES TU PROBLEMA? —dice Anshu, aunque no se lo pregunté. Si fuéramos a hacer una lista de todos mis problemas, estaríamos aquí hasta tarde—. No das la mejor impresión —agrega, sin esperar mi respuesta.

—No... —Me echo un vistazo: camisa Oxford y vaqueros azules—. ¿Qué tiene de malo cómo me visto?

—Pareces un estudiante. Se supone que eres el profesor.

—¿Qué quieres? ¿Una chaqueta de paño con parches en los codos? ¿Que empiece a fumar en pipa?

Estoy sentado en mi oficina del segundo piso de la facultad de Derecho con el profesor Anshuman Bindra, quien, dicho sea de paso, sí da una buena impresión con su expresión solemne, su barba bien arreglada y su cabello con la textura de un cepillo que, incluso sin moverse, siempre parece despeinado. Anshu se reclina en la silla.

—Simon, amigo, acaban de citarte como fundamento de una sentencia del Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Es como si los jueces hubieran viajado desde Washington hasta Chicago solo para susurrarle al oído al consejo de departamento: “Denle la titularidad a este tipo”. Deberías andar con la frente en alto hoy. Deberías ser el nuevo rey de la Cuarta Enmienda. Pero no, en cambio, apareces vestido así, como si estuvieras yendo a una fiesta de fraternidad.

—No debería importar cómo me visto. Lo que importa es lo que digo, lo que enseño, lo que escribo, lo que...

Pero ya está moviendo la mano, como si dijera “bla, bla, bla”.

—Mira a Reid; él sí da una buena impresión. Usa chaqueta y pantalones de vestir todos los días.

¿Reid Southern? Ese tipo es a la academia lo que Pauly Shore es a la actuación dramática. Tiene padres influyentes, eso es todo.

—Usa chaqueta porque la barriga le cuelga sobre el cinturón —digo—. Y tal vez todos los vaqueros le queden pequeños.

Anshu baja la cabeza y se aprieta el tabique con dos dedos.

—Sí, y tú corres maratones y la mitad de tus estudiantes probablemente quiere acostarse contigo, pero Reid parece un profesor de Derecho. Y se comporta como uno. El tipo escucha Mozart en su oficina. Tú escuchas R.E.M., Panic! at the Disco y N.W.A.

—Vale, primero que nada —digo, inclinándome hacia delante—, jamás escucharía Panic! at the Disco. Además, ¿qué importa la música que escucho?

—No es solo eso. Es el paquete completo. El aspecto desaliñado, la música, la actitud. ¿No crees que la apariencia importa? Sé que no debería importar, pero ya sabes...

—No, sí, lo sé. —Pero no voy a cambiar por eso. ¿Por qué debería? No hay ningún código de vestimenta aquí. Soy mucho mejor docente que Reid Southern. Sus estudiantes lo detestan, según dicen las encuestas. Y sus trabajos académicos son puro humo. Ahora está escribiendo algo sobre una nueva forma de entender el consentimiento mutuo en el derecho contractual. Yo estoy escribiendo sobre cómo el Gobierno viola los derechos constitucionales de los ciudadanos todos los días.

—También eres demasiado autocrítico —agrega Anshu.

Bueno, ¿por qué no? Sigamos.

—¿Prefieres que sea pomposo y autocomplaciente? Anshu, por favor, estás estropeando todo lo que mi madre me enseñó.

Me señala con la mano.

—¿Qué le acabas de decir a Loomis en el pasillo? El vicepresidente del maldito consejo de departamento elogia que el Tribunal Supremo haya citado tu artículo y... ¿tú qué le dices?

—No sé, ¿qué le dije?

—Dijiste: “Debieron de estar aburridos en el Tribunal”.

Ah, sí, es verdad, le dije eso.

—O sea, ¿qué te costaba un simple “gracias”? —dice—. El Tribunal más importante del país acaba de citar uno de tus artículos. ¿No puedes disfrutarlo un segundo? No, no sabes recibir elogios. Siempre tienes que despotricar en tu contra. Además, Reid no tiene un blog —agrega.

Abro las manos.

—¿Qué tiene de malo mi blog?

—Haces chistes —dice—. Te haces el gracioso.

—Y también analizo sentencias judiciales y opino sobre si me parecen acertadas o no.

—Escribiste un chiste sobre el presidente del Tribunal Supremo.

—Sí, pero fue divertido.

—Ya lo sé, pero eres tan... informal. Tan irreverente.

—¿Quieres decir que no soy aburrido? ¿Que no uso notas al pie ni palabras en latín? Sabes lo que pienso de las notas al pie y...

—Sí, ya sé lo que piensas de las notas al pie. —Extiende una mano hacia mí, como si estuviera suplicándome—. ¡Pero los profesores de Derecho usan notas al pie! ¡Los profesores de Derecho usan palabras en latín!

No pienso hacerlo. No voy a cambiar mi forma de vestir ni unirme a sus partidas de póquer y cócteles de la facultad, y mucho menos voy a usar palabras en latín ni notas al pie.

Está bien, tampoco voy a cambiar el mundo con esto, pero defenderé mi postura.

—Primero consigue el cargo —dice—. Una vez que te nombren titular, desafía todas las convenciones que quieras. Pero toda esta actitud relajada...

No soy relajado. Soy todo menos relajado. Soy obstinado. Y hay una gran diferencia entre ambas cosas.

—Aquí tienes un poco de latín —digo—. *Ego factururus est via mea.*

Anshu suspira.

—A ver, supongo que vas a decirme qué significa eso.

—Significa que lo voy a hacer a mi manera.

—Era obvio —responde, moviendo la mano—. Era tan obvio...

—Ahora, si me disculpas, profesor, necesito ir a cortarme el pelo.

—Eso también estaba en mi lista. Lo tienes demasiado largo. Pareces...

—Un estudiante, ya lo sé.

Y entonces me suena el teléfono.

Menos de cinco minutos más tarde, entro a la oficina del vicedecano, Martin Comstock, que también resulta ser el presidente del consejo de departamento. Tiene el cabello canoso y peinado de un modo sofisticado, y completa el estereotipo con una pajarita roja.

De hecho, usa pajaritas para que los demás le pregunten sobre ellas y así él pueda revelar, con falsa modestia, que fue asistente de John Paul Stevens, juez del Tribunal Supremo, quien usaba pajaritas, y luego asesor del senador Paul Simon, que, casualmente, también las usaba. “Ah, ¿esto? Bueno, se podría decir que es una especie de homenaje, ya sabes...”.

El decano se jubila el próximo año y todos dicen que Comstock tomará las riendas. No todos están contentos con esa decisión. Y puede que yo sea una de esas personas. Es un político, no un académico. Un aristócrata, no un intelectual. Es todo lo que odio de la academia.

Más allá de eso, estoy seguro de que es un buen tipo.

—Ah, Simon, qué bien —dice cuando llamo a la puerta abierta.

—Hola, vicedecano. —Le gusta que lo llamen por su cargo. Finge que no, pero es así.

Le echa un vistazo rápido a mi ropa con cierta desaprobación. Para que conste, tengo la camisa dentro del pantalón y los vaqueros están limpios y sin rasgar. Me veo bien.

—Gracias por venir —dice—. Iré directo al grano.

Su oficina, toda de cuero y madera de nogal, es un monumento a su propia grandeza, con diplomas, premios y fotografías con distintos presidentes y jueces del Tribunal Supremo. Está sentado en un sillón de cuero de respaldo alto, detrás de un escritorio imponente.

—Simon, me enteré de que tienes pensado concursar para obtener la titularidad —dice, formando un templo con las manos sobre el regazo.

—Sí, así es.

—Sí, muy bien, bien por ti —dice—. Has hecho un gran trabajo, no cabe duda.

Aquí llega el pero...

—Ahora bien, no quiero que lo tomes a mal, Simon.

En la historia de la humanidad, nadie sigue un “no quiero que lo tomes a mal” con algo que no pudiera tomarse mal.

—Me estaba preguntando... —empieza a decir—. Bueno, sí. Quizá ya sepas que Reid Southern también piensa concursar para el mismo cargo.

¡Claro que sí! También sé que su papi le ha donado más de cinco millones de dólares a la facultad en la última década, lo que, casualmente, coincide con la época en que su hijo empezó a trabajar aquí.

—Sí —digo.

—Y estoy seguro de que sabes que Reid está aquí desde antes que tú.

—Soy consciente de eso. Y también de que usted solo tiene un único cargo para ofrecer.

—Muy bien, muy bien —dice, con un entusiasmo tan condescendiente que parece como si fuera a arrojarme una galleta para perros en la boca—. Y, bueno, es un tema delicado, pero tal vez puedas imaginar que Reid tiene un respaldo bastante importante. Sabes cómo son estas cosas; es su turno.

A muchos profesores adjuntos les han negado la titularidad. No le decimos a la gente que “es su turno”. No, a menos que su padre sea un cajero automático andante.

—Odiaría... —Empieza a mover los dedos en el aire, como si buscara la mejor manera de decirlo, como si no tuviera este discurso preparado—. Creo que lo ideal sería que esperes al próximo concurso. Así podrías postularte sin cargar con la marca de haberte postulado y haber sido rechazado.

—Cree que me rechazarán. —No lo digo como una pregunta. Pero sí lo es, supongo. Hay varios tipos de la vieja escuela a quienes probablemente no les agrade, pero también hay muchas otras personas buenas, sin intereses políticos, como Anshu, que creen que la calidad de la educación y un trabajo académico sobresaliente son lo que importa, no cómo te vistes o a quién conoces.

—Bueno, obviamente, no es nada definitivo. Pero, como dije, Reid tiene un respaldo bastante importante. Con esto no quiero decir que cuestionen tu trabajo académico, Simon. Tu desempeño es excelente.

Sí, claro, le dices eso a cualquiera.

—Me ha dado mucho en qué pensar, vicedecano —digo.

Salgo de la oficina para que pueda levantar el teléfono, llamar al padre de Reid y decirle que ya tuvo la charla conmigo y que todo va saliendo tal como lo habían planeado.

Llego tarde a la peluquería. Por lo general, voy andando, ya que está a solo unas pocas manzanas, pero esta vez salgo por la calle Superior y entro al aparcamiento exterior de la facultad. Suelo llegar antes que los demás y aparcar en una de las primeras filas.

Encuentro el Mercedes plateado de tres puertas y saco la llave. Después de

echar un vistazo a mi alrededor, paso la llave por todo un lado del coche y le dejo una horrible rayadura sobre la chapa del lado del conductor.

Perdón por eso, vicedecano.

Ahora sí, a la peluquería.

Y así voy: un profesor adjunto mal vestido camino a la peluquería para que el viejo ruso llamado Ygor (en serio) me corte el pelo, no vaya a ser que el consejo de departamento crea que no tengo madera para la titularidad porque llevo el cabello demasiado largo. Aunque ya no importa; al parecer, no tengo que presentarme al concurso.

Es una tarde calurosa y húmeda. Camino entre la multitud por Michigan Avenue, rodeado por turistas, ricachones, artistas callejeros y personas sin hogar. La Milla Magnífica la llaman. Aunque, para días como este, deberían pensar otro nombre. De todas maneras, tengo asuntos más importantes en la cabeza.

¿Por qué un grupo de viejos blancos privilegiados con túnicas negras decide lo que se siente ser un chico afroamericano detenido por un policía en la calle? ¿Por qué los abogados creen que decir *inter alia* en lugar de “entre otras cosas” los hace parecer más inteligentes? ¿Por qué algunas personas dicen “Me quedé sin palabras” cuando, justamente, están demostrando todo lo contrario? ¿Qué? ¿No era suficiente quedarse en silencio?

Sumido en pensamientos, en todos a la vez, cruzo Chicago Avenue, a solo una manzana al sur de la peluquería.

Y entonces me detengo. Mis pies se clavan en la acera. Alguien choca conmigo por detrás y me obliga a dar un paso hacia delante.

Porque lo siento. Te siento, puedo jurarlo, antes de verte, saliendo del edificio de Bloomingdale. La forma de tu cabeza, quizá. La curva de tu barbilla. La manera en que frunces los labios, concentrada. Algo te delata, incluso diecinueve años después. Algo que grita “Lauren”...

“Lauren”.

“Lauren”.

“Hola, Simon. ¿Cómo estás?”.

“Genial, Lauren. ¿Tú cómo estás?”.

... antes de que termines de girar hacia mí, con esas gafas

sobredimensionadas al estilo de Audrey Hepburn.

Eres tú. Tu cabello es más largo y algunos tonos más rubio, pero eres tú.

Te detienes en el paso de cebra y avanzas con paso ligero, confiado, como alguien que acostumbra a moverse entre la multitud sin mirar a quienes no pueden dejar de mirarte. Tus labios se mueven. No veo un teléfono, pero cuando el viento lleva tu cabello hacia un lado, distingo un AirPods en tu oído.

Yo suelo hacer lo mismo cuando quiero evitar a alguien: ponerme el teléfono en la oreja, bajar la cabeza como si tuviera mala señal y fingir que intento escuchar lo que dice la otra persona. He esquivado cientos de conversaciones así en los pasillos de la facultad. Pero no busco mi teléfono.

Debería moverme, no quedarme plantado en mitad del paso de cebra como una roca en medio de un mar de peatones que fluye a mi alrededor. Debería caminar hacia ti con la misma confianza con la que tú caminas hacia mí, pero no puedo. Estoy paralizado. Mis pies no responden. Mi pulso retumba con fuerza en mis oídos. Mis tripas parecen desgarrarse.

Creo percibir el aroma de tu perfume cuando pasas a mi lado. Lo cambiaste.

No me ves. Tal vez el mar de gente me oculta o tal vez estás concentrada en tu conversación. O quizás, aunque me hubieras visto, no me habrías reconocido. Soy solo un recuerdo distante para ti. ¿Verdad?

Me vuelvo y te sigo.

—Eh, no, gracias. ¿Se llama tener un poco de dignidad? —Lo dices como una pregunta, pero no lo es. Y luego te ríes.

Tu risa no ha cambiado. Eres tú.

Llevas un vestido rosa que resalta tu figura. Cargas dos bolsas de compras. Tienes dinero. No me sorprende. Tienes un enorme diamante en el dedo. Eso tampoco me sorprende. Nunca tuviste problemas para atraer a los hombres con dinero.

Te tocaría el hombro y te diría: “Hola, extraña, ¿me recuerdas?”.

Te cogería del brazo y gritaría: “HOLA, LAUREN, ¿ME RECUERDAS?”.

Estoy demasiado cerca, así que me detengo.

La gente te mira. Claro que sí. Hombres y mujeres. Eres una obra de arte y lo sabes. No aminoras la marcha.

Mis piernas parecen hechas de espuma. Un nudo me aprieta la garganta.

Cruzas Chicago Avenue y entras en un edificio.

Si entro en lo que asumo que es el vestíbulo de un edificio residencial, ya no puedo ser anónimo. Nadie entra por casualidad al vestíbulo de un edificio residencial privado.

Pero no me importa. Empujo la puerta giratoria cinco segundos después de ti, el tiempo justo para que no me veas. Entro al vestíbulo climatizado, elegante, sofisticado y decorado como todo edificio ostentoso del centro.

—¡Señorita Betancourt! —exclama el hombre tras la mesa de la entrada—. ¿Viene a pasar el fin de semana?

—Solo vine a dejar unas cosas, Charlie —respondes—. ¿Cómo están los chicos?

Betancourt. Betancourt.

Te has casado, Lauren.

Vuelvo a salir al calor sofocante; la gente se cruza delante de mí desde todos lados, empujándome hasta que termino en la calle, donde un coche me pita.

Retrocedo y esquivo por poco un taxi que va hacia el sur por Michigan Avenue.

Apoyo la mano en un coche aparcado para mantener el equilibrio y siento que el capó está caliente.

—Tío, ¿qué coño haces? —grita otro taxista, parado junto a la acera, asomándose por la ventanilla.

Levanto la mano para disculparme y vuelvo a la acera, sin saber hacia dónde ir.

Meneo la cabeza y susurro: “Betancourt. Betancourt”.

Betancourt Betancourt Betancourt Betancourt.

Hay docenas de personas con ese apellido en Chicago. Pero solo una llamada Lauren. Y eres tú. Tu perfil de Facebook, con un vestido blanco ajustado y un sombrero enorme y elegante, como salido del Derby de Kentucky, mientras levantas una copa de espumoso, frunciendo los labios. ¿De verdad estabas tan feliz cuando te tomaste esa fotografía, Lauren? ¿O estuviste todo el tiempo pensando: “Esta será una gran foto de perfil para Facebook”? ¿Fue tan falsa como cuando la gente cuenta historias sobre algo que hizo y las hace sonar

mucho más divertidas de lo que realmente fueron? ¿Te importa más cómo te ven los demás que cómo te ves a ti misma?

Miles de amigos, miles de “me gusta” en tus cientos de fotos, esas pequeñas ventanas a tu vida durante la última década. En la punta de la Torre Eiffel, en un safari por Sudáfrica, tomando copas en Times Square, zambulléndote en el agua helada del lago Michigan, en un triatlón, en alguna carrera de lodo... Siempre rodeada de amigos y hombres atractivos, bajo el sol, feliz, glamurosa y sensual, divertida, energética, de espíritu libre.

Estás casada con un tipo llamado Conrad Betancourt. Pero no tenéis hijos.

Y tampoco vives en Chicago, en sentido estricto. Vives en Grace Village, al este de la ciudad. En el vecindario que está después del mío, Grace Park. Volviste a casa, Lauren.

Respira hondo. Tranquilízate, Simon. Piensa en rarezas del lenguaje. Algo. Respira hondo.

¿Por qué decimos “lo vi con mis propios ojos”? ¿Con qué otra cosa lo íbamos a ver?

Respira hondo.

¿Por qué es una regla implícita, pero inalterable, que algunos adjetivos siempre vayan antepuestos al sustantivo? ¿Por qué tenemos que decir “muchos días” y no “días muchos”?

¿Y por qué otros adjetivos siempre van pospuestos al sustantivo? ¿Por qué sí “regalo navideño” y no “navideño regalo”?

Respira hondo.

Todo está volviendo y me cubre como la marea. Crece como un tumor en mi interior, envenenando mis venas. Debería detenerme en este mismo instante. Debería olvidar que te vi. Debería dejarte atrás. Tienes que quedarte justo ahí, donde estabas, en mi espejo retrovisor. Estoy mejor ahora. Sé que estoy mejor. Vicky dice que estoy mejor. No puedo volver ahí. Todo está bien.

Sí, eso es lo que haré. Te dejaré atrás. Te dejé atrás, Lauren. Eres oficialmente una noticia de ayer o, mejor dicho, de hace diecinueve años.

Vale, eso es todo. Voy a olvidar que hoy te vi.

SIETE SEMANAS DESPUÉS

Julio

CAPÍTULO 3

LUNES, 4 DE JULIO DE 2022

“Ay... por... Dios”, susurré. Aunque la razón principal por la que vine al club hoy, la primera vez en varios años, fue porque creí que podría encontrarte en la celebración del Día de la Independencia. Aunque he estado pensando en ti desde ese día de mayo (¿a quién intento engañar con “ese día de mayo”? Fue el viernes 13 de mayo a las 14.04), cuando te vi en Michigan Avenue. Aunque había intentado imaginar formas de encontrarte “por accidente”. Aunque, literalmente, había ensayado frente al espejo lo que te diría, como un adolescente nervioso.

Aun así, verte ahí, Lauren, de pie en la terraza al aire libre del club, con el campo de golf detrás de ti... me pareció algo nuevo, puro, correcto. Como si te estuviera viendo por primera vez.

Abrí las manos, con las palmas hacia arriba, como si hubiera invocado algo con magia. Porque magia es la única palabra que puede describirlo.

—Eres... tú.

Llevabas un vestido blanco sin mangas. Tenías la piel bronceada. Una vez más, usabas esas gafas al estilo de Audrey Hepburn. Tenías el cabello recogido hacia atrás. Estabas riendo con unas amigas, pero debiste de verme con tu visión periférica porque te giraste, por alguna razón. Me gustaría pensar que fueron los dioses bendiciéndonos, una especie de inspiración mística que te hizo darte la vuelta.

—Eres tú —respondiste, quitándote las gafas y entrecerrando los ojos por el sol. Parecías menos sorprendida que yo—. Simon —agregaste, como si disfrutaras pronunciando mi nombre.

Te apartaste del grupo, en el que no parecía estar tu esposo, Conrad. Aprecié que pensaras que nuestro primer encuentro (el primero en diecinueve años, al menos) merecía un poco de privacidad, aunque estuviéramos rodeados por cientos de personas en la barbacoa y los fuegos artificiales que organizó el club por el Cuatro de Julio.

—¿Qué... qué estás...? —No terminé la pregunta.

—Ah, yo... volví a la ciudad —dijiste—. Bueno, a Grace Village.

—¿Vives en Grace Village? —pregunté.

—Sí, estoy casada. Estoy aquí desde hace algunos años. ¿Tú sigues en Grace Park?

—La misma casa —dije.

—Eso creí. Suponía que me cruzaría contigo aquí en el club. Recuerdo que tu familia era miembro. Yo... pensé en llamarte, solo para, quizá, no sé, romper el hielo...

Agité una mano.

—Sí, no te preocupes. Todo eso... pasó hace mucho tiempo.

Parecías aliviada, como si te hubieras quitado un verdadero peso de encima al escuchar esas palabras. Me sonreíste como si estuvieras agradecida.

Se suponía que yo debía de estar nervioso. Había imaginado este reencuentro hipotético en mi cabeza tantas veces que estaba seguro de que estaría inquieto, sudado, tartamudeando y tropezando con cada palabra que pronunciara. Pero mis nervios se desvanecieron en el instante en que te vi y todas las líneas que había ensayado se evaporaron en el aire. Solo éramos tú y yo otra vez.

—¿Estás casado? —me preguntaste, al ver el anillo en mi dedo.

—Casi diez años —respondí—. Se llama Vicky.

—¿Vicky ha venido contigo?

No. Vicky no estaba en el club. Vicky preferiría estar muerta antes que poner un pie en un club de campo.

—No pudo venir —respondí. Creo que mi cara reflejó algo, porque la tuya cambió, como si te hubieras dado cuenta de que habías tocado una fibra sensible.

No estabas hermosa como hace diecinueve años, Lauren; estabas aún más hermosa. Te veías como una mujer con más experiencia, más segura, más sabia. Ya no eras la asistente legal rubia y atractiva de veinte años que empezaba su carrera en el estudio jurídico de mi padre, sino alguien que había madurado hasta convertirse en una mujer confiada y preparada, alguien que había vivido y aprendido, alguien que sabía quién era y dónde estaba.

Me fastidiaba no haberte contado que te había visto en mayo en Michigan Avenue, que la única razón por la que había venido a este estúpido evento en el club de campo de Grace Village era porque había revisado la lista de miembros y vi que tú y tu esposo, Conrad, estabais invitados, y creí que quizá podría cruzarme contigo en esta fiesta del Cuatro de Julio. Que mi "sorpresa" al verte no era del todo sincera. Me molestaba que algo que podía ser tan real entre nosotros empezara con pretextos.

Entonces, me dije a mí mismo: está bien, una mentira inocente. Pero eso es todo.

Nunca te volveré a mentir, Lauren.

Camino a casa desde el club, me detuve a comprar este cuaderno, solo un cuaderno ordinario de tapa verde (verde como algo fresco y nuevo, supongo). Pasaron años, Lauren, años desde que tuve un diario. Había renunciado a escribir mis pensamientos todos los días, quizá porque ya no tenía nada interesante que decir. Tengo un blog, los artículos sobre derecho y las clases para hablar sobre derecho, y el derecho básicamente se convirtió en lo que fluye por mis venas, el aire que respiro, lo que me alimenta. ¿De qué otra cosa podría hablar? ¿De una esposa que no me ama? ¿Un matrimonio estancado y sin amor? ¿De mi mejor tiempo en alguna maratón de diez kilómetros?

Entonces, volví al diario (hola, Diario Verde), porque ahora tengo algo sobre lo que escribir, Lauren. O más bien, alguien sobre quien escribir.

¿Alguien que aceptó tomar un café conmigo la semana que viene!

Un café no puede hacerle mal a nadie, ¿verdad?

CAPÍTULO 4

Simon

ES ARRIESGADO. APARCAR AQUÍ, JUSTO frente a la casa de Lauren, un poco antes de las ocho de la mañana, podría traerme problemas. Estas son las casas que solíamos llamar las “Mansiones de Lathrow”, ubicadas en el corazón de Grace Village, y son una especie de atracción turística. Algunos vecinos exagerados de Lathrow Avenue suelen llamar a la policía cada vez que ven a alguien que “no es del vecindario”. Por lo general, eso suele ser un eufemismo para referirse a alguien con un aspecto muy distinto al mío: un hombre blanco de mediana edad en una camioneta bastante decente, pero aun así... Si me quedo demasiado tiempo, es probable que atraiga miradas indeseadas y termine con un coche de policía pasando por aquí para hacerme algunas preguntas. “¿Cómo se encuentra, señor? ¿Podría decirme qué está haciendo? ¿Me permite su carnet?”.

Y tampoco tendría una buena respuesta para darle. ¿Aprovechando la primera semana de julio, cuando ya terminaron las clases y tengo una agenda más flexible, para espiar a una exnovia y a su esposo? ¿Intentando saber todo lo que pueda sobre ella, sobre él, sobre ellos? No suena demasiado bien, la verdad.

Es lo último que necesito: que venga la policía y haga una escena. Tal vez incluso me multen por violar algún código residencial. Y, para colmo, que Lauren mire por la ventana y vea al viejo Simon Dobias aparcado en la puerta de su casa por ninguna razón evidente. ¡Raro!

Soy de por aquí cerca, aunque no exactamente de aquí. Soy de Grace Park, un barrio de clase media orgullosamente progresista..., solo pregúntanos. Pero cuando Mortimer Grace fundó Grace Park, en el siglo XIX, separó una parcela de casi cinco kilómetros cuadrados y la incorporó por separado como Grace Village. Las ideas de Mortimer sobre las clases sociales, las etnias y la religión no serían muy bien recibidas hoy. Su intención era convertir Grace Village en

una comunidad cerrada para protestantes anglosajones blancos y adinerados como él.

Ahora ya no es un barrio cerrado como antes y el estatuto fue enmendado en la década de 1940 para eliminar las cláusulas más problemáticas, aunque algunos dicen que el vecindario no cambió tanto. En especial, en lo que respecta a la riqueza. La mayoría de los jóvenes no asisten a la Grace Consolidated High School, el bachillerato público, como hice yo, sino que van a preparatorias privadas. Y cuando crecen, la mayoría retorna a este vecindario para criar a sus propias familias. Hay unas seis generaciones en este lugar.

Lauren tampoco es de aquí. Ella viene de Old Irving Park, en el norte de Chicago, y todavía vivía allí cuando la conocí (ella, como asistente legal en el estudio jurídico de mi padre, y yo, como estudiante universitario que trabajaba de aprendiz). Pero ahora vive aquí y lleva esta vida palaciega, casada con Conrad Betancourt, un tipo quince años mayor que ella, divorciado dos veces, que dirige uno de los fondos de alto riesgo más exitosos del mundo.

Es probable que ya haya agotado mi suerte con las misiones de reconocimiento. He recopilado suficiente información por ahora. Arranco la página de mi diario verde y la repaso.

Una limusina pasa a buscar a Conrad Betancourt cada mañana a las seis en punto y lo lleva hacia la autopista rumbo al centro. Entrena en el club de East Bank y luego conduce hasta sus oficinas en el edificio Civic Opera, en Wacker Drive Street. No regresa a casa a una hora predecible; al menos, no esta semana.

Lauren, por lo que sé, no trabaja. Todos los días esta semana, ha jugado al tenis por la mañana en el club de campo de Grace Village. Luego una ronda de golf. Dos veces esta semana ha cenado en el centro, nunca con Conrad, siempre con un grupo de mujeres. Cada una de esas noches, durmió en su apartamento de Michigan Avenue y no volvió a Grace Village.

Todas las mañanas en las que amaneció aquí, salió a correr. Recorre todo el vecindario, unos cinco o seis kilómetros, y regresa a las ocho y media.

Correr, tenis, golf. Con razón estás en tan buena forma, Lauren.

Dos chicas adolescentes caminan por la acera, tomadas de la mano y mirando sus teléfonos, mientras el pomerania con correa olfatea una toma de agua. Una de ellas me mira una vez, aparta la vista y vuelve a mirarme de golpe. Tengo puestos los auriculares, así que empiezo a hablar, como si estuviera teniendo

una conversación por teléfono, lo que, por alguna razón, me hace parecer menos raro sentado en un coche estacionado frente a una casa ajena.

Dios, ¿qué estoy haciendo? Tengo que detenerme. Olvidarlo todo. Olvidar que alguna vez te vi, Lauren. Seguir con mi vida, como me prometí que haría. Pero es una discusión que sigo perdiendo.

No creo que pueda dejarte ir otra vez.

CAPÍTULO 5

Vicky

EL JEFE DE GUARDIA DEL hospital ve la credencial que cuelga de una cinta alrededor de mi cuello y asiente. Nunca nos habíamos visto.

—¿Servicios sociales?

—Así es. Soy Vicky, de Safe Haven. Vine a ver a Brandi Stratton.

A eso de las ocho de la noche, la guardia está bastante tranquila. Una mujer llora mientras abraza a un niño que juega con una tablet. Un hombre se sostiene la mano envuelta en una toalla, con una mujer sentada a su lado.

—Cortina seis —dice el hombre—, pero todavía la están cosiendo. Tome asiento.

—Está bien.

Me suena el teléfono: una videollamada de las M&M, Mariah y Macy, las hijas de mi hermana. Cruzo las puertas automáticas y casi me choco con una camilla que acaba de entrar con una mujer que gime del dolor, aunque lo soporta estoicamente, mientras los sanitarios la llevan adentro.

Me pongo los auriculares y atiendo la videollamada. Las chicas aparecen en la pantalla: Macy tiene diez años y Mariah trece, aunque se comporta como si tuviera diecinueve. Son hermosas, iguales a su madre, mi hermana, Monica, con esos ojos almendrados y ese cabello sedoso, rasgos que, de algún modo, yo no heredaré. Siempre bromeaba con que quizá no compartíamos los mismos padres, aunque, viéndolo en retrospectiva, puede que no fuera una broma.

—¡Hola, monitas! —Intento sonar entusiasmada. No me sale muy bien.

—Hola, Vicky —dicen al unísono, con los rostros pegados frente a la cámara—. Recibimos una llamada tuya —dice Mariah—. Estábamos en la piscina en ese momento. Papá dijo que teníamos que terminar de practicar en el piano antes de poder llamarte.

Tiene sentido. A veces, pasamos mucho tiempo al teléfono. Pero hoy no va a ser uno de esos días; tengo que hablar con Brandi Stratton, cortina seis.

Llamé a las chicas hace unas horas solo para ver cómo estaban. No estaba segura de si recordarían qué día es hoy: el aniversario de la muerte de su madre. Todos recuerdan los cumpleaños, pero pocos, los días de la muerte. Yo sí. A veces, incluso olvido el cumpleaños de mi hermana. Pero nunca el día de su muerte.

Sin embargo, mis sobrinas parecen haberlo olvidado por completo. Para ellas, este es otro día de julio, entre la piscina, la niñera y sus amigas. Así que no pienso recordárselo. Están bien así. Macy, la menor, no tanto como su hermana mayor, pero ambas aparentan tener una vida bastante normal y feliz. O, al menos, eso parece, considerando que últimamente solo hablamos por videollamada. Incluso en persona, es difícil atravesar la coraza de una adolescente.

—Estoy trabajando, así que probablemente os llame mañana —les comento—. Macy, ¿no deberías estar en la cama?

—Eh, ¡es verano!

Vuelvo al sector de guardia. El hombre a cargo me hace un gesto con la cabeza.

—Tengo que irme, princesas. ¿Hablamos mañana? ¡Os quiero, monitas!

—Cortina seis —me recuerda el hombre—. ¿Sabe cómo llegar?

Sin duda sé cómo llegar.

El jefe de guardia abre la puerta y avanzo hacia la cortina seis, donde me recibe un cóctel de olores familiares: desinfectante, sudor, alcohol. Detrás de una cortina, un hombre se queja; detrás de otra, otro tipo grita, borracho y agresivo.

Una oficial de policía, una mujer joven, se asoma desde la cortina.

—¿Servicios sociales?

—Sí. Safe Haven. ¿Oficial Gilford?

—Así es. —Me señala un rincón más tranquilo con la cabeza y la sigo—. Su esposo se desquitó con ella. La golpeó con una sartén. Al parecer, no le gustó mucho la cena. Ni siquiera esperó a que la sartén se enfriara. Después volvió a lo clásico y usó los puños.

Aparto la mirada.

—Pero no va a presentar cargos.

—No, claro que no —dice la oficial, que intenta mantener un tono neutral, aunque el disgusto y la decepción escapan inevitablemente, sin importar cuántas veces presencias estas situaciones.

—¿Y hay una hija?

—Sí, una niña, Ashley. Cuatro años.

También lo tengo anotado en el informe.

—Y el nombre del hijo de puta es... ¿Steven?

—Steven Stratton, sí.

Hago a un lado la cortina. La madre, Brandi, de veintidós años, está sentada en la cama del hospital con su hija, Ashley, dormida sobre su regazo. Por suerte, la pequeña parece ilesa. El ojo derecho de Brandi está tan hinchado que casi no se le ve, y el lado izquierdo del rostro está cubierto por vendajes. El brazo derecho también está vendado: una quemadura, según la ficha de admisión, cuando intentó protegerse del golpe de la sartén.

Brandi levanta la vista hacia mí y sus ojos se fijan en mi credencial.

—Hola, Brandi —digo en voz baja, aunque dudo de que la niña despierte—. Soy Vicky, de Safe Haven. ¿Quieres un lugar para pasar la noche?

—No puedo... —murmura, apartando la mirada mientras se acomoda un mechón de cabello detrás de la oreja con la mano libre.

No puede volver allí. No esta noche. Ni nunca. Pero casi todas vuelven. Él se disculpará. La llenará de elogios. La hará reír y sentirse amada. La convencerá de que ella tuvo la culpa. Y ella lo creerá porque no verá otra salida. Borrón y cuenta nueva.

—Es tu decisión, Brandi. Nuestras instalaciones no son la gran cosa, tendrías que compartir una habitación y el aire acondicionado apesta, así que solo tenemos ventiladores. Pero es tranquilo y seguro. Tenemos llave y un guardia de seguridad toda la noche. Tal vez... tal vez tú y Ashley os merezcáis dormir en paz, ¿no crees?

¿Tal vez puedas venir a nuestras instalaciones y pueda convencerte de que dejes a ese imbécil abusador que llamas esposo? Podemos hacer tanto por ellas si nos lo permiten. Pueden quedarse con nosotras hasta dos semanas. Podemos ofrecerles terapia, abogados sin costo alguno para conseguir una orden de alejamiento o iniciar los trámites de divorcio. Podemos buscarles un nuevo hogar para que vivan tranquilas.

Pero tienen que decir que sí. Tienen que aprender a luchar por su cuenta.

CAPÍTULO 6

VIERNES, 15 DE JULIO DE 2022

Bueno, una vez más, empiezo a montarme todos estos desenlaces terribles en mi cabeza y todo termina saliendo mejor de lo que esperaba.

Ni siquiera sabía que eso fuera posible. Decirle a alguien “Sí, claro, tomemos un café” es bastante fácil y cancelarlo después, más fácil todavía. Prometes seguir en contacto, claro, pero luego no ocurre o no respondes un mensaje. Todo queda tan en el aire que uno nunca sabe si fue un rechazo intencionado o solo otra de esas cosas de la vida que no terminan pasando y no son culpa de nadie. “No hay problema”, y listo.

Básicamente, me había convencido de que, cuando nos vimos en el club la semana pasada, solo aceptaste tomar un café conmigo por cortesía, porque ¿qué otra cosa podías decir? Dices sí ahora y me rechazas luego.

Pero ahí estabas, Lauren, en Max’s Café, tal como prometiste, con tu ropa blanca de tenis y una coleta que salía por la parte trasera de la gorra.

Pasaste bastante tiempo preguntándome sobre mí, algo muy educado y considerado de tu parte, aunque por alguna razón no era lo que esperaba. Y no mentí ni endulcé nada cuando hablamos, Lauren. Me prometí no volver a mentirte y cumplí.

Tampoco te mentí sobre Vicky. Empezamos con temas bastante superficiales: a qué se dedica, cuánto llevamos casados, pero, en cuestión de minutos, terminé contándote sobre su infancia, que creció en un barrio pobre de Virginia Occidental, que huyó de su casa a los diecisiete, que cayó en las drogas e hizo cosas degradantes para sobrevivir. Te conté que era un desastre cuando la conocí, pero que yo también lo era, aunque de otro modo. Dos náufragos a la deriva, ayudándonos a llegar a la orilla. Te hablé de lo orgulloso que estoy de ella, de lo mucho que significamos el uno para el otro y, antes de darme cuenta, Lauren, me empecé a sentir muy cómodo de poder liberar todo eso de mi interior y contarte todo, realmente TODO. Cuánto amo a Vicky y que siempre lo haré, pero que somos distintos, que venimos de mundos diferentes y nunca logramos encontrarnos a mitad de camino. Que aún nos

cuidamos, que haríamos cualquier cosa el uno por el otro, pero que nuestra relación cambió y la chispa se apagó. Somos más compañeros de habitación que marido y mujer, más amigos que amantes.

Me reí nervioso al terminar.

—Cielos, debes de estar encantada de haberme preguntado eso —dije—. Perdón por tanta honestidad brutal.

Pero no sonreíste, no agitaste la mano como restándole importancia. No, lo que dijiste luego me cambió la vida:

—¿Te haría sentir mejor si te dijera que mi matrimonio es un completo desastre?

Y la verdad es que sí, me hizo sentir mejor, y ahí tienes un ejemplo de por qué nunca vas a leer este diario, Lauren. No querría que supieras lo mucho que necesitaba oír esas palabras. Sé cómo suena, pero es la verdad. También esperaba que me dijeras que no estabas felizmente casada.

Pasamos la siguiente hora hablando sobre nuestros matrimonios. A veces, es más fácil hacerlo con un extraño, no con alguien cercano a ti. O quizás es incluso más fácil con alguien que alguna vez fue una extraña, pero a quien también solías amar más que a cualquier otra persona con quien compartiste tu intimidad.

O tal vez no se trata de eso y simplemente conectamos.

Nunca habría imaginado lo divertido que sería contarle a alguien que mi esposa ya no me ama. Pero esas dos horas en la terraza del Max's Café me parecieron una vida entera, el nacimiento de algo, la promesa de la eternidad.

Cursi, lo sé. Pero a la mierda. Nadie va a leer este diario. Si quiero ser cursi, lo seré. ¿No lo somos todos en nuestros pensamientos? ¿No somos todos cursis con las personas que amamos? Solo nos da miedo admitirlo, por temor a pasar vergüenza.

Y luego, el beso. Si hubiera dependido de mí, no sé si habría ocurrido. Fue en la despedida, después del café (que terminó siendo una ración de tarta de zanahoria también): dos viejos amigos que se ponen al día y se despiden junto a tu coche.

Te inclinaste hacia mí y me besaste con dulzura. No estaba preparado. Casi ni cerré los labios a tiempo, lo que habría sido extraño. Tus labios flotaron sobre los míos por tiempo suficiente para dejar en claro que no era un malentendido, que no era un beso amistoso ni un gesto platónico ni una despedida al estilo de “¡Qué gusto verte!”.

No. No fue eso. Mi corazón golpeaba con fuerza contra el pecho.

Levantaste la mirada y dijiste (quizá no textualmente..., tengo que parafrasear un poco lo que recuerdo, pero esta frase nunca la voy a olvidar):

—¿Quieres que nos volvamos a ver?

Y tú ya sabías la respuesta.

CAPÍTULO 7

Vicky

ME ENCUENTRO CON RAMBO EN el aparcamiento de Home Depot en la carretera 30 cerca de Merrillville, Indiana. No quería hablar por teléfono ni por correo. Tenía que ser en persona. Y no tengo mucho tiempo, porque después almuerzo con Simon, así que debo volver pronto a Chicago.

Sale de su Chevy maltrecho con una carpeta en la mano y dice: —Señorita Vicky. —Me llama como siempre me llamó, desde los días en que él era policía y uno de mis clientes en el negocio del “entretenimiento”, antes de que me mudara a Chicago, conociera a Simon y enderezara mi vida. Rambo siempre fue correcto. Nunca me trató mal. Y me pagaba, aunque, siendo policía, podría haber recibido alguna atención gratuita. Siempre supuse que una de las razones por las que nunca me presentaron cargos por prostitución fue porque un policía como él me cubría la espalda, aunque nunca lo dijo abiertamente.

Su verdadero nombre es Roger Rampkin, pero todos le llaman Rambo. No solo por el juego de palabras con su apellido, sino también por su pasado en el ejército antes de unirse a la policía de Indianápolis. Su cuerpo musculoso también ayudaba. Era el tipo de policía que podía hacerte mear del miedo en una sala de interrogatorios.

Se retiró de la policía hace cuatro años y ahora trabaja como detective privado y haciendo algunos trabajos de “seguridad”. Hizo algunos para mí en los últimos años y siempre cumplió.

—Estás muy guapa —dice.

No estoy segura de poder decir lo mismo de él. Los años no lo han tratado demasiado bien. Ha engordado al menos diez kilos, tiene ojeras marcadas y la barba está más canosa que antes. Se ve más como un montañés loco que como un policía rudo.

Tomo la carpeta y le entrego un sobre con dinero.

—Muchas gracias, señor.

Arroja el sobre por la ventanilla abierta de su coche, al asiento de delante, y enciende un cigarrillo. Me ofrece uno, pero lo rechazo. Dejé de fumar cuando dejé todo lo demás. El tabaco fue más difícil de dejar que la cocaína.

—¿Me lo explicas? —pregunta.

—Nunca me pediste explicaciones —digo.

Exhala el humo y dice: —Eso es porque siempre supe en qué andabas. Pero entiendo lo que quieres decir.

Exacto: no te metas, eso es lo que quiero decir.

—Buen chico, Rambo. —Agito la carpeta y noto lo ligera que parece—. No hay mucho.

—No hay mucho —admite.

—Dame lo más importante.

—Lo más importante es que... no hay mucho. Hice una búsqueda a fondo, una y otra vez, como me pediste. Revisé todas las fuentes posibles. Vicky Lanier nació en Fairmont, Virginia Occidental. Asistió al bachillerato Fairmont Senior High School. Desapareció en 2003, a los diecisiete años, y nunca más se supo de ella. Fue declarada persona desaparecida, pero jamás quedó claro si se escapó, la secuestraron o la asesinaron. Nunca volvió a aparecer en los archivos estatales. Nunca presentó una declaración de impuestos, nunca la arrestaron ni le tomaron las huellas dactilares, ni se inscribió en la universidad, ni abrió una cuenta bancaria, ni solicitó una tarjeta de crédito, ni completó un formulario W-2 ni un 1099, ni creó cuentas en redes sociales, nada. Nunca hizo nada después de los diecisiete años. —Me mira, entrecerrando los ojos por el sol.

—Está bien. Entonces, ¿ninguna irregularidad? ¿Nada que llame la atención?

—Ninguna irregularidad. Nada que llame la atención.

—En conclusión... —digo—, estoy a salvo usando la identidad de Vicky Lanier.

—Estás a salvo. Aunque nunca entendí por qué elegiste un alias con tu mismo nombre.

Qué rápido se olvida. Me quito el zapato, doblo la pierna y levanto el pie para que vea el tatuaje que tengo en mi tobillo derecho: un pequeño corazón rojo con el nombre “Vicky” alrededor de la mitad superior. Una mala idea a los dieciséis años y bastante difícil de explicar si usara un alias con el nombre de Jane, Molly o Gina.

—Ah, cierto —dice—. Lo había olvidado. Hace tanto desde que...

Desde que me viste desnuda. Sí, Rambo. En cuanto pueda, voy a dejar eso

atrás. Lo dejé atrás, tanto como se puede dejar atrás algo así.

—Entonces, Rambo, nadie puede decir que no soy Vicky Lanier, ¿verdad?

—Nadie. Siempre y cuando tu historia sea que huiste de tu casa a los diecisiete años en Fairmont, Virginia Occidental, y después te mantuviste en el anonimato. Usando dinero en efectivo, ya sabes, ese tipo de cosas.

Lo triste es que mi historia real no está tan lejos de esa. Y no por casualidad. Elegí a Vicky Lanier como mi nueva identidad justamente por eso. Rambo mismo, cuando era policía y se pasaba las horas escuchando pura basura de parte de los sospechosos para intentar encontrar la verdad entre toda la mierda, me dijo: “Las mejores mentiras son las que más se acercan a la verdad”. No viví en Virginia Occidental y nadie me secuestró, pero sí escapé de mi casa en 2003, cuando tenía diecisiete años. Así que, cuando le pedí que me creara una nueva identidad, le dije que buscara una chica llamada Vicky que hubiera desaparecido ese mismo año, y tuviera diecisiete años. No estaba segura de que existiera alguien que encajara a la perfección con un perfil tan específico. Pero, para mi sorpresa, había tres chicas que encajaban con esa descripción, lo que no deja de parecerme perturbador. Vicky Lanier, de Fairmont, Virginia Occidental, era la que más se parecía a mí, así que la elegí a ella.

—Solo asegúrate de que nadie te tome las huellas para verificar antecedentes —dice Rambo—. Porque tus huellas siguen vinculadas a tu verdadero nombre.

Cierto. Pero no puedo hacer nada al respecto.

Inclina la cabeza.

—Te das cuenta de que acabas de pagarme para que hiciera el mismo trabajo que hice cuando te creé esta identidad. No te habría dado a “Vicky Lanier” si no estuviera limpia.

—Nunca está de más ponerse al día —digo.

—No —dice, ladeando la boca—. Estás esperando que alguien empiece a hacer preguntas. Que te busquen. Estás esperando meterte en problemas.

Me lo quedo mirando con una sonrisa superficial.

—No importa —agrega—. No quiero saberlo.

Tiene razón en las dos cosas. Va a haber problemas. Y no quiere saberlo.

CAPÍTULO 8

Simon

VOY A ENCONTRARME CON VICKY para almorzar en el restaurante de comida china que está junto a la facultad. Suele trabajar de día, así que, cuando está libre, intentamos almorzar juntos, sobre todo en verano, cuando mi agenda es más flexible.

Me da un beso en la mejilla.

—Hola, guapo. —Se humedece un dedo, limpia la marca de pintalabios que me dejó y se sienta frente a mí—. ¿Cómo está tu amigo, el vicedecano?

—Otra vez no —digo—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que lo contradiga? ¿Que le escupa en la cara al tipo más poderoso de la facultad?

—Él te escupió primero.

Vicky, bendita sea, está de mi lado. Detesta que el vicedecano Comstock me haya presionado para que no me presente al concurso para la titularidad. Se enfada bastante cuando alguien me falta al respeto. Y, por alguna razón, eso me resulta increíblemente sexy.

—Simon, solo estás presentando tu postulación para que te den la titularidad. Tienes todo el derecho de hacerlo, igual que ese idiota con el papi millonario..., Reid, o como se llame. ¿A quién le importa lo que piense ese vicedelano?

—Vicedecano —corrijo, riendo—. ¿El tipo que podría destruir mi carrera? Creo que sí me importa lo que piensa.

Menea la cabeza, decepcionada y furiosa. Todo lo que escribí en mi diario es cierto. Amo a esta mujer y siempre la voy a amar. Pero ella no me ama. Le gusto, se preocupa por mí, pero no siente lo mismo. Y eso, para mí, es lo que le quita toda la emoción al asunto. Quizá Freud tendría algo para decir sobre el ello y el superego, pero no soy uno de esos tipos que se sienten atraídos por los desafíos. No me interesa quien no se interesa por mí.

Cuando la conocí, solo seis semanas después del suicidio de su hermana,

estaba muy furiosa. Triste también, pero, sobre todo, furiosa. Pude ayudarla. Tal vez esa fue la única razón por la que se sintió atraída hacia mí. Tal vez por eso *yo* me sentí atraído hacia ella. El corazón no viene con notas al pie.

—Ya presentaste tu nombre, ¿verdad? —pregunta—. Solo te falta enviar la documentación. ¿Tienes tiempo hasta septiembre?

—Sí, sí y sí —respondo—. Pero voy a retirar mi nombre.

Se inclina sobre la mesa y me coge la mano. Todavía me provoca algo por dentro cuando me toca así, aunque trate de convencerme de lo contrario.

—Mereces ese ascenso, Simon. Eres una de las mejores mentes de esa facultad. Y te encanta lo que haces. Es lo que estás destinado a hacer. Odio ver cómo un imbécil pretencioso te mete el dedo en el ojo y que tú le digas: “Gracias, señor, ¿puede hacerlo otra vez?”.

—Ya lo sé. A mí tampoco me gusta.

—Entonces, haz algo. Al menos, debes lograr que te prometa que la próxima vez te respaldará.

—Pero... no funciona así.

—¿Por qué no? —Se reclina en su asiento mullido—. Claro que funciona así. Dijiste que este tipo es más un político que otra cosa. Entonces, haz un trato con él. Te retiras esta vez si él promete apoyarte la próxima.

Abro el menú, no porque haya algún misterio en lo que voy a pedir, sino porque tiene razón, debería hacer algo, aunque es probable que no haga nada, y no quiero mirarla a los ojos.

—Tienes opciones, como sabes —sugiere con un tono travieso.

La miro desde detrás del menú.

—No, Vick.

—Ni siquiera sabes lo que iba a...

—Puedo imaginarlo —aseguro—, y mi respuesta sigue siendo no.

El camarero llega con nuestras bebidas, agua para mí, pinot gris para ella, y finge no estar escuchándonos.

Levanta la copa y bebe un trago.

—Por favor, dime que me escuchaste decir que no, Vicky.

Abre mucho los ojos.

—Te escuché, te escuché —confirma.

CAPÍTULO 9

VIERNES, 29 DE JULIO DE 2022

Tal vez sea mejor que te hayas ido de vacaciones con tus amigas a París dos semanas, Lauren, después de aquel café. Me dio tiempo para calmarme, para pensar con la cabeza fría.

Y esto es lo que pienso: yo no hago esta clase de cosas. Soy un tipo común y corriente, con un matrimonio común y corriente, con un trabajo común y corriente, que vive en un barrio común y corriente, haciendo cosas comunes y corrientes. No tengo aventuras. ¡No tengo amantes!

Y aún no es demasiado tarde para ponerle un freno a todo esto. Todavía no ha pasado nada. Y, quién sabe, quizá seas tú quien lo detenga, quizá seas tú quien se eche atrás.

Pero yo sé cuáles son mis razones. Vicky. Vicky Lanier Dobias, mi esposa desde hace casi diez años. En el fondo, sé que Vicky no es feliz en nuestro matrimonio y también sé que ella quiere que yo lo sea. Estoy seguro. Pero confía en mí y esa confianza lo es todo para ella. Creo que fui el primer hombre en el que confió después de esa infancia terrible que tuvo y quien la ayudó a construir los cimientos de una vida. Si le quito eso, no sé qué podría pasar con ella. No puedo hacerle eso.

No, no puedo hacerlo. Tengo que detenerme antes de que empiece.

Té lo diré en persona, Lauren, cuando regreses. Y eso será todo.

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 10

Jane

—SANTO CIELO, MADRE DE DIOS —murmura la sargento Jane Burke al observar el cuerpo de Lauren Betancourt, colgado de una cuerda atada a la barandilla del primer piso. Su primer homicidio. El primer homicidio, que ella sepa, en toda la historia de Grace Village.

Su compañero, el sargento Andy Tate, baja por la escalera con cuidado, evitando tocar la barandilla, las huellas de las botas y los rayones en los escalones.

—¿Ya ha llamado el jefe?

—En cualquier momento.

Ha hablado con él por teléfono tres veces durante la última hora, desde que la señora de la limpieza de los Betancourt llegó esta mañana a la casa y encontró a la señora Betancourt colgada allí. Jane todavía estaba en su casa, preparándose para ir a trabajar, cuando recibió la llamada.

—El señor Betancourt está en camino —dice Andy—. Habrá un oficial esperándolo en O'Hare.

—Recuérdame dónde estaba.

—Nápoles. Un viaje de golf con sus hijos —dice Andy, mientras rodea el cadáver como si fuera un candelabro que tiene que evitar siquiera rozar por su fragilidad—. No está mal como coartada.

Sí, pero si el esposo está involucrado, y si tiene tanto dinero como todos dicen, no habría hecho el trabajo sucio él mismo.

—Es una lástima —murmura Andy, mirándola. Incluso con los primeros indicios de *rigor mortis*, no puede negar que Lauren Betancourt es una mujer hermosa: esbelta, en forma, con un rostro delicado y esculpido, y un cabello rubio y sedoso. Su disfraz, algo escandaloso ahora que está muerta, no deja mucho a la imaginación: una malla ajustada de leopardo, un disfraz de gata para Halloween. Sus ojos, abiertos, parecen mirarla; sus labios, pintados de

negro, están entreabiertos, como si fuera a decir algo. También tiene bigotes negros pintados en la cara y una manicura impecable del mismo color.

Desde atrás, solo se distingue una mancha oscura entre las piernas: la pérdida de control de esfínteres, una de las muchas realidades desagradables de la muerte.

El teléfono de Jane suena en sus AirPods. Le da un golpecito a Andy y asiente.

—Es el jefe.

—Vale, Janey, ya estoy en camino. Debería estar allí en tres horas. Primero lo primero, ¿ya ha llegado la prensa?

—No que yo sepa —responde, mirando por la ventana. Todavía no hay reporteros, pero sí vecinos, algunos en sus jardines o en la calle, en pijama y pantuflas, otros ya vestidos para el trabajo. También hay varios niños con mochilas, listos para ir a la escuela un martes por la mañana: la primera campana sonará en diez minutos. Media docena de coches de policía debería ser suficiente, pero Jane supone que los vecinos ya deben de haber deducido lo que pasó.

—Cielo santo —dice el jefe—, el primer maldito homicidio y yo estoy en un seminario en Indiana.

Jane se dirige hacia la puerta sur, la de la cocina, porque, hasta donde pueden deducir, no fue por allí por donde entró el agresor ni donde ocurrió la pelea. Quiere mantener la escena del crimen lo más intacta posible hasta que llegue el equipo forense de Delitos Graves.

Se quita el cubrecalzado y sale; agradece el aire fresco. Andy la sigue hacia el frente de la casa, donde empezó la acción.

Grace Village, el día después de Halloween. Restos de calabazas destrozadas, envoltorios de dulces tirados por los jardines y acumulados en las alcantarillas, bolsas de plástico volando al viento o atascadas en los árboles sin hojas.

El barrio se toma Halloween muy en serio: es una meca para los niños del oeste de Chicago, del otro lado del río Des Plaines, incluso de Grace Park. A veces, cogen el autobús para recorrer estas mansiones, con sus enormes barras de dulces y decoraciones elaboradas. Los adolescentes mayores suelen venir al final de las cuatro horas que dura la celebración, con la esperanza de llevarse las sobras, lo que a menudo hace que algunos vecinos más paranoicos llamen a la policía.

Cientos de desconocidos recorrieron estas calles anoche, muchos con la cara

pintada, o con máscaras o disfraces, en la única noche del año en que eso no llamaría la atención. Eso va a hacer que esta investigación sea el doble de difícil.

Si quieres matar a alguien, Halloween no es una mala noche para hacerlo.

—Le cuento todo lo que tenemos hasta ahora, jefe. Llegamos temprano.

—Adelante.

—Primero, la ventana del frente.

Hay arbustos bien podados junto a la fachada. Detrás, una ventana enorme. Jane camina por el césped y se inclina para mirar por encima de los arbustos.

Huellas profundas de un par de botas en la tierra húmeda frente a la ventana.

—Tenemos huellas bastante profundas —dice—. Parece el pie de un adulto. Suponemos que quizás una talla cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco. Le pediremos al equipo que las analice y las coteje con la base de datos.

—Bien.

—Ayer llovió un poco antes de que los niños salieran a pedir dulces. Un regalo para nosotros. El suelo estaba bastante blando para dejar la marca. Parece que estuvo parado ahí un buen rato.

—¿Mirando por la ventana?

—Exacto. No podía estar haciendo otra cosa allí.

—¿Tenemos un rango de tiempo?

—Bueno, ese es el asunto, jefe. Anoche fue Halloween. Ya sabe cómo es.

—Tres a siete, luego a dormir.

Por costumbre, los residentes de Grace Village apagan las luces a las siete en punto para anunciar el final oficial de Halloween. A esa hora, todos gritan: “¡Feliz Halloween!” mientras murmuran por lo bajo: “Ahora marchaos de mi vecindario”, y entonces apagan las luces.

—No hay manera de que nuestro agresor estuviera parado frente a la ventana antes de las siete —dice Jane—. Había demasiadas familias pidiendo dulces. Todos lo habrían visto.

—Pero después de las siete...

—Después de las siete, es la noche más oscura del año en este lugar. Podría haber estado ahí todo el tiempo que quisiera sin que nadie lo viera.

—Bueno, ¿qué más?

—Nuestro sujeto se dirige a la puerta del frente —dice—. No vemos huellas tuyas en la acera ni en la entrada del garaje. Pasa directo de la ventana a la puerta.

La puerta queda bajo un pequeño pórtico a dos aguas de ladrillo con molduras de piedra. El felpudo de bienvenida tiene escrito el apellido de la familia: “Betancourt”. La luz exterior está apagada. No hay daños visibles en el marco de la puerta. El suelo de piedra del pórtico está bastante sucio por la actividad de anoche: las pisadas de los que vinieron a pedir dulces.

—Vemos sus huellas en el porche —dice Jane—. Parecen más recientes y destacan entre las demás. Y también están en la puerta, jefe.

—En la puerta. O sea, que intentó derribarla a patadas.

—Así es. Las huellas están un poco inclinadas. Creemos que retrocedió y pateó con fuerza.

—¿Así entró? ¿Tiró la puerta abajo a patadas?

—No. No parece una entrada forzada, no hay astillas ni daño de ningún tipo.

—Entonces, ella lo dejó entrar.

—Ella lo dejó entrar.

—¿Dejó entrar a alguien que estaba pateando la puerta?

—Raro, ¿no es verdad? Entonces, tenemos que pensar que se conocían.

—Ajá. ¡Sí, sí, sí, ya te he oído, hijo de puta!

Así es el jefe cuando conduce: un imán de bocinazos furiosos de otros conductores. Los policías creen que pueden conducir como policías incluso cuando no están trabajando.

—Lo siento. En fin, sí, parece bastante obvio que conocía al tipo y lo dejó entrar.

—Quizás estaba montando mucho escándalo fuera —dice Jane— y ella no quería que siguiera.

—Es una hipótesis. Una hipótesis muy específica. No te cases con ninguna hipótesis tan rápido, Janey.

—No me estoy casando con nada, jefe. Pero no hay duda de que el tipo estuvo parado junto a los arbustos, mirando por la ventana, fue hacia la puerta del frente, empezó a patearla y ella lo dejó entrar por voluntad propia.

—Está bien. ¿Y ahora qué?

Jane y Andy se vuelven a poner el cubrecalzado. Jane abre la puerta del frente con cuidado, hace pasar a Andy y la cierra rápido detrás de ambos. Lo último que necesitan es que algún vecino vea un cuerpo colgado de la barandilla del primer piso.

—Dentro —dice—. Un tazón de vidrio con dulces hecho trizas en el

vestíbulo. Quizá se lo arrancó de la mano, quizás ella se lo arrojó. Es difícil saberlo.

—Está bien.

—Ella corre hacia la escalera.

—La escalera. ¿No a la cocina a buscar un cuchillo?

—No. No hay rastro de que hayan ido a la cocina, pero sí de que él la persiguió por la escalera. —Sigue las mismas huellas del jardín por el suelo de mármol hacia la escalera de madera—. Lauren corría con tacones. No debe de haber sido fácil, aunque en las escaleras es más fácil que en el suelo.

—¿En serio?

—Sí, en las escaleras, te apoyas casi sobre los dedos. En el suelo, no.

Sigue las huellas y las marcas de los tacones en la madera hasta el descansillo.

—Llegan arriba y creemos que aquí es donde él la sujeta —dice, y se detiene—. Hay sangre en el rellano del primer piso. El equipo forense aún no la ha analizado, así que son solo suposiciones. Pero todo indica que aquí es donde la golpea en la nuca.

Jane mira el cuerpo de Lauren abajo, en especial el cuero cabelludo, donde tiene una herida con sangre seca.

—¿Con qué la golpea?

—Todavía no lo sabemos. Pero el golpe es lo bastante fuerte como para hacerla sangrar. Es probable que haya quedado aturdida, al menos por un momento, como para que él aproveche y le ponga la cuerda alrededor del cuello.

—¿Cómo ató la cuerda?

—Bueno, fue bastante ingenioso —dice, inclinándose—. Es una cuerda gruesa con varios nudos, separados entre sí por unos treinta centímetros más o menos. La barandilla es de hierro forjado... Bueno, ya ha visto las fotos.

—Las vi, pero no enfocaban la barandilla.

—Bueno. Tiene uno de esos patrones en espiral, ¿sabe? Parece una especie de diseño gótico, como si fuera un viejo escudo de armas de la familia.

—O un test de Rorschach —dice Andy.

—Sí, o un test de Rorschach. Muchas espirales, volutas y figuras.

—Está bien, entonces...

—Pasa una punta de la cuerda por una de las curvas y le da una o dos vueltas, hasta que queda firme.

—¿Y luego qué?

Jane se encoge de hombros.

—Y luego la echa por encima de la barandilla.

—Qué horror.

Sí, un horror. Pero es la manera más probable de cómo ha sucedido.

—¿Y por qué simplemente no la estranguló?

—Quizá no pudo —dice Jane—. O no con facilidad, al menos. Ella se defendió bastante. Él está detrás de ella, con el nudo corredizo alrededor del cuello, tirando, pero ella no se rinde fácilmente. Encontramos algunas uñas rotas aquí arriba. Estaba intentando quitarse la cuerda del cuello. Y si hubiera podido patearlo con esos tacones... Bueno, son tan afilados como un par de cuchillos. Quizás le haya sido más fácil mantener el nudo tenso alrededor de su cuello con una mano, pasar la otra punta de la cuerda por una de las curvas de la barandilla con la otra, levantarla y arrojarla al vacío.

—Dios. Está bien. Entendido. Bueno, Jane, escucha. Delitos Graves puede llevar al equipo forense, pero nada más. Esto no debe salir de aquí, ¿entendido?

—Sí —responde Jane, sintiendo mariposas en el pecho por enésima vez en el día.

—No le digáis nada a la prensa hasta que yo llegue. ¿Entendido?

—Sí.

El jefe se queda en silencio. Está pensando.

Fuera, Jane oye unas puertas pesadas de un coche que se cierran. Probablemente sea el médico forense o el equipo completo.

—¿Crees que fue una disputa amorosa o algo así?

—No robó nada —dice ella—. Tampoco hay rastros de abuso sexual, por lo que vemos de manera preliminar, y ni siquiera intento de abuso. Parece que este tipo vino a hacer una sola cosa y eso fue matar a Lauren Betancourt.

—Personal —dice el jefe—. Alguien que realmente la quería muerta.

Jane mira el cuerpo y siente un escalofrío en todo el cuerpo.

—O alguien que solo la quería —dice— y no podía tenerla.

ANTES DE HALLOWEEN

Agosto

CAPÍTULO 11

JUEVES, 11 DE AGOSTO DE 2022

Lo intenté. ¡Te juro que lo intenté! Fui a tu casa hoy para verte por primera vez desde que volviste de París y estaba decidido a hacer lo correcto. Cuando abriste la puerta, bronceada, elegante y, bueno, sencillamente hermosa, me dije: “Vamos, Simon, hazlo. Díselo, díselo, hazlo”. Y lo hice. Te lo dije. Te dije que no podía traicionar así a Vicky, que teníamos que ponerle un freno a todo esto antes de que fuera demasiado tarde.

Y tú, Lauren, bendita seas, dijiste que lo entendías. “El hecho de que digas algo así es lo que te hace un gran tipo”, dijiste. Se me hizo un nudo en el pecho y sentí como si el corazón quisiera salirse, pero nos quedamos ahí parados un momento y me dije a mí mismo: “Vas a agradecer haber hecho esto, aunque ahora duela”.

Te abracé y tú me devolviste el abrazo, y nos quedamos así un rato, y sentirte fue demasiado para mí. Luego empezaste a mover las manos y yo hice lo mismo, y sentí que todo mi interior se estaba prendiendo fuego. Entonces, nuestros labios empezaron a rozarse y tú gemiste, y, Lauren, no puedo explicarte lo que me provocó escucharte así, sentir que te provocaba eso. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que sentí que una mujer reaccionaba de esa manera conmigo?

Estuve semanas enteras sin poder dejar de pensar en eso, convencido de que lo nuestro no era posible, y, en cuestión de minutos, estaba ocurriendo. No podíamos quitarnos las manos de encima y terminamos desnudos en tu sofá, teniendo sexo como animales salvajes, sudorosos y voraces.

Y no hay nada en el mundo que me haya parecido tan increíble como oírte llegar al orgasmo, Lauren. Ese gemido leve, esa bocanada de aire brusca en mis oídos, el espasmo de tu cintura. ¡Me sentí el hombre más afortunado del mundo! ¿Así se siente el amor? ¿Estar con la persona que amas y sentirte en la cima del mundo? Ha pasado tanto tiempo que casi lo había olvidado.

Es como si hubiera soltado el volante, cerrado los ojos y pisado el acelerador.

CAPÍTULO 12

Simon

POR LA MAÑANA EMPIEZO CON mi “Cinco a las cinco”: cinco kilómetros a las cinco de la mañana. Mi madre solía hacerlo. Cuatro días a la semana, a las cinco en punto, se ponía las zapatillas de deporte y salía a “comer pavimento”, como decía ella. Tenía dieciocho maratones encima y había clasificado varias veces para la maratón de Boston. “Es un momento para estar a solas contigo”, solía decirme. “Te olvidas del estrés, las llamadas, las discusiones; solo estás tú. Es la mejor terapia”.

Voy hacia el este y cruzo Austin, en el oeste de Chicago. No es normal decir que la zona más insegura y violenta de la ciudad es un lugar bello, pero hay algo en su humildad decadente y en esa determinación por mantener una reputación tosca y brutal que me impulsa a correr por ahí.

Todos piensan en los tiroteos y los homicidios, pero yo veo a la adolescente que toca el violín junto a la ventana del primer piso, cerca de Augusta y Waller, todas las mañanas al amanecer; al anciano con uniforme beis sentado en la escalera de entrada de su casa, preparándose para ir al trabajo, bebiendo café de un termo y gritándome “¡Maldito idiota!” cuando paso corriendo por Long Avenue; a la abuela que estudia la Biblia con varios chicos en el porche, cuando el clima lo permite, o desde la ventana del frente, cuando no; a la mujer del apartamento de Leclair, que vuelve del turno noche a casa con su uniforme verde de camarera y una mochila llena de libros.

Correr por este vecindario me recuerda que hay gente con preocupaciones mucho más urgentes que conseguir un estúpido cargo titular en la facultad. Hay personas que están luchando por tener una vida decente.

Todos creen que estoy loco por correr por esta zona, y quizá Vicky tenga razón en que soy demasiado terco como para cambiar la ruta, como si estuviera intentando demostrar algo. Perdí la cuenta de cuántas veces me siguió un coche de policía y luego frenó junto a mí para que los agentes me preguntaran qué

diablos estaba haciendo. Tal vez sí soy un maldito idiota. Pero, bueno, me han dicho cosas peores.

Como “Mini-Yo”, por ejemplo. Así me llamaba Mitchell Kitchens, un gigantón del equipo de lucha libre, bastante exitoso, cuando yo acababa de entrar al bachillerato y medía solo un metro cincuenta y pesaba quizá cuarenta y cinco kilos. Mitchell parecía hecho de ladrillos: su cuello era como un tronco de árbol, tan grueso que era difícil distinguir dónde terminaba y dónde empezaba la cabeza. Tenía dientes horribles, mal aliento y una nariz que se había roto varias veces. Sus ojos eran pequeños y estaban muy separados entre sí, lo que le daba un aire casi prehistórico.

Ese verano había salido la secuela de *Austin Powers*. Al parecer, Mitchell la había visto el Día de Acción de Gracias. Recuerdo que, después de las vacaciones, me vio en el pasillo, me señaló y gritó: “¡Vaya! ¡Es Mini-Yo!”. Y se quedó, ¿no? Claro que se quedó. Los apodos que odias siempre se quedan.

Cuando bajaba del autobús cada día, él estaba ahí, al otro lado de la cerca, llamándome: “¡Ven aquí, Mini-Yo!”. Me lo gritaba en los pasillos. Me lo gritaba cuando entraba a la clase de matemáticas (sí, alguien que estaba por graduarse compartía clase con un estudiante de primero; eso deja bastante claro su nivel académico). Al principio, intenté ignorarlo, no responder, pero solo conseguía que lo gritara una y otra vez, y lo empeoraba todo, así que terminé respondiendo la primera vez que me llamaba.

Sí, Mitchell no me agradaba. No estoy obsesionado con él ni nada por el estilo. Pero, si alguna vez me veo tentado a olvidarlo, solo tengo que mirarme al espejo y ver la cicatriz que me dejó en la mejilla izquierda el día que perdió el control.

“Una buena abogada sabe las respuestas a todas las preguntas antes de siquiera hacerlas”, solía decir mi madre. “Una buena abogada sabe lo que quiere decir en los alegatos finales antes incluso de que el juicio haya empezado. Tienes que trabajar hacia atrás desde el resultado que quieres

obtener, y planificas el juicio para que, al final, puedas respaldar con pruebas todo lo que quieras decir”.

A las seis y cuarto, me estoy afeitando después de darme una ducha, haciendo un círculo con la mano en el espejo empañado para ver mi reflejo borroso.

Vicky abre la puerta del baño, quejándose. Tiene los ojos entreabiertos y el cabello pegado a la cara. Se apoya contra mi espalda y dice:

—¿Cómo haces para levantarte tan temprano?

—Es mi hora favorita del día —respondo.

—La cama... es tan cómoda.

—Me alegra que te guste.

Se sienta en el retrete para hacer pis mientras termino de afeitarme y golpeo la maquinilla en el lavabo.

—¿Noche larga? —pregunto.

Deja caer la cabeza.

—Recibimos una llamada cinco minutos antes de la medianoche.

—Uf. ¿Cinco minutos antes de que termine tu turno? Podrías habérselo dejado a otra persona.

—Bueno, no lo hice. Su esposo también estaba en la sala de urgencias, intentando lograr que volviera a casa y retirara los cargos en su contra. Fue toda una escena. Necesitamos a tres policías para detener al tipo. Encima me tiró un puñetazo.

—¿En serio? ¿Te golpeó?

—No.

Por suerte para él.

—¿Y la mujer? —pregunto—. ¿Se fue contigo?

—Sí, al final sí. Terminé como a las dos de la mañana.

Aprieta el botón de la cisterna y se arrastra al lavabo para lavarse las manos.

—Vuelve a dormir —digo.

—No te preocupes, lo haré. —Regresa a la cama como si estuviera en la Marcha de la Muerte de Bataán, se desploma boca abajo sobre la almohada y gime de satisfacción.

Me visto y me sirvo un poco de café. Me llevo un vaso para el camino. Me espera un largo viaje. Vuelvo a subir a la habitación para despedirme.

—Hola, linda. Papi se va.

Abre un ojo.

—Eres raro.

Me la quedo mirando por un momento. Se ve tan sexy acostada ahí, con esa camiseta enorme de los Cubs de Chicago; esta mujer dura y fuerte que, cuando duerme, parece tan inocente y vulnerable.

Tengo que protegerla. Tengo que asegurarme de que salga bien de todo esto.

Antes de ir a Wisconsin, paso por la casa de Lauren. No me quedo mucho tiempo. A esta hora, su esposo, Conrad, ya se ha ido hace rato. Su chófer lo llevó al centro para entrenar en el exclusivo club East Bank, antes de pasar el resto de la mañana alardeando sobre sus inversiones millonarias. ¿Está mirando a todas las chicas de cuerpo esculpido en su ropa de deporte de licra? ¿Está buscando a su cuarta esposa, por si se siente con ganas? ¿Eso fue lo que hizo con Lauren? ¿Se cansó de su segunda esposa cuando empezó a envejecer y la cambió por un modelo más joven?

Bueno, será mejor que empieces a buscar de nuevo, Conrad, amigo. Tres años con Lauren no estuvo mal. Pero no vas a llegar al cuarto.

Observo su casa desde el otro lado de la calle. La habitación principal ocupa toda el ala norte y tiene una terraza en la parte de atrás, donde a Lauren le gusta tomar el sol en privado. O eso cree ella. Apostaría lo que fuera a que los hombres del barrio ya encontraron la forma de desempolvar sus prismáticos.

O quizá ya lo sabe. ¿Lo sabes, Lauren? ¿Te gusta coquetear con otros hombres, hacer que te deseen? ¿Todavía necesitas esa validación? ¿O ya te has dado cuenta de que nada de eso importa?

¿O siempre vas a querer más?

—La rosa pastel —digo—. No, la rosa intenso.

La vendedora regordeta, con la cara llena de granos, en la “supertienda” de Racine, Wisconsin, unos ciento treinta kilómetros al norte de Chicago, toma la funda del teléfono del estante y la pasa por el lector de código de barras.

—Entonces, ¿este viene con mil minutos? —pregunto para confirmarlo.

—Sí, mil minutos. Y con nuestro plan mensual obtienes...

—No, ningún plan.

—¿No quieres el plan?

—No. Solo el teléfono, los mil minutos y esa funda rosa. No te preocupes —agrego, riendo—. No soy un criminal. Es para mi hija. Es una prueba. Quiero ver lo tan rápido que consume los minutos antes de decidir si una niña de diez años puede tener un teléfono móvil.

Ojalá tuviera hijos. Vicky no quiere para nada. Cree que la mancha de su infancia difícil, de alguna manera, acabaría transmitiéndose a cualquier descendencia que tuviera.

La vendedora me mira un instante antes de asentir, toma mi fajo de billetes y vuelve a mirarme. Un teléfono móvil sin plan, prepago, pagado en efectivo.

—La verde —digo a la anciana de la “supertienda” de Valparaiso, Indiana, doscientos diez kilómetros al sudoeste de Racine, Wisconsin, y a casi cien kilómetros de Chicago. Verde otra vez, como mi diario: fresco, nuevo y floreciente y, ya sabes, toda esa mierda.

—¿Y dices que quieres mil minutos? —pregunta.

—Sí. —Busco los billetes y los dejo sobre el mostrador.

—¿Te interesaría algún plan mensual?

—No, señora, gracias. Solo el teléfono, los minutos y la funda verde.

Mira el efectivo.

—Soy un narcotraficante —digo—. Les vendo heroína a los niños.

Me mira con seriedad.

—Es broma. Es para mi hijo de diez años. Es una prueba. No quiero darle más minutos al mes hasta ver lo tan rápido que se gasta estos.

—Ah, yo tengo una nieta que tiene diez años —dice, sonriendo—. ¿Tu hijo está en quinto curso?

—¡Claro!

—¿A qué escuela va?

Ah, rayos.

—No, lo educamos en casa —digo, y saco mi teléfono del bolsillo como si estuviera respondiendo un mensaje, antes de que esta mujer empiece a hacerme más preguntas.

Todo esto de andar de incógnito es más difícil de lo que parece.

CAPÍTULO 13

Vicky

ME LEVANTO DE LA CAMA unas horas después de que Simon se haya ido y empiezo a hurgar en sus cajones. Simon es tan organizado que tiene una lista con todas sus contraseñas importantes, pero es demasiado paranoico como para guardarlas en el ordenador o en el teléfono. La vigilancia electrónica es el tema principal de su trabajo académico; está convencido de que el Gobierno revisa nuestra información mucho más de lo que admite y que la Cuarta Enmienda está siendo destrozada en el proceso. Dice que “lo clásico”, el buen y viejo lápiz y papel, es lo más inteligente. Anota sus contraseñas en una hoja que guarda en el cajón de los calcetines o, tal vez, en la de la ropa interior; no me acuerdo bien.

Sobre el tocador, hay fotografías de su madre, Glory. Algunas son de antes de que se casara con Ted Dobias, el padre de Simon, pero la mayoría son de después. Veo mucho de Simon en ella: el cabello color avellana, los ojos cálidos y esa sonrisa radiante, que es como describo la sonrisa de Simon cuando decide mostrarla, algo que no pasa muy a menudo.

Las fotografías más antiguas son una del anuario escolar de Glory, con esa pose rígida y forzada de fotografía de escuela, mirando hacia un lado; otra de ella de niña con sus padres en Wrigley Field, con la cara manchada de mostaza, y otra más en el muelle de Navy Pier con su toga y birrete, sosteniendo el diploma de la facultad de Derecho de la Universidad de Chicago.

En las más recientes, ya casada con Ted Dobias, él no aparece en ninguna: solo son ella y Simon. Glory sosteniendo a su hijo recién nacido en la cama del hospital, sonriendo, pero exhausta. Una foto de ambos riendo con las narices casi tocándose, cuando Simon tendría cinco o seis años. Los dos en la entrada del Orchestra Hall. Otra comiendo pizza en Gino's East, con el queso estirado como chicle. El pequeño Simon en brazos de su madre después de que ella terminara la maratón de Chicago, con su cabello empapado de sudor y una

manta térmica plateada de corredora sobre los hombros, mientras Simon sostiene la medalla y la contempla con esa mirada curiosa que nunca perdió.

Esa es la Glory de la que siempre oí hablar: enérgica, activa, divertida y un poco infantil, siempre lista para compartir un chiste o una sonrisa.

Y luego está Glory, la abogada, la mujer meticulosa del derecho. Una foto de madre e hijo en las escalinatas del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, el día en que Glory defendió un caso ante el Tribunal Supremo. “La mente legal más afilada que conocí”, como siempre dice Simon, “y la lengua más afilada de todas. Valiente y directa”.

En la pared, hay una página enmarcada con la transcripción de una audiencia de cuando Glory era nueva en un estudio jurídico importante, una de las pocas mujeres allí en ese entonces: Juez: Se sostiene la objeción, señora Dobias.

Defensa: Su señoría, no estábamos ofreciendo el testimonio para acreditar la verdad de lo afirmado, sino solo para demostrar que la declaración fue efectivamente realizada.

Juez: Lo entiendo, cariño, pero cuando un juez sostiene una objeción, la abogada pasa a la siguiente pregunta, sin importar lo guapa que sea.

Defensa: Creo que entiendo. Y... ¿qué hace la abogada cuando el juez se comporta como un perfecto imbécil?

Juez: ¿Perdón? ¿Qué me dijo?

Defensa: Solo hablaba en términos hipotéticos, su señoría. Por favor, entienda, todas estas reglas y formalidades pueden resultar abrumadoras para una chica como yo.

Juez: ¿Acaba de llamarme “imbécil”?

Defensa: ¿Acaba de llamarme “cariño”? ¿Acaba de llamarme “guapa”? Quizá los dos hemos oído mal.

Al parecer, en ese momento, el juez ordenó a las partes que se reunieran con él en privado y pidió que el taquígrafo saliera de la sala. Según Simon, el juez le exigió a Glory que le diera una razón por la cual no debía declararla en desacato. Ella respondió que le preocupaba qué pensaría la Junta de Investigación Judicial si un juez en funciones hacía constar en actas comentarios degradantes dirigidos a una abogada mujer. El juez anunció un cuarto intermedio por el resto del día.

Cuando la noticia llegó al estudio jurídico, el comité ejecutivo le exigió que se disculpara con el juez. Ella se negó. Ese mismo día, renunció y no volvió jamás.

Una de las mujeres presentes en la audiencia consiguió una copia de la transcripción, enmarcó esa página y se la regaló a Glory.

Creo que nos habríamos llevado bien.

Las últimas dos fotos estaban casi al fondo del tocador y mostraban a Glory ya en silla de ruedas, con gran parte de su autonomía perdida. Su energía habitual había desaparecido y su sonrisa radiante se había reducido a una leve curva de los labios. No sé por qué Simon conserva estas fotos. Sus últimos dos años de vida fueron duros para todos y no son, en absoluto, la forma en que ella habría querido ser recordada si todo lo que escuché sobre Glory es cierto.

Creo que Simon guarda esas fotos para recordar cómo todo se vino abajo.

Aquí está la lista de contraseñas, en el cajón de los calcetines. La contraseña para la cuenta de su fideicomiso es Glory010455: el nombre de su madre y su fecha de nacimiento.

Bajo a la cocina. Simon preparó café antes de irse y todavía está caliente en el vaso térmico. Está delicioso. Usa granos de buena calidad. Y además le espolvoreó una mezcla de especias antes de prepararlo. Todavía no es septiembre, pero me recuerda mucho al otoño, mi estación favorita del año, y estoy segura de que lo hizo por eso. Hace esas pequeñas cosas para mí todo el tiempo.

Desearía que las cosas fueran distintas entre Simon y yo. Desearía que saliera de esa burbuja más a menudo. No sé si el derecho se convirtió en su refugio después de todo lo que pasó con sus padres o si simplemente está programado de esa manera, pero enseñar, hablar y escribir sobre derecho es todo para él, su pasión, su vida. La manera en que se le ilumina la cara cuando desglosa un problema legal en partes más sencillas y luego lo reconstruye, la manera en que lo hace cobrar vida como si fuera un organismo vivo. Incluso yo, que todo lo que sé de derecho lo aprendí mirando la televisión, puedo escucharlo durante horas.

Dicen que el derecho es un amante celoso. Pero no es verdad. El derecho se aferró al corazón de Simon con fuerza. Y yo soy la amante celosa.

O, al menos, es lo que me digo, el problema en el que elijo concentrarme, probablemente para poder culparlo a él. El problema más grande, la razón por la que lo nuestro nunca funcionará, son los hijos. Simon quiere tener hijos.

Quiere el paquete completo: matrimonio e hijos, una familia tradicional. Sí, yo crecí en una familia tradicional, pero no de la mejor manera. No voy a hacerlo.

Simon dice que solo estoy asustada, como cualquier futura madre o padre. Sí, es verdad, estoy asustada. Me asusta destruirles la vida. Me asusta que terminen siendo como yo. ¿Qué podría enseñarles? ¿Qué clase de ejemplo sería? ¿Y si tengo hijos y descubro que no puedo con eso cuando ya es demasiado tarde?

Me encantan mis sobrinas, las M&M. Me encanta ser tía. ¿No es suficiente? Para Simon no. No es suficiente.

Ah, él cedería, lo sé. Viviría sin hijos. Pero no quiero ser la razón por la que renuncie a algo que desea.

Simplemente, no somos el uno para el otro.

Me siento en la mesa de la cocina y enciendo mi portátil. Abro la página y escribo la contraseña para entrar a su cuenta de fideicomiso.

Simon heredó dinero de su padre cuando murió, hace doce años. Por lo que sé, no tocó ni un centavo. Era una cifra bastante importante al principio, pero creció con los intereses y algunas inversiones conservadoras, aunque decentes, hechas por el fiduciario, que no es Simon. Y menos mal, porque Simon es pésimo para manejar el dinero.

Actualmente el balance es de 21.106.432 \$.

Veintiún millones y pico de dólares.

Hablemos de algo jugoso.

Sigo con la búsqueda de Google que ya había empezado: corredores de bolsa. Logré reducir las opciones a cuatro. Un tipo llamado Broderick, de mediana edad, calvo, que habla sobre su relación personal con sus clientes. Supongo que tiene halitosis e hipertensión.

Un hombre llamado Lombardi, especialista en “gestión patrimonial”, una frase que veo repetirse mucho. Tiene una sonrisa deslumbrante y la piel como si estuviera hecha de cera, y parece encajar mejor en un infomercial sobre detergente para alfombras.

Un tipo llamado Bowers, con cientos de iniciales después de su nombre, ofrece “servicio completo de gestión patrimonial y seguridad”, lo que significa que va a querer venderme un seguro, además de sus servicios. Parece un tipo bastante intelectual, tiene ojos pequeños y el cuello muy delgado.

El último es Christian Newsome, que no se parece a ningún corredor de bolsa que haya visto antes. Más bien, parece un modelo de Calvin Klein, al menos en su foto del torso hacia arriba.

Es más joven que los demás, de treinta y tantos, y tiene dos fotos en el sitio; en ambas viste un traje elegante, pero sin corbata: solo el cuello abierto de una camisa blanca impecablemente almidonada. Tiene hombros anchos y cuello grueso. Quizá por eso no usa corbata, para lucirlo. Me arriesgaría a decir que fue deportista cuando era más joven, aunque seguramente nada demasiado violento; no querría estropear esa cara bonita, esa mandíbula un poco afeitada, esos grandes ojos azules, ese cabello largo con algunas mechas que caen hacia delante, ese estilo cuidadosamente desarreglado. Sabe que es atractivo y eso me molesta.

Pero parece un ganador, hay que admitirlo.

Indago un poco más. Su biografía es impresionante. Tiene un título de grado y un máster en Harvard, y amasó una fortuna antes de siquiera terminar la universidad.

Hay un artículo en su sitio web de la revista *Fortune*, publicado hace trece años, marzo de 2009, que cuenta cómo el joven Christian Newsome, con solo veintiún años, fue el primero en invertir en un “canje de incumplimiento crediticio” antes de la crisis hipotecaria de 2008, lo que significa que predijo correctamente lo que otros no predijeron: que el mercado de “créditos con garantía hipotecaria” se derrumbaría.

Otro artículo destacado en su sitio, esta vez de *Newsweek*, de hace tres años, cuenta que la nueva iniciativa de Christian Newsome reúne a un pequeño grupo de inversores en un fondo valuado en más de quinientos millones de dólares. “Newsome, hermético respecto de sus próximos movimientos en el mercado y de los inversores a los que representa, solo declara que su siguiente idea ‘hará que los canjes de incumplimiento crediticio parezcan acciones regaladas’”.

Le doy un trago al café. Releo los artículos. Miro su foto un rato.

Luego levanto el teléfono y empiezo a concertar citas.

CAPÍTULO 14

MARTES, 16 DE AGOSTO DE 2022

Esta tarde, nos vimos en tu apartamento de Michigan Avenue. Tener ese lugar hace que todo sea mucho más fácil. Me queda de camino desde la facultad y tú puedes inventar cualquier excusa para ir al centro.

Voy a hacer esto. ¡Vamos a hacer esto! Ya sé todo lo que dije sobre Vicky, pero vamos a hacerlo y no puedo evitarlo.

¡Y no puedo esperar a mostrarte los teléfonos! Todavía no te adelanté nada. Quería que fuera una sorpresa.

Primero lo primero: cuando entro a tu apartamento, nos desnudamos y lo hacemos contra la ventana que da a Michigan Avenue, a trece pisos de altura, tú apoyada contra el cristal. Es mucho más difícil de lo que parece en las películas y siento que mi espalda no va a aguantar, así que terminamos en tu cama.

Luego bebimos unas copas de vino y tenía muchas ganas de mostrarte lo que había estado pensando. Así que lo hice. El teléfono rosa para ti y el teléfono verde para mí.

No dijiste nada al principio. Mi corazón empezó a hacer calistenia, no de la buena, sino de la que duele.

—¿Soy tu amante? —dijiste, levantando la vista hacia mí.

—Es solo... Creí que sería una buena idea que pudiéramos comunicarnos...

—Quieres poder llamarme cada vez que tengas ganas de follarme.

—No, no es... No es eso —dije.

—¿Qué soy? ¿Una puta para ti? —dijiste—. Como tu esposa antes de que la conocieras. ¿Quieres que sea como tu esposa? ¿Quieres otra Vicky?

—No, escucha, no es nada de eso —dije. O algo por el estilo, creo. No estoy seguro de qué balbuceo inseguro salió de mi boca.

Pero esta parte la recuerdo tan clara como el agua. Te acercaste. Tienes una manera coqueta de caminar hacia mí que hace que se me aflojen las piernas. Creo que la palabra coqueta se inventó por ti, Lauren. Debería haber un saxofón sonando de fondo.

Te inclinaste hacia mí y me susurraste al oído:

—¿Quiere que sea su puta, profesor Dobias? Dígame. Dígame qué es lo que quiere.

Lo único que quiero es que seas tú, Lauren. No necesito ningún juego de rol ni hablar sucio. Nunca fue lo mío. Solo quiero que seas tú, así tal como eres.

Pero parecía lo correcto para decir en ese momento, así que te seguí la corriente.

Te tomé del cabello y te obligué a mirarme.

—Esto es lo que quiero —dije.

Y tus ojos se iluminaron. La comisura de tus labios apenas se curvó hacia arriba.

—Entonces, fóllame de esa manera —dijiste.

CAPÍTULO 15

Vicky

LA LISTA EN LA MESA de entrada dice que la empresa Newsome Capital está en la oficina 1320. Creía que la mayoría de los edificios no tenían un piso trece por superstición. ¿Será un mal augurio? Cruzo las puertas de cristal y me recibe una joven sentada detrás de un escritorio diminuto; usa auriculares y tiene esa apariencia profesional e impecable del mundo corporativo estadounidense de hoy. En el centro de acogida donde trabajo, con suerte podemos pagar la línea de teléfono. Usamos ventiladores en lugar de aire acondicionado. Tomamos leche caducada, siempre y cuando no huela mal.

—Vicky Lanier. Vengo a ver a Christian Newsome —digo.

—Sí, señorita Lanier, un momento —dice, y pulsa un botón de un teléfono enorme—. Su cita de las cuatro, la señorita Lanier. Perfecto —me mira—. La verá en un minuto. ¿Le puedo ofrecer algo de beber?

—Estoy bien.

Oigo varias voces que provienen de las oficinas detrás de la recepción. Una risa fuerte y rasposa. Un hombre confiado. O un hombre que intenta proyectar confianza, en todo caso.

—¿Señorita Lanier? Christian Newsome, mucho gusto. —Sale de su oficina y me estrecha la mano con firmeza. Es el cuarto corredor de bolsa que veo hoy, pero el primero que no parece tener miedo de tocarme, como si mi mano fuera a hacerse polvo bajo la fuerza de sus poderosas manos.

Es exactamente como en las fotos. Nunca se sabe, pero no parece haber mentido en nada. Tiene unos treinta y tantos años, lleva un traje hecho a medida, aunque sigue sin usar corbata, porque, no, no va a usar una por convención; él es distinto, creativo. Además, así puede lucir su cuello grueso.

Tiene esa barba incipiente, descuidada en el punto justo, al igual que en las fotografías de su página web, lo que me resulta interesante porque significa que se toma el tiempo de afeitarse, pero solo un poco; no quiere verse desarreglado,

solo lo suficiente para mostrarse sensual. Tiene el mismo peinado deliberadamente despeinado de las fotos de su página. Parece dedicarle mucho tiempo a verse como si no le hubiera dedicado nada de tiempo.

Su oficina no se parece en nada a las otras aburridas que vi hoy. A un lado, hay un sofá de cuero bajo una lámpara elegante. Una barra con licores de alta calidad. Una pared de la vanidad donde tiene enmarcados varios artículos sobre él y algunas fotografías con famosos. En otra pared, hay tres televisores de pantalla plana que pasan CNBC, Fox Business y Bloomberg al mismo tiempo, además de índices rotativos del Nasdaq, el Nikkei y el Dow Jones. Nada de eso significa algo para mí. Entiendo lo mismo del mundo bursátil que de física nuclear.

—Lo más cercano a un deporte de contacto —dice—. Todos ahí fuera compitiendo. Me gusta tener el campo de juego a la vista en todo momento.

Se sienta detrás de un escritorio de acero y me observa. Me escanea, intentando no ser demasiado obvio, aunque los hombres casi nunca lo logran. Me puedo hacer una buena idea de lo que está pensando. No le molestaría invitarme a tomar unas copas, pero no soy el tipo de mujer con la que se casaría.

Mi hermana, Monica, sí era ese tipo de mujer. Fue reina del baile de graduación, animadora, la chica diez, la joven de la sonrisa radiante y la risa contagiosa que tenía a todos los chicos detrás de ella. Y yo, bueno, era la hermana menor rota, para nada tan guapa como ella, pero con tetas más grandes y una sonrisa provocativa, la chica que fumaba cigarrillos en el campus con los desahuciados y a la que expulsaron de la escuela por tener sexo en la biblioteca.

Como yo no podía ser mi hermana, estaba determinada a ser todo lo contrario. Y, en eso, tuve un éxito absoluto.

—Lo mejor de todo es que nunca pierdes —dice—. Todos pueden ganar. Solo hay que saber jugar. —Apoya la mano sobre su escritorio estrecho, donde solo hay una bola de béisbol autografiada y dos ordenadores bastante nuevos—. Entonces, señorita Vicky Lanier, ¿en qué puedo ayudarla?

—Estuve viendo a otros corredores de bolsa. Quizá los conozca. —Dejo las tarjetas de los otros tres que vi hoy—. Estoy a punto de recibir una suma de dinero importante.

Mira las tarjetas.

—Acabo de mudarme a Chicago —dice—. Así que no los conozco

personalmente. Pero sí sé quiénes son, no sé si me explico. Conozco a miles como ellos. Y estoy seguro de que cualquiera de ellos podría “gestionar” su dinero sin problemas. Pero no es eso lo que está buscando.

—¿No?

—No, usted quiere hacerlo crecer. No quiere volar en primera clase, quiere su propio avión privado.

Me reclino en la silla y cruzo las piernas. Sin duda, tiene un enfoque más agresivo que los otros. Aquellos, con sus palabras suaves, sus discursos de mierda sobre forjar vínculos, conocer los deseos y las necesidades individuales de cada inversor, mitigar el riesgo y encontrar estrategias de conservación de activos, solo intentaban hacerme sentir segura. En cambio, este dice: “Abrochate el cinturón y prepárate para el despegue”.

—Mencionó que está a punto de recibir una suma de dinero importante —dice—. ¿Una herencia? Asumo que no se trata de la muerte de un familiar.

—No. Es el dinero de mi esposo, Simon.

—Ah, el señor Lanier.

—Dobias —corrijo—. Simon Dobias. Yo conservé mi apellido.

—Perfecto.

—Pero yo voy a tomar las decisiones sobre el dinero

—digo—. O, bueno, dentro de doce semanas. Quiero estar lista.

Se queda en silencio al escuchar eso. No lo entiende.

—¿Qué pasa en doce semanas?

—Vamos a celebrar nuestro décimo aniversario de casados. El 3 de noviembre. Y después recibo el dinero.

—Ah —dice—. Entonces, hay un fideicomiso de por medio.

Muy bien, Christian Newsome. Así es.

—El padre de Simon dejó todo en un fideicomiso

—explico—. ¿Trabajó con fideicomisos antes?

Hace un gesto con la mano.

—Todo el tiempo. Le sorprendería lo que la gente hace con su dinero. Pero, bueno, no es mi problema.

—Por ahora, el dinero está solo a nombre de Simon. El fideicomiso dice que, cuando cumplamos diez años de casados, pasará a ser un bien ganancial.

—¿Esas fueron las condiciones de su padre? ¿Diez años de casados antes de que usted pueda usar el dinero?

—Antes de que yo pueda usar el dinero... o antes de que Simon siquiera

pueda gastarlo en mí.

Christian se reclina en su sillón.

—¿En serio?

—Ah, sí —digo, con un tono cortante en la voz—. Hay un fiduciario que tiene que aprobar cada gasto. Simon podría comprar un coche, pero tendría que quedar solo a nombre del fideicomiso, es decir, solo a nombre de él. Podría comprar una casa en Florida o algo por el estilo, pero solo a nombre del fideicomiso, solo a nombre de Simon. Para nuestro quinto aniversario intentó regalarme un collar de diamantes y el fiduciario no lo permitió; al menos, no con ese dinero.

—Suena bastante restrictivo.

Sonrío.

—El padre de Simon no confiaba en mí.

Eso parece despertar el interés de Christian. Sus ojos brillan. ¿Soy una chica mala? Puede ser, no sé..., ¿lo soy?

—Supuso que, si de verdad amaba a Simon, no me molestaría esperar diez años para usar el dinero. Y si estaba con él *por* el dinero, como sospechaba, no estaría dispuesta a esperar tanto tiempo.

No responde, pero entiende la lógica. Y está pensando que debe de haber una cantidad sustancial de dinero. No lo pregunta. No todavía. Su página, en la letra pequeña, dice que la inversión mínima para contratar sus servicios es de diez millones. Por teléfono, la recepcionista dijo lo mismo, pero mencionó que Christian, a veces, hace excepciones. Le dije que lo de los diez millones no sería un problema.

—¿Y no se ganó la confianza del padre de Simon en diez años? —pregunta, sonriendo.

—Ah, el padre de Simon murió antes de que nos casáramos.

—Lamento oír eso. Y ahora ya llevan diez años casados —dice—. O, bueno, cumplirán diez años el 3 de noviembre.

—El 3 de noviembre —repito—. Puedo gastar el dinero como quiera, cuando quiera, en lo que quiera. Y quiero alejarlo lo más posible de ese estúpido banco y ese fiduciario condescendiente con toda su mierda sobre la protección de activos y la conservación de...

Me doy cuenta de que me estoy dejando llevar.

—Lo siento —digo—. Todo esto me pone un poco... irritable.

—Y no la culpo —dice—. Fue una ciudadana de segunda en su propio

matrimonio.

Asiento.

—No porque Simon lo quisiera. No tiene otra opción. No puede cambiar los términos del fideicomiso. Pero, sí, una ciudadana de segunda es una buena manera de decirlo.

Levanta una mano.

—Disculpe, debería guardarme mis opiniones.

—No, está bien, es así, eso resume bastante bien cómo me siento.

Me inclino hacia delante. Hora de ir directa al grano.

—Quería preguntarle algo, señor Newsome. Cuando el dinero del fideicomiso pase a ser un bien ganancial el 3 de noviembre, ¿significa que voy a poder usar el dinero sin la aprobación de Simon? ¿O incluso sin que él lo sepa?

Hice esa pregunta tres veces hoy y siempre recibí la misma respuesta: primero, hay que leer las cláusulas del fideicomiso. Segundo, en general, si alguien aparece nombrado en una cuenta, puede usar el dinero sin la aprobación del otro titular de la cuenta. Tercero, lo ideal es avisar al otro titular de la cuenta para evitar disputas futuras, incluyendo posibles litigios; litigios que podrían afectar al corredor de bolsa.

Cristian Newsome no responde enseguida. Quizás vaya a decir lo mismo, más o menos. Pero no está pensando en formalidades jurídicas. Está pensando en qué clase de persona soy como para estar haciendo esa pregunta. Y no parece molesto. Una sonrisa insolente aparece en su rostro por una fracción de segundo.

—Hay varias maneras de lograr eso, sí —dice—. Y, por favor, tuteémonos, llámame Christian.

Miro la oficina, los índices de las distintas bolsas de valores en las pantallas, los diplomas de Harvard, los certificados de las agencias estatales. Todos estos tipos son iguales en muchas cosas.

Pero no en todas.

—Christian, es la mejor respuesta que he escuchado en todo el día.

Recojo las tres tarjetas que dejé sobre el escritorio y monto una escena rompiendo cada una de ellas por la mitad.

—Y yo prefiero que me llames Vicky —digo.

CAPÍTULO 16

Simon

CAMINO UN KILÓMETRO Y MEDIO desde la facultad hasta el edificio Chicago Title & Trust, en la esquina de Clark y Randolph, en pleno Loop. Tomo la ruta más larga para pasar por uno de mis lugares favoritos: la rambla de cemento frente al lago, con el agua turbulenta a mi izquierda y los coches pasando a toda velocidad por Lake Shore Drive Avenue a mi derecha. El cielo está cubierto por unas nubes venenosas, pero eso no detiene a ciclistas, patinadores y *runners* que avanzan a toda velocidad desde el norte hacia el sur. Amo esta ciudad.

El edificio tiene otro nombre ahora, pero muchos aún lo llaman Chicago Title & Trust. Así se llamaba cuando mi padre tenía aquí su bufete de abogados en los noventa. Fue el bufete que abrió tras separarse de sus socios por una disputa. En aquel entonces, varios bufetes tenían sus oficinas en este edificio. Quizá todavía las tengan.

Recuerdo que un sábado vine con él. Tomamos la Green Line hasta el centro, ya de por sí una aventura, en especial los fines de semana, y subimos hasta el piso diecisiete en el ascensor. Su oficina estaba a mitad de ese piso. Recuerdo la puerta de vidrio esmerilado y lo grandiosa que se veía la inscripción “Bufete de Theodore Dobias”, con una caligrafía sofisticada y elegante.

En aquel entonces, mi padre se quedaba con lo que él llamaba las “sobras”: accidentes personales e indemnizaciones laborales, accidentes de tráfico, caídas; ese tipo de cosas. Incluso algún caso penal, casi siempre casos de conducción bajo los efectos de sustancias psicoactivas y tenencia de estupefacientes. Tuvo que ponerse al día con la Cuarta Enmienda, pero, afortunadamente, para eso estaba mi madre. En gran medida, era un perseguidor de ambulancias.

“¿Tuviste un accidente en el trabajo? ¡Necesitas a alguien a tu lado!”.

Por suerte, jamás llegó al extremo de hacer uno de esos anuncios de mal gusto. Nunca vi su cara en ningún autobús.

Y entonces encontró una mina de oro: un caso enorme de lesión por descarga eléctrica que le hizo ganar millones. Cambió de oficina. Cambió muchas cosas.

Una vez dentro del edificio, pido un café en el Starbucks del vestíbulo y me desplomo sobre uno de los sofás de cuero.

Saco el teléfono verde que acabo de comprar en Indiana y le pongo la tarjeta SIM. Por primera vez, enciendo el teléfono, esperando que cobre vida: los primeros segundos de mis mil minutos. Respiro hondo y escribo:

Probando... Probando... 1, 2, 3. Probando... Probando... 1, 2, 3. ¿Esta cosa funciona?

Pulso Enviar y exhalo.

Ella debería estar esperando mi mensaje, nuestro primer mensaje, a las diez de la mañana. Eso espero. Espero que esté sentada ahí con su teléfono rosa, esperando recibir novedades mías.

El aparato vibra cuando recibo su respuesta y casi se me cae el café.

Bueno, hola, extraño.

Su mensaje tiene una tipografía distinta. La mía es más recta y gruesa; la suya tiene curvas, es más delicada y sensual. Le queda bien. Respondo:

¿Tienes buena señal?

No es la respuesta más sexy del mundo. Para nada. Pero Lauren vive en una casa antigua con paredes gruesas, como la mayoría de las casas en Grace Village. Muchos vecinos que conozco tienen mala cobertura.

Responde:

En el balcón.

Cierto, el balcón de la habitación principal.

Escribo:

Tenemos que ser cuidadosos.

Pero no lo envió. Mis primeros mensajes fueron lamentables. ¿Toda esta adrenalina de escribirnos en secreto y yo preocupado por la señal de su móvil? ¿Y ahora empiezo con las advertencias? Patético.

Debería haberlo pensado mejor. Pero no lo hice. Borro y le escribo esto:

Tenemos que ser cuidadosos. No quiero ponerte en ningún aprieto.

Mejor: muestra que me preocupo por ella, pero también sueno un poco caliente. Vamos, Simon, esfuérzate más.

Nunca hice nada como esto.

No. Es verdad, nunca hice nada como esto, pero no...

Trivial: ¿qué diría alguien que no está consumido por la inseguridad?

- a. ¿De verdad te gusto? ¿Estás segura? ¡Porque tú me gustas muchísimo!
- b. ¿Estás cansada? Porque estuviste despierta toda la noche en mi mente.
- c. Nunca conocí a nadie como tú.
- d. Creo que te amo.
- e. Nada de lo anterior.

Voy a ir con (e). No voy a usar la palabra con “A”. ¿Qué tal esto?

No puedo dejar de pensar en ti.

Mejor. Sí. Lo envió antes de arrepentirme. Tomo otro trago de mi café. Aparece la burbuja de que está escribiendo.

Nos vemos luego.

Guau. Uf. Salió bien.

Cierro el teléfono, lo apago y le quito la tarjeta SIM.

Wicker Park. Cuando estaba en la universidad, esta zona era increíble: el mejor lugar para vivir, el mejor lugar para pasar el rato. Todavía lo es para mucha gente, pero con los años se volvió un poco aspiracional para los más jóvenes y algunos de los bares alternativos, salas de conciertos y cafeterías terminaron sustituidos por cajeros automáticos, tiendas de ropa de deporte y sucursales de bancos.

Trabajo hasta tarde en la facultad. A eso de las siete y cuarto, salgo y me preparo para correr dieciséis kilómetros ida y vuelta hacia Wicker Park. A mitad de camino, me detengo frente a un bar llamado Viva Mediterránea, en

Damen Street, al norte de North Avenue. Nunca he entrado. El patio trasero, adyacente al callejón, está lleno de gente que acaba de salir de trabajar y disfruta la *happy hour* extendida, además de algunos estudiantes universitarios y de posgrado que acaban de empezar la noche.

Me quedo en el callejón, sudado y un poco cansado, mirando alrededor. A mi derecha, está el patio. A mi izquierda, la parte trasera de un edificio de apartamentos de la calle contigua, donde algunos propietarios están preparando una barbacoa o disfrutando sus cócteles en el patio trasero.

Estoy rodeado de gente que se divierte sin que me estén empujando de un lado a otro y pegando codazos. Tampoco es un lugar particularmente bien iluminado.

Este va a ser mi lugar. El callejón detrás de Viva Mediterránea.

Nuestro plan es escribirnos dos veces por día, a las diez de la mañana y a las ocho de la noche, horarios que encajan bien en nuestras rutinas. Dejaremos los teléfonos apagados el resto del día. Tenemos que ser cuidadosos. Cualquiera entiende por qué. No podemos dejar el teléfono olvidado por ahí y arriesgarnos a que suene cuando la persona equivocada —es decir, tu pareja— esté cerca.

Eso significa que voy a tener que cambiar la hora en que salgo a correr, lo que me decepciona un poco, porque me encanta correr por la mañana. Pero correr de noche también tiene su encanto y esta ruta desde la facultad hasta Viva Mediterránea no estuvo nada mal.

Saco mi teléfono verde, ya que son las ocho en punto, inserto la tarjeta SIM y escribo:

Probando, probando... Ah, olvídalos. Buenas noches, mi bella dama.

Responde enseguida:

Hola, extraño peligroso.

Énfasis en peligroso. Intento no pensar en eso, pero siempre está ahí. Vuelve a escribirme:

¿Solo “bella”?

Sabe que no miro solo lo físico, pero sé que está jugando.

Diría que eres más que bella. Eres sexy, divertida y sorprendente, y haces que el

corazón se me acelere a mil pulsaciones por minuto. ¿Así está mejor?

Responde:

Mucho mejor.

Empieza a sonar un cántico desde el patio de Viva Mediterránea: los clientes del bar. Fuera hay un televisor y Contreras acaba de batear un *home-run* para los Cubs. Qué maravilla ser joven. Vuelvo al teléfono:

Quiero hacerte cosas.

Su respuesta:

¿A mí o conmigo?

Fácil.

A ti.

La burbuja de diálogo va y viene, mientras escribe su respuesta. Luego:

Ah, cielos. Para ser alguien con un nombre tan religioso, tienes un lado bastante sucio...

Genial. Me gusta. Que conste: mi madre no me puso Simon Peter por ningún personaje bíblico. Siempre quiso que Simon fuera mi primer nombre y Peter era como se llamaba su padre. Pero los profesores de catequesis en Saint Augustine preferían llamarme por el nombre completo.

Respondo:

Todavía no has visto lo sucio que puedo ser.

Sonrío y apago el teléfono. Le quito la tarjeta SIM y guardo todo en el bolsillo de mis pantalones de deporte.

Esta forma de comunicación va a funcionar a la perfección. Siempre y cuando seamos cuidadosos.

Siempre y cuando seamos muy muy cuidadosos.

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 17

Jane

LA SARGENTO JANE BURKE SE inclina y examina con cuidado el rostro de Lauren Betancourt.

Ya han tomado todas las fotografías necesarias, desde todos los ángulos posibles, del cuerpo de Lauren colgada de la barandilla, incluso primeros planos del nudo de la cuerda en la barandilla de hierro forjado. Por fin llegó el momento de bajarlo. Lo hicieron bajo la supervisión del médico forense del condado de Cook, quien guio a los oficiales del distrito, algunos desde la escalera, otros desde el vestíbulo, mientras desataban la cuerda de la barandilla y el cuerpo caía por su propio peso sobre una bolsa mortuoria apoyada en una camilla.

El rostro de Lauren tiene arañazos en la barbilla y Jane está segura de que coincidirán con las uñas rotas de sus dedos; rasguños que se hizo al intentar desesperadamente quitarse la cuerda del cuello. Las marcas de abrasión dejan en claro que se ejerció fuerza desde más de una dirección. Se distingue el patrón típico de la cuerda al cortarle finalmente el suministro de oxígeno y romperle el cuello. Sin embargo, también hay otro patrón de abrasión más horizontal en su garganta, como si el atacante hubiera estado justo detrás de ella, sujetando la cuerda con fuerza, tal como Jane sospechaba, mientras Lauren intentaba quitarse el lazo del cuello.

Sabe que reconstruir con total precisión lo sucedido quizá sea imposible. Y será el doble de complicado si el atacante intentó alterar la escena del crimen, aunque no parece ser el caso. Incluso una escena intacta, como solía decir su madre, nunca cuenta exactamente la verdad de los hechos.

—Jane. —Su compañero, el sargento Andy Tate, responsable de recopilar información en el barrio, entra por la puerta del sur, la de la cocina.

—¿Qué quieres?

Mueve los dedos para que lo siga afuera. Andy señala hacia la calle en

dirección al norte.

—Esa casa victoriana blanca —dice—. La de la esquina noroeste de Thomas y Lathrow.

—¿Qué pasa?

—La familia Dunleavy —dice—. Incluida Mary Dunleavy, de seis años.

—Vale.

—Anoche Mary se fue a dormir a eso de las siete y media. Un poco temprano para ella, pero le dolía la barriga. Demasiados dulces en Halloween, ¿no?

—Sí.

—Entre las ocho y las ocho y media, mira por la ventana de su habitación, que da hacia el sur —agrega. Jane puede ver la ventana desde donde está—. Ve a un hombre parado detrás de un árbol, mirando la casa de los Betancourt. Dijo que se lo quedó mirando por mucho tiempo. No pudo precisar cuánto, solo “mucho tiempo”. Pero me contó que estaba mirando fijamente hacia la casa de los Betancourt, por mucho tiempo. Después se asustó tanto que bajó corriendo las escaleras y le dijo a su mamá que tenía miedo, aunque no le contó por qué hasta hoy, justo ahora.

Jane señala.

—¿Ese árbol? ¿El de la esquina sudeste?

—Ese mismo, sí.

—Cuéntame sobre el hombre —dice.

—Tenía un disfraz. Todo negro, con una capucha grande y alargada. Estaba cubierto de pies a cabeza por la capucha y una túnica negra. No pudo verle la cara.

—¿Pudo ser más específica sobre el disfraz?

—De hecho, sí —dice y le muestra su teléfono—. Revisamos un catálogo de disfraces en internet.

Jane mira la imagen y se le eriza la piel. Una túnica negra enorme con una capucha alargada.

—Solo le falta la guadaña o lo que sea que use —dice Andy.

Jane mira a su compañero.

—¿Es... la Parca?

—Jane, te necesitan dentro.

Jane entra de nuevo a la casa. Ria Peraino, que es técnica forense del Grupo de Trabajo contra Delitos Graves de los Distritos del Oeste, está de pie en el

descansillo de la escalera que lleva al primer piso. Jane participó con Ria en un caso de abuso sexual hace unos años y se quedó fascinada con su manera de trabajar.

—Encontramos algo que vas a querer ver —dice Ria con un tono cantarín.

Jane sube con cuidado, mientras Andy Tate la sigue. Al llegar al primer piso, Ria levanta la mano.

—Que nadie se mueva excepto yo —dice—. Hay manchas de sangre por todo el rellano.

—Entendido —dice Jane.

Ria se acerca con cuidado hacia la pared del fondo, esquivando los distintos marcadores de pruebas. Contra esa pared, justo debajo de un cuadro impresionista colorido que está intacto, hay una mesita antigua de madera, color roble dorado, seguramente con algún nombre sofisticado como *cappuccino*. Tiene patas curvas y un estante, que está vacío. Sobre ella, al parecer, había un florero con flores frescas (ahora hecho añicos en el suelo) y una fotografía enmarcada de Conrad y Lauren Betancourt (tirada boca abajo).

Ria los mira con una sonrisa llena de emoción, como si fuera la presentadora de un programa de juegos y estuviera a punto de revelar el premio mayor. Con un gesto teatral, levanta la mesa del suelo y deja a la vista lo que estaba debajo, casi contra la pared.

—Un teléfono —murmura Jane.

Un teléfono rosa.

—Andy, llama otra vez al móvil de Lauren —ordena Jane—. El que está registrado en el sistema.

Oyen que algo vibra dentro de la bolsa de pruebas que contiene el móvil registrado a nombre de Lauren Betancourt, el mismo que encontraron sobre la encimera de la cocina.

—¿Y qué es este teléfono entonces? —pregunta Jane.

—Estoy casi seguro de que es un teléfono desechable —dice Andy—. No es un iPhone ni un Samsung último modelo que una mujer rica como Lauren Betancourt llevaría a todos lados. Eso, amiga mía, es un teléfono de amantes.

ANTES DE HALLOWEEN

Agosto

CAPÍTULO 18

Simon

—¿QUERÍA VERME, VICEDECANO? —DIGO.

—Ah, Simon, bien. Pasa, siéntate. —Hoy, el vicedecano Comstock lleva una pajarita morada que combina con los colores de la facultad. Nunca he usado una pajarita en toda mi vida. Las odio.

Podría venir él a mi oficina. No lo mataría. Pero alteraría la dinámica. Como si no tuviera suficiente poder sobre mí.

—Espero que hayas tenido la oportunidad de pensar lo que discutimos.

Sí, discutimos que quería que me hiciera a un lado en silencio para que el hijo de su benefactor, Reid Southern, consiguiera la titularidad sin ninguna oposición.

—Le prometí que lo consideraría detenidamente —digo—. Y eso estoy haciendo.

Aun así, todavía no he rechazado el cargo. Todavía no he completado la solicitud, no he enviado los documentos, pero podría hacerlo. Faltan algunas semanas para la fecha límite.

Ahora bien, por qué, exactamente, no he retirado mi solicitud, nadie lo sabe. Tal vez sea mi manera pasivo-agresiva de protestar contra la intimidación del vicedecano, hacerlo esperar y dejar que se pregunte si voy a enviar todo en el último minuto para desafiarlo.

O quizá sí termine enviando los documentos. Vicky ya dejó en claro lo que piensa y ella sabe cómo influir en mí.

Al parecer, el vicedecano tiene otras expectativas. Pensó que retiraría mi solicitud inmediatamente después de nuestra charla antes de las vacaciones de verano. Quién sabe, quizás se lo prometió al papito de Reid Southern, el señor Billetón, lo que significa que lo estoy dejando mal parado. No puedo hacer eso, ¿verdad?

—Espero que entiendas que estoy considerando tus intereses, de verdad —

dice.

Asiento, porque si de verdad intento decir algo educado, probablemente vomite.

—Simon —agrega, reclinándose en su enorme sillón de cuero—. Estoy seguro de que entiendes que, hoy en día, la facultad tiene que ser particularmente cuidadosa con respecto a la conducta del cuerpo docente.

Entonces, ¿qué haces tú aquí, vicedecano?

—Claro —digo.

—Y, como sabes, debemos ser particularmente cuidadosos no solo con la actitud de un candidato, sino también con su... pasado.

Parpadeo. Empiezo a enfadarme, mientras él me mira.

—Porque, verás, últimamente ha habido muchos casos de personas que pierden cargos importantes por cosas que ocurrieron hace... doce, o incluso quince años.

Hace doce años. Hace quince años. No eligió esos números al azar.

Estuviste ocupado, vicedecano.

—Particularmente cuando el concurso está tan peleado, como en tu caso con Reid —explica—. Hasta lo más pequeño puede inclinar la balanza.

Está sonriendo. Lo está disfrutando.

—Claro, si la elección fuera obvia, como podría serlo cuando te postules la próxima vez —añade, con esa mirada pesada y condescendiente—, quizá no sea necesario hurgar tan profundo. Verás, dudo de que alguien indague en lo que hacía un joven con su vida doce años atrás.

Doce años atrás. Doce años atrás.

—Pero en un concurso tan reñido como este... —digo, intentando mantener la voz firme.

Abre la mano.

—La gente naturalmente busca un desempate, algo que incline la balanza hacia un lado u otro. Hurgan más profundo. Revisan todo el historial de los candidatos. Incluso cosas que olvidaron mencionar cuando se postularon por primera vez a la facultad.

Estoy presionando la mandíbula tan fuerte que me duele. Mis dientes rechinan. Unos puntos negros nublan mi visión.

—No estaba obligado en ninguna circunstancia a revelar eso —susurro.

—Lo entiendo, Simon, lo entiendo —dice—. Y también entiendo la presunción de inocencia. Nunca se probó nada, por supuesto. Solo me

pregunto... ¿cómo serían las cosas para ti si eso saliera a la luz? Toda la disputa judicial y demás.

Sí, toda la disputa judicial y demás.

—Y por eso, repito, tengo en consideración tus intereses cuando sugiero que quizás este no sea el mejor momento para postularte al cargo.

Mis ojos suben lentamente hacia los suyos. Debo reconocer que no aparta la mirada. Mantiene esa sonrisa insolente y aduladora, pero no aparta la mirada.

—¿Y si retiro mi postulación? —pregunto.

—Bueno, entonces, no habría razón para preocuparnos por cosas del pasado —dice—. Y, por lo que a mí respecta, eso es exactamente lo que son.

CAPÍTULO 19

Vicky

REGRESO CUANDO TERMINA MI TURNO diurno en el centro de acogida (fue día de compras, terapia de grupo, intentar reparar el aire acondicionado del dormitorio de arriba), a eso de las seis de la tarde. Entro en el callejón de detrás de casa y aparco en el garaje. Cruzo el jardín trasero, a resguardo de la cerca de arbustos que brinda privacidad, y cuando entro por la puerta de atrás oigo el sonido del ding dong de la alarma y la seductora voz electrónica femenina que dice “Puerta trasera”.

No oigo a Simon. No está abajo en la sala ni arriba.

—¿Hola? —digo. Dejo mi bolso a un lado y me acerco a la escalera—. ¿Simon?

Nada. No se está duchando. Oiría el agua.

—¿Simon Peter Dobias!

Quizá no esté en casa. Había dicho que estaría. Tal vez decidió salir a correr. Ese tipo y su ejercicio. Subo por la escalera.

—Hola-a —digo canturreando.

Oigo algo. Algo arriba. Voy al descansillo y veo que la escalera del techo está bajada. Está en la terraza.

Subo, abro la puerta y salgo a la terraza de madera. Simon está sentado en una de las sillas plegables que trajo aquí arriba, con una botella de Jack Daniel’s en la mano.

—Hola —digo.

Se gira y me saluda con una mano.

—No te oí llegar —dice, arrastrando las palabras.

—¿Estás bien?

Me siento en la otra silla plegable y lo observo. Sí, tiene los ojos vidriosos. Está borracho, vale.

Le quito la botella de la mano.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —Se levanta de la silla y abre los brazos, como si se dirigiera a un público imaginario—. ¿Qué ha pasado? Lo que ha pasado es que él lo sabe, eso es exactamente lo que ha pasado.

—¿Quién sabe qué?

—El vicedelano, como tú lo llamas. —Levanta la barbilla y asiente—. Pensándolo bien, creo que yo también lo voy a llamar así.

—¿Sabe qué, Simon? ¿Qué sabe el vicedecano?

—Lo sabe. —Se da la vuelta y se tropieza. No está cerca del borde del tejado, pero empieza a ponerme nerviosa.

—Simon...

—Hace doce años, ¡creo que fue hace doce años! —grita, como si fuera un presentador de circo, girando hacia sus supuestos espectadores.

Doce años... Ay, no. Ay, mierda.

—¿El año 2010! Mmm... algo sobre un jurado de acusación y el asesinato de un eminente...

—¡Oye! —Lo sujeto por los brazos y apoyo la frente contra la suya—. Baja la voz. Alguien podría oírte.

—No me importa...

—Sí, por supuesto que te importa —digo entre dientes, manteniéndolo firme mientras intenta soltarse—. Deja de comportarte como un idiota y háblame. Déjame ayudarte.

—Estoy jodido —dice Simon, desplomado sobre la barandilla de madera, con la cabeza entre las manos—. El vicedecano puede hacer lo que quiera conmigo.

Le acaricio la espalda.

—No estás jodido. Vamos a resolverlo.

—No hay nada que resolver. Me tiene contra las cuerdas.

—¿Qué es lo que tiene? La sentencia no te menciona...

—Ay, vamos, Vick. —Simon se gira hacia mí, pálido, sobresaltado—. Pero tranquilamente podría haberlo hecho. A cualquiera que razone un poco le llevaría cinco segundos darse cuenta de que el tribunal de apelaciones hablaba de mí en ese dictamen. “Un familiar masculino”, escribieron. En otro lugar

dijeron que ese “familiar” tenía veinticuatro años. ¿Cuántos familiares tenía mi padre, además de un hombre de veinticuatro años, en mayo de 2010? Mi madre estaba muerta, soy hijo único y mi padre también. No tenía esposa ni otros hijos, ni hermanos, ni hermanas, ni sobrinos, ni sobrinas...

—Está bien, está bien. —Lo cojo de la mano—. Lo entiendo. Si alguien leyó el dictamen y conocía el contexto, sabría que eras tú.

—Además, me lo preguntarían —dice—. Si esto llega a la facultad y al consejo de departamento, me van a pedir que confirme que el sujeto del dictamen era yo. Tendría que decir que sí.

—No tendrías que decir que sí.

Me lanza una mirada fulminante.

—Aunque estuviera dispuesto a mentir, que no es el caso, nadie me creería. Sería un mentiroso, por si no fuera suficiente con ser un sospechoso de asesinato.

—Ah, basta de toda esa mierda de “sospechoso de asesinato” —digo—. Murió hace doce años, Simon. No veo a nadie esposándote.

—No, ¿y sabes por qué? Lee el dictamen. La única razón por la que no me condenaron fue por un tecnicismo; eso es lo que todos van a pensar.

—Estás exagerándolo todo. ¿De verdad crees que muchos profesores de Derecho, justamente, no entenderían la importancia del secreto profesional entre una terapeuta y su paciente?

—Sí, por supuesto. Probablemente también estén de acuerdo con la sentencia. Pero eso no significa que no haya asesinado a mi padre.

No tengo respuesta para eso. Tiene toda la razón. Intento levantarle el ánimo, pero tiene razón. Ese dictamen ha estado acechándolo desde las sombras durante los últimos doce años. Menciona una citación a declarar emitida por un jurado de acusación que investigaba el asesinato de Theodore Dobias en su casa de San Luis, Missouri, donde se mudó tras la muerte de Glory y después de que Simon rompiera toda relación con él. No lo menciona a él explícitamente, pero describe a un joven de veinticuatro años miembro de la familia de Ted; y Simon tiene razón, él es el único que encaja.

Luego el fiscal del distrito del condado de San Luis se interesó por una llamada que Simon hizo a su terapeuta la mañana siguiente a la noche en que encontraron a Ted muerto en su piscina, apuñalado. El jurado de acusación citó a su terapeuta para que declarara, pero se negó a responder amparándose en el secreto profesional. Simon contrató un abogado para llevar el caso al

tribunal de apelaciones, que falló a su favor. Nadie pudo preguntarle a la terapeuta qué fue lo que le dijo esa mañana.

Es probable que la policía aún crea que Simon mató a su padre, pero, en algún punto, debieron de aceptar que no podían probarlo. Y Simon tiene razón. Parecerá que nunca lo condenaron solo por un tecnicismo legal. Si el consejo de departamento se entera, está acabado.

Simon empieza a caminar por el centro de la enorme terraza, con las manos en la cintura, mirando a su alrededor.

—Mi madre y mi padre solían bailar aquí —dice—. ¿Alguna vez te lo he contado?

Levanto la vista hacia él.

—No.

—Ah, sí. Venían aquí con una botella de vino y un pequeño estéreo portátil, ponían música y bailaban. A veces, mi madre cantaba. Era una pésima cantante, pero no le importaba. —Señala las sillas—. A veces también hacíamos un picnic aquí arriba y yo me sentaba en esa silla con mi zumo y mi sándwich, mientras ellos bailaban. Deberías haber...

Baja la cabeza. Se frota el cuello.

—Deberías haber visto cómo ella miraba a mi padre. Recuerdo pensar lo grandioso que debía de ser que alguien te mirara así.

Le toco el brazo.

—Lo siento —dice—. Creo... creo que bebí demasiado.

Lo rodeo con los brazos y apoyo la cara contra su pecho.

—Baila conmigo —susurro.

Nos mecemos de un lado a otro. No sé cantar, no mejor que su madre, así que solo nos dejamos llevar por los sonidos que provienen de abajo: niños jugando y gritando, música de los coches que pasan por la calle, algunas aves cantando cerca. Me presiona con fuerza contra su cuerpo. Puedo sentir los latidos de su corazón.

Merece alguien que lo mire como su madre miraba a su padre. Merece más de lo que yo puedo darle.

—No sé qué veía, por qué lo admiraba tanto —dice—. Cuando eres niño, no te das cuenta de esas cosas; solo son tus padres. Pero viéndolo en retrospectiva, ya sabes, ella era veinte veces mejor que él en todos los sentidos, pero, cielos, estaba obsesionada con él. Era todo para ella. Y luego, cuando él... cuando él...

—Lo sé —susurro—. Lo sé.

—La rompió. ¿Sabes? Simplemente..., la rompió.

Y también rompió a Simon, como ahora, mientras contiene las lágrimas.

Le acaricio la espalda.

—Todo va a estar bien —digo—. Todo va a salir bien.

—Ojalá tuviera tanta confianza.

—Déjame ayudarte con esto —digo—. Déjame ayudarte con el vicedecano.

—No —dice Simon, alejándose de mí y moviendo un dedo frente a mi cara—. No. Gracias, pero no.

—¿Por qué no? Tú lo dijiste. El vicedecano te tiene contra las cuerdas. Si dejas que hurgue en tu pasado, sabrá que siempre te tendrá en sus manos. Nunca saldrás de su control.

—No me importa. Yo... buscaré otra facultad o lo que sea.

—Pero vas a estar obsesionado con esto por el resto de tu vida, Simon. Te conozco. Vas a estar obsesionado con el vicedelano y Reid Southern como te obsesionaste con ese idiota del bachillerato, Mitchell Kitchens.

Levanta la botella de Jack Daniel's y le da otro trago, mientras el viento le agita el cabello.

—No estoy obsesionado con él.

—¡Ja!

Me mira y abre la boca para responder, pero lo piensa dos veces y no lo hace. Simon suele bromear con que tiene alzhéimer irlandés, lo que significa que olvida todo, salvo los rencores.

—Esto es diferente —dice—. Es mi carrera. Es lo que elegí hacer con mi vida. No quiero que esto quede..., no sé..., manchado, supongo. No quiero conseguir este cargo porque me vengué del vicedecano y lo chantajeé o algo así.

—No vas a conseguir el cargo a menos que la facultad lo decida, a menos que lo ganes por mérito propio —digo—. Lo único que estás haciendo es asegurarte de que el decano no te sabotee.

Menea la cabeza lentamente, durante un buen rato.

—No, Vicky. No voy a hacerlo.

Simon se va a la cama borracho y deprimido, y más tarde de lo habitual, considerando lo temprano que se levanta por la mañana. Lo acuesto y bajo a la oficina.

Le dije a Christian Newsome que le mostraría cómo está redactado el fideicomiso que restringe el uso que Simon puede darle a su dinero, cómo impide que su esposa tenga acceso a esos fondos hasta que hayan transcurrido diez años de matrimonio. Abro el PDF de la enmienda al fideicomiso de Theodore Dobias que le otorgó a Simon su dinero, aunque con ciertas condiciones. Leo con atención esa pequeña sorpresa que Ted le dejó a Simon tras su muerte: ^(a) Ante la eventualidad de que SIMON contrajera matrimonio con una persona física (“ESPOSA”), los bienes comprendidos en el presente fideicomiso no podrán ser utilizados, asignados o dispuestos, de manera directa o indirecta, en beneficio de la ESPOSA por un plazo de diez (10) años contados desde la fecha en que SIMON hubiere celebrado dicho matrimonio con la ESPOSA. Esta restricción abarca, a mero título enunciativo, las siguientes situaciones: (1) la realización de gastos que redunden en un beneficio conjunto para SIMON y la ESPOSA, incluidos, a mero título enunciativo...

Qué maldito bastardo..., hacerle eso a Simon en contra de sus deseos. Dale el dinero o no se lo des. Pero ¿hacer lo que hizo? ¿Atarlo de pies y manos, pisotear su matrimonio antes de que siquiera empiece? Hablemos de un padre castrador.

Y, por supuesto, también está esto: En caso de que SIMON y la ESPOSA permanezcan casados durante un período ininterrumpido de diez (10) años y ninguna de las partes haya iniciado un procedimiento de nulidad matrimonial dentro de dicho plazo, la restricción establecida respecto de la libre disposición de los bienes, conforme lo previsto en el párrafo (a) precedente, quedará automáticamente sin efecto.

Si sigues casada con Simon durante diez años como una chica buena, “esposa”, y si ninguno de los dos solicita el divorcio dentro de esos diez años, “esposa”, puedes poner tus manos sucias y codiciosas en el dinero. Porque para entonces te lo habrás ganado, “esposa”.

¿Por qué eres tan cínico, Teddy? No todas las mujeres se casan por dinero. Solo algunas.

En un rincón de la habitación, la impresora empieza a escupir las páginas del fideicomiso. Me suena el teléfono, una llamada por FaceTime de las M&M, Mariah y Macy. Me pongo los AirPods para no despertar a Simon.

Cuando atiendo, es solo Mariah, la de trece años. Por lo que alcanzo a distinguir en la imagen borrosa, no parece feliz. Nadie frunce el ceño con tanta perfección como una niña de trece años.

—¡Hola, calabacita! —digo, intentando mantener la voz baja, mientras cierro la puerta de la oficina.

—Pasó —dice.

Pa... Ah, cierto.

—Está bien. Está bien. Ya sabíamos que iba a pasar, ¿no?

Asiente, pero hace una mueca de incomodidad.

—Está bien, Mariah, es normal, totalmente normal. ¿Te pusiste una compresa?

Asiente, mientras se le llenan los ojos de lágrimas. La primera menstruación es un evento bastante emocional; no tener a tu madre cerca y vivir todo eso hace que sea el doble de emocional.

—¡Genial! Entonces, escucha, ¿has hablado con tu padre?

—¡No! —grita.

—Bueno, cariño, no puedes ocultarle esto a tu padre. Él también sabía que iba a pasar.

Sí, su padre, mi excuñado, Adam, sabe que las chicas adolescentes menstrúan. Y sin su esposa, sin una mujer en la casa, estuvo aterrado por este momento. Los hombres no saben nada de anatomía femenina.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo vas a venir? —Logra formular la pregunta.

—Iré este fin de semana, cariño, ¿vale? Iré el viernes por la noche y me quedará todo el fin de semana.

—Está bien —dice, con tono de queja—, pero ¿cuándo vas a venir para quedarte?

Ah, eso.

—Noviembre —respondo—. Recuerda, ya te dije...

—¡Pero faltan más de dos meses para noviembre!

Respiro hondo. Faltan más de dos meses para noviembre, sí, pero siento que está pasando rápido.

—Mariah, cariño, voy a estar aquí siempre que necesites llamarme entre

ahora y noviembre. Iré a verte este fin de semana y pasaremos todo ese tiempo juntas. Tomaremos batidos en ese lugar que te gusta.

—Barton's.

—Barton's. Vamos a pasarlo bien. En serio —aseguro—. Noviembre va a llegar antes de que te des cuenta.

Cuando termino de hablar con Mariah, salgo al pasillo para ver a Simon. Está dormido, sumido en sus sueños de borracho sobre jurados de acusación y vicedecanos de facultades de Derecho.

Me voy a ir en noviembre, sin duda. Es lo mejor para todos, para Simon y para mí, para los dos. Y para esas chicas que me necesitan cerca. Pero no puedo dejar a Simon así. No con su futuro en la facultad pendiendo de un hilo.

Porque así es como están precisamente las cosas. Si Simon deja que el decano use su pasado en su contra, es lo mismo que hacer las maletas ahora y marcharse. Y eso lo mataría. Podría enseñar en cualquier otro lugar, sí, pero adora Chicago y adora su facultad.

Siempre tendrá la misma expresión de esta noche. Esa expresión de derrota y resignación.

No. No voy a dejar que eso suceda. Me he cansado de pedirle permiso.

El vicedecano es mío.

Levanto el teléfono y marco el número de Rambo.

—¡Señorita Vicky! —exclama a través del manos libres—. ¿No tendrías que estar durmiendo?

—Necesito tus servicios otra vez —explico—. ¿Cuándo podemos vernos?

CAPÍTULO 20

Simon

NO ESTOY “OBSESIONADO” CON MITCHELL Kitchens. Solo pienso en él de vez en cuando. Sí, estaba ese apodo, “Mini-Yo”, por supuesto. Elegía siempre los momentos más incómodos para usarlo: cuando bajaba del autobús cada mañana, frente a todos; en los pasillos llenos de estudiantes; a veces, incluso, cuando me encontraba entre la multitud en las asambleas escolares. Una vez me lo dijo delante de mi madre, un día que fue a buscarme a la oficina del director porque estaba enfermo. Pasamos por el gimnasio justo cuando Mitchell estaba entrenando con otros luchadores. (El profesor de gimnasia era también el entrenador de lucha, los luchadores aprovechaban esa hora para practicar además de su entrenamiento después de las clases).

Mi madre y yo estábamos cruzando el gimnasio cuando Mitchell empezó a gritar: “¡Es Mini-Yo! ¡Hola, Mini-Yo!”. No respondí, aunque sabía lo que significaba: solo gritaría más fuerte hasta que lo mirara, hasta que me dejara completamente humillado. Pensé que, con mi madre presente, dejaría de gritarme. Pero no lo hizo.

Ella se frenó en seco y se giró hacia él. No dijo nada. Ni siquiera vi su expresión, pero podía imaginarla. Conociéndola, con su gran intelecto y habilidades retóricas, sin duda tenía una docena de respuestas listas para dejar a un neandertal como Mitchell sin palabras. Pero solo lo miró y seguimos caminando.

Nunca mencionó el episodio. Debió de saber lo humillante que había sido y quizá decidió dejar que yo lo procesara por mi cuenta. Pero nunca lo hice.

Ojalá todo hubiera terminado en el apodo. Ya era bastante molesto. Pero no terminó ahí.

No tengo recuerdos agradables, así que es una buena señal que no esté obsesionado con él.

Anshu acaba de llegar a su oficina, al fondo del pasillo, y está metiendo la llave en la cerradura justo cuando salgo rumbo a mi clase de las ocho.

—Profesor Bindra —saludo—. Llegas temprano.

—Reuniones, reuniones y más reuniones —responde—. Las ventajas de ser titular. Oye, ¿deberías postularte para la titularidad! ¡Aún estás a tiempo!

—No empieces.

Anshu no conoce la historia completa. Sabe que el vicedecano me pidió que me hiciera a un lado para que Reid Southern se postulara sin competencia. No sabe nada de mi segunda reunión con él ni de las amenazas veladas. Y nunca lo sabrá. Eso es lo mejor de lo que hizo el vicedecano: sabe que no puedo exponerlo sin contar el resto de la historia.

Tengo suerte de que aquella historia no fuera tan conocida en Chicago. Fue la ubicación lo que evitó que llegara a los medios de la ciudad. Cuando asesinaron a mi padre, él ya no ejercía como abogado allí desde hacía años; trabajaba en el condado de Madison, en el sur del estado, donde los litigios por amianto hicieron ricos a muchos abogados y muchas empresas se fueron a la quiebra, y vivía al otro lado de la frontera en San Luis. Así que el asesinato, la investigación y el juicio sucedieron en un estado distinto.

Cuando la policía registró mi casa, estaba seguro de que todo saldría en los periódicos. Pero no ocurrió. Lo que me salvó, curiosamente, fue la repavimentación de mi calle, así que los dos coches de policía y la camioneta del equipo forense tuvieron que aparcar en el callejón detrás de mi casa, y no en el frente. Quitando a mis vecinos de atrás, los Dearborn, que no estaban en ese momento, nadie vio a los policías entrar y salir por la puerta trasera de mi casa. La policía de Grace Park colaboró en el registro, pero no filtró nada a la prensa. Algunos vecinos quizá se preguntaron qué ocurría con la policía que iba a pie, pero, si lo hicieron, nunca me lo comentaron. Además, casi nunca estaba en casa, ya que iba y venía todos los días a la facultad.

Esperé durante mucho tiempo que apareciera algún titular. Policía registra la casa del hijo de un abogado asesinado. Vecino de Grace Park investigado por asesinato en San Luis. Algo como eso. Pero nunca sucedió. Durante meses,

años, contuve la respiración, sintiendo que en cualquier momento todo se caería a pedazos y saldría a la luz. Cuando intentaron hablar con la doctora McMorro sobre nuestra conversación la mañana siguiente al asesinato de mi padre, y tuve que elevar el caso al tribunal de apelaciones de Missouri para mantener esa conversación en secreto, estaba seguro de que saldría en todos lados. Pero tampoco ocurrió. Sí salió en San Luis, pero jamás en Chicago.

Nunca lo mencioné cuando me postulé para el cargo de profesor. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Qué iba a decir? ¿Que fui una especie de sospechoso en un asesinato, pero que no encontraron nada?

Bueno, fui más que solo una especie de sospechoso. Pero nunca encontraron nada.

No sé qué esperaban encontrar cuando registraron mi casa. ¿De verdad pensaban que un asesino sería tan estúpido de dejar abundantes pruebas incriminatorias tiradas por ahí en su casa?

Era casi insultante.

“¿De verdad creen que, si iba a matar a mi padre, elegiría la noche anterior a mi último examen final?”, les dije a los policías cuando me llevaron a San Luis para interrogarme. “¿Que conduciría desde Grace Park hasta San Luis, lo apuñalaría en el abdomen, conduciría otras seis horas de regreso, casi sin dormir, y luego iría a hacer un examen a las ocho de la mañana? ¿Qué sentido tendría?”.

“Ninguno”, respondió el detective a cargo, un tal Rick Gully. “Y por eso sería la coartada perfecta”.

Fue difícil no sonreír.

Saqué un diez en ese examen final, por cierto.

—Muchas gracias, Maria —digo, aplaudiendo una vez—. Entonces, la mayoría sostuvo que la policía puede hurgar en tu basura y obtener pruebas de un delito imputado en tu contra sin una orden judicial previa. ¿Qué tiene que decir al respecto el juez Brennan? ¿Alguna otra persona que quiera responder, además de Maria, que admirablemente se ha echado la carga a la espalda hasta ahora?

No me gusta el método socrático: llamar a estudiantes al azar y presionarlos durante minutos sin piedad. Odio el estrés que genera estudiar Derecho, la

expectativa, el miedo cuando te sientas en clase y el profesor mira la lista y llama a un alma desafortunada que estará bajo interrogatorio durante la próxima hora.

No te confundas: si se ofrecen, los haré sudar. Y ellos lo saben. Pero hay maneras que promueven el debate y el pensamiento crítico, que perfeccionan y afilan la atención, y maneras que no. El miedo, para mí, no sirve.

—Brad —digo, señalándolo cuando levanta la mano.

—El juez Brennan no estuvo de acuerdo —dice.

—Sí, Brad, eso sería la definición misma de disenso, pero gracias por recordárnoslo. ¿Podría desarrollar su respuesta, caballero? —Hago una pequeña reverencia.

—Sostuvo que cuando la gente cierra el cubo de basura espera que su contenido se mantenga privado. Tiramos cosas a la basura porque tenemos que hacerlo, pero no esperamos que alguien abra la bolsa y la empiece a revisar.

—Pero sí esperamos que los basureros se la lleven, ¿cierto? —digo.

—Esperamos que se la lleven y la tiren en un vertedero —explica—. No que la abran y la revisen.

—Pero cuando dejas algo en la calle, ¿no estás renunciando a tu derecho de posesión? ¿No le estás diciendo al mundo que ya no lo quieres?

—Bueno, sí, puede ser.

—Y si ya renunciaste a tu propiedad, ¿por qué tendrías derecho a controlar qué se hace con ella? ¿Por qué podrías rechazar lo que sea que le ocurra?

Hay muchísimas respuestas posibles a esa pregunta, muchas excepciones y sutilezas; el alma del derecho, lo que lo vuelve tan glorioso. Lo importante no es memorizar definiciones, sino aprender a pensar, a encontrar esas excepciones, a defender tu postura, a resaltar fortalezas y minimizar debilidades. A luchar con pasión y razón.

Al terminar mi primera clase, camino desde la facultad hasta el edificio Chicago Title & Trust y llego a las diez. Una vez en el vestíbulo, con mi vaso de Starbucks, inserto la tarjeta SIM y enciendo mi teléfono verde. Escribo: ¿Y cómo estamos esta mañana?

Responde enseguida: Bueno, hola, extraño.

Al parecer, se convirtió en su saludo favorito. Mi respuesta: ¿Extraño? No

creo que pueda ser más extraño de lo que ya soy.

Responde:

Qué te parece “hola, moreno guapo y alto”.

Sonrío. No soy tan alto, mi cabello no es tan oscuro y “guapo” es una exageración..., pero lo acepto. Incluso estoy dispuesto a ignorar que no haya usado signos de interrogación. Me vibra el teléfono otra vez: No eres extraño, eres enigmático.

Qué bien que lo diga. Pero no, soy extraño. Mi teléfono vibra otra vez: Me gusta tu oscuridad. Me gusta ser tu luz.

Suspiro. Al menos algo en mi vida está saliendo bien.

CAPÍTULO 21

MARTES, 30 DE AGOSTO DE 2022

Es un viaje divertido y emocionante, pero al final hay un acantilado. ¿Así se siente ser un adicto? ¿Tomar algo porque nada en el presente importa más que esa sensación que la pastilla o el polvo te ofrecen, aun cuando sabes que ese camino te llevará directo a la destrucción? Lo haces de todas maneras, ~~porque tú~~ No, no basta con decir que “lo haces de todas maneras”, no solo lo haces, sino que no quieres nada más que hacerlo, te aferras a la autodestrucción por encima de cualquier otra cosa. Entonces, ¿eso significa que ese siempre fue el objetivo? ¿Que lo que realmente buscas es destruirte, pero no puedes ser lo suficientemente honesto contigo mismo para admitirlo, y entonces envuelves todo en una excusa superficial que te da un placer temporal, como el efecto de una droga?

Quiero decir, si el objetivo es en verdad la autodestrucción, ¿por qué no les ahorro tiempo a todos y busco un cuchillo o una pistola y acabo con todo de una vez? No lo harías, ¿verdad? No. Porque no buscas el final, sino el sufrimiento, el dolor, la caída, la creciente ruina, mientras tu cuerpo se deteriora o tu cuenta bancaria se vacía, mientras decepcionas a quienes te quieren. Quieres verte degradarte lentamente. Quieres castigarte.

¿Es eso lo que estoy haciendo contigo? ¿Eres mi adicción, Lauren? ¿Me estoy castigando al involucrarme otra vez contigo, sabiendo que tarde o temprano me abandonarás de nuevo? ¿Estoy avanzando a toda velocidad hacia un acantilado?

A veces, me siento así, cuando estoy acostado en la cama por la noche, pensando en lo que estamos haciendo y hacia dónde vamos, con esta sensación persistente de incredulidad ante la posibilidad de que todo sea real. Me cuestiono tu amor. Me cuestiono tu compromiso. Me convengo de que un día vas a despertarte, vas a preguntarte qué tengo de especial y no te va a gustar la respuesta.

Y si eso pasa, no sé qué voy a hacer. Ahora mismo, no hay nada en mi vida que tenga más sentido que tú.

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 22

Jane

—VALE, ESCUCHEMOS —DICE EL JEFE Ray Carlyle después de entrar a la sala de reuniones improvisada en la comisaría. Llegó hace noventa minutos, aunque primero pasó por la casa de los Betancourt, donde Jane lo guio en un recorrido y lo puso al tanto de las novedades.

La sargento Jane Burke mira hacia arriba, parpadea y enfoca la vista. Siempre tuvo una excelente visión, pero ahora, a los treinta y siete años, ha empezado a coquetear con la idea de usar gafas de lectura. Después de pasar cuarenta y cinco minutos leyendo las transcripciones de los mensajes del teléfono rosa que encontraron en la casa de Lauren Betancourt, desearía tener un par.

Fuera de la sala, la comisaría está rebosante de actividad. Todos ponen manos a la obra. Los doce oficiales de patrulla de guardia coordinan con el equipo forense de Delitos Graves; cuatro de los seis sargentos de la comisaría, el jefe y el subjefe prestan su completa atención. Jane comprende que gran parte de su trabajo, a partir de ahora, consistirá en manejar a todas estas personas.

—El teléfono desechable de Lauren solo tiene un contacto agendado —dice—. No hay registros de llamadas. Solo mensajes. Bueno, salvo algunas llamadas perdidas justo antes de Halloween, pero, excepto eso, solo mensajes.

—Entonces, el teléfono tenía un propósito específico.

—Sí —asegura el sargento Andy Tate—. Como suponíamos, esos dos mantenían una relación.

—¿Asumo que no hay ningún nombre?

—Sería demasiado fácil —dice Jane, hojeando una pila de papeles—. Fueron muy cuidadosos. En todos los sentidos. Se escribían dos veces por día, a las diez de la mañana y a las ocho de la noche. A veces, se saltaban alguna de esas sesiones, pero cuando se escribían, siempre era en ese horario.

El jefe Carlyle asiente.

—Les funcionó siempre. Tenían que asegurarse de estar lejos de sus parejas.

Al menos Lauren. Quién sabe si su tipo especial estaba casado...

—En una primera lectura de los mensajes, tampoco nos quedó claro si estaba casado o no —explica Andy Tate—. Pero vamos a revisarlo todo con detalle. Por más cuidadosos que hayan sido, tiene que haber algo.

—Empecemos por el final, jefe —sugiere Jane—. El último mensaje que envió el agresor. Está en la última página.

El jefe Carlyle levanta el montón de papeles impresos y pasa a la última página. Jane lee en silencio junto a él: Lunes, 31 de octubre, 22.47

Lo siento, Lauren. Lamento lo que hice y lamento que no me amaras. Pero no lamento haberte amado como nadie más lo hizo. Iré contigo ahora. Espero que me aceptes y me dejes amarte como no podrías hacerlo en esta vida.

—Ajá. “Lamento lo que hice”. Entonces, tenemos una confesión. “Iré contigo ahora”... “Espero que... me dejes amarte como no podrías hacerlo en esta vida”. Entonces, ¿el agresor decidió hacernos un favor y se quitó la vida?

—El jefe mira a Jane—. ¿Alguna posibilidad de que haya tenido la amabilidad de avisarnos dónde pensaba cometer ese acto tan altruista?

—Tenemos un informe de toda la zona con muertes sospechosas que ocurrieron anoche —dice Jane—. Lo sabremos pronto.

El jefe sonríe.

—¿Algún indicio de cómo se llegó a este punto?

—La última noche en particular —dice Jane—. Halloween. Pase dos páginas hacia delante.

El jefe Carlyle pasa las páginas. Jane lee a la par los mensajes del 31 de octubre, una vez que los niños dejaron de pedir dulces:

TELÉFONO DEL DESCONOCIDO	TELÉFONO DE LA VÍCTIMA (PRUEBA #1)
Lunes, 31 de octubre, 20.09 ¿Truco o trato?	
Lunes, 31 de octubre, 20.12 ¿Hola? ¿Estás en casa? Necesito hablar contigo.	
Lunes, 31 de octubre, 20.14 Probando... probando... 1, 2, 3... probando, probando... 1, 2, 3.	
	Lunes, 31 de octubre, 20.15 No estoy en casa, te dije que salí de la

	ciudad.
TELÉFONO DEL DESCONOCIDO	TELÉFONO DE LA VÍCTIMA (PRUEBA #1)
<i>Lunes, 31 de octubre, 20.16</i> Qué raro, juraría que te acabo de ver cruzando la sala, ¡debo de estar viendo fantasmas!	
	<i>Lunes, 31 de octubre, 20.16</i> ¿¿¿Estás en mi casa???
<i>Lunes, 31 de octubre, 20.17</i> Solo quiero hablar, eso es todo.	
	<i>Lunes, 31 de octubre, 20.18</i> No tenemos nada de qué hablar, por favor, vete, ¡por favor!
<i>Lunes, 31 de octubre, 20.18</i> Déjame entrar, trátame como un adulto. Sé que todavía me amas. ¿Por qué finges que no?	
	<i>Lunes, 31 de octubre, 20.19</i> Vete y COMPÓRTATE como un adulto. Lo siento, de verdad lo siento, pero se terminó.
TELÉFONO DEL DESCONOCIDO	TELÉFONO DE LA VÍCTIMA (PRUEBA #1)
	<i>Lunes, 31 de octubre, 20.21</i> ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?
	<i>Lunes, 31 de octubre, 20.22</i> Deja de patear la puerta, voy a llamar a la policía.
<i>Lunes, 31 de octubre, 20.23</i> Adelante, llámalos, atrévete.	
	<i>Lunes, 31 de octubre, 20.25</i> Te dejaré entrar si me prometes que vas a estar tranquilo.
<i>Lunes, 31 de octubre, 20.26</i> Lo prometo, lo juro.	

El jefe silba.

—Mierda, si eso no resuelve el caso, no sé qué otra cosa lo haría. Se hartó de él y lo dejó, y él no puede soportarlo. Va a la puerta de su casa, la acosa. Le escribe, ella miente, dice que no está, él la llama porque la ve por la ventana. Monta una escena fuera, le pateo la puerta. Y ella lo deja entrar. Y él la mata.

—Y todo eso mientras viste un disfraz de la Parca —agrega Andy—. Una noche muy muy oscura.

—Bueno, que use el disfraz que quiera —dice el jefe—. No va a llegar lejos ahora.

ANTES DE HALLOWEEN

Septiembre

CAPÍTULO 23

Vicky

DESPUÉS DEL DÍA DEL TRABAJO, vuelvo a la oficina de Christian, otra vez a las cuatro de la tarde. Cuando termino de leer su propuesta, lo miro. Todavía tiene esa barba un poco crecida y se ve igual de atractivo, el mismo estilo de traje caro y discreto, el cuello de la camisa abierto, y esa expresión engreída, como si supiera que hoy conseguirá otra victoria.

—¿Agua? —pregunto.

—Es el futuro —dice—. El agua es escasa. Y esa escasez se va a volver cada vez más real a medida que la población siga creciendo como lo viene haciendo. Menos de una décima parte del uno por ciento del agua del mundo puede usarse para alimentar y nutrir a siete u ocho mil millones de personas.

—Guau.

—Exacto —dice, señalándome con la punta del bolígrafo—. Entonces, ¿cómo nos adelantamos? Podríamos invertir en zonas donde el agua es abundante y transportarla, pero no es viable. Las barreras de entrada son demasiado altas.

—¿Las barreras...?

—Es difícil transportar agua. Necesitas acueductos, lo que trae numerosos problemas. Son costosos, tienen mala fama, generan conflictos con la propiedad privada. Alteran ecosistemas. Y piensa en esto: estás extrayendo agua de su fuente original. El impacto para el medioambiente, la vida acuática, la vegetación, las costas..., podría ser catastrófico.

—Entonces, ¿qué haces?

—La manera de invertir en agua es a través de los alimentos. Es la manera menos conflictiva y controvertida de redistribuirla. No transportas el agua, produces alimentos en áreas donde el agua es abundante y los vendes en zonas más áridas. ¿Sabes cuánta agua se necesita para producir siquiera pequeñas cantidades de alimentos? Poco más de siete mil quinientos litros para producir

cuatrocientos gramos de carne vacuna. Y vender alimentos es rentable, ¿no? Así que eso garantiza una redistribución sostenible, lo que significa que la industria no dejará de hacerlo.

—Entonces, compramos una granja.

—Exacto. Mira los retornos que conseguimos. Les di a mis inversores un retorno de la inversión de más del trescientos por ciento. Los próximos cinco años van a ser incluso mejores. Tú me das veintiún millones de dólares y yo te doy cien millones en cinco años. Te lo prometo, Vicky, te voy a llevar al viaje de tu vida.

Respiro hondo. El viaje de mi vida, sin duda. Cuando tenía seis años, tuve que atar una cinta alrededor de mi zapato izquierdo porque la suela se había despegado por completo y no podía comprar otros. Caminé cojeando todo ese año para evitar que se me saliera el zapato. Cuando tenía dieciocho años y vivía sola, empecé a donar plasma una vez por semana para tener algo de dinero. Cuando tenía veinte, me acosté con el dueño del apartamento donde vivía para pagar la renta.

Como no respondo, Christian agrega: —Si no te sientes cómoda con ese riesgo, dame diez millones y los convertiré en cincuenta. Invertiremos los otros diez en acciones asiáticas. Eso también va a dispararse hasta la luna, aunque no tanto como el agua. Pero quizá diversificar te haga sentir más segura.

Para cuando tenía veinticuatro años, el sexo era la única manera que conocía de sobrevivir. Era transaccional. Fui escort en Indianápolis. Conocí a una mujer que me enseñó que la mejor manera de sobrevivir como prostituta era tener a algunos policías entre mis clientes. Ellos se asegurarían de que nunca me arrestaran, me defenderían si alguien intentaba pasarse de listo. La mayoría de mis clientes eran hombres casados con dinero que buscaban algo de emoción en sus vidas. Y policías. Y cuando no era una transacción directa, era indirecta. Aprendí a hacer que los hombres hicieran cosas por mí. Cenas caras que terminaban en mi habitación o en la suya, pero que para mí significaban dos días de sobras en la nevera.

Las cifras de las que habla Christian son tan reales para mí como viajar a Marte.

—O no hacemos nada de eso —agrega.

Salgo de mis pensamientos y vuelvo a enfocarme en él.

—Escucha, Vicky, esto no es para todos —dice—. Mis inversores adoran el lado positivo de mis inversiones y no les preocupan demasiado los riesgos.

Pueden arriesgar veinte millones en el mercado porque tienen muchísimo más. Tú no. Lo entiendo. Y sí, veinte millones es mucho dinero. Podrías ser más conservadora, invertir en bonos de bajo riesgo o algún fondo indexado, vivir en gran parte de los intereses y gastar el capital poco a poco. Vivirías cómoda. Muy muy cómoda toda la vida. Si eso es lo que quieres, entonces, deberías hacerlo. Yo puedo encargarme de organizarlo todo por ti. O puedes usar a cualquiera de los otros tipos con los que te reuniste. Sin remordimientos. No quiero presionarte.

Levanto la vista de la propuesta.

—¿Diseñarías una cartera de bajo riesgo para mí?

—Si es lo que prefieres.

—Pero tú no haces eso. Quiero decir, todo lo que leí sobre ti... No es a lo que te dedicas.

—No, es verdad. De hecho, nunca lo he hecho.

—Pero lo harías por mí.

—Sí, claro —dice encogiéndose los hombros.

—¿Por qué? —pregunto.

—Bueno..., me gustas —responde—. Me gusta tu estilo.

Exactamente lo que creí.

Asiento despacio y veo que él mantiene el contacto visual. Finalmente, aparto la mirada hacia el sofá de cuero en un rincón. Luego vuelvo a mirarlo. Todavía me mira con intensidad.

—¿Tienes otra cita hoy?

Hace una breve pausa.

—No —responde.

—¿Y la recepcionista? ¿Cuándo se va?

Mira hacia la puerta, más confiado ahora que entiende perfectamente lo que insinúo.

—A las cinco.

—Podrías darle un descanso hoy, hacer que se vaya antes —sugiero.

Ahora está seguro y sabe cómo manejarlo.

—Podría hacerlo.

Sonrío de un modo travieso.

—Entonces, hazlo.

Pulsa un botón en su teléfono.

—Emily, no tengo nada más hoy. ¿Por qué no te tomas el resto del día?

Me pongo de pie y desabrocho mi vestido, tomándome mi tiempo con cada botón, sin dejar de observar cómo me mira. Mi vestido cae al suelo. Me quito los tacones y me inclino sobre el escritorio.

—Creo que voy a ir por la primera opción, señor Newsome —digo—. Lléveme en el viaje de mi vida.

CAPÍTULO 24

Vicky

—QUIZÁ TENÍAS RAZÓN SOBRE LO del agua —digo—. Porque necesito un poco de agua ahora. —Desenredo mi cuerpo sudado del de Christian y me levanto del sofá.

—En la nevera, junto a la barra —indica—. Cielos, ¿dónde están mis modales? —Tiene esa mirada engreída y autocomplaciente que los hombres ponen cuando creen que han cambiado mi mundo.

Estuvo bien. No tan bien como él cree, pero bien. Sabe lo que hace. Es solo que nunca llegué al punto de encontrar intimidad en el sexo. El placer breve e intenso es lo máximo que puedo conseguir, en un buen día.

Saco una botella para cada uno y regreso al sofá. Se incorpora y se queda sentado, lo que le da otra oportunidad de mostrar sus abdominales marcados. Tiene un gran cuerpo, lo admito. El tipo debe pasar horas al día en el gimnasio. Quienquiera que haya comparado el fisicoculturismo con la masturbación tenía un razón.

Christian bebe un trago de agua y suelta un suspiro de satisfacción.

—Bueno, señora Dobias, eso estuvo...

No digas maravilloso. Por favor, no.

—... divertido.

—Tienes mucha energía —digo.

—Solo para ti.

—Apuesto que les dices eso a todas las chicas. —Bebo un trago de agua y cojo mi teléfono. Faltan quince minutos para las siete. Estuvimos haciéndolo durante dos horas. Mañana me va a doler todo el cuerpo. Hace mucho que no practico. Hace meses que no tengo sexo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice.

—Dispara.

—¿Alguna vez hiciste esto?

Me pongo la ropa interior y abrocho el sostén.

—¿De verdad quieres que responda eso?

—Sí.

—¿Seguro? ¿No preferirías quedarte en tu burbuja de fantasía masculina en la que tú eres el único capaz de desatar a la tigresa que tengo en mi interior?

—Guau —dice, y luego ríe.

Me inclino sobre él, cara a cara.

—No, Christian, nunca hice algo así. Fui una buena chica durante los últimos diez años.

Me pongo el vestido, un poco arrugado ahora. Mientras empieza a subirse los pantalones, dice: —Por cierto, nunca hemos hablado de cómo está redactado el fideicomiso.

—¿Qué le pasa?

—Nunca vi algo escrito de esa manera, pero lo que me contaste es bastante preciso. Es válido y ejecutable. Tienes que permanecer casada por diez años antes de poder tocar ese dinero.

—Ni me lo digas. ¿Y qué hay de lo que te pregunté?

—¿Si puedes gastarlo sin su aprobación una vez que lo tengas?

Me vuelvo hacia él y lo miro.

—Sí, eso.

Me mira sin expresión alguna por un momento y luego me guiña un ojo.

—Sí, puedes. Mi abogado se encargará de redactarlo para asentararlo por escrito y, si Simon lo firma, no tienes nada de qué preocuparte. Vas a poder gastar ese dinero como quieras. Es probable que estés bien igual, pero es mejor si él lo firma.

—Lo hará —aseguro—. Simon confía en mí.

Ambos nos quedamos en silencio ante la ironía.

—Me preocupo por él —agrego—. No quiero que salga perjudicado. No es mi intención.

—Claro que no. —Agita una mano—. Con el dinero que te voy a hacer ganar, pase lo que pase, él va a ser más rico de lo que jamás soñó.

Asiento, aparto la mirada y empiezo a recoger mis cosas.

—¿Qué pasa después? —pregunta.

—¿A qué te refieres? Haré que firme lo que sea que me des.

—No —dice—. Me refiero a... esto. Nosotros. —Me lo quedo mirando y agrega—: Lo que sea que decidas está bien. Sin presión.

—¿No suele ser la chica la que hace esa pregunta?

Ríe.

—Puede ser.

—Bueno, ahora la chica pregunta —digo—. Dímelo tú. ¿A dónde va esto?

—Yo... —Hace un gesto con la mano—. Ya te lo dije: me gustas.

Esta vez es mi turno de guiñarle un ojo.

—Yo te escribo —digo. Siempre déjalos con ganas de más.

CAPÍTULO 25

Christian

DESPUÉS DE DARLE DURO A Vicky en el sofá de mi oficina durante las últimas dos horas, llego a casa cerca de las ocho. El sexo con una mujer casada es el mejor, porque tú eres como una válvula de presión, como su Discovery Channel, no como sus esposos viejos venidos a menos con los que follas por obligación o gratitud. Hay que ver las cosas que logré que hicieran las mujeres casadas.

Hablando de sofás: Gavin ya está en el mío, con una cerveza en la mano, ocupado en su portátil.

—Joder —dice—. Llegas tarde. Espero que al menos hayas follado. — Levanta la vista cuando entro—. Ah, sí, has follado. ¿Quién es la psiquiátrica afortunada?

Hago un movimiento como si estuviera jugando al básquet.

—Lanza y... ¡anota! ¡La multitud no puede creerlo!

—¿En serio? ¿La Número 7? ¿La tetona de los veinte millones?

No usamos nombres. Nunca oyó el nombre de Vicky y nunca lo hará. Vicky, para Gavin, es solo “la Número 7”. Mi séptimo objetivo.

Ese anonimato, esa muralla china, es lo que mantiene nuestra amistad sin problemas. No quiero saber lo que hace él con sus estafas financieras y él no quiere saber lo que yo hago con las mías. Por más que confíe en él, mi amigo desde la infancia, si alguna vez lo atrapan con sus chanchullos, podría verse tentado a aligerar la condena entregándome. Y él tiene el mismo miedo de mí, al revés. No creo que lo haga ni creo que yo lo hiciera si los federales alguna vez me atraparan, pero evitar siquiera la posibilidad mantiene todo limpio y sin complicaciones.

No, en este apartamento, Vicky Lanier Dobias es solo “la Número 7”. Cuando Gavin montó el plan financiero, dejó en blanco el espacio para el nombre. Yo lo completé después y lo imprimí.

—Es mía, G. La pesqué como a una lubina negra.

Hace a un lado su portátil.

—Bueno, Nicky Pescador, bien por ti. —Hago una reverencia exagerada—. Cuéntame. Necesito detalles.

Cojo una botella de whisky escocés de la barra. Volví a Chicago este verano, después de terminar mi último trabajo. La Número 6 vivía en Lexington, Kentucky: una mujer de cincuenta y tres años que dejó a su esposo por mí y, tras el acuerdo de divorcio, recibió un millón de dólares que me dio para invertir. Salí corriendo enseguida, claro, y mantuve un perfil bajo unos meses antes de regresar a Chicago, donde vive Gavin y cerca de donde crecimos.

—Un caballero nunca revela la vida privada de las personas —digo.

—Está bien, bueno, avísame si algún día aparece ese caballero. Mientras tanto, échame una mano. Follas veinte veces más que yo.

—O sea, ¿veinte a cero? —Sirvo un par de dedos de escocés, levanto el vaso para brindar y me lo bebo de un trago, seguido de un chasquido de satisfacción.

—Vamos, Nick.

Agito un dedo.

—No me llames así.

—Ah, lo siento. Christian. ¿Por qué cojones elegiste ese nombre para mantenerte de incógnito?

Me tomo otra copa. Prefiero las bebidas destiladas, no tienen carbohidratos.

—Porque nadie elegiría un nombre como Christian para estar de incógnito.

Habría preferido que Gavin no supiera mi alias. Es el único fallo en mi plan de separar nuestra amistad de nuestra relación profesional. Pero él se encarga de crearme la identidad falsa y todo lo que viene con ella: historial crediticio falso, experiencia laboral falsa, carnet de conducir falso y tarjetas de crédito falsas, diplomas y certificados falsos, incluso esos artículos inventados de *Fortune* y *Newsweek*. No podría hacerlo sin saber que uso el nombre Christian Newsome.

Me desplomo en una silla.

—No es broma, G, esto es lo que necesitamos. Y eso que yo creía que la Número 5 había sido grande.

—¿La Número 5 era la de Milwaukee? Esa sí fue grande. Fueron un par de millones, ¿no?

—Sí. Una mina de oro en su momento. Pero ¿esta? ¿La Número 7? ¿Veinte millones de dólares? Si consigo esto, no vuelvo a trabajar en toda mi vida. Me

retiro a los treinta y cuatro años y a la mierda con todo. Es como ganar la lotería.

—¿Le gustó la propuesta? ¿Lo del agua? ¿Lo de las acciones asiáticas?

—Todo. Es real, ¿no? Dijiste que era real.

—O sea..., básicamente, sí —dice—. La gente está especulando con el valor del agua ahora. Pero ¿un retorno de inversión como el que prometiste en cinco años? Olvídalo. Pero ¿qué sabe ella?

—No sé —respondo—. Ni me importa.

Menea la cabeza.

—¿Por qué siempre tienes tanta suerte? Yo me rompo el culo por cincuenta, quizá cien mil dólares por caso. Y tú estás robándole veinte millones a esta tipa sexy y encima te la puedes tirar.

—Me la estoy tirando para poder robarle. Además, ella fue quien lo inició. ¿Qué quieres que haga? Se desabrocha el vestido, lo deja caer en medio de mi oficina, queda completamente desnuda y ¿quieres que le diga que no estoy interesado? Nos vamos a olvidar de ella en un abrir y cerrar de ojos. Nunca la voy a volver a ver.

—¿Se desabrochó el vestido? ¿En plena reunión? ¿Por qué mierda no me pasan esas cosas?

Porque tu dieta es la misma desde cuarto curso. Porque no haces quinientos abdominales al día ni pasas dos horas levantando pesas y haciendo escaladores. Porque eres un hijo de puta enorme y aterrador, incluso aunque eres mi mejor amigo.

—Pero la Número 7 es diferente —digo.

—¿Qué? ¿Ahora te preocupas por ella?

—Joder, no. Me refiero a que no necesito que se enamore de mí ni que deje a su esposo.

Por lo general, así es como funciona. Es el único patrón que se repite operación tras operación. Necesito que se divorcien de sus esposos, que ni siquiera saben que existo, mucho menos que me estoy acostando con sus esposas. Entonces, puedo controlar el dinero y desaparecer. Es la estafa perfecta, porque ellas mantienen todo en secreto por razones obvias y suelen sentirse tan avergonzadas y humilladas que no quieren denunciar nada a la policía. Las convengo de que mantengan sus pretensiones de divorcio bajas para que sus esposos acepten una salida rápida: un pago único que no les molestaría soltar con tal de terminar el asunto de una vez con un descuento. El

descuento es lo único negativo, sí, pero me permite seguir siendo anónimo y decir adiós.

La manera en que lo hago varía y eso también es a propósito. No puedo repetir la misma estafa una y otra vez o se terminaría convirtiendo en mi marca registrada. Un par de veces elegí la del inversor pez gordo, como ahora con Vicky, pero la última vez fue hace varios años con la Número 4 en Santa Fe. Puedo ser todo lo que sea necesario: instructor de aeróbic con la Número 3 en Naples, aspirante a actor y camarero con la Número 2 en Sacramento, estudiante de posgrado con la Número 6 en Lexington. Encuentro a la mujer que quiero —o a veces, ella me encuentra—, hago que me quiera, se la robo a su esposo, pongo mis manos en el dinero.

—La Número 7 es diferente —digo—, porque no necesito que deje a su esposo. Lo tiene contra las cuerdas. Puede hacer lo que quiera con el dinero. Y estoy seguro de que planea hacer exactamente eso.

Gavin ahora lo entiende; se inclina hacia delante y me señala.

—Entonces, ¿no tienes la mitad o una fracción del acuerdo de divorcio? ¿Te quedas con todo?

—Me quedo con los veinte millones —respondo—. Veintiún millones, de hecho.

—Increíble. Eres un suertudo hijo de puta.

—Y tú vas a recibir tu diez por ciento, amigo. Tú también vas a estar bien.

Diez por ciento para Gavin porque no podría hacer nada de esta mierda sin las identidades que crea para mí y, en este caso, su conocimiento financiero.

—Pero el problema es que tengo que estar con un pie dentro y otro fuera —explico—. Tengo que mantenerme austero hasta noviembre, que es cuando ella recibe el dinero.

—Ah, la cláusula del fideicomiso, cierto. —Gavin también revisó el fideicomiso por mí, aunque tapé el nombre de Simon para mantener el anonimato, y el de Vicky nunca apareció; solo “ESPOSA”—. Si quiere seguir follándote, entonces, hazlo —agrega—. Y si no, si solo fuiste algo de una vez y no quiere llevarlo más lejos, vas a tener que aceptarlo. Pero no solo aceptarlo, vas a tener que asegurarte de que esté cómoda con todo esto. Si empieza a sentirse culpable por engañar a su esposo y tú eres un recordatorio constante de esa culpa, puede que decida llevarse el dinero a otra parte.

Eso lo resume a la perfección. Entre ahora y el 3 de noviembre, tengo que

manejar esto a la perfección. Tengo que mantener todo tal como ella quiere para que esté cómoda.

—Pero apuesto lo que quieras a que no siente ni una pizca de culpa —digo—. Hizo exactamente lo que quería hacer. No parecía tener dudas. No, la Número 7 pagó sus deudas durante los últimos diez años. Ahora por fin va a recibir lo que le corresponde. No va a dejar que algo tan insignificante como la culpa se interponga en su camino.

CAPÍTULO 26

Simon

—MI NOMBRE ES SIMON DOBIAS —digo a la sala. Trece personas. Dos nuevas (un hombre con el cabello que le asoma por debajo de una gorra de béisbol y una mujer de mediana edad vestida de negro) y las once de siempre; todas sentadas en sillas plegables baratas en el sótano oscuro de la iglesia.

”Para quienes vienen por primera vez, y para quienes no, bienvenidos a Supervivientes del Suicidio. Lo primero que quiero decirles es que aquí no hay reglas. Pueden venir e irse cuando quieran, por supuesto. Nadie les va a hacer sentir culpables si dejan de venir y luego regresan. Nadie va a asignarles un padrino que los hostigue para que hagan cosas. No tenemos doce pasos ni ningún paso. Nadie va a obligarlos a hablar. Si solo han venido a escuchar, entonces, solo escuchen. Y si alguna vez quieren llamarme, tienen mi número en la pizarra.

”Ya sé que está de moda eso de hablar de espacios seguros. Pienso mucho en toda esa mierda, para ser honesto, pero este de verdad es un espacio seguro. Solo queremos ayudarles. Creo que podemos hacerlo. Todos atravesamos situaciones similares.

Me aclaro la garganta y respiro hondo.

—Mi madre se suicidó hace dieciocho años —cuento—. Dijeron que fue una sobredosis accidental. Pienso que mi padre de verdad se lo creyó. Y les aseguro que ojalá yo también lo hubiera creído. De verdad. Porque un accidente..., bueno, es una tragedia, es horrible, pero no te echas la culpa a ti mismo. Un accidente es solo una de esas cosas aleatorias que ocurren. Pero no soy tonto. Su sobredosis no fue un accidente.

”Mi madre era una profesora de Derecho brillante y también corría maratones. Amaba la vida. Amaba todo de la vida. Cantaba fatal, pero eso nunca le impidió hacerlo a todo volumen. Tenía un chiste tonto o algún juego

de palabras para cada situación. También se reía como una hiena y era una risa muy contagiosa. Y era la persona más inteligente que conocí.

”Pero luego tuvo un accidente cerebrovascular, uno bastante grave, y perdió mucho de lo que tenía. No pudo volver a enseñar. No pudo volver a correr o siquiera caminar. Quedó confinada a una silla de ruedas. Tomaba una cantidad enorme de medicamentos para toda clase de cosas, incluidos analgésicos. Mi padre..., bueno, mi padre no era exactamente Florence Nightingale. No era un cuidador. Contrató a alguien para que se encargara de mamá y yo también intenté ayudar, justo cuando estaba empezando a estudiar en la universidad.

”Luego nuestra situación financiera se fue a pique. Teníamos algo de dinero, bueno, en realidad, bastante, pero mi padre tomó algunas malas decisiones y lo perdimos todo. Terminamos arruinados. Él era abogado y se las arregló para conseguir algo, aunque no lo suficiente para pagarle a una cuidadora a tiempo completo. Era demasiado caro. Así que tuvimos que despedirla.

”Mi padre dijo que lo único realista era internar a mamá en alguna institución o residencia. Pero yo no quería eso. Le dije que me quedaría en casa después de clase. Me tomaría un año o dos y la cuidaría hasta que encontráramos una solución.

Suspiro.

—Mi madre tuvo una sobredosis de analgésicos opioides. Probablemente fue una mezcla de factores. Perder la movilidad, perder la capacidad de hacer las cosas que amaba, la idea de no estar en nuestra casa con nosotros y, siendo honestos, es probable que el ictus le hubiera afectado un poco la capacidad cognitiva. No sé con certeza qué la llevó al límite.

De hecho, sí lo sé. Pero voy a dejar esa parte fuera.

Los secretos, las mentiras. No le cuento esa parte a la gente.

No le cuento que mi padre le rompió el corazón. Que la engañó. Que, en sus últimos días, mi madre sabía que su esposo ya no la quería. Que no solo había perdido la movilidad del cuerpo y parte del funcionamiento de su cerebro, sino también el amor y la lealtad del hombre que había prometido dar la vida por ella en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separara.

No le digo que yo sabía que mi padre la engañaba, que lo descubrí, que no se lo conté a mi mamá porque sabía que eso la destrozaría, que fui cómplice de su traición, que podría haber hecho más para detenerlo, que, si lo hubiera hecho, quizá todo habría sido distinto.

No menciono esa parte porque, ejem, suena como un móvil para matar a mi padre. Y esa investigación en San Luis sigue sin resolverse. Los casos de asesinato no prescriben.

—No supe cómo manejar su muerte —digo—. Hice estupideces, me metí en problemas. Pasé un tiempo internado. Tengo suerte de que no terminara peor. Nada cambió hasta que dejé de ser violento y empecé a escuchar que podía volver a dejar la cabeza fuera del agua. Hablé con toda clase de terapeutas, que me explicaron que abordamos el suicidio desde el prisma del control. Creemos que podemos controlar otras cosas y a otras personas. Entonces, cuando un ser querido se quita la vida, creemos que podríamos haberlo evitado, que teníamos el control, y lo echamos todo a perder. Estamos tan poco dispuestos a soltar esa idea de que tenemos el control de las cosas y las personas que nos rodean que preferimos sentirnos culpables por el suicidio antes que aceptar que nunca tuvimos el control.

Este consejo, en mi experiencia trabajando con otros supervivientes, es impagable. Ayuda a la mayoría de las personas. A mí no, pero a la mayoría sí.

No, la persona que me salvó fue Vicky. Y yo la salvé a ella. Aquí fue donde nos conocimos, en Supervivientes del Suicidio. La pérdida de su hermana, Monica, había sido mucho más reciente que la mía, pero, cuando hablamos, a solas, nos ayudamos. Lo atravesamos juntos. Hicimos un pacto.

Un plan de ataque, como lo llamó Vicky: declararle la guerra a nuestro dolor.

Ocurrió una noche de jueves. El día siguiente sería mi último día en el bufete de mi padre ese verano, antes de empezar mi primer año en la Universidad de Chicago. Había ahorrado algo de dinero que gané durante esos meses y le compré un regalo. Era una tontera, solo un trofeo pequeño: una balanza dorada que simbolizaba la justicia, con las palabras “Bufete de abogados de Theodore Dobias” grabadas en la base de madera.

Esperé hasta el final para ir a buscarla. Él creyó que ya me había ido a casa, pero, en cambio, pasé por la joyería para retirarla, hice un poco de tiempo en el centro, mientras todos salían de trabajar, y luego subí a su oficina después de las siete.

Era raro que alguien estuviera en el estudio a esa hora. Los abogados de lesiones personales no cobran por hora, a diferencia de los especializados en

derecho penal, a quienes se les paga por hora facturada (es decir, el tiempo que les lleva terminar una tarea). Los abogados como mi padre suelen ser más eficientes con sus escritos y no se quedan toda la noche despiertos, a menos que estén preparándose para un juicio. Además, los juicios ya no son tan comunes, así que las probabilidades de que hubiera alguien en la oficina eran mínimas.

Usé mi tarjeta magnética y entré. Las luces de la recepción estaban apagadas y, por lo general, la última persona en irse las apagaba. Pero, al cruzar la segunda puerta de vidrio, vi de inmediato que la luz de su oficina estaba encendida y se filtraba por debajo de la puerta cerrada. Me detuve a pensar. Mi plan era dejar el regalo en su escritorio para que lo encontrara el viernes por la mañana, cuando llegáramos juntos al trabajo. No iba a ser posible si él seguía allí, pero al menos podía escabullirme hasta mi cubículo, esconderlo y entregárselo al día siguiente.

Entonces, oí un sonido. Mi primera reacción fue pensar que le había pasado algo. Lo imaginé moviendo algo pesado. Quizá se había hecho daño al mover un mueble o algo por el estilo. O quizás incluso le estaba dando un ataque cardíaco.

A veces, en retrospectiva, me regaño por haber sido tan inocente. Pero bueno, tal vez era normal que un adolescente no saltara de inmediato a la peor conclusión posible respecto de su padre.

Me acerqué despacio a la puerta, cuidando mis pasos sobre la alfombra, mientras los quejidos y los gruñidos continuaban; luego se oyeron un golpe y la voz jadeante de una mujer.

No teníamos cerraduras en las puertas de las oficinas. Recuerdo a mi padre decir que era para transmitir un mensaje, alguna tontería sobre una filosofía de igualdad que mantenía las puertas abiertas para todos.

Desearía que la puerta hubiera estado cerrada. Desearía no haberla abierto.

Desearía no haberlo escuchado humillarse, disculparse e intentar justificar por qué estaba engañando a mi madre, quien seguramente, en ese mismo instante, recibía comida en la boca con una cuchara de parte de nuestra cuidadora interna, Edie.

Ese fue el momento. Después empeoró, cuando perdimos el dinero, y ya no pudimos seguir pagándole a Edie y tuvimos que internar a mamá en una residencia a los cuarenta y nueve años. Pero allí, en el estudio jurídico, en el decimoséptimo piso del Chicago Title & Trust, con mi padre persiguiéndome por el pasillo mientras se subía los pantalones, intentando impedir que entrara

en el ascensor, metiéndose la camisa dentro del pantalón, rogándome que lo escuchara, que entrara en razón y no fuera a casa a hacer algo de lo que todos nos arrepentiríamos... ese fue el momento, para mí, en que todo cambió.

Desearía no haber dejado que mi padre me convenciera de no contarle nada a mamá.

Desearía no haber dejado que mi padre me convirtiera en un cómplice de su traición.

Porque no se detuvo. Ah, no, incluso después de que lo hubiera descubierto, siguió haciéndolo. No me lo dijo, pero lo volví a atrapar. Meses más tarde, justo antes del Día de Acción de Gracias, cuando salí al jardín a tomar un poco de aire, encontré una botella de champán vacía y dos copas escondidas en un rincón del porche.

Dos copas, no una, aunque mi madre ya no podía beber alcohol. No solo la engañaba, sino que su amiguita se escabullía en casa por la noche, cuando mamá dormía y yo me quedaba trabajando hasta tarde en la facultad.

Una estúpida botella de champán, dos copas rojas de plástico baratas, de esas que compras en cualquier almacén. Eso fue lo que me dejó claro que mi padre no era solo un hombre débil que había sucumbido ante un momento de tentación, sino que era un mentiroso. Un traidor. Sus necesidades carnales valían más que su compromiso con mi madre, con nuestra familia.

No las tiré a la basura. Estuve a punto. Metí la botella y las copas en una bolsa, pero, en lugar de llevarla al cubo de basura, me la llevé a la habitación y la guardé en el armario. No quería olvidarlo. Quería verla todos los días para recordarme quién y qué era mi padre.

El día que encontré esa botella, el día que comprendí que mi padre nunca dejaría de engañar a mi madre, ese fue el día en que Ted Dobias murió.

La noche en que lo encontraron con un cuchillo clavado en el abdomen, flotando en la piscina, fue solo el momento en que dejó de respirar.

CAPÍTULO 27

LUNES, 12 DE SEPTIEMBRE DE 2022

Sabías que algo andaba mal esta noche. Intenté ocultarlo. Te saludé como siempre, envolviéndote entre mis brazos, besándote de esa manera en que nos besamos, levantándote del suelo.

Pero después te diste cuenta. Me apartaste. Y yo hice esta promesa, Lauren, como ya dije antes en estas páginas: no te mentiría, no me escondería de ti. Entonces, te lo conté.

—Mi padre ha engañado a mi madre —te dije—. Eso la destruyó.

Te sorprendió. Conociste a mi padre durante una temporada, cuando era tu jefe, no tu supervisor directo, pero sí el jefe de todos, el nombre en la puerta, y probablemente creíste que era un tipo bastante agradable. O tal vez no. Tal vez pensaste que era un cretino. Como sea, no lo conocías de verdad.

Y, al parecer, yo tampoco. Creí que sí. No estaba tan unido a él como a mi madre. Pero pensé que lo conocía. Cuando ya era demasiado tarde, me di cuenta de lo inseguro que era, porque estaba en la misma profesión, en líneas generales, que mi madre, pero ella era más inteligente, más capaz, más exitosa.

Ella enseñaba derecho constitucional en una de las facultades más prestigiosas del país, la Universidad de Chicago. Y mi padre era un abogado que se las arreglaba con casos de caídas y de conducción bajo los efectos del alcohol, lo que fuera que encontrara.

Lo que él nunca entendió era que a mi madre no le importaba eso. Ella no medía a las personas de esa manera. Pero mi padre sí. Quizá por ser hombre.

Y, entonces, mi padre se llevó el premio gordo. Cuando un chaval con el que se había criado en Edison Park estaba trabajando en una obra en construcción y el brazo de una máquina tocó un cable de alta tensión y él recibió una descarga eléctrica que lo dejó desfigurado y gravemente herido, mi padre tomó el caso. Un acuerdo de treinta millones de dólares, un tercio para el Bufete de abogados de Theodore Dobias, lo que significaba que casi diez millones irían directos al bolsillo de mi padre.

Creyó que eso lo validaría, que lo haría sentir como si ahora estuviera en las grandes ligas, igual o casi igual que mi madre.

Pero, al parecer, necesitaba más. Ahora era el tipo exitoso, el abogado de peso que usaba trajes costosos, que cenaba en restaurantes lujosos, que conducía un Porsche... y que también necesitaba tener a una chica joven a su lado.

Me enfrenté a él más de una vez, pero nunca se detuvo. Estaba enamorado, decía. Y había cosas que un joven como yo quizá no podía entender, lo que era un eufemismo para decir que todavía quería tener sexo y que era difícil con una mujer en silla de ruedas. Sí, tenía dieciocho, no ocho. Sabía a qué se refería. Pero también había cosas que un chico como yo sí podía entender, como comprometerte a amar a alguien para siempre, incluso después de que la otra persona haya tenido un accidente cerebrovascular; EN ESPECIAL cuando la otra persona había atravesado algo tan devastador como un accidente cerebrovascular.

Mi padre derrochó todo el dinero en ese nuevo y ostentoso estilo de vida, haciendo inversiones ridículamente malas, gastando sin moderación en su amante. Y así el dinero desapareció.

Mi madre estaba en casa, necesitaba de muchos cuidados, y mi padre se había quedado sin dinero para pagar una cuidadora.

Cuando el dinero se esfumó, mi madre descubrió la verdad. Mi padre se lo confesó. No era la misma después de su accidente cerebrovascular, pero todavía quedaba suficiente de ella como para que yo pudiera ver cuánto la destrozó enterarse de que su esposo la había abandonado.

Y nunca lo sabré con certeza, porque mi madre era demasiado orgullosa como para admitirlo, pero creo que sabía que yo lo sabía y que nunca se lo dije. No puedo siquiera imaginar la humillación que debió de haber sentido, la total desolación.

Mi madre se mató porque ya no tenía nada de lo que creía tener. Estaba casada con un hombre al que ya no reconocía, alguien que la había engañado.

Y ahora... ¿qué estoy haciendo yo?

Estoy engañando a mi esposa.

Me he convertido en el hombre que odio.

CAPÍTULO 28

Christian

NO NECESITO SABER TANTO SOBRE el esposo de Vicky, Simon. Probablemente no haga falta que sepa otra cosa además de que tiene mucho dinero y que su esposa va a quitárselo para entregármelo a mí. Pero un poco de diligencia debida no le hace mal a nadie.

No esperaba esto.

Nacido y criado en Grace Park. Bien. Infancia sin nada interesante. Fue a la escuela primaria de Hilltop, al bachillerato de Grace Park y a la Grace Consolidated High School. Mejores notas, vale, y aparentemente una estrella de carreras de cross y atletismo. Finalizó segundo en la competición estatal de cross en su penúltimo año de bachillerato y rompió el récord escolar en la pista de tres kilómetros. Bien por Simon.

Pero esto es más interesante. Simon se graduó de Grace Consolidated High School en mayo de 2003. Pero se graduó de la Universidad de Chicago en mayo de 2010.

¿Siete años para terminar la universidad, Simon, señor Mejores Notas? ¿Te tomaste un descanso? ¿Qué hiciste en todo ese tiempo?

Lo dejo marcado y sigo.

Su padre, Theodore Dobias, alcanza su mayor éxito hace veinte años, en 2002, con un veredicto de treinta millones de dólares en un caso de lesión por descarga eléctrica, que supongo que significa que alguien se electrocutó. Theodore era el abogado del tipo y se llevaron un dineral. Hurra por ellos.

En 2004, Glory Dobias, la madre de Simon, esposa de Theodore, profesora de Derecho en la Universidad de Chicago, muere por una sobredosis de analgésicos. ¿Suicidio? Las noticias y el comunicado de prensa de la universidad son bastante imprecisos. Parece que había tenido problemas de salud, un ictus, pero nada concreto.

Luego Theodore se va de la ciudad. Deja Grace Park y la zona de Chicago y

se instala en San Luis. Trabaja en un bufete en Alton, Illinois, cerca de la frontera entre Illinois y Missouri, donde termina juntando una buena suma de dinero trabajando en casos de exposición al amianto. La biografía que encontré del bufete, ya desactualizada, aseguraba que había recuperado más de doscientos millones de dólares en concepto de indemnizaciones para sus clientes. Es muchísimo dinero para el abogado, que por lo general se queda con un tercio de la suma.

Y eso explica el enorme fideicomiso de Simon.

Pero lo que es realmente interesante es lo que ocurrió hace doce años, en mayo de 2010. Theodore Dobias, entonces un abogado muy rico y bien establecido en Alton y en los alrededores de San Luis, un defensor destacado en litigios relacionados con el amianto, aparece muerto. Asesinado, flotando en una piscina, con una puñalada en el abdomen. Y ¿adivina de quién sospechaba la policía?

Nunca lo arrestaron, por lo que sé. Lo llamaron a declarar en varias ocasiones y confirmaron a la prensa que estaban interrogando a un “posible sospechoso”, que los medios no tardaron en identificar como su único hijo.

“Simon Peter Dobias”, susurro para mí. “¿Asesinaste a tu padre?”.

Recuerdo lo que me dijo Vicky. Esa cláusula descabellada del fideicomiso que impedía que la esposa de Simon dispusiera del dinero hasta que hubieran pasado diez años de matrimonio.

“El padre de Simon no confiaba en mí”, dijo ella.

El viejo Theodore creía que eras una viuda negra, Vicky. Y parece que tenía razón. ¿Cómo te haría sentir eso?

¿Qué hacías, señorita Vicky Lanier Dobias, la noche en que el padre de Simon fue asesinado?

CAPÍTULO 29

Simon

SALGO DE LA FACULTAD A las siete y cuarto para hacer mi ruta de dieciséis kilómetros hasta Wicker Park (al callejón junto a Viva Mediterránea), ida y vuelta. Llego con tiempo de sobra, bastante antes de las ocho, la hora fijada para mandarnos mensajes. No me acerco ni por asomo a los tiempos que marcaba cuando era más joven, pero todavía puedo correr un kilómetro y medio dormido.

Mientras estiro las piernas, oigo a la gente pasar el rato en el patio de Viva. Miro a las parejas en los apartamentos al otro lado del callejón, cocinando en sus porches traseros o simplemente tomando algo.

Nunca viví por esta zona ni en un barrio como este. Nunca viví en la ciudad. Nunca salí de Grace Park. Mi padre se fue poco después de la muerte de mi madre, cuando le dejé claro que ya no tenía un padre. Se mudó a San Luis y empezó a trabajar en un bufete que se dedicaba a litigios por exposición al amianto: demandaba a cualquier empresa que tuviera algún producto que incluyera el más mínimo rastro de amianto y representaba a personas que supuestamente habían estado expuestas a ese amianto y luego desarrollaron un mesotelioma. El condado de Madison en Illinois era un imán para esos casos de “meso” y volvió ricos a muchos abogados.

Así que mi padre finalmente tuvo su gran éxito y consiguió la validación que tanto deseaba.

Y yo me quedé en la casa de Grace Park y viajaba al centro para ir a la universidad. Supongo que no estaba dispuesto a abandonar la casa, esa conexión con mi madre. Nunca hice lo que la mayoría de los universitarios o estudiantes de Derecho hacían, mucho menos los estudiantes de posgrado, que era mudarse a la ciudad.

A un barrio como este, a uno de estos apartamentos.

En cambio, me quedé viviendo en una zona residencial, en una casa grande,

toda para mí.

Sin contar esos dieciocho meses en Nuevos Horizontes. El loquero, si quieres ser políticamente incorrecto; “una institución para personas con problemas de salud mental”, si quieres sonar correcto frente a gente educada.

Me ayudó. La doctora McMorow fue una gran terapeuta, de esas que escuchan más de lo que hablan. Yo estaba hecho un desastre después de la muerte de mi madre e intenté seguir con mi segundo año de carrera, pero me di cuenta de que no podía y me interné por voluntad propia. La doctora McMorow cuestionó la culpa que sentía y me ayudó a ver todo eso que ahora predico en Supervivientes del Suicidio, aquello sobre que no podemos controlar todo ni a todos y que tenemos que aceptarlo.

Pero lo que de verdad me hizo cambiar fueron esas palabras tan simples y obvias: “Tu madre no querría que te sientas así. Querría que fueras a la universidad y tuvieras una buena vida. Entonces, ¿qué rayos estás esperando?”.

Ese fue el momento en que me di cuenta de que era hora de volver a la universidad. Y licenciarme como abogado. Anne tenía razón. Logré salir adelante.

No sanar. Pero sí salir adelante.

Salir adelante, pero recordar.

A las ocho, pongo la tarjeta SIM en mi teléfono verde y lo enciendo. Envío esto:

¿Cómo te preparas para el golf de mañana?

Es una especie de broma interna, como si fingiéramos hablar en código, aunque cuando alguien lea todos los mensajes, obviamente descifrará la farsa. Responde al instante:

Ansiosa.

Sí, bien. Vuelve a escribir rápido otra vez:

Ansiosa por hablar contigo.

Eso puede significar muchas cosas. Es deliberadamente imprecisa.

¿Todo bien?

Responde:

Pensando mucho en nosotros. Mejor hablarlo en persona.

Respondo enseguida:

¿Algo bueno o malo?

¿Debería preocuparme?

CAPÍTULO 30

MARTES, 13 DE SEPTIEMBRE DE 2022

¿Qué rayos fue ese mensaje de esta noche? Estuviste pensando mucho en nosotros y mejor hablarlo en persona. ¿Vas a terminar conmigo, Lauren? ¿Ya se terminó?

No sé qué voy a hacer. Los encuentros semanales y los mensajes de texto dos veces al día son las únicas cosas que me importan en este momento de mi vida.

¿Fue por lo que dije anoche sobre que mi padre engañaba a mi madre? ¿Sobre cómo me había criado odiando la infidelidad más que cualquier otra cosa en el mundo y ahora yo estaba haciendo lo mismo?

Ah, ¿por qué tenía que abrir la boca? Esto no es lo mismo, Lauren. Vicky ya no me ama. ¡No estoy orgulloso de estar engañándola, pero no es comparable con lo que mi padre le hizo a mi madre! Además, tu matrimonio tampoco es real.

No estamos engañando a nadie, no de esa manera. ¡Claro que no!

Esto, esto, ESTO es lo que odio, esta debilidad, esta sensación de vulnerabilidad. Juré que nunca más dejaría que esto volviera a suceder, pero aquí estamos. Mantuve la guardia en alto durante casi dos décadas después de que me dejaste hecho pedazos, pero en cuanto te vi en Michigan Avenue, derribé esa muralla y me expuse otra vez.

Quizá lo estoy pensando demasiado. Quizá toda la otra mierda que está pasando en mi vida (como que, de pronto, mi futuro laboral terminó en la basura y mi matrimonio se volvió solo una amistad) me está nublando el juicio. Quizá no estoy pensando con claridad y todo está bien.

¿No te das cuenta de que recibir mensajes así (tenemos que hablar, mejor en persona) es una tortura absoluta? Ahora tengo que esperar hasta mañana a la mañana para que siquiera enciendas tu maldito teléfono otra vez. Además, tampoco puedo ir corriendo a tu casa, ¿no? Gracias, Lauren. Muchas gracias por volver a destrozarme.

Sabía que esto iba a pasar. Lo sabía.

CAPÍTULO 31

Simon

CONOCÍ A LAUREN LEMOYNE EN mi primer día de trabajo en el bufete de mi padre.

Acababa de terminar el bachillerato y me estaba preparando para entrar a la universidad. El bachillerato había sido fácil para mí en lo académico, pero difícil en lo social. Pegué el estirón bastante tarde y en el último año llegué al metro ochenta, que descubrí que era solo un poco más que la media en los hombres; pero cuando empiezas el primer año con una altura de un metro cincuenta y la gente te llama “Mini-Yo” y cosas por el estilo, con un metro ochenta te sientes un gigante.

Durante la mayor parte del bachillerato fui un chico amante de los libros, pequeño y sin mucha confianza. Terminé como un chico amante de los libros, alto y con solo un poco más de confianza.

Necesitaba dinero antes de empezar la universidad, así que mi padre me dejó hacer algunos trabajos menores en su bufete. Era una época en la que le iba bien económicamente, porque había dado en la tecla, como a él le gustaba decir, con ese enorme veredicto en el caso de la lesión por descarga eléctrica. Su bufete tenía tres socios, cinco abogados, diez asistentes y cuatro pasantes.

Una de las pasantes era Lauren Lemoyne. Uno de los socios me presentó a todos (mi padre no quería hacerlo porque decía que tenía que encontrar mi propio camino), y la primera vez que vi a Lauren estaba inclinada sobre una caja de archivos bancarios, con una minifalda ajustada que dejaba al descubierto gran parte de sus piernas. Me sentía como si estuviera dentro de mi propia película pornográfica, aunque enseguida se enderezó, se colocó la falda y me saludó de manera amigable, pero indiferente.

Sin embargo, para mí no fue indiferente. De inmediato, me sentí cautivado por ella, aunque también intimidado. Era la chica de mis sueños, hermosa y algo exótica; alguien a quien podría admirar desde lejos, pero que estaba muy

fuera de mi liga. Respondí el saludo con un tartamudeo, intentando sonar relajado, pero estoy bastante seguro de que fracasé por completo.

No fue hasta la segunda semana de trabajo que nos volvimos a cruzar. Estaba en la cocina del bufete, o al menos así le decíamos a la habitación donde había un fregadero, una nevera y una cafetera. Me estaba lavando las manos porque acababa de traer unos documentos del juzgado y la caja estaba sucia.

—Así que tú eres el hijo de Ted.

La vi ahí e intenté actuar con calma, pero, una vez más, fracasé por completo. Me aparté del fregadero, con las manos todavía mojadas, y enderecé la espalda.

—Soy Lauren —dijo—. Me imagino que tuviste que aprender muchos nombres de golpe.

Tenía razón: había tenido que aprender muchos nombres en poco tiempo, lo que no es precisamente mi fuerte. Pero el de Lauren no lo había olvidado.

—Encantado de conocerte —dije, aunque ya nos conocíamos. Incluso me las había ingeniado para obtener información del encargado de Recursos Humanos: Lauren era del norte de Chicago, tenía veinte años, todavía vivía con sus padres, estaba ahorrando para la universidad y era una gran fanática de los Cubs. No quise hacerle demasiadas preguntas para que no fuera evidente. Lauren era la clase de chica guapa inalcanzable.

—Me enteré de que vas a empezar a estudiar en la Universidad de Chicago este otoño —dijo—. También oí que te graduaste con las mejores notas de tu clase en el bachillerato. Y que eres corredor de cross. —Su sonrisa me iluminó el alma—. A tu padre le gusta alardear de ti.

—Fue pura suerte, lo juro.

Rio y me sentí como si hubiera ganado la lotería. Había escuchado a mi madre usar esa frase varios años atrás, después de ganar un caso de uso de tierras ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Me pareció una manera inteligente de reaccionar ante un cumplido y la guardé para el futuro. Y gracias a Dios que lo hice. ¡Acababa de hacer reír a esta criatura hermosa!

Entrecerró los ojos fingiendo desconfianza.

—Mmm, inteligente, atractivo y modesto sobre todas las cosas —dijo—. Simon Dobias, vas a romper algunos corazones.

CAPÍTULO 32

MIÉRCOLES, 14 DE SEPTIEMBRE DE 2022

No podía esperar más. Tenía que verte. Fui a tu casa, en lugar de escribirte, hoy a las diez de la mañana. Te noté sorprendida, alarmada incluso, al verme en la puerta. Pero tenías que saberlo, Lauren, TENÍAS que saber que el mensaje que me enviaste, donde decías que teníamos que hablar, pero solo en persona, me dejaría demasiado intrigado.

Anoche no dormí nada. Pero no me importó. Fuera lo que fuera, me había preparado para cualquier cosa, tenía que escucharlo y tenía que escucharlo en ese instante.

—Pensé mucho en lo que dijiste. Que tu padre engañó a tu madre y que no querías convertirte en él. Yo tampoco quiero eso. No quiero que seas infiel. Y yo tampoco quiero serlo.

Respiré hondo, tal como me había preparado para hacerlo. Sabía que todo podría terminar esta mañana y me repetí: “Simon, eres un adulto, solo manéjalo, manéjalo bien, sin importar lo doloroso que sea. Siéntete orgulloso de cómo reaccionas”.

Pero, al parecer, no estaba preparado. No estaba preparado para nada.

—Quiero que nos casemos —dijiste.

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 33

Jane

—AH, SÍ, CONOZCO A LAUREN.

Cassandra Barclay se cruza de piernas y se reclina sobre la silla en la sala de interrogatorios, ubicada al final del pasillo de la sala de oficiales.

Cassandra estuvo casada con Conrad Betancourt durante veintiséis años. Tuvieron dos hijos, ambos varones, hoy de veinticuatro y veintidós años. Se divorciaron solo unos meses antes de que Conrad se casara con Lauren, hace tres años.

—Toda una muñeca, ¿verdad? Es golfista, ¿saben? Así se conocieron. Connie no es bueno jugando al golf, pero le gusta juntarse con sus amigos, fumar unos cigarros y hablar de dinero. Le gusta la idea de jugar al golf más que jugar al golf en sí.

—Y dice que la conoce —agrega Jane.

—¿A Lauren? La vi varias veces. Todavía voy al club en ocasiones.

—El club de campo de Grace Village.

—Ese mismo. Ya no voy tanto como antes; los chicos perdieron interés y yo también un poco. Pero si quiero ir, no lo dudo. No voy a darle el gusto a ella de que me aleje de mi club.

Jane asiente. Mejor dejar que siga explayándose.

—Es la clase de persona que imaginas —dice—. No es difícil darse cuenta. Me lo robó. Connie tiene dinero y ella quería todo. Tenía quince años menos que yo y era más guapa de lo que yo jamás fui, incluso a su edad. Yo era aburrida y ella fascinante. Ella era nueva y yo vieja.

Cassandra Barclay no parece aburrida y el paso del tiempo la ha tratado bastante bien, al menos a los ojos de Jane. Atlético, delgada, con la piel cuidada, vestida con elegancia. Jane espera verse así de bien a los cincuenta y cinco.

—Para que conste —agrega enseguida Cassandra, extendiendo una mano—.

Yo no le robé a Connie a nadie. Lo conocí después de su primer divorcio y todavía no había amasado su fortuna. Éramos jóvenes y estábamos muy enamorados.

Es gracioso lo mucho que les importa a algunas personas lo que pienses de ellas, incluso si es la primera vez que las ves y probablemente nunca te las vuelvas a cruzar en la vida.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron? —pregunta Jane.

—Bueno, esta mañana. Cuando me enteré de lo que había pasado, lo llamé. Le dije que lamentaba mucho lo sucedido; quizá fue demasiado generoso de mi parte.

—¿Y qué respondió Conrad?

—Creo que todavía lo estaba procesando. —Se queda pensando un momento—. Imagino que lo que sentía por Lauren se había vuelto un poco complicado.

Jane guarda silencio, esperando que profundice más sobre el tema. Pero, cuando nota que no lo va a hacer, cuando Cassandra se la queda mirando fijamente, pregunta: —¿Complicado cómo?

—Bueno, nunca es agradable escuchar que le pasó algo malo a alguien, incluso aunque estés separado de esa persona.

—Separados. ¿Conrad y Lauren estaban separados?

Cassandra inclina la cabeza hacia un lado, mirándola.

—Conrad y Lauren se estaban divorciando. ¿No lo sabían?

—No. La conversación por teléfono que mantuve con el señor Betancourt fue breve, aunque debería llegar en cualquier momento.

—Muy bien. Pero sí, Conrad ya había firmado los papeles.

—¿Sabe cuándo?

—Ah, no fue de improviso. Me llamó para avisarme, pero no recuerdo qué día. Septiembre, quizá principios de octubre. Durante el último mes, tal vez seis semanas.

—¿Él la llamó a usted para decirle que él y Lauren se estaban separando?

—Sí. Y para darme las gracias. —Intenta disimular el más mínimo gesto de satisfacción, frunciendo los labios.

—¿Darle las gracias por qué?

—Por sugerirle que consiguiera un acuerdo prenupcial. En su momento, no lo hice para darle un consejo de buena voluntad. Fue, más bien, un insulto. Pero uno bastante útil.

Jane espera más. Pero, otra vez, no llega. A Cassandra le gusta mantener cautivo a su público.

—¿Podría explayarse, señorita Barclay?

—Bueno, obviamente, yo estaba intentando dejarle claro que ella se casaba con él por su dinero, no por amor. Eso no evitó que Connie se casara con ella, pero, al parecer, fue lo suficientemente inteligente como para prestarme atención y protegerse con ese acuerdo prenupcial.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunta Jane—. El acuerdo prenupcial.

—Creo que era de un millón de dólares.

No es poca cosa, pero sí una pequeña parte del patrimonio neto de Conrad.

—¿Puedo preguntarle algo, sargento?

—Claro —dice Jane.

—¿Lauren estaba viéndose con otro hombre?

Jane intenta no mostrarse sorprendida.

—¿Por qué... me pregunta eso?

Cassandra deja escapar una pequeña risa.

—Bueno, porque alguien debió de haberla matado. Y porque estamos hablando de Lauren Lemoyne.

—Se refiere a que esperaría eso de ella, que lo engañara.

Intenta sonreír, pero tiene la mandíbula demasiado tensa como para lograrlo.

—Apostaría mi casa, sargento. ¿Lauren? Lauren siempre buscaba al número uno. Se veía desde kilómetros de distancia. Si Conrad no se hubiera dejado engañar por su belleza, también lo habría notado.

—Todavía estamos reuniendo información, señorita Barclay. ¿Tiene alguna evidencia de que Lauren se estuviera viendo con otro hombre?

—No tengo ni la más remota idea sobre la vida de Lauren. Conrad jamás me habría hablado de ella y tampoco era algo que yo quisiera escuchar. Lo pregunté solo porque sé la clase de persona que es.

Interesante. Pero ¿es solo la opinión de una exesposa resentida? ¿O Cassandra tiene razón sobre Lauren?

—No tengo dudas de que Lauren ya estaría pasando al siguiente hombre —dice Cassandra—. Y un hombre con dinero, por supuesto. Un millón de dólares no iba a ser suficiente para ella. Recuerde mis palabras: Lauren Lemoyne estaba buscando a su próximo *sugar daddy*.

ANTES DE HALLOWEEN

Septiembre

CAPÍTULO 34

Christian

DE UNA MANERA ALGO OSTENTOSA (mandíbula tensa, una leve exhalación, un temblor), Vicky colapsa sobre mí. Envuelvo su cuerpo sudado con mis brazos y la siento sobre mi regazo. Prefiere estar arriba, por lo que noté, y le gusta dejarse puestos los tacones, aunque eso probablemente sea para mí. Y sí, los tacones son para mí. No soy demasiado original con mis fetiches. Pero lo que más me calienta, por lejos, es ese anillo en su dedo.

Después de un momento para recuperar el aliento, se baja de mí y va al baño, dejándome cansado y satisfecho en el sofá de mi apartamento.

Es la cuarta vez que nos vemos. Después de la primera vez en mi oficina, empezamos a encontrarnos en mi apartamento. Hasta ahora he aprendido algunas cosas sobre Vicky, mi Número 7: no se queda callada durante el sexo, para nada, pero sí al final, cuando acaba. Se retira a otro lugar, recupera el foco, se concentra. Un hombre cualquiera creería que está pensando en otra persona. Pero lo dudo. Soy todo lo que Vicky quiere. Puedo notarlo.

Eso es algo bueno, porque, de lo contrario, dudaría. Vicky no es de hacer cumplidos. No gime con satisfacción después ni me dice lo maravilloso que fue, ni cuánto mejor soy que su esposo.

—¿Qué es esto? —grita desde el baño.

Uy. ¿Qué he hecho? ¿Dejé algo que ella no debería...?

Voy corriendo al baño intentando que no se note la prisa. Tiene mi cepillo de dientes en la mano.

—Ah —digo.

—¿Qué es esto? Parece, no sé, un metal carísimo...

—Titanio —respondo.

—¿Tienes un cepillo de dientes de titanio? Y... —Mira mi botiquín—. Y cortaúñas y... una maquinilla y... ¿Qué es esto?

—Para sujetar el hilo dental —respondo con inocencia, como si estuviera un

poco avergonzado de tener un cepillo de dientes hecho completamente de titanio, negro mate, con un recubrimiento antibacterial, una maquinilla eléctrica, una recortadora de vello nasal y un portahilo dental, todo combinado en el mismo material.

—¿Cuánto te costó esto, Christian?

El precio de mercado fue más de ocho mil quinientos dólares, o eso descubrí después de buscarlo. De hecho, fue un regalo, de uno de mis objetivos, la Número 4, en Santa Fe, antes de que ella supiera que era un objetivo.

Al principio iba a esconderlo, pero Vicky necesita ver algunas cosas, pequeñas, que dejen en claro que algo tan caro y exagerado no es más que una chuchería para mí.

—En serio —dice—. Debió de haber costado una fortuna.

—Fue una gran inversión —respondo—. Son resistentes y duran mucho tiempo. Si lo amortizas a lo largo de su vida útil, el precio por unidad..., bueno, es caro, pero mucho más razonable.

—No sabía que la gente amortizaba cepillos de dientes. —Deja el cepillo a un lado y apoya las manos sobre mi pecho desnudo—. Debe de ser estupendo ser tan rico e inteligente.

Acerca sus labios a los míos. Puedo sentir su sonrisa.

Quiere más de mí. Esta vez, usaremos la cama.

Después, Vicky se queda mirando mi apartamento, perdida en sus pensamientos.

No soy dueño de este lugar. Es alquilado, aunque nunca se lo voy a contar. Cuando regresé a Chicago el verano pasado, no me parecía sensato comprar un apartamento. Sabía que no me quedaría por mucho tiempo y, además, había ahorrado solo un millón de dólares y quería conservar la mayor parte de esa liquidez. Decidí alquilar un buen sitio en un vecindario caro y, aunque la renta es exorbitante, será algo a corto plazo.

Aun así, por más elegante que sea este lugar, no grita “megarrico”. Mi biografía sugiere que gané cientos de millones de dólares con mis inversiones de riesgo, así que quizá mi apartamento no parezca tan elegante, pero mi frase de cabecera es que vuelvo a invertir la mayor parte del dinero que gano y que

estoy en las mismas inversiones en las que te estoy metiendo a ti, que es un discurso de venta bastante bueno.

Cuando mi pantalla es un hombre adinerado, como este caso, intento dejar en claro que tuve una infancia humilde (verdad), que aprendí a ahorrar (también verdad) y que mantengo esos hábitos. Sí, tengo dinero, pero no voy a chapar todo en oro ni comprar más espacio del que necesito.

Es un equilibrio. La riqueza atrae a las mujeres. La riqueza exorbitante, en mi experiencia, puede intimidarlas. Así que intento mantenerme en un punto medio: mostrar alguna pincelada de extravagancia absurda (como el cepillo de dientes de titanio), pero mantener un perfil bajo y humilde que le reste importancia a lo material.

—El apartamento es algo temporal —comento—. Me gusta el vecindario y el valor de las propiedades sigue subiendo en esta zona. Es una inversión sólida.

—Todo es una inversión para ti. —Se pone el sujetador y la ropa interior, luego la falda y la blusa, en ese orden—. ¿Crees que vas a asentarte aquí en Chicago?

Ahí está. Sabía que lo preguntaría en algún momento. Quiere conocer mis intenciones. Creo que yo conozco las suyas: se va a ir. Apostaría cualquier cosa. Cuando consiga ese dinero de Simon una vez que termine su condena marital de diez años, no va a querer quedarse por aquí y ver a Simon triste. Se irá bien lejos. ¿A dónde? No lo sé.

¿Nueva York? No, no creo. No tiene pinta de chica de Manhattan. Disfrutaría el ajetreo y la vida nocturna, sí, pero no me da la impresión de ser una chica de gran ciudad. Tampoco parece importarle una mierda la diferencia entre una botella de cuatrocientos dólares de un exclusivo vino francés y una botella de vino tinto que compré por veinte dólares en un almacén. Cuando hablo de teatro y música, no parece interesada y casi no aporta nada a la conversación. Pero también es difícil imaginarla asentándose en un pueblo pequeño, teniendo hijos y horneando galletas.

Vicky ha hecho un trabajo admirable hasta ahora manteniendo el misterio. Incluso para alguien como yo, que dedicó su vida a leer a las mujeres, el sexo opuesto sigue siendo un enigma.

Lo que sé sobre Vicky Lanier es esto: casi nada. Cada vez que le pregunto acerca de su vida, cambia de tema. Mencionó algo sobre una infancia difícil. Hizo un comentario de pasada sobre “Virginia Occidental” y la semana pasada hice lo que pude: algunas búsquedas en Google, algo no muy sofisticado. La

investigación no es mi fuerte y no es algo que realmente necesite para mis propósitos. No puedo pedirle ayuda a Gavin porque, entonces, sabría su verdadero nombre: sería Vicky Lanier Dobias y no “la Número 7”. Pero hice lo suficiente por mi cuenta para saber que una adolescente llamada Vicky Lanier desapareció en 2003 en Fairmont, Virginia Occidental.

Tiene que ser ella. Y no tuvo un buen comienzo en la vida. Es una luchadora, una superviviente. Tuvo que hacerlo sola. ¿Mi hipótesis? Simon Dobias le dio estabilidad y comodidad, más que amor y pasión. Y vio todo ese dinero, todos esos dólares, y tomó una decisión basada en la necesidad. Estos casi diez años de matrimonio con Simon fueron una inversión.

Pero, ahora, ¿me pregunta a mí por mis intenciones? Es su manera de tantear el terreno. Está pensando en una vida conmigo. Es demasiado precavida como para decirlo, pero lo está pensando. Y la asusta. Debo asegurarme de que confíe en mí.

—Lo mejor de mi trabajo es que puedo hacerlo en cualquier lugar —digo—. Aquí, en Manhattan o con los pies en la arena de Monterrey. Pensé en París, pensé en la Toscana. Sin embargo, creo que me quedaré en los Estados Unidos, así puedo ver las tendencias más de cerca, porque de manera remota es más difícil. Pero... ¿quién sabe?

Me observa mientras digo esto, sin expresión alguna, mientras me pongo los pantalones. Por lo general, me quedo sin camisa tanto como puedo porque a las mujeres les encantan mis abdominales.

—Entonces, ¿no tiene que ser una gran ciudad? —pregunta.

Sí, quiere saberlo. Está fantaseando con distintos lugares, aunque cuáles, no sé; y conmigo junto a ella.

—No necesariamente —respondo—. ¿Qué hay de ti? ¿Quieres quedarte para siempre en Chicago?

Le devuelvo la pelota de la misma manera indirecta, sin enfrentarla con la idea de un futuro juntos, pero coqueteando de cerca con eso. Si va despacio, yo también. No agitaré las aguas, como acordamos con Gavin. Mantendré a la Número 7 firme hasta el 3 de noviembre.

Cuando me vuelvo hacia ella, la encuentro mirando por el ventanal que da al patio y los edificios magníficos de la ciudad.

—No me voy a quedar en Chicago —dice—. En cualquier otro lugar menos en Chicago.

—Déjame invitarte a una cena —digo.

—¿A dónde? —pregunta.

—A cualquier lugar. Tú decides. Hay como veinte lugares a los que podemos ir caminando. O a cualquier otro lugar.

Se muerde el labio y mira su reloj. Ya son casi las siete de la tarde.

—Se está haciendo tarde.

—¿Tienes miedo de que te vean en público conmigo?

—pregunto, riendo.

Me mira.

—No de la manera en que tú imaginas, pero, de hecho, sí, tengo mucho miedo de eso. ¿No lo tendrías si fueras yo? ¿Y si alguien nos ve?

—Bueno, sí, supongo.

—¿“Bueno, sí, supongo”? No es una broma, Christian. ¿Y si Simon se entera?

—Está bien, yo...

—¿Y si Simon se entera y me pide el divorcio?

Levanto las manos. Toqué una fibra sensible. Sus ojos parecen arder.

—¿Y si Simon se entera y me pide el divorcio antes del 3 de noviembre? —dice—. ¿Leíste el fideicomiso?

—Sí...

—Si me pide el divorcio antes de que se cumplan los diez años, estoy acabada. No tengo ni un centavo.

—Lo sé.

Se levanta del sofá y coge su bolso.

—Bueno, me alegra que lo sepas. ¿También sabes que no tengo cuatrocientos millones de dólares en inversiones o lo que sea que tú tengas? ¿Que ese dinero es lo único con lo que cuento?

Vale, vale, esto se está descontrolando.

—Sí y lo siento —digo—. No quería sonar como si no me importara. Oye...

—Me acerco a ella, aunque no parece dispuesta a dejarse consolar ni a tener intimidad—. Vicky, nunca haré nada que ponga en riesgo eso. Nada. Si es

importante para ti, también lo es para mí. Tú eres importante para mí. ¿No te has dado cuenta de eso todavía?

Sigue enfadada, triste, y evita mirarme. No me muevo; le sigo el juego.

Pero, al final, como sabía que sucedería, me mira a los ojos.

CAPÍTULO 35

Vicky

—PUEDO IR A COMPRAR ALGO —sugiero.

—Cielos, ¿con qué dinero? —responde Miriam, mi jefa, inclinada frente a la caja fuerte en su oficina, intentando juntar todo el dinero posible. Su “oficina”, en realidad, es un garaje reconvertido. Intentamos aprovechar cada metro cuadrado de esta propiedad para albergar a tantas personas como fuera posible.

Miriam está en Safe Haven desde el principio; fue una de las fundadoras hace treinta años, después de escapar de una relación abusiva. Tiene un aspecto severo, rara vez sonríe, arrugas profundas surcan su rostro, lleva el cabello canoso peinado bien tirante hacia atrás, es impecable como un sargento de instrucción y se comporta casi como uno, aunque tiene el corazón más grande que jamás haya visto.

—¿Ya casi no quedan fondos? —pregunto—. Solo estamos a mitad de mes.

—Tenemos veintidós dólares —responde—. Para comprar doscientos dólares de provisiones. —Mete la mano en el bolsillo de sus vaqueros y saca algunos billetes.

—Está bien, tengo un poco de dinero —comento. Creo que, quizás, unos cuarenta dólares.

—No empieces a gastar tu propio dinero —dice—. No te pago lo suficiente.

Pero la gente tiene que comer. Estas mujeres vienen con nosotras para escapar de situaciones abusivas y, por lo general, llegan con sus hijos. No les brindamos mucha “acogida” si no podemos ofrecerles algo tan básico como comida. Así como están las cosas, compramos lo más barato que encontramos, buscamos cupones, rebajas, marcas genéricas. Lo bueno es que tengo muchos muchos años de experiencia en eso.

—Está bien —digo—. No te preocupes. Voy a comprar lo que pueda.

Voy a la cocina del centro de acogida, miro lo que nos queda y hago una lista. Luego me debato entre ir al hipermercado que está a más de quince kilómetros o al almacén local, con mis cuatro páginas de cupones. El hipermercado suele ser más barato; pagamos una suscripción anual de una única vez (que supongo que es la manera en que esa cadena gana dinero) y compramos productos a precios más bajos. Pero con los cupones del almacén local podría hacer rendir más el dinero. Tengo los veintidós dólares que me dio Miriam y treinta y siete míos, y tengo que estirarlos al máximo.

Estoy en medio de mi análisis, cortando cupones y haciendo cuentas con la calculadora, cuando recibo una notificación en mi teléfono. Es Rambo, de todas las personas, con un mensaje de texto. ¿Por qué mi investigador privado me enviaría mensajes? Lo abro y encuentro solo tres números: 911.

Me levanto de la silla y salgo del centro de acogida. Quiero tener buena señal. Y, más importante aún, privacidad.

—Tienes que estar bromeando —digo, caminando por el aparcamiento del centro de acogida con el teléfono presionado contra mi oreja, mientras la grava cruje bajo mis pies—. Por favor, solo... solo dime que es una broma.

—Lo siento —se disculpa Rambo—. No es broma.

—¿Cuándo? —pregunto—. ¿Cuándo pasó?

—Encontraron el cuerpo hace más o menos cinco semanas. La identificaron por una prueba de ADN hace dos días. El artículo salió en *The Register-Herald* en internet. Puedes leerlo si quieres.

De ninguna manera voy a leer ese artículo. No en ningún teléfono ni ordenador que puedan vincular conmigo.

—¿Dónde...? ¿Dónde encontraron el cuerpo? —pregunto, como si importara.

—Bolt Mountain. ¿Sabes dónde queda?

—Nunca lo he oído nombrar. Ni siquiera he estado en esa parte del país.

—Yo tampoco —dice—. Queda a poco más de trescientos kilómetros de donde vivía.

—¿Y estás seguro de que es ella? —pregunto, vacilando.

—Solo puedo decirte lo que estoy leyendo. “En agosto, se encontraron los restos de una mujer en Bolt Mountain, que ha sido identificada como Vicky

Lanier, desaparecida en 2003 de su hogar en Fairmont, Virginia Occidental, a los diecisiete años”. Creo que queda bastante claro que es ella.

Dios, pobre chica. Alguien la mató y la enterró en una montaña.

Pero también... pobre de mí.

Miro al cielo.

—Entonces, la persona desaparecida que elegí para usar como alias ya no es una persona desaparecida. Ya no está fuera del sistema.

—Bueno, lo sigue estando de cierto modo, supongo.

—No eres gracioso, Rambo. Estoy totalmente acabada, en otras palabras.

No. No. No cuando estoy tan cerca. No cuando... Esto... Esto no puede estar pasando. ¿Puedo tener tanta mala suerte?

—Señorita Vicky, escucha, señorita Vicky —dice Rambo, suspirando—. No sé qué estás tramando y no quiero saber. Pero, en este momento, sí. Si estuviste diciéndole a todo el mundo que eres Vicky Lanier de Fairmont, Virginia Occidental, que se marchó de su hogar a los diecisiete años en 2003, entonces, una búsqueda rápida en Google les va a decir algo. O estás mintiendo o en un pueblo de menos de veinte mil habitantes hay dos muchachas llamadas Vicky Lanier de la misma edad que desaparecieron el mismo año.

—Vamos, ayúdame, Rambo. ¿Puedo hacer algo? ¿Qué harías tú?

—No puedes hacer nada. No puedes hacer desaparecer esta noticia. ¿Quieres saber lo que yo haría? —pregunta—. Rezaría para que nadie me busque. O dejaría de hacer lo que sea que haya estado haciendo con ese alias.

No. Dejar de hacerlo no es una opción. No cuando he llegado tan lejos. No cuando estoy tan cerca. Solo faltan siete semanas para noviembre.

Creo que simplemente tendré que rezar para que nadie lo descubra en las próximas siete semanas. Si lo descubren, todo esto caerá en picado.

CAPÍTULO 36

VIERNES, 16 DE SEPTIEMBRE DE 2022

Me voy a casar. ¡Me voy a casar otra vez! Pero ¿¿dónde?!?

—París —dijiste—. Siempre soñé con casarme en París.

Venecia, tal vez. Cabo. Maui. En cualquier lugar. Me casaría contigo en cualquier lugar, Lauren. Me casaría contigo en un sótano. Me casaría contigo en una tina llena de agua congelada.

Me casé con Vicky en México por impulso. Mis padres ya habían fallecido entonces y Vicky no veía a los suyos desde que abandonó Virginia Occidental cuando era adolescente, así que no hacía falta que tuviéramos una boda enorme ni nada por el estilo. Aun así, soy hogareño de corazón y siempre deseé que nos hubiéramos casado en Chicago.

Vicky. Ah, Vicky. Esto no va a ser fácil. Voy a tener que encontrar la mejor manera de contarle esto. Va a ser difícil, pero al final verá que es lo mejor para los dos.

Y no tengo que decírselo de inmediato, ¿verdad? Después de todo, tengo que esperar al 3 de noviembre para pedirle el divorcio, cuando cumplimos diez años de casados, así ella puede recibir su parte del dinero. Quizás esa sea la mejor manera de contárselo.

Malas noticias, nos separamos. Buenas noticias, aquí tienes diez millones de dólares.

Sí, puede esperar. Todo va a salir bien. No sé por qué me preocupo tanto.

CAPÍTULO 37

Simon

CUANDO TERMINO DE ESCRIBIR LA última entrada de mi diario, lo guardo en mi bolsa de trabajo, donde siempre lo llevo. No es algo que quiera que otra gente lea, ¿verdad?

Anshu asoma la cabeza por la puerta de mi oficina.

—Hola, dame cinco minutos.

—Está bien.

Anshu me va a llevar a almorzar hoy. Nunca lo dijo, pero está intentando levantarme el ánimo. Hoy es viernes, 16 de septiembre, el último día para enviar los documentos si quiero presentarme al concurso por la titularidad. Sabe que el vicedecano me pidió que no lo hiciera y sabe que no lo hice, aunque no sabe por qué.

Sí, me molesta, pero lo que más me molesta es que *se dé cuenta* de que me molesta. Siento algo de orgullo en no mostrar mis emociones.

—Está bien, listo. —Entra con la chaqueta sobre un brazo y la bolsa con sus cosas.

—¿Ya has terminado? —pregunto—. ¿A la una de la tarde?

—Bueno, supuse que nos íbamos a tomar unos tragos luego —responde—. Oye, es viernes.

Sí, me está consolando. Es un buen tipo. Uno de los pocos aquí que me caen bien, uno de los pocos que no se toman a sí mismos demasiado en serio. Probablemente sea uno de los diez mejores profesores de Derecho especializados en delitos imprudentes en todo el país, pero jamás lo adivinarías hablando con él. Prefiere hablar de su esposa, sus hijos y los Cubs, que están terminando la temporada en picado.

—Estoy bien —digo—. En serio. No necesito que me levantes el ánimo.

—Bueno, yo sí lo necesito —señala—. Quiero gente que merece el trabajo. No me agradan los que consiguen un cargo por las donaciones que hace su

padre. Esta facultad ya tiene suficiente dinero. Así que ayúdame a ahogar mis penas, ¿vale?

¿Cómo puedo rechazar eso?

—Solo si me dejas pagar a mí —declaro.

—Mucho mejor.

El lugar está a pocos metros de la facultad, una calle al sur cerca de la avenida Michigan. Es un restaurante francés que, según Anshu, tiene el mejor rape del mundo. Nunca he comido rape y no creo que hoy sea el día. Me atrae mucho más la barra con botellas de todo tipo para después del almuerzo.

—Bindra, mesa para dos —dice Anshu al entrar—. ¡Ah, no puede ser!

Miro alrededor y no me lleva mucho tiempo.

El vicedecano Comstock y su nuevo protegido, el profesor adjunto Reid Southern, próximo titular, están sentados en un cubículo con una botella de champán en un recipiente con hielo junto a la mesa.

Tiene que ser una maldita broma. Están celebrando su titularidad y ¿yo tengo que estar en el mismo sitio que ellos? ¿Por qué mejor no viene alguien a torturarme mientras tanto?

—Podemos ir a otro lugar —susurra Anshu—. De verdad no me importa...

—Olvídalo —digo, dándole una palmada en el brazo—. Muero por probar ese rape.

—Simon, en serio.

—Ya nos han visto —agrego—. Si me voy ahora, voy a quedar como un imbécil.

Es verdad. Nos han visto. Y ahora el vicedecano y Reid hablan por lo bajo, con sus mejores expresiones de lástima.

—¿Todo bien, caballeros? —pregunta la recepcionista.

¡Perfecto! Simplemente no nos sentamos cerca y quizá pueda sobrevivir a esto.

—¡Profesores! —nos llama el vicedecano Comstock. Hoy luce una pajarita naranja, y los gemelos de plata destellan en sus muñecas cuando extiende las manos. Esperaba que los saludos con un apretón de manos se hubieran extinguido después de la pandemia de COVID-19, como algunos animales, pero el vicedecano es un tipo de la vieja escuela, así que le estrecho la mano.

—Me alegro de verte, Reid —digo, aunque preferiría que me arrancaran las uñas con un par de pinzas.

Tal como Anshu había dicho varias veces, Reid de verdad parece un profesor de Derecho: chaqueta elegante, gafas redondas, barba de chivo con algunas canas y un aire general de petulancia.

—¿No tuviste ninguna clase hoy? —pregunta Reid, mirando detenidamente mi atuendo habitual: camisa y vaqueros.

Bueno, bueno Reid, eso ha sido un golpe bajo, ¿no crees? Sabes muy bien cómo me visto y también que tu amigo el vicedecano acaba de allanarte el camino para obtener la titularidad sin resistencia. Al menos podrías mostrar un poco de decencia; pero no, tienes que darme una bofetada de todas maneras.

Sabes exactamente cómo pasó esto, ¿verdad, Reid? Dudo de que el vicedecano te haya contado todos los detalles, pero seguro que te dejó claro a ti y a tu papi ricachón que él se encargó de “hacerme entrar en razón”, de “ayudarme a entender” la situación, con toda su diplomacia fingida.

Ah, sí, lo sabes. Me miras con esa sonrisa condescendiente, ese aire despiadado de privilegio. No te importa que las reglas se hayan adaptado para ti. Joder, estás orgulloso y te alegra hacérmelo saber. Sí, no envié los documentos, así que, a fin de cuentas, fui un buen chico, pero ¿cómo se me ocurrió siquiera pensar en postularme cuando REID SOUTHERN ya había marcado el territorio el primer día? ¿Cómo se me ocurrió siquiera considerar desafiar tu ascenso al trono? En serio, ¿quién me creo que soy si apenas te llego a los talones?

¿No, Reid?

—Enhorabuena —dice Anshu a Reid—. Me alegra que te unas al equipo.

—Muchas gracias, profesor —responde Reid—. Por cierto, Simon, leí tu artículo el otro día —agrega, llamándome por mi nombre después de dirigirse a Anshu por su cargo. Sí, noto esas cosas—. ¿Algo sobre el undécimo circuito y la doctrina de buena fe de terceros?

—Así es.

—Muy entretenido —comenta.

¿Entretenido? Analicé los fundamentos de la sentencia del tribunal y expuse la falacia circular sobre la que se basaba.

Entretenido. El tribunal permite que el Gobierno expanda su poder hasta límites impensados y ¿mi análisis te parece entretenido?

Le esbozo una sonrisa.

Tranquilo, Simon.

Llevo una mano al bolsillo y saco el teléfono como si acabara de recibir un mensaje.

—¿Me disculpan un minuto?

Me alejo mientras ellos charlan. Respiro hondo.

Tranquilo. Bien, despeja la mente. Intenta relajarte.

¿Por qué decimos “Ahora en un rato” cuando no vamos a hacerlo “ahora”, sino “en un rato”?

¿Por qué algunos dicen “Mi hijo no me come” si nadie quiere criar caníbales?

Abro mi correo. No la bandeja de entrada ni la bandeja de salida, sino los borradores.

¿Por qué “Arkansas” y “Kansas” se pronuncian distinto en inglés?

¿Por qué decimos “Salgo a dar una vuelta” si siempre caminamos en línea recta?

Si un vegetariano come vegetales, ¿un humanitario come humanos?

Al diablo. A la mierda la tranquilidad. Encuentro el correo para Joyce Radler de administración y lo releo: Querida Joyce: Te adjunto los documentos necesarios para el concurso de titularidad, en formato PDF como fue solicitado. No dudes en avisarme si necesitas algo más.

Pulso Enviar. Tres horas y media antes de que termine el plazo.

Por el peso de los archivos, tarda más de treinta segundos en enviarse. Cuando oigo el sonido de confirmación, levanto la mirada y sonrío.

Así que acabo de enviar la solicitud, Reid. Somos tú y yo, compitiendo por el cargo.

Sí, tenía el correo preparado por si acaso. No creí que fuera a enviarlo. Sobre todo, porque ahora el vicedecano podría lanzar su ataque nuclear y destruir mi futuro en esta facultad, o quizás en toda la academia.

O quizá no.

Habría dejado pasar todo esto, Reid. Habría aceptado la derrota y esperado una mejor oportunidad el próximo concurso. Pero tenías que provocarme, ¿no?

Ya sabes, intento ser razonable. Pero, a veces, dejo que las cosas me molesten más de lo que deberían.

CAPÍTULO 38

Christian

—SALGAMOS —DICE GAVIN CUANDO APARECE en mi apartamento y va directo a mis botellas de licor en la cocina—. Compremos unas entradas para ver a los Cubs y después vamos a algún club. —La idea parece entusiasmarlo y empieza a tararear “Cubs, club, Cubs, club”, mientras se sirve un vaso de whisky.

—No sé si tengo ganas —digo.

—¿De ver a los Cubs? Bueno, entonces, solo vamos al club. Comemos algo y después vamos para el West Loop.

Me quejo.

—A Triangle, entonces —sugiere—. O Tavern.

—No sé.

—¿Qué no sabes? Es viernes por la noche. ¿Qué quieres? ¿Quedarte en casa?

—Puede ser. Estoy cansado.

Menea la cabeza.

—No, no, no. Nicky no está cansado un viernes por la noche. Nicky se emborracha con su amigo Gavin y después se lleva alguna nenita a casa...

—No me siento bien, cielos. Déjame en paz.

Gavin bebe un largo trago de su whisky y me mira detenidamente. Moviendo un dedo frente a mí, pregunta:

—¿Cómo va todo con la Número 7?

—Bien. Todo bien. La tengo justo donde quiero.

—¿Sí?

—Sí.

—Bueno, entonces, podemos beber unas copas aquí antes de salir —dice—. Háblame sobre ella.

—No es lo que acordamos.

—Bueno, no me digas su nombre; solo, ya sabes, en general. No sé, ¿cuál es su historia?

Me encojo de hombros.

—No hay mucho. Solo que huyó de su casa; eso es todo.

Eso lo sorprende. A mí también me sorprendió cuando investigué, pero después dejó de importarme. Cuanto más tiempo pasaba con Vicky, más veía que es una chica solitaria, una luchadora. La mayoría de las mujeres que elegí —las seis anteriores, de hecho— tenían vidas bastante normales y privilegiadas. Ninguna había tenido una vida ni remotamente parecida a la mía.

—¿Escapó de su casa cuando era adolescente? —pregunta Gavin—. ¿Qué hizo?

—No sé. No me habla de su pasado. Y no puedo encontrar nada en internet.

—Sabes lo que hizo —dice Gavin, mientras se sirve un segundo vaso de whisky.

—No.

—¿Qué otra cosa podría haber hecho? ¿Escapa de su casa y tiene que arreglárselas sola?

—Cierra la boca, G.

—Era una puta, Nicky. O una actriz porno. Algo con el sexo. No hay otra opción —dice.

Saco una botella de agua de la nevera.

—¿Folla como una puta?

—¡Te he dicho que cierres la boca! —Le arrojo la botella de agua, la tapa se sale y el agua salpica por todas partes.

—Ey, tú —exclama Gavin, retrocediendo—. ¿Qué cojones te pasa, tío?

Cojo una toalla y seco el suelo. Mientras tanto, Gavin va a la sala y enciende el televisor.

Dejo la toalla húmeda en el lavabo, me sirvo un whisky y salgo a la terraza. La vida nocturna en esta zona es siempre tan intensa como en el resto de la ciudad. Me encanta este lugar. Siempre supuse que terminaría en Chicago después de juntar suficiente dinero con mis estafas si todo salía bien. Aunque también siempre estuve preparado para salir del país si no me quedaba otra opción para estar a salvo. Creo que hice todo lo necesario para mantenerme un paso por delante de la ley. La mayoría de estas mujeres ni siquiera se molestan en buscarme después de que les haya quitado todo, por la vergüenza de admitir lo que hicieron. Y a sus esposos les importa todavía menos, después de que los hubieran engañado, los dejaron por otro hombre y firmaron acuerdos de divorcio de un solo pago.

¿Y qué podían hacer, incluso si me encontraban? Era su amante, su secreto sucio; no es que me presentaran a sus amigas ni nada por el estilo. Además, usé un nombre distinto en cada ocasión (Collin Daniels, Richard Nantz, David Jenner), así que solo tenía que negar, negar, negar. No, no soy yo. ¿Qué dinero? No pueden rastrear nada. No pueden probar nada.

¿Vicky? No sé qué hará después de que le quite el dinero. Ella básicamente le va a robar todo a su esposo y yo voy a robarle todo a ella. ¿Tendría derecho a quejarse? ¿Puede una ladrona quejarse de otro robo? Sí, puede ser. Tal vez lo intente. Vicky parece ser una persona bastante rencorosa. Pero, como me sigo repitiendo una y otra vez, la verdad es que no la conozco.

No, va a venir a buscarme. Es lo que yo haría. Y ella es como yo.

Voy a la sala, donde Gavin está despatarrado en el sofá, viendo una película y bebiendo mi whisky. Señala la pantalla.

—*Juego de espías* —dice—. ¿La has visto?

—No.

—Es vieja. Redford, Pitt. Redford es un agente de la CIA de la vieja escuela, ¿vale? Le enseña a Pitt todo lo que sabe. Le dice que no se involucre con nada ni nadie, que ahorre dinero para cuando se retire y que no lo gaste nunca, que primero piense en él mismo, ¿vale? Luego resulta que, a pesar de mostrarse como un tipo duro y frío, tiene un corazón de oro. ¿Sabes qué tienes en común con Redford?

Me siento en el sofá.

—No. ¿Qué tenemos en común?

Apaga el televisor y nos quedamos en silencio.

—Nada —dice—. Porque es una maldita película, una ficción, un cuento de hadas. Y tú, Nicky, esta es tu vida real. Así que haznos un favor a ti y, más importante, a mí, ¿entiendes?

—¿Qué?

—No te encariñes —dice—. Y mucho menos, para nada, te enamores de esta mujer. Toma el maldito dinero, olvídala y sigue adelante. Luego sal y busca a tu princesa.

—Bien, uno más y después vamos a comer —dice Gavin.

—No tengo ganas.

Estamos en la terraza de mi apartamento, en el primer piso, que da a un callejón y a la vida nocturna.

—¿Y ahí, por lo menos? —pregunta Gavin.

—¿Dónde?

—Ahí enfrente, Einstein. Ese lugar donde todos están bebiendo algo y disfrutando, a diferencia de nosotros. Ese lugar donde hay al menos veinte bellezas que abrirían las piernas si solo les guiñas un ojo. Aunque bueno, ya sabes..., si no estuvieras enamorado de la Número 7.

—¿Puedes terminar con eso?

—Terminaré después del 3 de noviembre, cuando la Número 7 le quite el dinero a su esposo y tú se lo quites a ella. Después, yo me quedo con mi parte y cierro la boca. Hasta entonces, me estás preocupando.

—No estoy enamorado ni me voy a enamorar de ella.

—Bien, ahora, ¿qué te parece si vamos a comer a ese lugar de ahí? ¿Tienen carne?

—No creo. Debo de tener un menú en algún lado.

—No vamos a pedir, colega, vamos a salir. Dime qué tienen si no tienen carne, ¡por el amor de Dios!

—El shawarma de pollo es bastante bueno...

—¿El qué de pollo?

—... y los kebabs de kofta no están mal.

—¿Kaf-qué? ¿Kafka? Dios, Nicky, ¿qué te pasa?

Me inclino hacia delante y hablo entre dientes.

—¿Puedes dejar de llamarme Nick? Para ser un tipo que se preocupa tanto por no cagarla, ¿de verdad vas a gritar mi nombre desde el balcón? ¿Por qué mejor no vas al maldito *Chicago Tribune* y anuncias al mundo que mi nombre no es Christian Newsome?

Asiente, bebe un trago de su whisky.

—Tienes razón, Christian. Te ofrezco mis más sentidas disculpas. Además, acabo de darme cuenta de que tienes que comer tu comida fífi para mantener esa figura tan atractiva. Así que retiro mi objeción previa y te solicito amablemente que me acompañes a... —Mira el patio al otro lado del callejón —. ¿Cómo se llama ese lugar?

—Viva —respondo—. Viva Mediterránea.

CAPÍTULO 39

Simon

LUNES POR LA MAÑANA. ME despierto solo. Vicky fue a Elm Grove a pasar el fin de semana otra vez para ver a sus sobrinas. La mayor, Mariah, tuvo su primera menstruación hace algunas semanas y se asustó mucho, probablemente más que cualquier otra chica porque no tiene a su madre para que la acompañe, así que fue un golpe emocional fuerte. Vicky, que se aferra a la idea de que podría haber evitado el suicidio de su hermana si hubiera hecho más, ha estado pasando muchos fines de semana con ellas últimamente.

Esa es una de las razones por las que la amo.

A mi madre le habría agradado. No le habría molestado su carácter. Habría admirado su honestidad brutal. Mi madre siempre decía lo que pensaba, a veces demasiado, a veces para su desventaja. Mi padre siempre contaba que el bufete en el que ella empezó a trabajar en cuanto se graduó, en 1980, un bufete superaristocrático de novecientos abogados, solo tenía seis mujeres. Mi madre organizaba eventos para el resto de las mujeres: almuerzos, salidas a bares después del trabajo, un grupo de apoyo no oficial. Un día, al principio, el socio más longevo del estudio se le acercó y le mostró uno de los carteles que había impreso, gritándole: “¿Noche de chicas? ¿Por qué no una noche de chicos?”. (A estas alturas de la historia, mi madre siempre agregaba que no había sido casual que le hubiera dicho esto cuando ella estaba cerca del pasillo). Para la sorpresa de nadie que la conociera, respondió: “Todas las noches son noches de chicos”.

“No hables a menos que tengas algo para decir”, solía aconsejarme cuando charlábamos antes de arroparme. “Pero, cuando elijas hablar, di lo que piensas, piensa lo que dices y prepárate para defender tu postura. Si no puedes defenderla, entonces, no valía la pena desde un principio”.

Es temprano, poco más de las cinco. No estoy saliendo a correr estos últimos días, nada de “Cinco a las cinco” por ahora, ya que estoy corriendo a Wicker Park por la noche. Así que salgo a dar una caminata larga, vuelvo a casa, me

baño, publico un informe en mi blog, *Simon dice*, sobre un nuevo caso del Tribunal Supremo de Wisconsin acerca de la excepción de buena fe al requisito de una orden judicial, y llego a mi oficina a las ocho.

A mi madre le habría encantado tener un blog que le permitiera quejarse de cualquier tema jurídico para quien quisiera leerla. Estaba especializada en una rama del derecho, como cualquier profesor, pero leía sentencias sobre cualquier asunto. Devoraba cada fundamentación de las sentencias del Tribunal Supremo de los Estados Unidos y charlábamos sobre ellas en la cena. Resumía los hechos, discutía ambas posturas, las ventajas y las desventajas, y luego anunciaba cuál era la sentencia correcta, que, como el proceso judicial era de los ochenta, por lo general difería de del Tribunal Rehnquist.

A eso de las nueve y media, empiezo a caminar por la rambla hacia el Chicago Title & Trust. Sí, todas las mañanas que vengo aquí, pienso en mi padre y el estudio que tenía en este edificio. Y sí, eso me trae muchos recuerdos desagradables. Y sí, un terapeuta podría decir que no es saludable para mí venir aquí todos los días. Claro que el día que la policía de San Luis intentó preguntarle a la doctora McMorro sobre la conversación que tuvimos la mañana siguiente al asesinato de mi padre fue el día que dejé de hablar con psicólogos. Lo que sucedió frenó la sinceridad necesaria para tener una buena conversación entre terapeuta y paciente.

Me compro un café en Starbucks y me siento en el vestíbulo. Enciendo el teléfono y escribo: Llegó el mejor momento de la mañana, princesa.

No responde. Intento otra vez: Buen día, mi reina.

Todavía nada. No aparece que esté escribiendo. Tampoco que lo haya recibido.

Parece que estás ocupada. Hablamos por la noche, amor.

Apago el teléfono y le quito la tarjeta SIM. Qué desperdicio. Al menos estuvo bien salir a caminar.

No estoy obsesionado con Mitchell Kitchens. Es solo que a veces pienso en él.

Mitchell podía levantar cuarenta y cinco kilos y lanzarlos a cuatro metros de

distancia. Lo sé porque yo pesaba cuarenta y cinco kilos en primer año y él solía lanzarme cuatro metros. Su récord fueron cinco metros y medio.

El gimnasio donde entrenaban los luchadores estaba junto a la entrada de la escuela, donde nos dejaba el autobús. Mitchell me gritaba “Mini-Yo” y descubrí bastante rápido que, si no le respondía, igual se acercaba y me atrapaba.

En el gimnasio había varias colchonetas en el suelo; una cinta roja marcaba el punto de partida y una cinta azul, su mejor lanzamiento. Sosteniéndome de la cintura con una mano y de la camisa con la otra, Mitchell me lanzaba por el aire y yo caía con un golpe duro sobre las colchonetas. Sus amigos reían y festejaban mientras medían la distancia. A veces, si no quedaba conforme con el primer lanzamiento, me hacía volver para intentarlo otra vez.

“No te molesta, ¿verdad, Mini-Yo?”, solía preguntarme, y me daba una palmada tan fuerte en la espalda que casi me hacía caer. Pero recuerdo esa parte; el tipo tenía el coeficiente intelectual de una boca de incendio, aunque siempre se aseguraba de que le dijera que estaba bien, para poder usarlo como defensa llegado el caso. “Dijo que no le molestaba. Lo disfrutó. Solo estábamos divirtiéndonos”.

Pero sí me molestaba, por supuesto. Era humillante. Y, a veces, dolía. Sin embargo, empecé a volverme un experto en amortiguar la caída, protegerme el rostro al dar sobre la colchoneta, cerrar los puños para no romperme ningún dedo.

Siempre me preguntaba por qué yo. ¿Qué le había hecho a este tipo? Sí, era un estudiante de primer año diminuto y nerd. Era un cliché andante para convertirme en el blanco perfecto de un acosador. Pero no era el único.

En retrospectiva, no me cuesta entenderlo. Cursábamos matemáticas juntos. Yo estaba en geometría, que es básicamente una clase de honor para estudiantes de primer año, y él la cursaba en su último año. Yo sacaba dieces y él casi no aprobaba.

Y como divertirse conmigo antes de clases no era suficiente, también me iba a buscar durante el almuerzo. Se acercaba a mi mesa y me daba una palmada en la cabeza. Yo llevaba una botella de Gatorade todos los días. Mi madre estaba intentando hacerme crecer. “No te molesta, ¿verdad, Mini-Yo?”, me decía, y me quitaba la botella. Un día, llevé una segunda botella para compensar, pero también me la robó. “Debe de ser mi cumpleaños”, decía. Los otros chicos, la

mayoría estudiantes de primer año como yo, solo miraban para otro lado. Nunca nadie me decía nada. Sabían que, en mi lugar, harían lo mismo: nada.

Mitchell era uno de los reyes de la escuela. Había colegios de todo el país que venían a verlo luchar para reclutarlo. Al final, no le sirvió de nada. Estropeó un encuentro bastante importante y después terminó escapando de la ley; casi acaba preso.

Así que quizás el karma sí exista, después de todo. Quizá debería dejarlo ahí. Pero cada vez que siento esa cicatriz en mi mejilla izquierda, vuelve a aparecer en mi mente.

Un poco pasadas las siete de la noche, salgo de la facultad y corro mis ocho kilómetros hacia Wicker Park. Me detengo en el callejón entre el patio trasero de Viva Mediterránea y una serie de apartamentos en la calle de enfrente. Hay una leve llovizna y el otoño ya empieza a coquetear con nosotros, lo suficiente como para apagar el entusiasmo del patio exterior de Viva, aunque aún hay algunas personas fuera, con chaquetas y jerséis, disfrutando sus copas y aferrándose a los últimos vestigios del verano.

A las ocho en punto, saco mi teléfono verde, inserto la tarjeta SIM y escribo: Llegó el mejor momento de la noche, cosita linda.

Responde: Eh soy una persona pero okey Ah, enfadada. Escribo: ¿Estás molesta?

Responde: No dormí bien anoche. Con ronca demasiado <bostezo> Vale, demasiada información. Incluso llama al esposo por su nombre. En fin... Mi respuesta: ¿Entonces por eso no hablamos esta mañana?

Responde: Cuando se fue dormí hasta media mañana Ah, eso funciona. Escribo: No puedo decir que disfruto imaginarte durmiendo con él.

Responde: Bueno es su casa no te pongas goloso Sigue escribiendo y agrega: JAJA no te pongas CELOSO maldito autocorrector adiós por ahora Está bien. Suena justo. Apago el teléfono, le quito la tarjeta SIM y guardo ambas cosas en el bolsillo de mis pantalones de entrenar.

Levanto la vista hacia los apartamentos, hacia los balcones que dan a este callejón. El tercero está vacío, pero tiene las luces encendidas.

El tercero es de Christian Newsome, el tipo que estuvo acostándose con Vicky las últimas semanas.

Sí, eso ya lo sé. He visto a Christian en su terraza varias veces cuando vengo aquí para estas charlas nocturnas. A veces, está solo. A veces, está con su amigo Gavin.

Pero nunca con Vicky. No, Vicky es demasiado precavida como para permitir que la vean en público con Christian.

¿Me molesta que Vicky esté teniendo sexo con otro hombre? Por supuesto. Soy humano. Pero se podría decir que no tengo legitimación procesal para hacer una reclamación en estas circunstancias.

Intento pensar en frío. A veces, pienso demasiado en frío.

Otras veces, solo dejo que las cosas me molesten más de lo que deberían.

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 40

Jane

CONRAD BETANCOURT SE DESPLOMA EN el sofá de su sala. Tiene los ojos vidriosos y unas ojeras oscuras y pronunciadas. Lo único que lo salva es su bronceado.

Un oficial lo recibió en O'Hare, donde aterrizó hace dos horas. Lo llevaron a la morgue del condado de Cook, donde identificó el cuerpo de su esposa, Lauren. El informe del oficial fue bastante escueto: más allá de balbucear "Cielo santo" y confirmar que la fallecida era, efectivamente, su esposa desde hacía tres años, pidió un momento de privacidad. Si lloró en silencio o si soltó alaridos como un esposo devastado o se mantuvo frío e inalterable, Jane no podía saberlo, porque su oficial tampoco lo sabía. Cuando salió de la habitación fría, no dijo nada en el trayecto de regreso a la casa.

—¿Quién le hizo esto a mi esposa y por qué? —pregunta.

"Mi esposa". No "Lauren". Desde que llegó, no pronunció su nombre, solo se refirió a ella como una posesión. Qué masculino. Jane se preguntó cómo se sentiría si estuviera casada y su esposo se refiriera a ella de esa manera en lugar de por su nombre. Sería bonito descubrirlo algún día.

—Ayúdenos a averiguarlo —responde Jane.

—Bueno, no se suicidó.

—¿No? ¿Por qué no?

—No sería capaz de hacer eso. —No entra en detalles. Parece un jefe, un líder, haciendo declaraciones autoritarias sin necesidad de dar explicaciones. Estaba bastante segura de que no disfrutaría trabajar para él.

—¿Estaba deprimida? —pregunta Jane.

—No como piensa. Nosotros... estábamos en medio del divorcio —explica—. Así que supongo que se podría decir que no era un momento feliz.

—¿Alguno de los dos ya había presentado los papeles? —pregunta, aunque ya sabía la respuesta por su exesposa, Cassandra.

—Yo sí.

—¿Puedo preguntar por qué? —Se cuestiona a sí misma si hizo bien en preguntarle eso, como si necesitara permiso. Es una policía que está investigando un asesinato. Le corresponde saber la respuesta, por más personal que sea. Toma una nota mental.

Conrad Betancourt la mira de arriba abajo con los ojos entrecerrados, en un gesto de desaprobación.

—Diferencias irreconciliables.

—¿Puede explayarse más?

Parece que la situación lo entretiene; probablemente la llamaría “entrometida” si no fuera policía, “una chiquita entrometida”, pero luego rompe el contacto visual y se queda mirando fijamente a la pared.

—El matrimonio no funcionaba.

—¿Su esposa compartía la misma opinión?

Esa pregunta lo entretiene más.

—Estoy bastante seguro de que sí.

—¿Cuándo solicitó el divorcio?

—Hace algunas semanas.

—Entonces, octubre, mediados de octubre.

Se encoge de hombros.

—Búsquelo. Es información pública.

Deja pasar eso porque tiene razón.

—¿Hubo infidelidad?

Tensa la mandíbula, una expresión ilegible.

—¿Tenía una aventura? No sé. A esas alturas, yo me quedaba en el centro, en nuestro apartamento de Michigan Avenue. Tenemos un apartamento en Superior y Michigan. Me he quedado exclusivamente ahí desde... algún momento de agosto o septiembre. No creo que le hubiera costado conseguir a alguien más. Y tampoco me sorprendería. Pero, si me pregunta si lo sé con seguridad, no, no lo sé.

—¿Y usted? —pregunta Jane.

—Ah, vamos. —Chasquea los dedos—. Me mudé el 11 de septiembre. Lo recuerdo porque fue el 11 de septiembre. Recuerdo pensar que mi matrimonio se había desmoronado como las Torres Gemelas.

Jane percibe algo en la expresión de su compañero, Andy Tate, pero lo deja pasar. Vuelve a hacer la pregunta.

—¿Y usted, señor Betancourt? ¿Fue fiel?

Esperaba esto. Su rostro muestra una leve decepción; si hubiera intentado concentrarse en Lauren y explayarse más con sus respuestas anteriores, Jane habría ido en la dirección opuesta. Pero ahora él baja la vista hacia sus uñas, mientras mantiene ahuecada su mano ancha y robusta.

—Siguiente pregunta —dice.

Entonces, no. No fue fiel. Jane se queda en silencio y lo mira. Vale la pena intentarlo. Hay un viejo dicho que dice que, si te quedas en silencio, el testigo nervioso hablará para llenar el espacio. Duda de que funcione con Conrad Betancourt.

No funciona. Finalmente la mira y repite: —Siguiente pregunta.

Todo esto es como un baile delicado. Quiere presionarlo, pero no demasiado. Porque el testigo tiene un as bajo la manga que, honestamente, le sorprende que aún no haya usado: puede negarse a responder y exigir un abogado.

Pero eso también le diría algo. Un hombre no tiene que estar físicamente presente para hacer que asesinen a su esposa, no si tiene todo el dinero del mundo. ¿Qué mejor manera, de hecho, que pasar un largo fin de semana con tus hijos en Florida mientras ocurre?

—Está bien, señor Betancourt —dice—. Mi siguiente pregunta es cuánto dinero tiene.

—Ah, ahí está. —Inclina su enorme cabeza y esboza una sonrisa amarga—. ¿De verdad sospechan de mí? ¿Creen que maté a mi esposa para no tener que dividir el dinero con ella? ¿Aprendieron a ser policías viendo películas o qué?

Jane se reclina en su silla y abre las manos.

—Tengo que descartarlo, señor Betancourt. Sabe cómo es esto. Así que ayúdeme.

—Teníamos un acuerdo prenupcial —dice Conrad—. A ella le correspondía un millón de dólares en caso de divorcio. Es una cifra que no tendría problema en darle. Además, le ofrecí pagar los honorarios de su abogado.

—Quizás ella quería oponerse a ese acuerdo —sugiere Jane.

—Quizá, pero no podría hacerlo. De todas maneras, el resto de mi dinero está en un fideicomiso desde antes de que nos casáramos. No tiene acceso a él. Es impenetrable. Así que, si lo objetaba o no, no me habría preocupado en lo más mínimo.

—Señor Betancourt —interviene Andy—, ¿está seguro de que se mudó el 11 de septiembre?

Conrad se toma su tiempo antes de mirarlo.

—Ya respondí eso. Pensé en las Torres Gemelas. Sí, estoy seguro de que me mudé al apartamento del centro.

—Pero está seguro de la fecha —presiona Andy.

Conrad parpadea. Una reacción natural al verse acorralado. Mira al techo y vuelve a mirar a Andy.

—Sí, estoy seguro de la fecha.

—¿Y nunca regresó a esta casa, ni siquiera para pasar la noche?

—No. Nunca. Nunca regresé a esta casa después del 11 de septiembre.

—¿Lauren alguna vez pasó la noche en el apartamento del centro después del 11 de septiembre?

Conrad se inclina hacia delante, levantando las manos.

—Déjeme decirlo con la mayor claridad posible: no veo a Lauren desde el 11 de septiembre. Siéntanse libres de preguntarle al personal del edificio. El portero se lo confirmará.

Andy vuelve a sentarse.

—Déjeme mostrarle algo —dice Jane, y saca el teléfono rosa de la bolsa de pruebas—. ¿Alguna vez vio este teléfono?

—No... no —responde—. ¿Qué es eso? Ya sé que es un teléfono, pero... ¿de quién?

—¿No lo sabe?

—No tengo idea. —Su expresión se endurece. Sin duda piensa lo mismo que Jane y Andy cuando lo vieron: un teléfono desechable para un amorío extramatrimonial.

Mira alrededor como si quisiera golpear algo.

—Entonces sí había alguien más —dice. Ahora que lo sabe con certeza, parece importarle más que antes. La ira se le marca en la mandíbula, tensa y colorada—. ¿Quién es el otro hombre?

—No sabemos si hubo otro hombre —dice Jane—. Y, si lo hubo, no sabemos quién.

—¿Cuál es el...? —Señala el teléfono—. ¿Hay mensajes? Tiene que haber mensajes.

—No podemos revisarlo ahora —responde ella.

—Pero puede responderme a eso. ¿Hay mensajes? ¿Mensajes de amor?

—Hay mensajes, sí. Le prometo que cuando podamos darle...

—¿Cuándo empezaron? ¿Desde hace cuánto...? —Aparta la mirada con gran

amargura.

—No podemos responderle, señor.

—Solo díganme eso. Denme una fecha.

—Señor Betancourt, por favor. Pronto, se lo prometo, pero no ahora.

Conrad se enfurece más e intenta contener la ira, aunque apenas lo logra. Pero empieza a calmarse poco a poco y parece comprender que reaccionar así ante la idea de una infidelidad solo aumentaría cualquier sospecha en su contra.

—Grandioso —balbucea—. Esto es... grandioso.

—Señor Betancourt, ¿nos disculpa un momento? —dice Andy.

Jane lo sigue hacia la cocina de la casa, donde Andy coge de una carpeta una copia de la transcripción de los mensajes.

—Toma —susurra Andy—. Lee los mensajes del 19 de septiembre.

Jane lee sobre su hombro:

TELÉFONO DEL DESCONOCIDO	TELÉFONO DE LA VÍCTIMA (PRUEBA #1)
Lunes, 19 de septiembre, 10.01 Llegó el mejor momento de la mañana, princesa.	
Lunes, 19 de septiembre, 10.04 Buen día, mi reina.	
TELÉFONO DEL DESCONOCIDO	TELÉFONO DE LA VÍCTIMA (PRUEBA #1)
Lunes, 19 de septiembre, 10.06 Parece que estás ocupada. Hablamos por la noche, amor.	
Lunes, 19 de septiembre, 20.00 Llegó el mejor momento de la noche, cosita linda.	
	Lunes, 19 de septiembre, 20.01 Eh soy una persona pero okey
Lunes, 19 de septiembre, 20.01 ¿Estás molesta?	
	Lunes, 19 de septiembre, 20.02 No dormí bien anoche. Con ronca demasiado <bostezo>
Lunes, 19 de septiembre, 20.02	

¿Entonces por eso no hablamos esta mañana?	
TELÉFONO DEL DESCONOCIDO	TELÉFONO DE LA VÍCTIMA (PRUEBA #1)
	<i>Lunes, 19 de septiembre, 20.04</i> Cuando se fue dormí hasta media mañana
<i>Lunes, 19 de septiembre, 20.05</i> No puedo decir que disfruto imaginarte durmiendo con él.	
	<i>Lunes, 19 de septiembre, 20.05</i> Bueno es su casa no te pongas goloso
	<i>Lunes, 19 de septiembre, 20.06</i> JAJA no te pongas CELOSO maldito autocorrector adiós por ahora

No tiene sentido...

—No tiene sentido —dice Andy—. El 19 de septiembre, Lauren se queja de que la noche anterior Conrad estaba roncando tanto que no pudo dormir. Y él jura que no se acercó a Lauren en ningún momento después del 11 de septiembre. Y no me parece que esté mintiendo. Podríamos comprobarlo muy fácilmente. Conrad tendría que ser un idiota para mentir sobre algo tan específico.

—Coincido —susurra Jane—. Conrad no está mintiendo. Lauren sí, a su amante.

—Pero ¿por qué? —pregunta Andy—. ¿Por qué Lauren le mentiría?

—Y si le mintió sobre eso, ¿sobre qué más mintió? —dice Jane.

ANTES DE HALLOWEEN

Octubre

CAPÍTULO 41

MARTES, 18 DE OCTUBRE DE 2022

Esto podría traer problemas, este asunto. ¿Qué voy a hacer?

Es muy importante para mí, Lauren. No puedo hacerle eso a Vicky. Puedo contárselo esta noche, cuando llegue a casa. Puedo decirle que te volví a ver, que voy a divorciarme y casarme contigo. Pero no puedo pedirle el divorcio antes del 3 de noviembre. No puedo hacerlo antes de nuestro décimo aniversario. Si lo hago, no va a quedarse con nada del fideicomiso.

Ya te expliqué todo eso.

—Se lo voy a decir esta noche —dije—. Me voy a mudar y conseguir otro lugar. Podemos mudarnos juntos hoy mismo. Pero no puedo pedirle el divorcio ahora. Falta menos de un mes. ¿Qué más da un mes?

—No le corresponde ese dinero —dijiste—. Es una herencia de tu padre. Es tu dinero. No lo merece.

—¿No lo merece? Estamos casados desde hace casi diez años.

—¿Y por qué crees que es eso? —dijiste—. ¿No lo ves, Simon?

No entendí a qué te referías. O quizá no quería entenderlo.

Te quedaste en silencio, como si buscaras las palabras justas. Luego suspiraste, como si ya te hubieras cansado de suavizarlo.

—Vosotros dos no estáis enamorados y nunca lo estuvisteis —dijiste.

Escucharte decir eso me hizo quedarme sin aire.

—Eso no es verdad.

—Ella nunca te amó, Simon. Necesitaba alguien que la cuidara. Y tú lo hiciste. Y ahora está mirando con atención el dinero del fideicomiso, que está tan cerca que ya puede saborearlo. Le dedicó nueve años y once meses.

Retrocedí y casi me caigo sobre la cama.

—Haces que suene como una condena.

Te acercaste y me cogiste de las manos.

—Mereces algo mucho mejor —dijiste—. Si quieres hacer algo por Vicky,

entonces, está bien. Págale la pensión conyugal con tu salario de profesor. Pero no le entregues millones de dólares. Es tu dinero.

Me besaste, primero suave y luego con intensidad, y mi termómetro interno se disparó hasta la estratósfera.

—Querrás decir nuestro dinero —dije.

—Sabes que no me importa el dinero —susurraste, mientras me desabrochabas la hebilla del cinturón.

—Lo sé.

Te arrodillaste y empezaste a bajarme el pantalón.

—Prométeme que le pedirás el divorcio ahora —dijiste.

CAPÍTULO 42

Simon

DECIDO SALIR A CORRER POR la mañana, una versión de mi “Cinco a las cinco” que había abandonado desde que empecé a correr de noche desde la facultad hasta Wicker Park. Echo de menos correr por esa zona de Chicago, pero hoy no es el día para compensar eso. Esta mañana, en cambio, corro en la dirección opuesta, hacia el oeste de mi casa, hacia Grace Village. Hacia la casa de Lauren.

Ya fui demasiadas veces en coche por la mañana. Si lo hago demasiado seguido, algunos de esos vecinos cotillas van a empezar a notarlo. Y es lo último que necesito.

Ayer vine conduciendo y aparqué en la calle de su casa a las cinco y media de la mañana. Fue la primera vez que lo hacía en varias semanas.

Estaba esperando que la limusina de Conrad lo pasara a buscar a las seis en punto para llevarlo al club East Bank a hacer su entrenamiento matutino. Pero nunca apareció.

Ahora estoy aquí, corriendo cerca de la Lathrow Avenue, cruzando calles, cambiando de dirección, intentando no llamar la atención mientras el sol empieza a iluminar la mañana del viernes y las cinco y media se convierten en las cinco y cuarenta y cinco, y luego las cinco y cincuenta se convierten en las seis y las seis se convierten en las seis y diez.

Una vez más, no aparece ninguna limusina para buscar a Conrad Betancourt.

Quizá tuvo que viajar por trabajo o se tomó un fin de semana largo con alguno de sus amigos. Quizá sea eso.

¿A dónde fuiste, Conrad?

Me detengo a media manzana de la casa de Lauren y la miro. No es tarde, me repito. No es tarde para frenar todo esto y olvidar haberte visto en Michigan

Avenue en mayo. Dios, siento que han pasado mucho más de cinco meses desde que reapareció en mi vida. Quizá sea porque, para mí, nunca se fue.

“Me enteré de que alguien cumple años pronto”, me susurró Lauren al oído, con aliento a cerveza, hace ya más de diecinueve años. Ese verano todo iba de maravilla en el bufete de mi padre, después de que Teddy consiguiera ese enorme acuerdo en el caso del accidente por descarga eléctrica y el lugar estuviera saturado de dinero. Todos los viernes por la noche había *happy hour*. Nunca me quedaba mucho tiempo; por lo general iba directo a casa después del trabajo para hacerle compañía a mi madre, que para ese entonces ya estaba en silla de ruedas y pasaba los días en casa con su cuidadora, Edie.

Pero mi padre siempre me dejaba tomar una cerveza, a pesar de que tenía diecisiete años, como una manera de demostrar qué buen padre era, y los *happy hours* empezaban a las cuatro de la tarde, así que por lo general me quedaba durante la primera hora antes de tomar la Green Line de regreso a casa.

Lauren me había tratado muy bien ese primer mes del verano: bromeaba, me halagaba e, incluso, viéndolo en retrospectiva, creo que coqueteaba conmigo. Pero yo no lo pensaba demasiado, ya que, como era el hijo del jefe, prácticamente todos me trataban como si fuera frágil como un cristal: recibía muchos “por favor” y “gracias” cuando llevaba paquetes o entregaba mensajes, muchos más de los que el resto recibía.

Pero esa noche, ese viernes de junio, Lauren me miró de un modo diferente. Después de algunas cervezas y en un ambiente relajado, me sonrió de una manera que me hizo sentir como un adulto por primera vez en la vida.

“Tengo un regalo para ti”, susurró.

Nunca había estado con una mujer. Mis experiencias previas habían sido solo unos besos incómodos en el primer y en el último año del bachillerato, un par de citas penosas que solo lograron hacerme sentir inepto y ansioso.

Nos vimos ese domingo, en su casa en Old Irving Park, a las tres de la tarde. Llegué temprano, aparqué el Honda de mi madre en Kedvale Street, nervioso y tenso. La verdad era que estaba completamente aterrado. Estaba asustado, no excitado. Mareado, no apasionado. Quería poner el coche en marcha y volver a Grace Park antes de tener la oportunidad de decepcionarla.

Lauren, que tenía veinte años en aquel entonces, todavía vivía con sus padres

en una casa de ladrillo con tejado a dos aguas bastante humilde, al norte de Waveland Avenue. Sus padres se habían ido, o eso asumí, pero nunca los mencionaba. Abrió la puerta despacio y me recibió solo con una camisa, sin pantalones.

“Hola, cumpleaños”, dijo.

En cualquier otro contexto, habría estado ardiendo. Era el tipo de fantasía que podría tener pegada en la pared de mi habitación, seduciéndome... ¡a mí!, pero me sentía hundido, en todos los sentidos, consumido por la presión.

“No estés nervioso”, dijo, haciendo una evaluación precisa de mi reacción. Me cogió de la mano y me llevó por la casa: una cocina pequeña con platos en el fregadero, un radiador con la pintura descascarillada, un comedero con alimento para mascotas y arena para gatos. Todo eso me tranquilizó. Ver lo mundana que era su vida me trajo de regreso a la realidad, o al menos eso intenté.

En su habitación, hizo que todo fuera muy sencillo. Yo no tenía ninguna referencia, más allá de las incursiones ocasionales en internet para ver pornografía y alguna escena de sexo en películas, donde todo siempre parece tan fluido y seguro.

Se tomó su tiempo. Se acercó, sentí su perfume, las suaves caricias de sus labios en mi cuello, sus manos a cada lado de mis piernas. Empezó a mecerse de un lado a otro, aunque no había música, tarareando algo que no reconocí.

Se dio la vuelta y se sentó sobre mi entrepierna, apoyando la cabeza en mi hombro, mientras yo rogaba en silencio tener una erección, superar los nervios y disfrutar el momento. Me tomó las manos y las llevó a sus pechos y gimió.

“Se siente bien”, susurró.

Entonces, mis manos cobraron vida propia y presionaron sus pechos, acariciaron su cuello, recorrieron su cabello, presionaron su ropa interior de seda.

Y luego, ya listo, me dejé llevar por el momento. Me había ayudado a llegar hasta ahí, me había guiado por las primeras curvas, y ahora estaba listo para tomar el control.

Me gustaría poder decir que Lauren disfrutó horas de éxtasis. Pero estoy bastante seguro de que fueron cuatro minutos (y eso considerando que aguanté todo lo que pude) y no creo que ningún momento haya contado como “éxtasis” para ella. No tenía noción de cuánto se suponía que debía durar ni la más mínima idea de cómo lograr que una mujer tuviera un orgasmo.

Pero me hizo sentir como si hubiera pasado el mejor momento de su vida. Me envolvió con sus piernas y se quedó ahí, después, durante un buen rato.

“Me gusta sentirte dentro de mí”, susurró.

La verdad es que yo me sentía más aliviado que otra cosa.

Luego trajo un par de cervezas y bebimos mientras charlábamos en la cama. Faltaban algunos meses para que yo empezara la universidad y me dijo que estaba ahorrando dinero para estudiar también. Hablamos de música, de béisbol, y las cervezas siguieron pasando. Fue la vez que más cervezas había bebido en mi vida, pero el entusiasmo de mi primer encuentro sexual era más embriagante que cualquier bebida alcohólica.

Estábamos viendo algunas fotografías tuyas del bachillerato, cuando miró el reloj en la pared. “Mis padres van a llegar en una hora”, dijo. “A veces, llegan un poco antes”.

“Entonces, creo que es hora de que este chico cumpleaños vuelva a su casa”, dije.

“Mmm”, murmuró, apoyando las manos sobre mi pecho. “No eres un chico, eres un hombre”, agregó. “Pero ¿qué te parece si me follas una vez más antes de irte?”.

Sin duda sabía cómo excitarme.

Y ahora, aquí estamos, diecinueve años más tarde. Me estoy acercando rápido a ese acantilado. No es tarde para regresar. Eso es lo bello de todo esto: hasta que salte, siempre puedo cambiar de idea.

Mi vida estuvo bien. Me encaminé y salí adelante. Puedo conservar esa vida: agradable y segura, más o menos; aburrida y monótona, quizá, pero importante para mí. Siempre y cuando pueda enseñar, incluso si el vicedecano Comstock me despide de la facultad, puedo buscar trabajo en otra, prestigiosa o no; no va a importar, mientras pueda enseñar, hablar y escribir sobre derecho.

Si me arriesgo, no sé dónde voy a terminar. Quizá sea el mayor error de mi vida. Podría ser el final.

CAPÍTULO 43

Vicky

ESTOY SENTADA EN UN SILLÓN de respaldo alto, fuera del salón de baile del Hotel Península, donde ochocientas de las personas más ricas de Chicago socializan y compiten en juegos de casino para recaudar dinero y generar conciencia sobre el autismo. No estoy vestida para la ocasión y no tengo invitación, pero al menos llevo un vestido, así que, en general, no parezco fuera de lugar.

Tengo el teléfono sobre el regazo y los AirPods en los oídos. Finjo estar mirando algo en la pantalla, pero no; está apagada. Aun así, las voces del salón Gold Coast llegan con bastante claridad:

Él: Entonces, ¿te quedas aquí esta noche?

Ella: No. ¿Tú?

Él: Tengo una suite.

Ella: Ya veo. ¿Y por qué me cuentas eso?

Él: Oh, oh. ¿Fui inapropiado?

Ella: Dímelo tú. Dime qué estás pensando.

Él: No creo que sea oportuno.

Ella: ¿Por qué no?

Él: Me podría ganar una bofetada.

Una pausa.

Ella: Crees que te daría una bofetada.

Él: O quizá mi esposa si me escuchara.

Bien hecho. Una prueba. Es precavido. Avanza despacio, lanza indirectas, pero deja siempre a mano una salida rápida.

Ella: Bueno, está bien, menos mal que tu esposa no está aquí esta noche.

Setenta y cinco minutos más tarde. Más rápido de lo esperado. El sonido es

mucho mejor en la habitación que en el salón, mucho menos ruidoso, menos interferencia. Sus gemidos son un fastidio, pero me sirven.

Él: Eres... una caja de sorpresas.

Ella: ¿Te gusta eso?

Él: Me gusta... Me gusta mucho.

Ella: ¿Tu esposa hace esto, Paul?

Él: ¿Mi esposa? Por favor. Solo se queda acostada como un saco de patatas. Siempre tengo que revisarle el pulso.

Ríen.

Melanie baja por la escalera más de una hora más tarde, pasada la medianoche, con el vestido de anoche y una pequeña chaqueta sobre los hombros. Conozco a Mel desde nuestros días en la industria del “entretenimiento”, que ella todavía no ha abandonado, aunque está estudiando Sociología en la universidad. Espero que pueda graduarse y salir de ese lugar. Puedes decirte a ti misma todo lo que necesites para pasar las noches, pero no hay manera de que dures demasiado en este negocio.

Le entrego un sobre. Lo abre y cuenta el dinero.

—Es más de lo que acordamos —dice—. Es demasiado.

—Considéralo un bono. Conseguiste material muy bueno.

—Sí, bueno, no le gusta su esposa, ¿verdad? —Se quita el broche de cristal del vestido y me lo entrega—. Estoy bastante segura de que ahí está todo. Si lo usas, ¿puedes taparme la cara?

—Claro, Mel. Igual no creo que llegue a eso.

Le doy un abrazo y nos despedimos.

—Consigue ese diploma —le digo—. Prométemelo.

—Te lo prometo. Me quedan dos semestres. —Mira a su alrededor y se inclina hacia mí para susurrarme algo al oído—. Por cierto, ¿qué hizo este tipo para molestarte tanto?

CAPÍTULO 44

Christian

VICKY SE RECUESTA SOBRE MÍ, mientras me acaricia el pecho, sumida en sus pensamientos, aunque no sé cuáles son. No suele compartir lo que piensa y yo soy demasiado precavido como para presionarla a tal punto que termine yéndose.

Supongo que no necesito saber si para Vicky soy algo más que solo su asesor financiero atractivo e increíble en la cama. Gavin tiene razón. Lo único que importa es ese dinero. Tengo que enfocarme en el premio, del que solo me separa un mes.

Pero cuanto más nos acercamos al 3 de noviembre, más me preocupo, como un *pitcher* que lanza un *no-hitter*, sin ningún esfuerzo, pero es el noveno *inning*, el premio está a la vista y la tensión aumenta.

—¿Qué pasó entre tú y el padre de Simon? —pregunto, porque debería entenderlo mejor. Si Simon puede llegar tan lejos como para un asesino, creo que debería saberlo antes de ayudar a Vicky a robarle su dinero, ¿no?

—Bueno, obviamente pensaba que yo quería a Simon por el dinero. Quizá tenía algo personal en mi contra o quizás era lo que sentía sobre cualquier mujer en general.

—Quizá no confiaba en Simon.

—Ah, sí, sin duda. Simon... —Apoya la barbilla en mi pecho y me mira—. Simon puede parecerle un tipo atractivo, incluso agradable y divertido, a cualquiera que lo vea, pero nunca tuvo muchas buenas relaciones con mujeres antes de conocerme. Por lo que sé, solo tuvo una novia oficial a los..., no sé..., dieciocho años; una chica llamada Lauren que le rompió el corazón. Fue justo en la época en que su madre murió y todo su mundo se vino abajo después de eso.

—Ah, ¿cuándo murió su madre? —pregunto, haciéndome el desentendido.

—Bueno, es una historia larga —responde Vicky—. La madre de Simon,

Glory se llamaba... Glory era profesora de Derecho, como Simon ahora. La cuestión es que sufrió un ictus que la dejó en silla de ruedas y le afectó gran parte de sus funciones cognitivas, y eso básicamente acabó con su carrera. El padre de Simon, Teddy... Teddy estaba ganando mucho dinero en ese momento y, entonces, empezó a llevar el estilo de vida de un soltero liberal. Engañó a su esposa. Y Simon lo atrapó.

—¿Lo atrapó?

—Sí. En el acto. Teddy estaba teniendo sexo con una mujer en su oficina y Simon entró y lo vio.

—Qué mal.

—Sí, horrible. Y peor aún porque Simon idolatraba a su madre. No podía soportar contarle lo que estaba haciendo Teddy. Así que se quedó callado. Y, al poco tiempo, su padre terminó gastando todo el dinero y se quedó sin nada para cubrir la atención de Glory, para pagarle a una cuidadora a tiempo completo. En pocas palabras, quería meter a Glory en una residencia geriátrica. Simon enloqueció y, por esa época, Glory se tragó treinta pastillas de analgésicos. —Me mira—. ¿Te arrepientes de haber preguntado?

—Entonces, después de gastar todo el dinero en mujeres, ¿Teddy no quería que Simon hiciera lo mismo? ¿Y por eso agregó esa cláusula en el fideicomiso?

—Supongo.

—¿Y qué le pasó a Teddy?

Se me queda mirando por un largo rato.

No formulé bien la pregunta. ¿Qué le pasó a Teddy? Debería haber sido más general, algo como, por ejemplo: “¿Qué pasó después de la muerte de Glory? ¿Simon hizo las paces con su padre?”. Algo que no dejara en evidencia que sé que alguien apuñaló a Teddy.

Tienes que ser mejor, Nicky. No te distraigas.

Pero, entonces, me doy cuenta de que Vicky no se está preguntando por qué haría esa pregunta ni si ya sé algo. Está decidiendo cuánto contarme. Está decidiendo cuánto dejarme entrar en su vida.

—Teddy, aunque no lo creas, fue asesinado —responde—. Vivía en San Luis en aquel entonces y alguien lo apuñaló y lo arrojó a su piscina.

—Guau —digo—. ¿Quién lo apuñaló?

Desvía la mirada.

—Nunca lo supieron. Investigaron a Simon como sospechoso, pero en ese

momento estaba en Chicago examinándose en la universidad. Habría sido muy difícil que pudiera hacer algo así.

Muy difícil, pero no imposible. De hecho, esa habría sido la gracia.

—¿Qué piensas? —pregunta.

Salgo de mi trance.

—Nada.

—Te estás preguntando si Simon mató a Teddy.

—No, o sea...

—Te estás preguntando si yo lo hice.

—Cielos, no —digo—. Por supuesto que no. —Pero claro que sí—. Solo me preocupo por ti. Si tú y Simon discutís por el dinero del fideicomiso y él es capaz de hacer algo tan violento...

—Entonces, sí crees que fue él.

—Ey. —La levanto para estar cara a cara—. No lo conozco. No tengo idea de lo que es capaz de hacer. Si dices que no lo hizo, entonces, no lo hizo. Solo quiero que tengas cuidado. Tú eres lo que me importa. Eres mi inversión a largo plazo.

—Aah... —dice Vicky, y lleva una mano a mi entrepierna—. Parece que hablar de asesinatos y cosas violentas te excita.

Cielos, esta mujer me conoce, lo que me parece bastante impresionante, considerando que toda mi identidad es una mentira.

Se sienta sobre mí y yo entro en su cuerpo, moviéndome con fuerza hacia arriba. Vicky gime. Pasó una hora desde la última vez, así que todavía tengo algo de energía. La llevaré en un buen y largo viaje.

Ella viaja a ese lugar lejano suyo, luego se inclina hacia delante y me abraza con fuerza. Su rostro está cerca del mío. Su mandíbula, tensa.

Abre los ojos y empieza a moverse a un ritmo suave. Se inclina hacia delante, roza mi nariz con la suya y me susurra: —Simon lo hizo. Él mató a su padre. No intenté evitarlo. Y me casé con él de todas formas. Me casé con él por el dinero. Así que ahora lo sabes. Ahora es tu oportunidad de escapar tan lejos como puedas.

Me muevo hacia arriba, agitándola, y ella cierra los ojos.

—No voy a... escapar —aseguro.

—No me conoces —dice, aún con los ojos cerrados y la cabeza hacia un lado—. No puedes confiar en mí.

—Te conozco. Confío en ti. —Paso las manos por todo su cuerpo, aumento

la velocidad, y en mi interior empieza a subir la temperatura.

—Nunca... nadie... confió en mí —dice, respirando con fuerza, con la cabeza inclinada hacia atrás.

Nunca estuve tan caliente en toda mi vida.

CAPÍTULO 45

MIÉRCOLES, 19 DE OCTUBRE DE 2022

—No se lo dijiste —dijiste, leyéndome la cara.

—Es... una conversación difícil.

—¿Tienes una cita con ese abogado de divorcios?

—Lo llamé —dije, pero era mentira, y había jurado no volver a mentirte, Lauren, así que, con el rabo entre las patas, me corregí—. Marqué su número para llamarlo, pero colgué. No es tan fácil, Lauren. Tienes que entenderme.

—¿Crees que todo esto es algo casual? ¿Estás comprometido con lo nuestro?

Estoy locamente enamorado de ti, Lauren. Es lo único de lo que no tengo ninguna duda. Pero tienes que saber lo difícil que va a ser esto para Vicky. ¿Por qué no puedes entender eso? ¿Por qué no puedes dejarme tomar esta decisión?

—No voy a ser esa mujer —dijiste—. No voy a insistirte, rogarte, suplicarte y exigirte. Si no quieres comprometerte conmigo...

—Se lo diré esta noche —te prometí.

Y lo haré. Vicky llegará a casa pronto y voy a decírselo. Cielos, va a ser cruel. Ah, ya está en casa, está subiendo las escaleras...

CAPÍTULO 46

Simon

GUARDO EL CUADERNO VERDE EN mi bolsa de trabajo cuando Vicky entra a mi oficina, arriba.

—Supuse que te encontraría aquí —dice.

—Me encontraste.

Tiene un portátil que transporta como si fuera un libro de la escuela.

—Quiero mostrarte algo —anuncia—. No digas nada hasta que termine.

“¿Tu esposa hace esto, Paul?”, pregunta la mujer del vídeo.

“¿Mi esposa? Por favor. Solo se queda acostada como un saco de patatas. Siempre tengo que revisarle el pulso”.

—Bueno, suficiente —digo y pongo en pausa el vídeo. Le devuelvo el ordenador—. Me prometiste que no harías nada.

—Y mantuve la promesa —dice—. No he hecho nada. Él no tiene idea de que lo grabaron. Te lo dejo a ti.

Me paso la mano por la cabeza.

—¿Es Paul Southern? ¿El padre de Reid?

—El mismo —asegura—. El tipo que pone los billetes para que su estúpido hijo consiga la titularidad.

—Me habría gustado que me avisaras antes —digo.

—Me habrías dicho que no lo hiciera.

—Exacto.

—Bueno, por ahora, no he hecho nada. Solo he cargado el arma. Ahora depende de ti apretar el gatillo.

Apoyo la cabeza entre las manos. Debería haber sabido que haría algo como esto.

—Imagino que no encontraste nada sobre el vicedecano.

—Nada tan bueno. —Cierra el portátil—. Pero estaba pensando. Si fueras directo al vicedecano Comstock, te ganarías a un archienemigo de por vida. Y no creo que te beneficie en nada. ¿Por qué mejor no ir a la fuente, a quien el vicedecano está intentando complacer?

—¿Y qué? ¿Le mostramos esto a Paul y lo obligamos a que me respalde a mí en lugar de a su hijo?

Se encoge de hombros.

—Eso es justamente lo que hacemos.

—¿No le parecería extraño al vicedecano? ¿De pronto el padre de Reid dice “denle la titularidad al otro tipo”?

—¿A quién le importa si parece extraño? —dice—. ¿Sabes que todo el dinero que tiene Paul Southern no fue producto de su propia sangre, sudor y lágrimas? Lo sabías, ¿verdad?

—No.

—Se casó con alguien con mucho dinero. Su esposa heredó una fortuna y la empresa. Paul es el CEO, pero él está en deuda con ella. —Le da una palmada al portátil—. ¿Cómo crees que se va a sentir su esposa cuando escuche lo que su esposo dice sobre ella, además de lo que estaba haciendo?

—No le va a gustar... si ve el vídeo, pero eso no va a pasar.

—Claro que no va a pasar. Paul nunca dejaría que eso ocurriera. Ella lo va a echar a patadas.

—Paul tampoco va a ver este vídeo, Vicky. No voy a usarlo.

Levanto la vista hacia ella. Me mira como una madre decepcionada, lo que me parece irónico, porque yo soy el que está intentando ser más responsable.

—No es culpa de Paul Southern —digo—. Solo está intentando ayudar a su hijo. No me agrada, pero no tiene malas intenciones. No merece esto.

—Ay, sí, pobre Paul. ¡Parece un gran tipo! —Esa expresión sarcástica, esa alegría falsa.

Esta es una de las cosas que nos diferencian. Yo puedo sobreadaptarme cuando me hacen daño, pero por lo general no desconfío de la gente. Vicky, en cambio, estuvo toda la vida acostumbrada a ser usada por los demás, en su mayoría hombres, así que básicamente empieza con la presunción contraria: que todos merecen una buena patada en el culo hasta que demuestren lo contrario. Consideraría a Paul como alguien que se lo tenía merecido, aunque nunca nos hubiera hecho nada personal a nosotros.

—Estás dejando que te manipulen a su gusto —dice.

—Ey. Ya presenté todo para el concurso, ¿no? Tienes que concederme eso.

—Y lo hago. Pero ahora el vicedecano va a arrollarte como un camión si no te proteges. ¿Por qué no dejas que te ayude con eso?

Porque no quiero que nada más ensucie mi trabajo.

Porque dejé que las actitudes de otros controlaran mi vida y mi inexplicable necesidad de desquitarme y, está bien, dentro de mi propio tribunal interno, yo pongo las reglas, yo soy el juez, el jurado y el fiscal, sí, pero ese es mi jodido mundo interno, no mi trabajo.

Porque lo que me encanta del derecho es su pureza, su honestidad, su búsqueda de la justicia y la equidad.

Porque me encanta enseñar las herramientas de esa profesión, moldear mentes, mostrarles la majestuosidad del derecho en su cénit.

Porque no dejaré que nada contamine eso. Por eso.

La mayoría de las personas se reirían de mí si dijera estas cosas en voz alta. Vicky no. Las apreciaría. Pero no hace falta que lo diga. Ella ya lo sabe. Ella me entiende.

Salgo de mi neblina mental y la miro. Tiene la mano extendida, como si estuviera pidiendo atención, pero no le gustaba eso de tener que levantar la mano para hablar.

Cuando la conocí, levantó la mano de esa manera. Estábamos en Supervivientes del Suicidio, ella por primera vez; una chica con un top, unos pantalones cortos y una gorra de béisbol sentada en la fila del fondo, y, después de que varias personas hubieron hablado, cuando la sesión parecía estar llegando a su fin, levantó la mano así, ni siquiera hasta la altura del hombro, mostrándome la palma, con una expresión que dejaba claro que no le gustaba llamar la atención.

“Mi hermana se suicidó hace seis semanas”, dijo. “Estuve escuchando a todos hablar de lo culpables que se sienten. Pero ¿yo soy la única que está enfadada?”.

Todos rieron y empezaron a aplaudir, apreciando que se liberara la tensión con su registro duro de una emoción que la mayoría de nosotros sentíamos. Ese fue el momento en que me enamoré de ella. Ese fue el momento en que me di cuenta de que haría cualquier cosa por ella.

—No importa —dice ahora—. Fue una mala idea. No la volveré a mencionar.

La razón por la que todavía la amo, aunque suene extraño, es que lo que

tengo para ofrecerle no es suficiente. Después de la vida que llevó, teniendo que hacer cosas inexplicables para sobrevivir, uno pensaría que sería suficiente tener un hombre que la ame, que la tenga en un pedestal, que la trate con respeto, que la cuide, que le dé todo lo que quiera. Y yo cumplo con todas esas cosas.

Pero, a pesar de todo eso, ha empezado a exigir más. Quiere estar enamorada. Quiere un cuento de hadas. Y, sin importar qué otras cosas sienta por mí, no puedo darle eso.

Por eso me va a dejar. Nunca lo dirá explícitamente, pero lo sé. Me va a dejar en noviembre.

CAPÍTULO 47

JUEVES, 20 DE OCTUBRE DE 2022

Cuando crucé la puerta esta tarde, estabas ahí, a lo lejos, esperando a que hablara.

—Vi al abogado de divorcios hoy —te dije.

—¿Hablaste con Vicky?

—No. Pero voy a hablar.

—¿Cuándo?

—Antes de enviar todos los papeles —dije—. Será después del 3 de noviembre. No puedo quitarle todo ese dinero a Vicky.

Te pusiste seria.

—Ya veo —No parecías sorprendida en lo más mínimo.

—Lo que tienes que decidir es si puedes respetar mi decisión —dije—. Porque esa es mi decisión y es definitiva.

Podemos superar esto, ¿verdad? Lo vas a entender. Se supone que deberías decir esto: “Esa es una de las razones por las que te amo, Simon, que quieras asegurarte de cuidar a Vicky antes de despedirte de ella”.

Pero lo único que dijiste fue esto:

—Necesito tiempo para pensar. Necesito el fin de semana.

No parecía una buena señal.

CAPÍTULO 48

Simon

VIERNES POR LA NOCHE. La mayoría de las personas estarían pasando tiempo con sus familias o desahogándose con amigos, tomando algo. Yo estoy en mi oficina en la facultad, terminando un artículo para el blog sobre un caso que involucra escuchas telefónicas por parte del Noveno Circuito en el marco del Título III de la Ley Ómnibus del Control del Delito y Calles Seguras que está siendo evaluada por el Tribunal Supremo en este período legislativo.

Tengo la casa para mí solo este fin de semana, ya que Vicky se ha ido a Elm Grove para estar con sus sobrinas. Así que trabajo hasta más tarde de lo habitual, hasta las ocho, antes de empezar mi rutina de correr desde la facultad hasta Wicker Park. Hasta el callejón detrás de Viva Mediterránea. Hasta el callejón detrás del apartamento de Christian Newsome.

Me visto para la ocasión, dejo mis vaqueros azules y mi camisa colgados en la puerta de mi oficina. Me pongo pantalones y zapatillas de deporte, una camiseta con cuello alto y un gorro de lana. La temperatura ronda los siete grados, sin lluvias: las condiciones perfectas para salir a correr, más allá de lo difícil que puede resultar esquivar a la gente en la oscuridad.

El patio de Viva está casi vacío, a pesar de las lámparas de calor y de que la ciudad permite a los restaurantes mantener las zonas al aire libre abiertas hasta tarde todo el año. Solo un puñado de personas se anima a desafiar el frío, bebiendo copas con sus abrigos pesados puestos.

Por lo general, me aseguro de llegar al callejón de Wicker Park a las ocho en punto para tener nuestra conversación por mensaje de texto. Pero no nos escribimos los viernes por la noche ni los fines de semana. Los teléfonos permanecen apagados desde el viernes por la mañana hasta el lunes por la mañana. No he venido a mandar mensajes.

No; solo he venido a echarle un vistazo al apartamento de Christian.

El frente del edificio de Winchester tiene una reja, pero no es muy alta, justo

lo suficiente para que los perros no se escapen por el pequeño jardín delantero. Tras subir una escalera, está la puerta principal, asegurada con una alarma. En el callejón están los garajes. El de Christian es el tercero desde el final, justo debajo de su apartamento. Tiene un portón automático, como la mayoría; un mecanismo que, aunque parezca extraño, es seguro.

Aun así, es el mejor punto de entrada. Sin duda, el menos visible, dada la escasa iluminación del callejón. Y, a menos que entres y salgas justo cuando hay gente en el patio trasero de Viva, no es probable que haya demasiados testigos.

Por ahí entra Vicky cuando viene a verlo. No llega por la puerta principal, ni toca el timbre ni sube por la escalera. No; entra por el garaje, sin cruzarse con ningún vecino.

¿Qué haces esta noche, Christian, ahora que Vicky no está aquí? ¿Estás de fiesta con tu amigo Gavin?

¿Te molesta si le echo un vistazo a tu apartamento?

No. Al menos no esta noche. Quizá más tarde.

CAPÍTULO 49

Vicky

—ME ALEGRO DE QUE HAYAS venido. Les encanta que estés aquí—dice Adam, dándome una copa de vino mientras miramos a sus hijas, mis sobrinas, Mariah y Macy, las M&M, terminar un partido de baloncesto en la entrada del garaje.

—Me gusta venir —digo, mientras subo la cremallera del abrigo hasta la barbilla. Lo único que desearía es que no hiciera tanto frío.

—¿Sigues pensando en mudarte con nosotros?

—Sí, si no te molesta —respondo—. En noviembre. Quizá para el Día de Acción de Gracias. —Miro a Adam. Está por cumplir los cuarenta y ya tiene algunas canas en las sienes. Adam Tremont es el típico muchacho estadounidense: mucho pelo, sonrisa enorme, buen sentido del humor; alguien que creció con dinero y que, básicamente, parecía tener la vida justo donde quería. Él y mi hermana, Monica, eran la pareja perfecta: Barbie y Ken, atractivos y carismáticos, desbordantes de energía positiva. Suficiente para darme ganas de vomitar la mayoría de las veces, cuando no estaba demasiado ocupada envidiando a Monica por su buena suerte.

Adam la conoció en la universidad, en Madison, y fue un flechazo. En el buen sentido. Adam es un gran partido.

—Anoche —empieza a decir—, Macy me preguntó si se parecía a su madre.

—Se parece —respondo—. Mariah incluso más. Cuando era más pequeña, se parecía a ti. Pero ahora que ha crecido... ¿esa cara? Es la cara de Monica.

—Lo sé. Me asusta un poco.

A mí también. A veces, es difícil ver la cara de mi hermana en sus hijas, como una especie de recordatorio de la mujer a la que no pude ayudar lo suficiente.

Le doy un codazo.

—¿Volviste al ruedo?

—Mmm. —Termina de darle un trago a su vino y menea la cabeza—. ¿Te refieres a tener citas?

—Me refiero a tener citas.

—Ah..., llevo dos citas en total. Pero nada serio.

Mariah, la mayor, de trece años, bloquea un tiro de Macy, tres años más pequeña. Macy reclama que no es justo porque Mariah es más grande y alta.

—Lo van a entender —digo—. Puede ser un poco raro o incómodo al principio, pero van a arreglárselas.

—No creo que yo pueda —dice—. ¿Esto de las citas por internet? Es una locura. No es para mí. Si lo hago, va a ser a la vieja escuela.

—¿Un tipo atractivo y exitoso como tú? Creo que vas a estar bien.

—Yo no diría lo mismo.

Sé a lo que se refiere y bebo un sorbo de vino. La familia Tremont creó una cadena de microcervecerías que funcionó muy bien. Adam, hijo único, heredó el negocio hace más o menos una década, y todo marchaba bien hasta los últimos años, cuando llegó la pandemia de COVID-19 y afectó mucho al negocio.

—La parte del restaurante está empezando a recuperarse justo ahora —comenta—. Lo bueno es que pudimos sostenernos con las ventas minoristas. Algo que la gente no dejó de comprar durante la pandemia fue alcohol.

—¿Vas mal de dinero? —pregunto, como si solo estuviera siguiéndole la conversación y no investigándolo.

—Bastante, sí. Cerramos otra cervecería la semana pasada.

—No lo sabía. Lo siento.

Suelta una risa amarga.

—Si Monica estuviera aquí, me diría que me concentrara en el futuro, no en el pasado.

Sí, suena a algo que diría ella. Me alegra que la recuerde así, porque esa fue la Monica que conoció en la universidad, la que lo enamoró, la madre de sus hijas. No la Monica que se lesionó la espalda y empezó a tomar oxicodona, que no se percató de que había cruzado esa línea entre necesitarla para el dolor a solo necesitarla, y punto; la que al final hizo lo impensable, al menos para ella, y abandonó a su familia por un tipo que estaba más que contento de venderle los opioides.

Yo, más que nadie, era su confidente, hasta el punto de que me dejaba ver cómo caía en las garras de ese veneno, cómo poco a poco empezaba a acaparar toda su vida. Quizá fue porque yo también había sido una reventada, la oveja negra de la familia, y se sentía más cómoda hablando de eso conmigo que con

Adam. Vivía a casi quinientos kilómetros de ella, así que la mayoría de nuestras charlas eran por teléfono. No podía darme cuenta de lo distorsionada que se había vuelto su realidad porque no estaba allí para verlo en persona.

O eso es lo que intento decirme. Yo era la hermana menor, la reventada, la que le hablaba y le escribía desde lejos. Ella era la chica guapa del bachillerato, la reina del baile de graduación, la que fue a la universidad y se casó con un hombre atractivo y adinerado con quien tuvo dos hijas hermosas. ¿Cómo de en serio podía tomar los consejos de alguien que abandonó el bachillerato y jamás tomó una buena decisión en la vida?

Pero yo sabía que estaba volviéndose más inestable. Sabía que esas drogas le estaban afectando el juicio. Sabía que necesitaba a alguien que la hiciera entrar en razón.

¿*De verdad* la ayudé tanto como pude? ¿O había una parte de mí que gozaba de ver a la señorita perfecta caer del pedestal?

—¿Necesitas dinero, Adam? —pregunto sin rodeos.

—¿Por qué? ¿Me lo estás ofreciendo? —dice, bromeando, para cambiar de tema—. Vamos a salir adelante. Voy a estar mal de pasta un tiempo. Quizá tenga que cerrar otra cervecería. ¡Chicas, ya hace frío! ¡Id terminando!

Macy protesta, ya que al parecer su hermana mayor está ganándole y no quiere perder.

—Un rato más —dice, algo que Adam probablemente ya ha considerado. Con estas chicas, todo es una negociación, cada orden es solo una nueva propuesta.

Y noto que ha cambiado de tema.

Suelta un profundo suspiro.

—Increíbles las vueltas de la vida —dice—. En un momento crees que tienes todo resuelto, todo planificado y seguro, y luego... —Chasquea los dedos—. Y luego todo lo que creías, todo lo que dabas por sentado... puf.

—Sí.

—Y... justo estábamos empezando a superar lo de Monica —comenta—. Ese año de tortura, cuando intentaba explicarles a las chicas que su madre se había ido por culpa de las drogas, no por ellas, y que luego tuvo una sobredosis, y cualquier esperanza de que algún día volviera...

—Lo sé.

—Estábamos saliendo de eso..., dos de los años más crueles de nuestras

vidas... y llega el COVID. Mi negocio se desploma, me queda la mitad de lo que tenía y tal vez pierda más...

Apoyo una mano sobre su brazo.

—Podrían oírte.

Mira a sus hijas, que no le están prestando atención, sino compitiendo por ver quién se queda con el balón en la cancha improvisada.

—Cielos, lo siento. —Ríe—. Te prometo que la mayor parte del tiempo estoy bien. Es solo que, a veces, en especial si tengo un par de estas encima —dice, levantando su copa de vino—, todo me avasalla como un aluvión.

—Tienes todo el derecho del mundo a sentirte así. Vas a estar bien.

Esboza una media sonrisa.

—Mirar al futuro, ¿no?

Exacto. Lo mismo que decía Monica. Mira al futuro, no al pasado.

Bueno, quizá sí se pueda mirar un poco al pasado.

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 50

Jane

—NO SÉ SI PUEDO CONTARLES esto, pero... Lauren y Conrad se estaban divorciando —dice Shari Rowe, sentada en la silla en la sala de interrogatorios. Espera una reacción. Es la última del grupo de amigas de Lauren, que en su mayoría viven en el centro, a quienes Jane Burke y Andy Tate interrogaron esta noche.

—Lo sabíamos —dice Jane—. ¿Cómo se sentía Lauren al respecto?

—Bueno, no es un buen momento para nadie, pero...

—Shari tiene treinta y seis años, está divorciada y trabaja como maestra en una escuela del centro. Es una persona elegante y segura de sí misma, una de esas mujeres con las que Jane nunca se sintió identificada, pero cuyos rasgos encajan con las cinco amigas de Lauren. Su perfil de Facebook está lleno de fotos con ellas en clubes, en *brunches* de fines de semana, en clases de yoga, en “noches de películas”.

—¿Pero qué?

—Diría que Lauren ya estaba lista para seguir adelante. Las cosas con Conrad iban mal desde hacía rato. Así que no nos sorprendía. Pero ¿una infidelidad? Nunca mencionó nada.

—¿Cree que lo habría hecho? ¿Que se lo contaría?

Shari piensa un momento.

—Todos tenemos secretos, ¿no? Pero nosotras éramos bastante abiertas con nuestras vidas. Hablábamos de lo que fuera. Nos cubríamos la espalda. Solo diré que, si hubiera querido tener una aventura con alguien, pretendientes no le faltaban.

—¿Los hombres se sentían atraídos por ella?

—Ah, sí, siempre que salíamos. Volvió a salir con nosotras el último año, cuando las cosas empeoraron con Conrad. Los hombres se amontonaban a su alrededor. O sea, mírenla. —Se queda inmóvil al decir eso y sus ojos parecen

nublarse, como si solo ahora se diera cuenta de que nadie volvería a mirar a Lauren—. ¿Creen que estaba viéndose con alguien y ese tipo... la mató?

—Solo estamos analizando todas las hipótesis —explica Andy, quien sin duda disfrutó mucho estos interrogatorios a las amigas atractivas de Lauren Betancourt.

—Creo que... —dice Shari, inclinando la cabeza—. Creo que quería volver a salir con alguien. Decía que “echaba de menos el sexo”. Sé por experiencia propia que, cuando un matrimonio empieza a venirse abajo, el sexo es lo primero que desaparece.

—¿Sí? —pregunta Jane, intentando sonar indiferente—. ¿Cuándo dijo que echaba de menos el sexo?

—Ah, la última vez que salimos.

—¿El jueves pasado? ¿El 27 de octubre? —Al parecer, las seis habían ido a una disco en River North ese jueves.

—Sí. Cielos, solo ha pasado una semana. Todavía no puedo... no puedo creer que ya no esté. —Menea la cabeza, parpadeando para contener las lágrimas.

Jane mira de reojo a Andy, que mueve las cejas de arriba abajo.

—Dame lo último —dice el jefe, desperezándose. Son pasadas las nueve y parece que nadie quiere ser el primero en irse esta noche, no después de haber encontrado el cuerpo de Lauren Betancourt esta mañana.

—Vale, primero, los teléfonos —responde Jane.

—Rastreamos la operadora del teléfono de Lauren y del número con el que se escribía —explica Andy Tate—. Misma empresa, como ya sabíamos. Intentamos localizar el otro teléfono con GSM, pero no lo encontramos.

—Está apagado —dice el jefe.

—Está apagado, sí. Así que no tiene señal.

—Quizás está con él en el fondo de un río.

Jane levanta un hombro. No está tan convencida de la hipótesis del suicidio. Sí, no cabe duda de que el último mensaje que le envió insinuaba que pensaba quitarse la vida: “Iré contigo ahora. Espero que me aceptes y me dejes amarte como no pudiste hacerlo en esta vida”, pero decir que te vas a suicidar es una cosa y otra completamente diferente es hacerlo.

—El historial de ubicación debería llegar en uno o dos días —dice Jane.

—Bien. ¿Qué más?

—Las amigas de Lauren —agrega Jane—. Hablamos con las cinco esta noche. Todas coinciden. Lauren se estaba separando de Conrad y eso generaba mucha incertidumbre sobre lo próximo que ocurriría en su vida. Pero le daba miedo avanzar. Y escuche esto: le dijo a una de ellas, el jueves pasado, cuando salieron al centro, que “echaba de menos el sexo”.

—¿Echaba de menos el sexo?

—Lo sé —dice Andy—. Uno lee los mensajes y pensaría que ella y su novio secreto estaban fornicando como conejos. Pero no mencionó un novio, una aventura o algo de eso a sus amigas. Por lo que ellas saben, siempre fue fiel a Conrad.

—Entonces, tomamos eso y lo sumamos a lo otro que encontramos —sugiere Jane—. Mantenía su aventura en secreto incluso con sus amigas más cercanas. Y sabemos que tampoco era honesta con su novio secreto, al menos no en ese mensaje donde le dice que Conrad todavía dormía en su casa y roncaba, cuando sabemos que para ese momento ya se había mudado.

—Parece que mantuvo su jugada en secreto —comenta el jefe, frunciendo el ceño—. Suena como alguien que tenía un plan.

Jane asiente.

—Sí. La vida secreta de Lauren Betancourt se vuelve cada vez más extraña.

Cuando Jane y Andy salen de la oficina del jefe, el sargento Matthew Mooney se acerca con paso firme, sosteniendo un papel en la mano.

—Ey, Matt.

—Aquí tenéis. Los registros de nuestra víctima.

—¿Lauren tenía algún antecedente?

—Bueno, algo así. Mirad esto.

Jane toma el papel, una impresión de una vieja denuncia policial, y Andy lee por encima de su hombro.

—Mierda —murmura Jane.

—Esto nos puede servir —dice Andy—. Pero es demasiado antiguo. ¿Quién sabe si este tipo todavía vive por aquí?

—Sí —asegura Jane—. Al menos, la última vez que lo vi.

—La última vez que... ¿Conoces a este tipo, Janey?

Jane levanta la vista hacia el techo.

—Personalmente, no muy bien. Grace Consolidated High School, 2003. Era el que mejores notas sacaba en clase. Un chico callado, tímido, retraído. Recuerdo que era un buen corredor; bastante bueno, de hecho. Lo vi en el reencuentro por los quince años hace un tiempo, pero no creo que hayamos intercambiado más de dos palabras.

Andy toma la denuncia de las manos de Jane y la vuelve a leer.

—Bueno, sargento Burke, parece que pronto vas a tener otro “reencuentro” con Simon Dobias.

ANTES DE HALLOWEEN

Octubre

CAPÍTULO 51

SÁBADO, 22 DE OCTUBRE DE 2022

Querías tomarte el fin de semana para pensar, Lauren, y yo también estuve pensando. Decidí mostrarte lo importante que eres para mí. Voy a hacer lo que me pides. Voy a pedirle el divorcio ahora, antes del 3 de noviembre. Voy a terminar con el derecho matrimonial de Vicky para que no pueda acceder al dinero.

Estoy ansioso por contártelo. Desearía poder hacerlo ahora mismo. Pero sé que fuiste a Wisconsin a pasar el fin de semana y que no debes de haber llevado el teléfono rosa. Así que tendré que esperar hasta el lunes. ¡No veo la hora de empezar una vida contigo!

Domingo, 23 de octubre de 2022

No puedo hacerlo. Diga lo que diga, cada vez que pienso en decírselo a Vicky, imagino su expresión, y no puedo traicionarla así. Pienso en lo simbólico de la situación, llegar al punto de pedirle el divorcio tan cerca de la fecha límite. Suena tan cruel, tan rencoroso. No puedo hacerlo. No puedo hundir a Vicky de esa manera.

Sé que lo entenderás. Espero que lo entiendas. Lo entenderás. O no eres la persona que creí que eras.

Lunes, 24 de octubre de 2022

Querías que nos viéramos en terreno neutral, en la parte sur del aparcamiento del club de campo de Grace Village, lo que tomé como una mala señal.

Llegué primero, temprano, sudado a pesar del aire frío de la mañana, con el corazón acelerado. Pero tenía esperanzas. En el fondo, estaba convencido de que lo entenderías, aunque no te gustara. Y ya sé que el dinero no te importa, pero, incluso si le doy la mitad a Vicky, ¡no dejan de ser diez millones de dólares! Es más dinero del que una persona necesita en toda su vida.

Apareciste en tu coche y aparcaste junto al mío. Cuando te bajaste, parecías cansada. Parecías... diferente; no sabía cómo describirlo.

Yo no tenía nada que decir. La pelota estaba de tu lado. Parecía que estabas a punto de llorar.

—Sea lo que sea que tengas que decir, está bien —dije, tocándote el brazo.

Soltaste una risa apagada y te secaste una lágrima de la mejilla.

—¿Estás seguro? —preguntaste.

—Sí —respondí. Estaba seguro. O, al menos, eso creía.

—Estoy embarazada —dijiste.

CAPÍTULO 52

Simon

AMANECE. NO PUDE DORMIR; TODO estaba llegando al límite, el precipicio se acercaba cada vez más. Yo mismo estoy redactando el documento. No es física cuántica. Soy abogado y tengo toda la información necesaria; además, no es difícil encontrar los hechos que justifiquen la nulidad de un matrimonio. Estás casado, no quieres seguir estándolo, intentas que funcione y no funciona.

Bebo un sorbo de café y reviso lo que tengo escrito hasta ahora:

**EN EL TRIBUNAL DE primera instancia
DEL CONDADO DE COOK, ILLINOIS
DEPARTAMENTO DEL CONDADO,
DIVISIÓN DE RELACIONES FAMILIARES**

CON RELACIÓN AL MATRIMONIO ENTRE:

SIMON PETER DOBIAS,

DEMANDANTE,

Y

VICTORIA LANIER DOBIAS,

DEMANDADA.

SOLICITUD DE NULIDAD DE MATRIMONIO

COMPARECE EL DEMANDANTE, SIMON P. DOBIAS, ANTE ESTE HONORABLE TRIBUNAL PARA SOLICITAR LA NULIDAD DEL MATRIMONIO CONTRAÍDO CON LA DEMANDADA, VICTORIA LANIER DOBIAS, Y EXPONE LO SIGUIENTE:

1. EL DEMANDANTE, SIMON PETER DOBIAS, DE 37 AÑOS DE EDAD, SE ENCUENTRA DOMICILIADO EN EL VECINDARIO DE GRACE PARK, CONDADO DE COOK, ESTADO DE ILLINOIS.
2. LA DEMANDADA, VICTORIA LANIER DOBIAS, DE 36 AÑOS DE EDAD, SE ENCUENTRA DOMICILIADA EN EL VECINDARIO DE GRACE PARK, CONDADO DE COOK, ESTADO DE ILLINOIS.
3. LAS PARTES CONTRAJERON MATRIMONIO EL DÍA 3 DE NOVIEMBRE DE 2012 EN LA

CIUDAD DE PLAYA DEL CARMEN, MÉXICO.

4. LA PRESENTE SOLICITUD DE NULIDAD MATRIMONIAL SE FUNDAMENTA EN LA EXISTENCIA DE DIFERENCIAS IRRECONCILIABLES ENTRE LAS PARTES, QUE A LA VEZ CONSTITUYEN CAUSALES IRREMEDIABLES DEL DETERIORO DE LA RELACIÓN CONYUGAL. ASIMISMO, TODO INTENTO PASADO DE RECONCILIACIÓN HA RESULTADO INFRUCTUOSO Y CUALQUIER INTENTO FUTURO DE RESTABLECER EL VÍNCULO MATRIMONIAL SE CONSIDERA IMPRACTICABLE Y SIN POSIBILIDAD RAZONABLE DE ÉXITO.

“Diferencias irreconciliables”, la frase que lanzó mil barcos al mar, el término legal que describe con poca fuerza las incontables y complejas razones que llevan a una pareja que alguna vez se amó a tomar caminos separados.

“No soy la indicada para ti”, dijo Vicky aquella vez, cuando le propuse matrimonio, aunque, en retrospectiva, creo que quiso decir que yo no era el indicado para ella. Bien podría haber dicho: “Nuestras diferencias serían irreconciliables”. Y habría tenido razón.

Camino por el pasillo desde mi oficina hasta mi habitación. Vicky duerme con la cara enterrada en la almohada.

“Lo mejor de mi vida eres tú”, me dijo mi madre el que terminó siendo el último día que la vi con vida, sentada en la cocina, en su silla de ruedas junto a la mesa. Le costaba hablar. Sonaba como si la lengua le pesara, como si estuviera intoxicada, lo que no estaba tan lejos de la realidad, si uno consideraba los analgésicos que tomaba.

Tomé sus manos y las besé. “Lo mejor de mi vida eres tú”.

Hizo un sonido de desaprobación, cerró los ojos y meneó la cabeza. “Espero que algún día... eso no sea verdad. Pro... prométeme... que tendrás hijos. Nunca conocerás... un amor así”.

“Sí, mamá, lo haré”, respondí, sin saber que me estaba dando un consejo de despedida. Al recordarlo, debería haber sido más obvio para mí.

En ese momento, a los diecinueve años, la idea de tener una relación seria, ni hablar de hijos, no estaba en mi horizonte inmediato. Mi única experiencia previa en el amor, con Lauren, había sido un fracaso estrepitoso. No solo había jugado con fuego, sino que había metido la mano directamente en el horno mientras miraba cómo se quemaba. Así que le dije a mi madre lo que quería sin sentirlo mucho. Sí, tendría hijos. Sí, claro, algún día.

Ya no era ella, ya no era esa alma enérgica y atrevida de la enorme sonrisa, la voz melodiosa y esa risa contagiosa. Pero el ictus no le había quitado todas sus

facultades mentales. Sabía cuándo la estaban consintiendo, cuándo la estaban desestimando con palabras vacías.

Su débil mano derecha sujetó la mía con fuerza.

—Promé... temelo.

—Está bien, te lo prometo, mamá. Te prometo que tendré hijos.

Quiero tener hijos. Se lo dije a Vicky cuando le propuse matrimonio. Pronuncié un breve discurso sobre lo mucho que quería casarme con ella y tener bebés, ser una familia donde reinaran la honestidad, el diálogo y el afecto. Nosotros contra el mundo: un equipo, un poderoso y feliz equipo.

Y sus palabras fueron: “No soy la indicada para ti”. Me llevó demasiado tiempo entender que tenía razón.

Desearía que las cosas hubieran sido diferentes para nosotros, Vicky. En serio. Regreso a la oficina y abro mi diario verde.

Martes 25 de octubre de 2022

Estaba empezando a pensar que nunca ocurriría, que la promesa que le había hecho a mi madre nunca se volvería realidad. De hecho, había hecho las paces con eso. El tiempo había pasado y no me estaba volviendo más joven, como decían, y había llegado a la conclusión de que mi vida estaba bien así como estaba.

Pero tú acabas de reconfigurar todo para mí, Lauren. Me mostraste lo que es posible. Me hiciste darme cuenta de cuánto más quería de la vida.

Te prometo esto: haré todo lo que esté a mi alcance para que nuestro hijo se sienta amado y protegido. Te daré a ti y a nuestro hijo todo lo que pueda daros.

Ni siquiera tuviste que decirlo, Lauren. Todo es diferente ahora. Voy a modificar la solicitud de divorcio ya mismo. Mi abogado necesita que le agregue algunos datos personales y otros detalles, pero estoy seguro de que la voy a tener lista y presentada antes..., sí, antes..., del 3 de noviembre.

El miércoles 2 de noviembre, para ser exacto, el día anterior, solo un día antes de la fecha límite, nuestro décimo aniversario. Ya tengo la cita pactada con mi abogado. Él no podía hacerlo antes, pero está bien, un día antes es lo mismo que una semana antes. Terminaremos la solicitud de divorcio y la enviaremos.

Sienta bien pactar eso, cimentar el plan.

Tienes razón, Lauren, acerca de todo. No debería conformarme. No debería conformarme con alguien que no me ama. No debería conformarme con alguien que se niega a tener hijos.

Y tampoco debería darle a Vicky la mitad del dinero. No es su dinero. Es nuestro dinero. Tuyo, mío y del bebé.

Y tienes razón sobre cuándo tengo que decirle esto a Vicky.

—Díselo después de que hayas solicitado el divorcio —me dijiste.

Ese no era mi plan.

—¿No debería decírselo antes?

—Primero el divorcio —dijiste—. Y luego se lo dices. Confía en mí.

Supongo que es como ese viejo refrán, ¿verdad? Mejor pedir perdón que pedir permiso.

Cuando termino de escribir esta entrada en mi diario verde, toco la pantalla del teléfono para ver la hora.

—Ah, mierda.

Son pasadas las siete. Llego tarde, muy tarde, a mi clase de las ocho de la mañana. Creo que me dejé llevar por lo que estaba haciendo.

Salgo a toda prisa de la oficina, paso por la puerta de la habitación y me asomo. Vicky sigue dormida y puedo oír un leve silbido en su respiración.

En verdad deseo que las cosas hubieran sido diferentes.

CAPÍTULO 53

Vicky

ME DESPIERTO DE UNA PESADILLA, con el eco de un grito de angustia que se desvanece mientras abro los ojos. Me levanto de la cama y cojo mi teléfono. Son casi las nueve de la mañana.

Me desperezco, voy al baño y salgo de la habitación. Al final del pasillo, la luz de la oficina de Simon sigue encendida. No puedo evitar sonreír. Sabe cuánto detesto desperdiciar energía, lo mucho que cuido cada centavo, un vestigio de cuando el dinero nunca me alcanzaba. A veces creo que deja las luces encendidas a propósito para molestarme.

Bajo por la escalera y voy a la cocina. Hay café, los restos de lo que preparó Simon cuando se levantó al amanecer. Por lo general, me deja café recién hecho en un termo para cuando me levanto. Y, por lo general, su vaso térmico no está por ningún lado.

Esta mañana, no hay café recién preparado. Y su vaso térmico está sobre la isla de la cocina, destapado y vacío. Debió de haber perdido noción del tiempo y salió corriendo. Me pareció oírlo bajar por la escalera con prisa. Simon odia, odia, odia llegar tarde.

Me preparo mi propio café y vuelvo arriba con la taza. Miro otra vez la luz de su oficina.

Cuando entro, veo que su portátil está abierto en el escritorio, junto a un cuaderno verde.

El salvapantallas es una caricatura del Tío Sam convertido en Pac-Man, Pac-Sam, devorando derechos constitucionales mientras recorre toda la pantalla.

Me siento frente al escritorio y pulso una tecla. Aparece el cuadro para escribir la contraseña.

No hace falta que revise el cajón de sus calcetines para buscar su lista de contraseñas. Ya sé la de su portátil.

Es Amo_A_Vicky.

CAPÍTULO 54

Simon

DESPUÉS DE LA CLASE, CAMINO hacia el edificio Chicago Title & Trust. La rutina de siempre: pido algo en Starbucks, me siento en el vestíbulo, enciendo el teléfono, inserto la tarjeta SIM. A las diez, envío el mensaje: Hola, princesa.

Responde enseguida: Hola, príncipe azul. ¿Cómo estás?

La palabra *príncipe* no es una palabra fácil de relacionar conmigo. Respondo: No puedo concentrarme en nada más que en ti. Olvidé qué caso enseñé esta mañana. Me tienes flotando entre las nubes, señorita.

Responde: No puedo hablar ahora. Por la noche tampoco. Pero ¿mañana?

Escribo: Mañana será, mi reina. Pronto tendremos todo el tiempo que queramos.

Apago el teléfono, quito la tarjeta SIM y cierro los ojos. De verdad vamos a hacerlo.

De regreso a mi oficina en la facultad, veo que mi persona favorita viene en mi dirección. En cualquier otro día, preferiría comer la corteza de un árbol antes que obligarme a hablar con el vicedecano.

Pero no estoy de humor para correr o esconderme. No hoy.

Su expresión cambia al verme.

—Hola, Simon —saluda, y mete las manos en los bolsillos, como si temiera que yo quisiera estrecharle la mano—. Eres una caja de sorpresas.

No hablamos desde que envié la documentación para el concurso antes de la fecha límite. Habría dado lo que fuera para ver su cara cuando se enteró.

—Creí que habíamos llegado a un acuerdo —dice.

—No recuerdo haber acordado nada, vicedecano.

—No, es cierto. Pero asumí que entendías que estaba velando por tus

intereses, considerando tu...

—¿Mi qué? ¿Mi pasado sucio?

—Si prefieres ponerlo así, sí.

Miro alrededor, al igual que él, para asegurarme de que estamos solos en el pasillo. Me inclino un poco hacia delante y bajo la voz.

—¿Va a difamarme frente a toda la facultad, vicedecano? ¿Ese es su plan?

—Bueno, como dije antes, Simon, en todo concurso entre aspirantes tan aptos, la gente naturalmente buscará...

—Algo para desempatar, sí, lo recuerdo —digo—. Usted y yo sabemos que soy mejor profesor. Soy mejor académico. Yo soy el que merece el cargo.

—Sin duda, estás en tu derecho de tener tu opinión.

—Al igual que todos. Por los méritos. Por los méritos, vicedecano. No por rumores ni chismes ni insinuaciones.

—Bueno, Simon, yo no le digo a la junta lo que debería o no debería considerar relevante...

—No tiene huevos —digo.

El vicedecano retrocede.

—¿Qué dijiste?

—Dije que usted, vicedecano, no tiene huevos.

Admito que el viejo sabe mantenerse inexpresivo. Sus ojos relucen y su mandíbula se tensa, pero, más allá de eso, conserva la compostura. Incluso deja escapar una risita.

—Ay, querido Simon, no cometas el error de subestimarme —dice.

Le doy una palmada en el hombro.

—Qué curioso, vicedecano, estaba a punto de decir lo mismo —respondo.

CAPÍTULO 55

Christian

VOY A TRABAJAR COMO TODAS las mañanas. Saludo rápido a mi recepcionista, Emily, y entro a mi oficina. Como no soy un financiero de verdad, en realidad no necesito este lugar, pero hay que mantener las apariencias. Además, me volvería loco si pasara todo el día en casa. Un cambio de ambiente no viene mal.

A veces, sí trabajo. Aunque “trabajar” no significa analizar la bolsa ni predecir inversiones, sino buscar nuevos objetivos y considerar otras ciudades para mi próxima aventura. Pero ahora que encontré a Vicky y sus veintiún millones de dólares, no voy a necesitar más objetivos. Me voy a retirar pronto.

Para Emily, una chica de diecinueve años que encontré a través de una agencia de empleos temporales que estudia en la universidad a tiempo parcial, interpreto el mismo papel que para Vicky: el tipo rico y brillante que tiene solo unos pocos clientes ricos. Le expliqué que la mayoría de ellos me acompañan desde hace años, que viven en distintas partes del mundo y que tienen mi número personal, así que esta oficina en el centro no funciona en realidad como una oficina.

Asumo que Emily cree que soy uno de esos excéntricos superricos y superinteligentes para quienes el gasto que supone una oficina y una recepcionista es solo calderilla, un capricho para tener un lugar al que llamar su oficina. Pero no se queja. ¿Por qué lo haría? Es el puesto perfecto para ella. Tiene clases por la mañana y por la noche en la Universidad DePaul y solo trabaja por la tarde para mí. Pasa la mayor parte del tiempo haciendo sus trabajos en su escritorio. Para mantener las apariencias, le dejo pagar algunas facturas de la empresa y le pido que me busque algunas cosas de vez en cuando. Pero su trabajo, para ella, es como dar un paseo por el parque.

Unos minutos después de las once, suena el teléfono. No mi móvil habitual, sino el desechable, el que uso para hablar con Vicky. No sabe que tengo un

teléfono especial para ella, pero es necesario. Una vez que le quite el dinero, tendré que cortar toda conexión entre nosotros, borrar cualquier rastro de mi existencia de su vida y el de ella de la mía.

—Necesito hablar contigo —dice sin aliento.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No, no estoy para nada bien. ¿Dónde estás?

—En la oficina.

—No quiero ir a tu oficina. ¿Podemos vernos en otro lugar?

Vicky está en el callejón junto a mi garaje cuando llego con el coche. Lleva unos vaqueros azules y una sudadera, no lleva maquillaje y tiene el cabello hecho un desastre. Nunca la vi así. No me molesta; de hecho, me gusta el estilo, pero su expresión tensa me pone nervioso.

Tiene una bolsa azul colgada del hombro y, cuando bajo del coche, dice: —Arriba.

La sigo por la escalera hasta mi apartamento. Saca un portátil y un cuaderno verde de la bolsa, los deja sobre la mesa de la cocina y los señala como si quemaran.

—Va a... dejarme —dice con la voz temblorosa—. Va a pedirme el divorcio antes de noviembre... Antes del 3 de noviembre.

—Espera, ¿qué? —digo—. ¿Qué...? Espera un segundo.

—¿Que espere un segundo? Sí, claro, voy a esperar mientras esa perra me roba a Simon y su dinero. Mi dinero. *Mi* maldito dinero.

—¿Quién...? ¿Quién es una perra? ¿Puedes...?

—Lauren —dice, casi escupiendo el nombre—. Lauren Lemoyne. La zorra con la que salió cuando era adolescente. ¿Recuerdas?

—Eh, sí, mencionaste que alguien le había roto el corazón...

—Bueno, parece que lo recuperó. Volvió a la ciudad y están juntos ¡y van a casarse!

—Creo que estás exagerando.

—¿Exagerando? —Abre el portátil. La pantalla está negra y escribe la contraseña. La pantalla se enciende.

Es un documento para presentar ante un tribunal. No soy abogado, pero estoy bastante familiarizado con las solicitudes de divorcio, por todas las

mujeres que estafé. Dice “Solicitud de nulidad de matrimonio”, el término formal. Simon Peter Dobias, demandante, y Victoria Lanier Dobias, demandada, en el Tribunal de Primera Instancia del Condado de Cook. “La presente solicitud de nulidad matrimonial se fundamenta en la existencia de diferencias irreconciliables entre las partes, que a la vez constituyen causales irremediables del deterioro de la relación conyugal. Asimismo, todo intento pasado de reconciliación ha resultado infructuoso y cualquier intento futuro de restablecer el vínculo matrimonial se considera impracticable y sin posibilidad razonable de éxito”.

Mierda. Le va a pedir el divorcio.

—¿Todavía crees que exagero?

—Espera, espera.

Abro el cuaderno verde. Es una especie de diario escrito a mano. Tiene entradas fechadas. La primera es del 4 de julio.

—Cielos, no puedo creerlo —dice Vicky—. Solo faltan nueve días para nuestro aniversario. ¡Nueve días!

Me aclaro la garganta y leo la primera entrada.

—“La razón principal por la que vine al club hoy, la primera vez en varios años, fue porque creí que podría encontrarte en la celebración del Día de la Independencia” —Leo—. “Aunque he estado pensando en ti desde ese día de mayo...”.

—Ah, sí, aparentemente la vio en Michigan Avenue en mayo y su corazón empezó a acelerarse. Y lo primero que hace es ensayar frases frente al espejo para cuando la vuelva a ver.

La entrada del 15 de julio menciona que Simon y Lauren se encontraron en una cafetería.

—“Y luego, el beso”. —Sigo leyendo en voz alta—. “Si hubiera dependido de mí, no sé si habría ocurrido...”.

—Si hubiera dependido de él —repite Vicky, riendo—. Jamás habría dependido de él. Ella le puso el ojo encima. Ella tramó todo esto. Lo está manipulando como a una marioneta. ¡Quiere su dinero!

—No puedes estar tan segura —digo—. Espe...

—Eh, sí que puedo. Sigue leyendo. Ve al final si quieres, así no tienes que seguir leyendo cómo esa pequeña puta se abre de piernas y le dice cochinas y lo manipula sin parar. Lo tiene comiendo de su mano.

Leo las últimas entradas, ya sentado, y la conmoción inicial le da paso a un

dolor profundo en el estómago.

—¿Está embarazada?

—Eso es lo que le dijo a Simon —explica—. ¡Joder, que está embarazada!

—¿Crees que se lo inventó para...?

—Cualquiera puede decir que está embarazada. ¿Leíste esas últimas entradas? Está intentando convencerlo de que pida el divorcio antes de nuestro décimo aniversario. Y, cuando él se resiste, ella lo presiona. Y él sigue diciendo que no. Y luego, de pronto, ¿está embarazada? Es imposible. No puede ser.

—Menea la cabeza, esbozando una sonrisa de amargura—. Sabe que Simon y yo no coincidimos en eso. Yo no quiero tener hijos. Él sí. Así que, cuando todo lo demás falla, juega la carta de embarazada, esa manipuladora hija de...

—Déjame leer esto, Vicky. Quiero leerlo todo.

—Bueno, date prisa —dice—. No tengo mucho tiempo.

Leo rápido, intentando digerir la información más importante. El inicio del romance, cuando Simon suena como un cachorrito locamente enamorado. Lauren fue su primer amor, aparentemente, como Vicky me contó. Y se comporta de esa manera en estas páginas. Ella le rompió el corazón, pero volvió a Chicago casi dos décadas después. De regreso en Chicago, en Grace Village, donde siente que está atrapada en un matrimonio condenado y, al parecer, Simon también.

Me pregunto cuánto tardó en enterarse del dinero del fideicomiso. No pudo haberle llevado mucho. Aquí dice que solía trabajar en el bufete del padre de Simon, así que debía saber bastante bien que Teddy tenía un buen dineral a su nombre. Y no me cabe ninguna duda de que, en algún momento, se enteró de que Teddy había muerto. Debía de saber desde hacía mucho tiempo que Simon había heredado ese dinero.

Y entonces activó su encanto.

En la entrada del 16 de agosto: “¿Quiere que sea su puta, profesor Dobias?”.

En la entrada del 13 de agosto, incluso Simon admite que está obsesionado con ella, tanto que no puede controlarlo: “¿Eres mi adicción, Lauren?”.

Pero, aun así, su consciencia empieza a ganarle. En la entrada del 12 de septiembre, vuelve a contar cómo Teddy engañó a su esposa y cómo él estaba repitiendo el mismo patrón. “Me convertí en el hombre que odio”. Parece que

le dijo todo eso a Lauren y ella debió de haberle respondido con algún mensaje críptico en ese teléfono rosa que le compró, uno de esos mensajes al estilo “tenemos que hablar” que lo dejó sufriendo hasta que se vieron. Y luego, sí, Lauren es buena... ¡Le dijo que no estaría engañando a nadie si se casaban!

Bien hecho, Lauren. Lo tuvo toda la noche al borde del abismo ante la posibilidad de perderla, preguntándose qué haría sin ella, y luego le lanzó la idea del matrimonio, haciéndole creer que se le había ocurrido a él.

Y así lo tuvo bajo su control. Simon estaba en el séptimo cielo. Fantaseaba con esa vida. Le daba miedo decírselo a Vicky, sí, pero igual estaba más feliz que nunca.

Lauren fue inteligente. No lo hizo demasiado obvio. Esperó hasta mediados de octubre, justo la semana pasada, para empezar a hablar del dinero del fideicomiso.

Y luego están estas últimas entradas, a finales de la semana pasada y esta semana. La lectura que hizo Vicky es acertada. Simon estaba sufriendo con lo del divorcio. Lauren lo dio todo, incluso asumió varios riesgos. “Vosotros dos no estáis enamorados y nunca lo estuvisteis”, dijo Lauren. “Ella nunca te amó, Simon. Necesitaba alguien que la cuidara. Y tú lo hiciste. Y ahora está mirando con atención el dinero del fideicomiso, que está tan cerca que ya puede saborearlo”.

Bueno, no se equivocaba. Vicky sí está saboreando ese dinero.

Y yo también.

Pero sí, Lauren se salió con la suya en todo esto. Manipuló a Simon en cada paso. Arrojarle la bomba del embarazo fue una maniobra maravillosa. Un último recurso si todo lo demás fallaba, y todo lo demás había fallado. La lealtad de Simon hacia Vicky era demasiado profunda, así que Lauren tuvo que usar esa bomba atómica; lo único que Vicky jamás podría darle.

Creo que podría encariñarme con esta Lauren. Si le echara un vistazo en Facebook, definitivamente podría encariñarme con ella. Es excelente, sin lugar a duda.

Pero está en mi camino. Puede haber llegado a Simon antes de que yo llegara a Vicky, pero yo no juego limpio. Ese dinero es mío y no voy a dejar que me lo quite.

Vicky camina de un lado a otro, maldiciendo por lo bajo, y a veces no tan por lo bajo, y está a punto de pegarle un puñetazo a la pared de la sala. Cuando

me ve cerrar el cuaderno, entra a la cocina, asintiendo con un gesto de ansiedad.

—Estoy acabada, ¿verdad?

Me mantengo sorprendentemente calmado, viendo cómo todo mi esfuerzo se va por el retrete, junto con el dinero de mi retiro. Pero entrar en pánico no me va a ayudar a conseguir ese dinero. Tengo una rival y parece ser fenomenal en lo suyo, pero no es la primera vez que me pasa.

Y nunca he perdido.

—No va a pedir el divorcio hasta un día antes de vuestro aniversario —digo—. El 2 de noviembre. ¿Cuánto falta? ¿Una semana a partir de mañana?

Vicky asiente, mordiéndose una uña.

—Entonces, la pregunta es qué hacemos ahora.

—Ah, ya sé lo que me gustaría hacerle a ese estúpido —dice—. Me gustaría romperle el cuello.

—¿Y si lo hicieras? —pregunto. Vicky parpadea y su expresión cambia—. Dijiste que él te importa. Pero ¿cuánto te importa?

Se acerca a la ventana y mira hacia el callejón. Supongo que pasó los últimos cuarenta y cinco minutos haciéndose esa misma pregunta.

—Si él muere antes de nuestro décimo aniversario —dice—, ese dinero quedará en el fideicomiso. Yo no recibo ni un centavo. No sería un bien ganancial.

Interesante respuesta. Interesante porque no dice “Nunca podría hacer algo así, nunca podría hacerle daño a Simon”. Solo dice que no funcionaría. Eso significa que tiene la mente abierta.

—Lauren está casada —digo—. ¿Alguien llamado Conrad?

Mueve una mano con indiferencia.

—Así parece.

—¿Y si le contamos a él lo de la aventura?

—Seguro que ya lo sabe —responde, volviéndose hacia mí—. Y si no lo sabe, ¿qué importa? Parece que su matrimonio también se está yendo a pique.

Me siento en la mesa. No estoy recibiendo muchas respuestas.

—Se estuvo comportando diferente —dice.

—¿Simon?

Asiente.

—Estuvo más distante estos últimos días. Yo... no le di importancia. Suele

ponerse así muchas veces, como si se perdiera en sus pensamientos. No me pareció nada por lo que preocuparme.

Exhalo con fuerza.

—¿Y si...? ¿Y si Simon resultara herido? Pero no lo suficiente como para morir.

—¡Vamos!

—¿“Vamos” qué? Hablo en serio.

Se toma un momento.

—O sea, ¿herirlo lo suficiente como para dejarlo fuera de juego, pero sin matarlo, solo para retrasarlo una semana hasta que llegue el 3 de noviembre?

—Exacto —respondo.

—¿Exacto? ¿Y cómo planeas hacer eso, exactamente? ¿Lo vas a atropellar con un coche lo suficiente como para hospitalizarlo, pero no tanto como para matarlo? ¿Le vas a disparar, pero evitando darle en ningún órgano vital? ¿Le vas a golpear la cabeza con suficiente fuerza como para dejarlo en coma, pero no tanta como para causarle muerte cerebral?

—Está bien, está bien.

Me toca el brazo.

—Créeme, si pudiera hacerlo... Pero no es factible.

—Bueno. Entonces, Vicky Lanier, ¿quizá llegó la hora de que empieces a ser muy muy amable con tu esposo?

Le lleva un momento entender a lo que me refiero y luego pone los ojos en blanco.

—No va a funcionar.

—Puedes ser encantadora.

—No tanto. No con Simon.

—¿No? En esas páginas dice que te ama, pero que tú no lo amas de la misma manera. ¿Tal vez podrías demostrarle que sí lo amas?

Lo piensa un momento, pero luego niega con la cabeza.

—Ya es demasiado tarde. Si hubiera sabido que esto estaba pasando, eso es exactamente lo que habría hecho. —Se golpea la frente con la parte interna de la muñeca—. ¿Cómo se me pasó por alto todo esto?

Se te pasó por alto, Vicky, porque estabas demasiado ocupada contando dólares en tu cabeza y enamorándote de mí.

Nos quedamos en silencio, pensando. El aire a nuestro alrededor se siente

cargado de desesperación, casi rozando el pánico absoluto. Estoy viendo cómo todo por lo que trabajé empieza a girar antes de desaparecer por el desagüe.

—¿Y si me enfrento a él? —pregunta—. ¿Si voy directa al grano? Podría suplicarle. Puedo hacerlo. Le rogaría. Por diez millones de dólares, lo haría sin pensarlo.

Sí, pero eso es solo la mitad. Tú quieres todo, Vicky. Y yo también.

De todos modos, ya consideraré su idea y la descarté.

—Lo único que tienes a tu favor es que él tiene miedo de hacerte esto —digo—. Esa tensión, esa presión, juega a nuestro favor. Si le dices que sabes la verdad, entonces, todo se desmorona y la tensión desaparece. Puede que incluso pida el divorcio en ese mismo momento.

—Pero leíste lo que le pidió esa perra. Primero el divorcio y que después me lo diga.

—Lo sé, lo sé... Pero solo vas a empeorar todo si te enfrentas a él. Va a ser como abrir la compuerta de una represa. No puede saber que lo sabes.

Se sujeta el cabello y deja escapar un quejido grave.

—Me tengo que ir —dice—. Si vuelve a casa y el cuaderno y el ordenador no están, va a saber que lo he visto.

—¿A qué hora llega?

—Creo que tarde.

—¿Crees? “Creer” no nos sirve de nada.

Asiente.

—Tiene mucha flexibilidad en su trabajo. Tuvo una clase por la mañana, temprano. Nada por la tarde. Y suele trabajar hasta tarde por la noche, escribiendo reseñas y artículos para su blog. Pero sí, podría volver a casa por la tarde si quisiera.

—Sobre todo si se da cuenta de que olvidó su portátil y su diario en casa.

—Mierda. —Se lleva una mano a la frente—. Tienes razón. Tengo que irme. Puedo volver a eso de las seis.

La sigo por la escalera y le abro la puerta del garaje.

—Ey, Vicky —digo, mientras la puerta chirría al abrirse, y ella ya está con un pie en el callejón. Me mira y levanta una ceja.

—¿El diario decía que estaban usando teléfonos desechables? —pregunto—. El de él es verde...

—El de ella es rosa, sí. ¿No es bonito?

—Mira a ver si lo encuentras. Es probable que lo tenga escondido en algún

lugar.

Piensa en eso y asiente lentamente.

—Su teléfono —dice—. Buena idea.

—Y, recuerda, por encima de todo, no puede saber que lo sabes —repito.

Vicky va a volver en cinco horas. Tengo que idear un plan antes de que venga.

Hago una llamada. Gavin atiende al segundo tono.

—Voy para allá —digo—. Necesito tu cerebro.

CAPÍTULO 56

Christian

GAVIN ESTÁ EN SILENCIO, CON los ojos cerrados, sentado en un banco del parque Wrightwood, con las manos juntas como si estuviera rezando.

Repasamos la situación durante las últimas tres horas, primero durante el almuerzo, luego con unas cervezas y ahora en el parque cerca de su apartamento en Lincoln Park. Tuve que romper nuestra promesa de no compartir nombres, aquella que hicimos para no entrometernos en las estafas del otro. Hasta hoy solo conocía a Vicky como “la Número 7” y a Simon como “el esposo de la Número 7”, pero al repasar mis opciones, considerando todo lo que acababa de pasar, me resultaba imposible seguir usando esos apodos, más aún ahora que había una tercera persona en juego: “la amante del esposo de la Número 7”.

Así que Gavin ya conoce los nombres Vicky Lanier, Simon Dobias y Lauren Betancourt.

Al cabo de un rato, abre los ojos, separa las manos y dice: —No se me ocurre otra opción.

—Joder, ¿en serio? —Pero a mí tampoco se me ocurre otra.

—Lo que tú decidas, Nick —dice—. Tú eres el que está metido en todo esto. Yo no sé casi nada de estas personas.

La verdad es que yo tampoco.

—Conozco a Vicky —digo—. A Vicky la entiendo. No hay problema.

—¿Y qué hay de esta tal Lauren?

Me encojo de hombros.

—No sabía que existía hasta hoy. Vicky había mencionado una o dos veces que Simon había tenido una novia que le rompió el corazón o algo así cuando era joven. Pero después de leer el diario de Simon, bueno, ya sabes... Lauren es como yo. Es mi versión femenina. Tiene los ojos puestos en ese dinero y no va

a dejar que nadie se interponga en su camino. Le está haciendo a Simon lo mismo que yo le estoy haciendo a Vicky.

—Vale. Está bien. ¿Y qué hay de Simon?

—Sí, eso es lo más complicado —digo—. La mayoría de las cosas que sé sobre él las sé por Vicky. Pero ahora que he leído su diario, confirma bastante bien lo que ella decía.

—¿Y eso sería...?

—Un cerebritito académico inútil —digo—. La clase de persona que puede recitarte una maldita ecuación cuadrática o algo así de memoria, pero que no sabe usar un abrelatas.

Le encanta esa imagen, así que asiente.

—Queda claro que se deja manipular muy fácil por las mujeres —digo—. Se enamora enseguida..., esa clase de cosas. Sabe que su matrimonio es un desastre, pero nunca hizo nada hasta que Lauren empezó a coquetear con él.

—Pero también puede ser bastante oscuro —agrega Gavin—. Como lo que pasó en San Luis.

—Ese es el problema. Ese es la maldita cuestión. Es un tipo bastante resentido, eso está claro. O sea, se peleó con su padre durante años y aun así planeó todo para matarlo. Viajó a San Luis durante la semana de los exámenes finales en la universidad, lo apuñaló en el abdomen, lo arrojó a una piscina, volvió aquí e hizo un examen la mañana siguiente.

—Suena bastante frío —coincide Gavin—. Pero ¿sabes algo? Es un arma de doble filo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, por un lado, debes tener cuidado con él. No quieres ponértelo en contra.

—Eso es quedarse corto. —Estiro los brazos, liberando la tensión.

—Pero, por otro lado, dijiste que la policía de San Luis sospecha que él lo hizo. Nunca pudieron probarlo, pero ¿creen que él es el asesino?

—Es lo que me dijo Vicky. Y lo que leí del caso.

Gavin inclina la cabeza con cierto brillo en los ojos.

—Entonces, eso puede servirnos. Puede servirnos mucho.

—Repasemos las ideas otra vez —sugiero. Estamos de vuelta en el

apartamento de Gavin, un estudio con bonitas vistas hacia el oeste, un típico apartamento de soltero.

—Primera opción —dice Gavin, levantando un pulgar—. Inhabilitas a Simon por un tiempo. No puedes matarlo, porque entonces Vicky no recibe el dinero y tú tampoco, pero podrías herirlo lo suficiente para que termine hospitalizado o inconsciente o lo que sea hasta que pase el 3 de noviembre.

—Sería la mejor opción si pudiéramos llevarla a la práctica —digo—. Pero es demasiado difícil.

—Coincido. Entonces, queda descartada.

Gavin es bueno en este tipo de cosas, todo esto de planificar, conspirar. Organiza sus ideas con una claridad envidiable. Yo solo soy un gran jugador, pero él es un excelente estratega.

—Segunda opción. Haces lo que mejor sabes hacer e intentas interponerte entre Simon y Lauren —dice—. Usas esa cara bonita que tienes, juegas el papel de inversor superestrella multimillonario y haces que Lauren se enamore de ti para alejarla de Simon. Ella lo deja, él vuelve arrastrándose a Vicky. Y podría funcionar, pero no hay tiempo —agrega—. Todo tendría que suceder en una semana.

—Muy posible —digo—. Pero es verdad, no hay tiempo.

—Tercera opción —continúa Gavin—. Amenazas a Lauren. La asustas. Pero es bastante arriesgado. No sé cómo lo harías. ¿Le apuntas con un arma en la cabeza y le dices que se aleje de Simon? ¿Y después qué? No tengo idea de cómo termina algo así.

—Es verdad, no funciona. —Me desplomo a su lado en el sofá—. Él asumiría que me envió Vicky. ¿Quién más lo haría? Y entonces le pediría el divorcio de inmediato.

—Así que solo queda una opción, amigo mío —concluye Gavin, dándome una palmada en la espalda—. Y la pregunta es cuánto quieres esos veintiún millones de dólares.

CAPÍTULO 57

Vicky

—ENTONCES, SOLO NOS QUEDA UNA opción —dice Christian, de pie en medio de la sala de su apartamento.

—¿Cuál? —pregunto desde el sofá, después de escucharlo describirme tres opciones que nunca fueron una opción.

Son las seis y media. He venido por segunda vez en el día a su apartamento, después de ir a Grace Park, dejar el ordenador y el cuaderno verde de Simon en el mismo lugar en su escritorio, trabajar un rato en el centro de acogida, o al menos intentarlo, y, sobre todo, preguntarme qué ideas estaría maquinando Christian.

—No digo que lo hagamos —explica—. Pero no se me ocurre ninguna otra manera.

—Dilo de una vez.

—Está bien. —Levanta una mano, como si intentara calmarme—. Estuve toda la tarde repasando todas las posibilidades y esta es la única, en mi opinión, que podría funcionar.

—Habla —repito.

—Bueno, la idea es... ya sabes. —Hace una pistola con los dedos y se apunta a la cabeza—. Ya sabes.

Me lo quedo mirando.

—Nos... deshacemos de ella —susurra.

—¿Te refieres a matar a Lauren?

—Bueno..., sí. Sí —dice.

¿Le ha llevado toda la tarde llegar a eso?

A mí me llevó diez segundos.

—Temía que dijeras eso —señalo.

En realidad, temía que no lo dijera y yo tuviera que mencionarlo. Pero es mucho mejor que salga de su boca.

—Ya sé que es una medida extrema. —Abre las manos—. Pero no veo una manera de asustarla y hacer que se vaya. La única opción viable es borrarla de la ecuación por completo. No digo que tengamos que hacerlo, solo que...

—Sería la única manera de terminar con esto.

—Sí —asegura.

—Está bien. De acuerdo. —Asiento—. Pero... hipotéticamente hablando...

—Sí, solo hipotéticamente hablando.

—¿Cómo lo haríamos? —pregunto—. Si Simon tiene una aventura con ella, debe de haber pruebas por todas partes. Si Lauren aparece muerta, si le disparan, la apuñalan, la estrangulan o lo que sea, la primera persona de la que van a sospechar va a ser él, el tipo con el que tenía una aventura. Y la segunda va a ser la esposa de ese hombre.

—Sí, supuse que Simon, Conrad y tú seríais sospechosos —dice Christian—. Tú estarías metida en el medio. Y, si por alguna razón sospechan de ti, o incluso de Simon, no vas a ver ni un centavo. Estarías bajo la lupa todo el tiempo.

—Tienes razón —aseguro—. Tienes mucha razón.

—Y por eso se me ocurrió que... yo tendría que ser quien lo haga —dice.

—¿Tú...? —Lo miro—. Pero...

—Pero ¿qué? —pregunta—. Tú misma lo dijiste: no puedes estar metida en esto. Van a investigarte a fondo.

—Lo sé, pero..., Christian, eres una persona exitosa... Tienes dinero. No tienes que ensuciarte con algo así.

Se acerca, se arrodilla frente a mí y me coge la mano.

—Ese dinero es muy importante para ti. Es tu oportunidad de empezar de nuevo.

—Para mí, sí. Pero ¿qué hay de ti? Eres muy rico.

—No lo haría por mí —dice—. Lo haría por ti.

—No puedo... No puedo pedirte que hagas eso.

—No me has pedido nada. —Me toca la cara—. Todavía no entiendes lo que siento por ti, ¿verdad?

Bajo la mirada y meneo la cabeza.

—Nunca estuve..., nunca...

—Yo tampoco —dice—. Hasta que te conocí. Nunca pensé que fuera posible.

—Yo tampoco pensé que fuera capaz de esto.

Me coge de la camisa y comienza a desabrocharla.

—Lo haré por ti si estás de acuerdo —dice—. Tienes que estar de acuerdo.

¿Si estoy de acuerdo?

Lo estoy en un cien por cien, absoluta, total y completamente de acuerdo.

¿Por qué crees que estoy contigo, Christian? ¿Porque me importas? ¿Porque eres atractivo? ¿Porque soy una “esposa solitaria” que no se cansa de tu enorme y palpitante hombría?

Por favor. Te elegí exactamente para esto. Sé lo de Lauren desde antes de conocerte. Hoy fue simplemente el día en que decidí contártelo. Estuve planeando esto desde la primera vez que entré a tu oficina.

No eres ningún inversor exitoso. Eres Nick Caracci, un estafador mediocre, un embustero, un farsante que se cree que le tocó la lotería conmigo.

Nunca ibas a invertir un centavo. Nunca iba a dejar que te acercaras a ese dinero.

Solo necesitaba tu ayuda para matar a Lauren Betancourt.

CAPÍTULO 58

Christian

BIEN. POR AHORA, TODO VA bien con Vicky. La tengo exactamente donde quería. Está dispuesta a seguir adelante.

La dejo macerar un rato. No quiero soltarle todo el plan de golpe y abrumarla. Pero Gavin y yo ya delineamos un esquema inicial.

En primer lugar, tiene que ocurrir en Halloween. Entre hoy y el 2 de noviembre, cuando Simon vaya a pedir el divorcio, no hay otro día que tenga sentido. Hoy es martes 25. Mañana o pasado, miércoles o jueves, es demasiado pronto. Necesito tiempo. El fin de semana tampoco va a funcionar; viernes y sábado son demasiado impredecibles y, según el perfil de Facebook de Lauren, suele reservar esas noches para sus amigas, cuando van al centro.

Y entonces queda el lunes 31, Halloween. Es perfecto, ¿no? La mayoría de las personas se quedan en sus casas para abrir la puerta a los niños que salen a pedir dulces. Puedo ponerme un disfraz que me permita moverme por ahí sin que nadie me reconozca. Puedo ocultar un arma como parte del disfraz o en una bolsa de dulces falsa. Es el único día del año en que esa mujer va a abrirle la puerta a un hombre con la cara tapada.

Pero, como dije, no quiero soltarle todo eso a Vicky de golpe, así que le doy un especial de Nicky: cogerla de pie, levantarla contra la pared, con sus piernas alrededor de mi cintura, y penetrarla hasta que llegue al clímax. Apuesto a que Simon nunca la levantó de esa manera. Apuesto a que ni siquiera la puede levantar. No me lleva mucho tiempo hacerla tener un orgasmo. Casi siempre es así. Además, todo esto del asesinato quizá sea también una especie de afrodisíaco. Al menos, lo es para mí. Debería ser suficiente para que no olvide el premio que la espera al final, cuando se haya cansado del idiota de Simon.

Está relajada después, vestida con mi camisa y nada más, sentada en el sofá con una botella de agua.

—¿Halloween? Es... brillante —dice, cuando termino de contarle el plan—. Ah..., y Grace Village... Ya sabes, el barrio queda completamente a oscuras a las siete.

No lo sabía, pero ahora sí. Me explica el ritual.

—Todos apagan las luces a las siete —agrega—. Así que quizá podrías ir justo antes de esa hora. Dudo de que no le abra la puerta a una última persona.

Puede ser. Todavía no puedo creer que vaya a hacer esto. Voy a dispararle a alguien. Matar a alguien. Repito esas palabras en mi cabeza.

“Veintiún millones de dólares”.

Vale. Esa parte fue fácil. La siguiente quizá no tanto. Lo hablamos con Gavin, pero, cuanto más lo pienso, más entiendo que tenía razón.

—Escucha, hay otra cosa —digo—. Estoy pensando en la policía. En lo que van a pensar cuando encuentren a Lauren...

—Muerta. Bien muerta.

Un poco más de entusiasmo del que esperaba. Pero me gusta la ira. La ira es buena. Significa que va a darlo todo.

—Sí —digo—. Tienes razón en lo que dijiste, Vicky. ¿Cuánto van a tardar en descubrir que Simon tenía una aventura con ella? No creo que mucho. Tiene una historia con ella, aunque haya pasado mucho tiempo. Además, ¿no suele ir por la tarde a su apartamento lujoso en el centro para sus sesiones de amor? Hay mucha gente que trabaja en ese edificio, el guardia de seguridad, el portero y...

—Estoy segura de que la policía no va a tener problemas para descifrar eso —dice—. Y eso es lo que me preocupa. Si empiezan a sospechar de Simon, también van a sospechar de mí, su esposa.

—Entonces, esto es lo que se me ocurre —digo—. Si de verdad van a sospechar de él y, por lo tanto, de ti... ¿quizá podamos ayudarlos a que mantengan la atención en Simon?

Se incorpora, de inmediato interesada.

—¿A qué te refieres?

—Solo digo... Quizá podríamos darles una ayudita para que se inclinen más hacia Simon...

—¿Quieres tenderle una trampa a Simon?

Levanto las manos.

—Solo intento protegerte, Vicky —digo—. Eso es todo...

—Mmm. —Se levanta y empieza a caminar de un lado a otro.

No es un no rotundo. Lo piensa, mientras deambula con la mirada perdida, imaginándose distintos escenarios.

—Sé que lo quieres, pero...

—Eso era antes de enterarme de que se estaba tirando a Lauren —dice con brusquedad—. Y alejándome a mí de mi dinero.

No tendría que olvidar esa reacción cuando me quede con todo el dinero. Más vale que me vaya bien lejos.

Dejo que lo procese. Me sirvo un café y me bebo una taza, mientras sigue caminando de un lado a otro, balbuceando, meneando en ocasiones la cabeza, sin terminar de creer el giro que ha dado todo esto. Parece oscilar entre la ira que siente hacia Simon y la ira que siente hacia sí misma por dejar que todo esto ocurriera, mientras decide cómo de lejos está dispuesta a llegar para arreglar las cosas.

A mitad de la sala, por vigésima vez, se detiene, gira sobre los talones, con las manos en su cintura, y asiente.

—Hagámoslo. Asegurémonos de que la policía nunca pase de Simon a mí. Tendámosle una trampa a ese hijo de puta. —Agita un dedo—. Sé exactamente cómo hacerlo.

EL DÍA DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 59

Jane

JANE BURKE REGRESA A LA casa de los Betancourt al final del día más largo de su carrera en la policía, mientras su mente se llena de recuerdos del bachillerato.

—Rob —dice mientras conduce, con un AirPods en la oreja.

—Hola, Jane —dice el sargento Robert Dalillo, del departamento de policía de Grace Park—. Me he enterado de que habéis tenido un crimen por allí.

—¿Y adivina quién quedó a cargo?

—¿Sí? Bien por ti. ¿Qué necesitas?

—¿Recuerdas a Simon Dobias, del bachillerato?

—Mmm..., no. ¿Debería? ¿Estaba en mi curso o en el tuyo?

—En el mío —responde Jane—. Un chico muy inteligente. Las mejores notas. Dio el discurso en la graduación.

—No hablaba con chicos más jóvenes que yo.

—Bueno, está bien, no importa; tu gente de archivos encontró una denuncia que hizo Simon Dobias en 2004.

—¿Tiene algo que ver con tu homicidio?

—Bueno, quién sabe, pero me preguntaba si podrías darme todo lo que tengan sobre él. Simon Dobias. D-O-B-I-A-S.

—Sí, claro, Jane. Mañana a primera hora. ¿Crees que este chico de tu clase asesinó a esta mujer?

—Demasiado pronto para saberlo —responde Jane mientras detiene el coche en Lathrow, frente a la casa de los Betancourt—. Hablamos mañana. Me tengo que ir.

—Júrame que no estuviste aquí todo el día —le dice Jane a Ria Peraino, del

equipo forense de Delitos Graves, quien la recibe en la puerta de la casa.

—No, fui a casa, acosté a los niños y volví. Sabía que ibas a estar ocupada con otras cosas mientras tanto. Además, todo esto es más fácil de noche. Entra demasiada luz a esta casa durante el día por todas esas ventanas.

Jane se pone guantes, se coloca los cubrezapatos y sigue la ruta que Ria delimitó con cuidado por la escalera hacia el primer piso. Llegan al descansillo donde ocurrió la acción, donde el atacante golpeó a Lauren, la sometió y le puso la cuerda alrededor del cuello.

Ria rocía luminol sobre el suelo de madera y el sonido del atomizador le recuerda a Jane que tiene que limpiar su casa con urgencia.

—¿Lista?

—Lista —responde Jane.

Ria apaga las luces del pasillo y quedan a oscuras. Sin embargo, unos patrones luminiscentes azules empiezan a aparecer en el suelo (gotas, salpicaduras y manchas de deslizamiento), gracias a la reacción de quimioluminiscencia que se produce al mezclar el luminol con el hierro de la sangre.

Como siempre, hay más sangre de la que cualquiera imaginaría. Salpicaduras por todo el suelo del pasillo como gotas pequeñas de tinta, justo entre la barandilla y la mesa antigua.

—El atacante la golpeó en la parte posterior de la cabeza, probablemente aquí —dice Ria, señalando, aunque su dedo solo se distingue por el contraste con la luminiscencia azul de la sangre—. Las gotas más grandes suelen ser las más cercanas, luego se vuelven más pequeñas cuanto más se alejan de la herida.

Jane sigue la línea con la mirada.

—No hay mucha sangre, después de todo, pero la herida en la cabeza no fue tan grave.

—Después hay más sangre cerca de la mesita del pasillo —dice Jane—. Donde encontramos el teléfono.

—Sí, es interesante, ¿verdad?

Ria vuelve a rociar luminol sobre la sangre junto a la mesa, lo que hace que el resplandor se intensifique.

—Un patrón de deslizamiento —dice Ria—. El teléfono se deslizó por el suelo unos metros y se detuvo. Luego volvió a deslizarse hasta quedar debajo de la mesa.

Jane lo ve con claridad. La primera mancha se interrumpe y luego vuelve a

empezar en una dirección distinta, quizás unos diez o quince grados de diferencia, antes de desaparecer bajo la mesa.

—Bueno, esto es lo que me resulta raro —comenta Ria—. La primera mancha está bien. Es el teléfono que se desliza por el suelo desde donde estaba ocurriendo el forcejeo. Tiene un poco de sangre y la lleva a dar un paseo.

—¿Y...?

—Eso podría haber ocurrido de muchas maneras. Lo más probable es que el atacante sometiera a su víctima, le pusiera la cuerda aquí en el pasillo, la golpeará, lo que causó las salpicaduras de sangre, y luego ella cayera al suelo y el teléfono se deslizara de nuevo.

—Quizás el atacante arrojó el teléfono lejos —propone Jane—. Para que ella no lo alcanzara.

—Puede ser. O quizás ella lo soltó y, al intentar levantarlo, lo empujó sin querer durante la pelea. ¿Quién sabe? Pero ese no es el problema. La primera vez que el teléfono se desliza por el suelo no es mi problema.

—Entonces, ¿cuál es?

—La segunda vez que se desliza. Tiene un ángulo un poco distinto, ¿no?

—Sí, sin duda.

—Es un movimiento independiente.

—Coincido —dice Jane—. El teléfono se movió dos veces. Se deslizó por el suelo durante la pelea y luego otra vez en un ángulo diferente. Quizá... se lanzó desesperada para cogerlo y llamar al 911. O quizás el atacante lo pateó, para asegurarse de que no lo alcanzara.

—Sí, todas hipótesis posibles, pero esta es la cuestión

—dice Ria—. Si golpeas, pateas o empujas un teléfono para que se deslice por el suelo, es probable que toques el suelo, ¿no?

—Eh..., sí, supongo que sí.

—Es muy probable, Jane. Si yo me tirara desesperada a coger un teléfono..., ¿ves el primer rastro de sangre? Yo caería justo sobre la sangre. Sería todo un desastre. No se vería esta línea tan nítida.

—Entonces, eso es que nadie se lanzó para cogerlo. ¿Y si le dieron una patada?

—Bueno, nadie pisó esa línea perfecta de sangre. No hay ninguna huella.

—Está bien, entonces, podría haberse puesto de pie a un lado, lejos del rastro de sangre del primer deslizamiento, y haber pateado con cuidado el teléfono, que quedó debajo de la mesa. Eso funcionaría, ¿no?

Ria vuelve a encender las luces.

—Bueno, sí —dice—. Pero ¿no te parece raro?

Jane se toma un momento para acostumbrarse a la luz.

—Quiero decir..., ¿de quién estamos hablando? Solo hay dos personas en este pasillo, Jane: el atacante y la víctima. La víctima no va a evitar pisar la sangre para patear un teléfono con toda la calma del mundo hacia debajo de la mesa como si estuviera jugando al golf.

—Claro que no —coincide Jane—. La víctima estaría luchando por su vida. Tiene que haber sido el atacante.

—Estoy de acuerdo. Pero, mientras Lauren siga viva, el atacante tampoco va a hacer nada con calma, o con cuidado, o con delicadeza o de manera metódica; no se va a tomar ese tiempo. No hasta que ella esté muerta. Hasta que termine la pelea, ¿no?

—Sí —responde Jane. Respira hondo y se queda pensando—. El teléfono lo movió el atacante, pero solo una vez que Lauren estaba muerta.

—Entonces, imagina esto —dice Ria, mientras camina para reconstruir la escena—. Una vez muerta, el atacante se acerca con cuidado de no pisar la sangre y... —Patea con su pie izquierdo hacia la mesa—. Empuja el teléfono debajo de la mesa, con cuidado de no tocar el suelo.

Jane lo piensa un momento y luego asiente.

—Está bien; entonces, eso es lo que probablemente sucedió.

—Pero ¿por qué lo pateó debajo de la mesa?

—Para... esconderlo, ¿no?

Ria no parece convencida de esa hipótesis.

—Jane, en ese momento, Lauren está colgada de la barandilla. Hay sangre por todas partes. El atacante sabe que va a iniciarse una investigación. Sabe que la policía va a registrar todo el lugar. ¿Crees que no sabe que vamos a mirar debajo de una mesa que está a un metro y medio de donde murió la víctima?

—Está bien, pero, Ria, los asesinos cometen errores todo el tiempo. En especial, si no son profesionales. En especial, si todo esto fue un acto impulsivo. Mató a Lauren, entró en crisis, vio el teléfono y lo pateó debajo de la mesa. No va a ganar ningún premio por su inteligencia, te lo aseguro, pero tampoco significa que no haya sucedido de esa manera.

Ria meneaba la cabeza.

—¿Qué es lo que no estoy viendo? —pregunta Jane.

Ria se encoge de hombros.

—Lo que dices puede ser verdad. Ve el teléfono, entra en pánico y lo pateas debajo de la mesa.

—Sí.

—Pero ¿por qué no se lo llevó?

—¿Por qué no...? Hum... —Empieza a caminar de un lado a otro, como suele hacer cuando está pensando mucho algo, pero entonces recuerda la fragilidad de la escena del crimen—. Veamos. Yo soy la atacante. Tengo una aventura con Lauren. Tenemos teléfonos desechables y solo los usamos para una cosa y nada más, para enviarnos mensajes de amor.

—Sí.

—Acabo de matar a Lauren —continúa Jane—, quizá fue premeditado o quizá fue un arrebató de emoción violenta, y veo el teléfono rosa en el suelo. Sé lo que significa ese teléfono. Si la policía revisa lo que tiene dentro, va a acceder a todos nuestros mensajes, va a saber todo sobre nuestra aventura. Entonces, me acerco al teléfono...

—¿Y lo pateas debajo de la mesa? —pregunta Ria—. ¿Sabiendo que lo vamos a encontrar?

—No. Me lo llevo —responde Jane, mirándola—. Me lo llevo. No lo dejo ahí para que lo encuentren. Me lo llevo para que los investigadores no tengan ni la más mínima idea de su existencia. Así nunca sabrían que existe. Esa es la gracia de un teléfono desechable. No poder rastrear a su dueño.

—Entonces, ¿por qué patearlo debajo de la mesa, sabiendo que lo íbamos a encontrar? —insiste Ria.

—Quería que lo encontráramos. No quería que fuera demasiado obvio; no quería envolverlo con papel de regalo y ponerle un lazo. Hizo como si intentara esconderlo. Pero como dijiste, sabía que íbamos a mirar debajo de una maldita mesa junto a la escena del crimen.

Ria asiente.

—Quería que lo encontráramos.

—Quería que lo encontráramos —repite Jane, mientras lo procesa—. Quería que nos enfocáramos en la persona del otro lado de esos mensajes, el novio de Lauren. —Mira a Ria—. Mierda.

—Entonces, quizá no fue el novio quien hizo esto —señala Ria—. Y quizá ya no deberíamos referirnos al atacante en masculino.

Jane se pasa la mano por el cabello.

—Me estás tirando una bomba al final de un día eterno —dice—. Necesito

pensar.

—No era mi intención complicarte la vida —se disculpa Ria.

Jane le sonríe, pero la sonrisa dura poco.

—Entonces, quizá Lauren no era la única casada en esta aventura —sugiere —. Quizás el novio de Lauren también estaba casado. Su esposa se entera de la infidelidad, mata a Lauren y hace que culpen a su esposo infiel.

Ahora es Ria quien sonríe.

—La fantasía de toda mujer a la que alguna vez alguien le fue infiel —dice —. Matar dos pájaros de un tiro.

LOS DÍAS ANTES DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 60

JUEVES, 27 DE OCTUBRE DE 2022

Es probable que solo me esté volviendo paranoico, considerando todo lo que va a pasar. Quizá la culpa que siento por lo que voy a hacerle a Vicky está distorsionando mi percepción.

Pero es verdad que siento que Vicky ha estado comportándose diferente. Más atenta. Más afectuosa.

Anoche durmió conmigo. Por lo general, yo me voy a dormir temprano para no quedarme dormido al día siguiente, y ella suele quedarse despierta hasta tarde y no viene a la cama hasta pasada la medianoche y se levanta a las ocho o nueve.

Pero anoche durmió conmigo.

—¿Quieres compañía? —me dijo.

No supe qué hacer. Estaba muy confundido. Estoy contigo ahora, Lauren, en todos los sentidos, menos oficialmente, y de pronto sentí que acostarme con mi esposa sería como engañarte.

Ah, cómo cambió todo. Y lo extraño y doloroso que fue poner como excusa que no me sentía bien.

Pero solo me estoy volviendo paranoico, ¿verdad? Es solamente una coincidencia que de pronto esté tan interesada en mí.

Debe de ser eso. Es imposible que Vicky sospeche algo.

CAPÍTULO 61

Vicky

NADIE LE PRESTA ATENCIÓN A una mujer con ropa de deporte, caminando a paso ligero por un vecindario, con los auriculares puestos, aunque nadie la reconozca, aunque suela detenerse todos los días en la acera frente a una casa en particular. Pero con los hombres es distinto. Los tipos que deambulan de esa manera dan miedo; pueden ser considerados potenciales acosadores, alguien a quien no hay que perder de vista. Pero ¿una mujer? Una mujer puede hacer la misma ruta todos los días y nadie se dará cuenta.

Por lo que sé, nadie notó mi presencia todas estas semanas cuando pasaba casualmente por la casa de Lauren, donde a veces me detenía un momento, solo un instante, y miraba mi teléfono como si hubiera recibido un mensaje importante. Después de todo, solo soy una mujer inofensiva.

A veces, paso con el coche por delante de su casa en lugar de caminando, pero un coche llama más la atención y es más probable que despierte la curiosidad de algún vecino. Solo lo hago por la noche y durante unos pocos minutos.

Pero durante el día, como ahora mismo, un martes a las ocho y media de la mañana, pasar por su casa caminando es mi opción preferida. Y claro, siempre puedo modificar mi ruta para pasar una segunda vez, si hace falta.

Lauren, la puta cazafortunas, hay que admitirlo, no modificó mucho su rutina, ni siquiera con el cambio de estación. Cerca de las ocho, todas las mañanas, sale a trotar unos cinco kilómetros por Grace Village. Sigue yendo a sus clases de tenis a las diez y media, todos los fines de semana, en el club de campo de Grace Village. Sigue almorzando con su compañera de tenis y después se reúne con otras cuatro para jugar al golf a la una.

Me agota solo pensarlo. Pero Lauren, la puta cazafortunas, tiene que mantener ese cuerpo en forma, ¿no?

Me pregunto cuál será su plan una vez que el clima empieza a cambiar como

solo suele cambiar en Chicago. ¿Tiene pensado abrigarse más y seguir yendo a sus clases de tenis, seguir haciendo sus rondas de dieciocho hoyos en el campo de golf? Una creería que, llegado un punto, dejaría de practicar deportes al aire libre, al menos cuando empiece a nevar.

Pero no es información relevante ahora. No va a ver otro invierno en Chicago ni en ninguna otra ciudad. Tiene..., veamos..., hoy es jueves..., unas ciento seis horas antes de que termine la noche de Halloween el lunes.

Halloween será el momento perfecto. Va a estar en su casa, va a estar oscuro y Christian podrá deambular por ahí con un disfraz, cielo santo, sin que a nadie le resulte extraño. Dos minutos antes de las siete, cuando ya esté bastante oscuro y la gente deje de pedir dulces, él se va a meter en ese pequeño porche de ladrillo que enmarca la entrada, ella abrirá la puerta, él le disparará con un silenciador... ¡y listo! Y se irá caminando mientras todos apagan las luces a la vez, lo que hará que una noche ya de por sí oscura quede sumida en la total oscuridad.

Me sorprende que no se cometan más asesinatos en Halloween.

Gracias a Dios que a Christian...

Ah, ¿por qué me molestó llamándolo Christian? Supongo que por costumbre. Tenía tanto miedo de que se me escapara su verdadero nombre que me obligué a identificarlo solo por su seudónimo: Christian Newsome, Christian Newsome, ¡Christian Newsome!

Gracias a Dios que a Christian se le ocurrió la noche de Halloween para matar a Lauren, así yo no tenía que hacerlo por él. Los hombres y sus egos.

La idea de tenderle una trampa a Simon también fue suya. Otra cosa que no quería sugerir yo. Sienta tan tan bien cuando creen que la idea fue de ellos. Por suerte para mí, a Christian no le falta confianza.

Me pregunto si le habrá contado todo esto a su amigo Gavin. Sí, también sé de él. Nunca me gustó hacer los deberes en el bachillerato, pero últimamente me he acostumbrado bastante a la idea.

Es probable que incluso se les haya ocurrido esto juntos. Quizá repasaron todas las opciones durante horas. Quizás incluso hablaron sobre cómo Christian debería “prepararme” para sugerirme la idea del asesinato. Y la idea de inculpar a Simon..., como si no fuera la parte más importante de todo esto para mí.

Y hablando de eso... Si quisiera hacerle una visita a Lauren en su casa cuando ella no está, ¿cuál sería la mejor manera de entrar?

Por la puerta del frente, no. La puerta del frente tiene ese porche de ladrillo que está bien para mantener la privacidad, pero dudo de que no eche llave. A la izquierda de la entrada hay un garaje para tres coches, así que tampoco sirve. A la derecha, mi derecha, hacia el norte, hay una ventana enorme, unos arbustos y un jardín. Asumo que se ve todo el interior de la casa, pero dudo de que la ventana pueda abrirse, e intentar forzarla para abrirla desde el frente, mientras todos pasan caminando y conduciendo por Lathrow, sería lo más estúpido del mundo.

Pero me quedo pensando en el lado sur, pasando el garaje, en el camino estrecho que está entre la casa y la enorme cerca de madera. Ahí hay una ventana que estuvo abierta los últimos cinco días. Quizá de la cocina. Parece lo suficientemente grande como para que yo pueda entrar. Tal vez tenga que romper el cristal.

Ah..., y aquí viene, trotando por Lathrow, terminando sus cinco kilómetros, la hermosa y sexy Lauren, la puta cazafortunas, usando unas mallas de deporte turquesas que deben de provocarle una erección a cualquier hombre que la vea.

No voy a negar que es hermosa, lo admito. No culpo a Simon por enamorarse de ella.

Ah, claro que lo culpo.

Así que es hora de seguir moviéndome, de retomar mi caminata casual y rápida con mi ropa de deporte, mis auriculares, sin siquiera mirarla cuando pasa a mi lado.

Disfruta el resto de tu vida, Lauren. Te quedan cinco días.

Regreso caminando a mi coche, aparcado junto a la escuela primaria (el único lugar donde puedes aparcar junto a la acera sin llamar la atención), y vuelvo a Grace Park. Meto el coche en el garaje del callejón, como siempre, y entro a la casa por la puerta trasera.

Hay un armario que Simon nunca usa junto a esa puerta. Lo abro y saco el disfraz de Halloween que le compré a Christian: una túnica ridícula con una capucha enorme. Lo compré en una de esas tiendas de Halloween que abren solo en octubre, cuando alquilan un local vacío y lo llenan de letreros horribles.

Pagué en efectivo, por supuesto. Me recogí el cabello, me puse una gorra con

visera, unas gafas falsas y una cazadora acolchada. No vi cámaras de seguridad, pero, si las había, no hay forma de que me hubieran reconocido.

La Parca, así llaman al disfraz, viene con una hoz larga, pero la descarté. La túnica es suficiente para taparle todo el cuerpo a Christian y la capucha alargada va a impedir que le vean la cara, aunque él va a poder ver sin problemas.

Es perfecto.

Para los pies, conseguí unas Peak Explorer nuevas de Paul Roy, talla cuarenta y cinco, la talla de Christian. También las pagué en efectivo en una tienda de descuentos, vestida totalmente distinta.

Llevo las botas y el disfraz a través de la planta baja de la casa hacia el armario del frente, cerca de la entrada del garaje donde Simon deja su coche. Abro el armario y bajo la vista. Un par de mocasines viejos que Simon no usa desde hace rato. Un par extra de zapatillas de deporte para correr.

Y sí, otro par de Peak Explorer de Paul Roy.

Mismo modelo y color que las que va a usar Christian.

Subo a la habitación principal y abro el armario de Simon. En el fondo está el disfraz de la Parca que compró el año pasado, pero que nunca usó.

También idéntico al que le compré a Christian, igual que las botas.

Mismos disfraces, mismas botas.

Simon no es el único que guarda rencor.

CAPÍTULO 62

Christian

—YA LO TENGO TODO —DICE Vicky en cuanto sube a mi apartamento.

Me entrega la bolsa con el disfraz de la Parca.

—¿Has pagado en efectivo? —pregunto—. ¿Evitaste las cámaras?

—Sí.

Saco el disfraz de la bolsa y me lo pongo con su ayuda.

—¿Cómo me veo?

—Bueno, te lo diré —responde—. Pareces salido de un libro de Stephen King. Pero ¿lo más importante? Totalmente irreconocible.

Vamos al baño para que me mire en el espejo.

—No tiene forma —dice Vicky—. Y tu cara está demasiado al fondo de la capucha alargada como para poder verla.

—Sí, funciona.

—Estás totalmente irreconocible. Cualquiera que te vea con eso no va a saber si eres tú o un adolescente escuálido. No van a saber si eres tú o algún padre gordo de mediana edad.

—¿No hay manera de que sepan que soy yo o tu esposo?

—Exacto —responde.

—Me gusta. Perfecto. Gran trabajo. ¿Conseguiste las botas también?

—Sí —dice—. Simon tiene el mismo par.

—¿Qué talla? Cuarenta y cinco, supongo.

—Cuarenta y cinco —dice—. Y sí, también las pagué en efectivo, y usé gafas y una gorra y me puse otra ropa de cuando compré el disfraz.

Bien, bien, todo marcha bien. Regresamos a la sala.

—Tenemos que cortar toda clase de comunicación entre nosotros —señalo—. No puede quedar ningún rastro de nuestra conexión.

—Absolutamente.

—¿Qué prueba tienes que te conecte conmigo? —pregunto—. ¿Simon sabe

que te ves conmigo?

—Simon no sabe que existes —responde—. No le dije que estaba entrevistando a corredores de bolsa. Nunca querría que supiera eso.

—¿Tienes algo? ¿Folletos, papeles, algo de mi oficina?

—Creo que sí.

—Búscalos y tritúralos o quémalos.

—Está bien —dice.

—¿Alguna vez anotaste mi nombre? ¿Me buscaste en tu ordenador?

Piensa un momento.

—Te busqué en mi ordenador cuando estaba buscando corredores de bolsa.

—Entonces deshazte de ese ordenador.

—Puedo formatearlo...

—No, no, no es suficiente. La policía puede recuperar esas cosas. Rómpelo en pedacitos y tíralo a algún río. No bromeo, Vicky. Es importante.

—Está bien, lo haré.

—Es lo que yo hice con mi portátil —explico—. Lo rompí, partí por la mitad, le quité todas las partes. Limpié todo rastro tuyo de este apartamento.

—¿Tienes una copia del fideicomiso de Simon? —pregunta.

Sí, pero ya no. Lo trituré esta mañana y luego quemé los restos.

—La policía podría registrar este lugar —digo—. No van a encontrar ningún rastro tuyo, Vicky. Ni ordenador, ni documentos, nada.

—¿Y qué hay de los rastros de..., ya sabes..., mi cuerpo?

—¿Te refieres a tu ADN? —pregunto—. No. Ya me he deshecho de las sábanas. Las lavé para estar seguro y luego las eché en el contenedor de basura del callejón. Para cuando esto ocurra, ya se las habrán llevado.

Me siento a su lado.

—Ahora, sobre tu teléfono —digo—. Me llamaste y me enviaste mensajes.

Se sonroja.

—Es desechable —explica.

—¿Tu... tu teléfono es desechable?

—El que usé para llamarte, sí. Un prepago. ¿Te sorprende? ¿Crees que quería que Simon viera la factura del teléfono y se preguntara de quién era ese número al que había llamado?

Ah, sí, tiene sentido. ¡Uf! Eso simplifica las cosas. Yo estuve usando un teléfono desechable con ella en todo este tiempo, pero por una razón diferente: para cuando escapara con su dinero. Pero nunca se lo diría.

—Entonces, estamos bien —digo—. Rompe tu ordenador. Tira tu teléfono. Bien. —Me froto las manos.

—¿Ya conseguiste la pistola? —pregunta.

Todavía no. Me la tiene que traer Gavin. Con silenciador. Pero ella no sabe quién es Gavin.

—Pronto —respondo.

No puedo creerlo. No puedo creer que vaya a hacer esto.

“Veintiún millones de dólares”, me digo a mí mismo.

—Hola, ¿sí? —dice Emily cuando asoma la cabeza en mi oficina el jueves por la tarde—. ¿Me necesitaba?

—Sí, pasa un segundo. Mmm... Siéntate.

Probablemente se esté preguntando qué quiero. Le pedí tan poco en todo este tiempo. Atiende un teléfono que casi nunca suena. Estuvo presente en las cinco reuniones que tuve con posibles inversores, dos de las cuales fueron con Vicky. A los demás, los que vinieron después de Vicky, les dije que ya no aceptaba clientes, pero que los ayudaría una vez que abriera la próxima ronda de financiación.

Nunca le tuve que dictar nada, aunque no sé si es algo que se sigue haciendo. No escribió cartas ni me preparó una taza de café. La mayoría de los días, le estuve pagando a esta chica de diecinueve años veinte dólares la hora, cuatro horas al día, para hacer los trabajos de la facultad.

Se sienta, sin saber si debería tener un cuaderno para anotar, con su cola de caballo rubio ceniza, mientras busca un bolígrafo.

—No va a llevar mucho tiempo —digo—. Escucha..., he decidido reubicar la empresa. Creo que me iré a París por un tiempo. El vuelo sale hoy.

—Ah, vale —Lo toma bastante bien, aunque estoy seguro de que le gusta este trabajo.

—Así que puedes guardar tus cosas e irte. —Le doy dos mil dólares—. Considéralo una indemnización.

—Pero solo soy una empleada temporal, señor Newsome. No tiene que darme una indemnización.

—Bueno, entonces un bono —digo—. Una contribución para tu fondo universitario.

Cuenta el dinero y queda boquiabierta. Es más de lo que solía pagarle por mes.

—¿Está seguro?

—Sí. Buena suerte, Emily. Espero leer grandes cosas sobre ti algún día.

Una vez que Emily se va, cojo el ordenador impoluto del escritorio de la recepción y lo hago trizas. También rompo a martillazos la torre. Los ordenadores rotos son demasiado pesados para las bolsas de basura, así que lo meto en unas bolsas de tela.

Reviso los cajones de Emily, incluida una agenda con papel carbón. Tienen el nombre de Vicky. Arranco todas las hojas, las destrozo y las meto en una bolsa de basura.

La oficina parece saqueada, completamente vacía. Pero las apariencias ya no importan. Newsome Capital está cursando sus últimos días en el mercado.

Y no hay ninguna evidencia de Vicky Lanier.

CAPÍTULO 63

Vicky

VIERNES, SIETE Y CUARTO DE la mañana. Conrad Betancourt sale de su apartamento en Michigan Avenue. Lleva una chaqueta de lana larga y cara, y las manos vacías, aunque, detrás de él, el botones carga un maletín y una funda alargada que parece contener palos de golf.

Eso lo confirma: Conrad está viviendo en el apartamento del centro, no en su casa en Grace Village.

Sube al asiento trasero de un coche negro mientras el botones mete el equipaje en el maletero.

El coche arranca, pero antes de que el botones vuelva a entrar al edificio, me acerco corriendo y lo llamo: —¡Disculpa! ¿El señor Betancourt acaba de irse?

El hombre, un tipo alto y canoso con un rostro amigable, sonríe.

—Me temo que sí, señorita. Acaba de partir hacia O'Hare.

—Qué lástima. Soy del periódico y tenía algunas preguntas para él. ¿Ha dicho que va al aeropuerto?

—Sí, señorita. Puede dejarle un mensaje en la mesa de entrada y se lo haremos llegar.

—Ah, no, está bien, tengo su número. Solo necesitaba una fotografía para acompañar el artículo.

—Bueno, no volverá hasta el martes por la noche, señorita. Es un viaje de golf.

¿Conrad se va de la ciudad?

Entonces, no va a estar para Halloween este lunes. Perfecto.

CAPÍTULO 64

Simon

LA MAÑANA DEL VIERNES ES oscura y fría, lo que, de cierto modo, me sienta bien. Camino desde la facultad hasta el edificio Chicago Title & Trust y llego con tiempo antes de las diez. Al parecer, he caminado más rápido de lo habitual, aunque no me he dado cuenta. Deben de ser los nervios.

Me pido el café y enciendo el teléfono. A las diez en punto, escribo: Buen día, princesa.

No responde enseguida. Tomo un sorbo de café mientras la gente entra y sale del edificio, se registran con seguridad, pasan su tarjeta por los lectores y las puertas de metal se abren para permitirles acceder a los distintos sectores de los ascensores. Finalmente, el teléfono suena: Hola.

No es el saludo más cálido de todos. Respondo: Odio los viernes. La mayoría de la gente los adora, pero yo los odio. Porque no puedo volver a hablar contigo hasta el lunes por la mañana.

No responde. Una persona razonable pensaría que está distraída o simplemente no tiene ganas de hablar conmigo. Lo intento una vez más: Cada día que no puedo hablar contigo o estar contigo es una tortura.

Aparece que está escribiendo. Pasan más de dos minutos antes de que me llegue su mensaje: Sí, apestá.

Parece que hoy no tiene ganas de conversar, ¿eh? Intento entusiasmarla un poco: Muy pronto vamos a poder estar TODOS los días juntos, no solo los lunes, martes, miércoles y jueves.

No responde. El café ya está lo suficientemente frío como para tomar tragos grandes y es lo que hago, porque no tengo nada más que hacer. Empiezo a sentir que estoy hablando solo. Intento esto: ¿Pasa algo? Pareces distraída.

Esta vez, responde enseguida: Sí, lo siento.

¿Sí qué? ¿Que está distraída o que pasa algo? Pero una persona medianamente normal dejaría pasar este detalle y no la seguiría presionando. Así que hago

justamente eso: Ok, bueno, espero que estés bien y ya estoy ansioso por hablarte el lunes. ¡Que tengas un gran fin de semana! ¡Te quiero! Te veo el lunes en Halloween.

Esta vez, responde enseguida: Tú también.

Me quedo mirando el teléfono un rato. No llega nada más. Lo apago, le quito la tarjeta SIM y lo guardo en el bolsillo. Salgo del edificio justo cuando empieza a llover.

CAPÍTULO 65

Vicky

VIERNES AL MEDIODÍA. LLEGO AL callejón del garaje de Christian. Tecleo la clave en el panel. La puerta se abre, chirriando. Cierro el paraguas y entro. Christian está junto a la puerta interior, esperándome. Pulsa un botón y la puerta se cierra detrás de mí.

Se ve tan superficial como siempre, el típico modelo guapo, pero está visiblemente nervioso, a juzgar por su ceño fruncido y las ojeras marcadas debajo de los ojos.

Lo sigo por la escalera. El lugar huele distinto. Por lo general, no predomina ningún olor, tal vez un rastro de su perfume o un poco de olor corporal si ha estado entrenando. Pero ahora el aire parece saturado de desinfectante.

—Estuviste limpiando.

—Limpié todas las superficies —dice—. No quiero que quede ni un rastro de tus huellas. También pasé la aspiradora. Tenía que eliminar cualquier cosa que pudiera relacionarte con este lugar.

Buen chico, Christian.

—Espero que no te moleste que use el baño.

—Adelante —dice—. Lo limpiaré cuando te vayas.

Está bien que se lo tome tan en serio. No puede quedar ningún rastro de mí en este apartamento.

Entro al baño, una capilla dedicada a su vanidad a juzgar por el cepillo de dientes, la maquinilla eléctrica, el cortaúñas, la recortadora de vello nasal y el maldito portahilo dental, todo de titanio. Me sorprende que el cesto de toallas sucias en el rincón no sea de titanio.

Cuando salgo, está esperándome en la puerta, claramente nervioso.

—¿Rompiste el ordenador? —pregunta.

—Lo rompí en muchos trozos y tiré cada uno en un lugar distinto.

—Bien. ¿Y te deshiciste del teléfono?

—Todavía no —respondo—. Supuse que tal vez necesitemos hablar. Solo es viernes.

—No, creo que ya no hace falta que sigamos hablando —dice—. Quizá sea mejor que no nos veamos desde ahora hasta el lunes. O incluso después. Al menos, por un tiempo.

Frunzo el ceño, como si estuviera profundamente perturbada por la idea de separarme de él, como si no supiera qué hacer sin el hombre de mis sueños.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—Vicky... Tenemos que estar preparados para que nos investiguen. —Me apoya las manos en los hombros. Ahora va a explicarme lo que pasará después del asesinato y tengo que parecer atenta, no como si ya estuviera diez pasos por delante de él.

—Es una tía con mucho dinero en un vecindario de ricachones —dice—. Va a ser todo un problema. A menos que Simon sea increíblemente cuidadoso, y no podemos contar con eso, van a descubrir que tenían una aventura. Tienes que estar preparada para que te registren la casa.

Lo estoy.

—Tienes que estar preparada para que te interrogue la policía.

No lo estoy. Ah, cielos, eso sería un desastre.

—Tienes que estar preparada para mirar a Simon a los ojos y mostrarte sorprendida cuando te diga que una tal Lauren Betancourt acaba de ser asesinada en Grace Village.

Pobre. Está muy nervioso.

—Si Simon sospecha en lo más mínimo que tú estás detrás de todo esto —dice—, quizá se adelante y te pida el divorcio. Y entonces todo habrá sido para nada...

—Puedo lidiar con Simon —digo—. Lo hago desde hace diez años.

—Sí, bueno, pero este quizá sea el momento más decisivo de tu vida, preciosa.

—¿Ya tienes la pistola?

—Sin mencionar... ¿Qué?

—¿Ya tienes la pistola? —repito—. Dijiste que la ibas a conseguir...

—Sí, ya la tengo.

—¿Cómo es?

—Eh... ¿Sabes algo de armas? —Parece sorprendido.

—Me crié en Virginia Occidental, ¿recuerdas?

No me crie en Virginia Occidental. Vicky Lanier, mi *alter ego*, sí. Pero a mi padre le gustaba salir a cazar y a veces me llevaba con él. También solía llevarme al polígono de tiro y me dejaba disparar sus armas, al menos sus pistolas.

—¿Qué pistola es? —pregunto otra vez.

—Una Glock.

—¿Una Glock qué? ¿23?

Retrocede.

—Sabes de armas. Es una Glock 17, aparentemente.

—Vale, está bien. ¿Y tienes el supresor?

—¿El qué?

—El silenciador, Christian. Necesitas un silenciador.

—Sí, sí, lo tengo.

—¿Ya está puesto?

—Sí, él... Ya venía puesto.

“Él”, o sea, Gavin. Gavin Finley está autorizado a portar armas de fuego en el estado y tiene, al menos, tres pistolas registradas.

Sí, es útil tener un investigador como Rambo en mi equipo.

Aunque tampoco esperaba que Gavin le diera una de sus pistolas a Christian. No, Gavin la compró en el mercado negro o usó un testaferro para que la comprase por él. Es lo que yo haría.

—Déjame verla —digo—. Quiero revisarla.

—No la tengo aquí. Pero no te preocupes. El tipo que me la consiguió sabe de armas.

—¿Te conoce? —pregunto—. ¿Me conoce?

—No, no, no, nada de eso.

Sí, sí, sí, exactamente eso. Seguro fue Gavin y él sin duda sabe quién soy. Es el mejor amigo de Christian, o, mejor dicho, de Nick, desde la infancia. Su socio estafador, aunque las estafas de Gavin son menos rentables.

—Practica tiro —digo.

—¿Quieres que practique?

—Nunca has disparado un arma. Incluso para disparar a corta distancia, necesitas acostumbrarte. Tienes que asegurarte de que el cargador esté bien puesto, que la corredera esté hacia atrás, tienes que acostumbrarte al peso y levantarla con el silenciador...

—¿Quién eres? ¿G. I. Jane?

Le doy una palmada en el pecho.

—Prométeme que vas a practicar. No dejes que la noche de Halloween sea la primera vez que disparas un arma.

—Entonces, ¿no tuviste suerte con el teléfono verde de Simon? —pregunta Christian.

—No lo encontré. Y ya sabes lo que decía su diario sobre los fines de semana. Mantienen los teléfonos apagados. No se comunican desde el viernes por la mañana hasta el lunes por la mañana.

—Sí, lo recuerdo. Quedan incomunicados los fines de semana. Astutos.

—Sí, bravo por ellos, astutos —digo—. Pero, para mí, significa que, a partir de ahora, hasta el lunes por la mañana, donde sea que Simon haya guardado su teléfono, va a quedar exactamente donde lo dejó. Supongo que en su oficina de la facultad.

—Me pregunto dónde guarda el suyo Lauren.

—Seguro también lo guarda durante el fin de semana —digo.

Menea la cabeza.

—Supongo que, a estas alturas, ya no importa. Tenemos toda la información que necesitamos. Tenemos el plan. No necesitamos los teléfonos.

Tú no, Christian. Pero yo sí.

—Tienes razón —digo.

Christian me acompaña hasta el garaje. Me vuelvo antes de que abra la puerta.

—Ahora deshazte de tu teléfono —dice—. Es algo que te vincula conmigo.

—Lo voy a guardar hasta el lunes.

—Vicky...

—Solo por si acaso —digo—. Si hay una emergencia. Si necesito hablar contigo. O tú conmigo.

—Está bien, tiene sentido, supongo —admite.

—Si surge una emergencia, solo escíbeme algo inocuo. Voy a tener el teléfono apagado, pero lo voy a revisar de vez en cuando. ¿Está bien?

—Está bien.

—Si no, ¿te veo el lunes?

Suspira y lo piensa.

—¿Estás segura de que deberíamos vernos el gran día?

—Por si acaso —sugiero—. Para compartir novedades. Para asegurarnos de que no haya surgido nada. Para repasar todo, una última vez.

Termina cediendo.

—Está bien, no creo que le haga mal a nadie.

—Vendré al mediodía —digo—. En este mismo garaje.

—Vale.

—Prométeme que vas a practicar con la Glock este fin de semana.

—Lo haré.

Nos quedamos en silencio. Se supone que este debería ser un momento tierno. Él cree que estoy preocupada... por él, por nuestro futuro juntos. Se supone que este “hasta pronto” debería doler.

Bueno, ahí vamos.

—Prométeme que estaremos juntos cuando todo esto termine —digo sin tener arcadas ni vomitar.

Me toma las manos y las besa con suavidad.

—Claro que sí —susurra—. Esa es la razón por la que estamos haciendo esto, ¿no?

Asiento y lo miro a los ojos.

—No sé qué haría si...

... si tengo que fingir estar enamorada de este estúpido narcisista otro segundo más. Pero dejo que las palabras se desvanezcan en el aire.

—Vamos a estar bien —asegura—. Todo va a salir bien.

CAPÍTULO 66

Christian

SÁBADO POR LA MAÑANA. LEVANTO el cuello de mi chaqueta. Aquí fuera, entre los árboles sumidos en las sombras, parece de noche, aunque ya ha pasado una hora desde el amanecer. No debe de hacer más de cinco grados.

Gavin llega por el sendero unos minutos más tarde, con una chaqueta de caza y un gorro.

—¿Pudiste dormir? —pregunta.

—Casi nada.

—Estás nervioso.

—Obvio que estoy nervioso. Sería mucho más fácil si lo hicieras tú, no yo. Tú eres el cazador. Tú eres el que sabe de armas.

—No lo voy a hacer, Nick. Ya lo hablamos. Es tu trabajo. Lo tienes que hacer tú.

Estiro los brazos, giro el cuello. Nunca he disparado un arma en mi vida y, dentro de dos días, voy a matar a alguien a quemarropa.

—¿Confías en Vicky? —pregunta.

¿Confío en una mujer que está dispuesta a matar por dinero? ¿Confío en una mujer que quiere robarle todo a su esposo?

—Confío en que quiere el dinero, que quiere que yo lo invierta y que me quiere a mí, y punto. Hasta ahí llega mi confianza y con eso basta.

—Sí —dice Gavin, tensando la mandíbula, a la que le vendría bien una afeitada—. Sí. Bueno..., ¿qué pasa luego? ¿Después de que mates a Lauren?

—Simon se va a quedar destrozado —respondo—. No va a tener ninguna razón urgente para pedir el divorcio. Probablemente... No sé, supongo que va a estar hecho polvo. Y Vicky va a hacer el papel de la esposa cariñosa que no entiende nada.

—¿Y si Simon sospecha que Vicky está detrás de todo esto? No me parecería

raro. ¿La engaña, piensa en abandonarla y no dejarle un centavo del dinero y, de pronto, la “otra mujer” aparece muerta?

—Vicky dice que puede manejarlo. También confío en eso.

—Vicky puede manejarlo —repite Gavin, pensándolo—. Vicky no lo ha manejado muy bien hasta ahora, ¿no te parece? Simon la ha estado engañando y ella ni se enteró.

—Eso en parte es culpa mía —admito—. Hice un buen trabajo con ella. Se enamoró de mí. Así que está tan preocupada porque él no se enterara de *mí* que no prestó atención a lo que él hacía a sus espaldas.

Gavin avanza por el sendero hacia el lugar donde voy a practicar tiro.

—No pareces convencido —digo.

—Bueno, Nicky, digamos que Vicky maneja a Simon, como dices. Se hace la tonta y juega el papel de esposa cariñosa. Llega el 3 de noviembre y ella tiene el control sobre el dinero.

—Sí. Esa es la cuestión. Se encarga de Simon un par de días después del asesinato y, cuando llega el 3 de noviembre, ya estamos fuera de peligro.

—¿Y la policía? —pregunta, volviéndose hacia mí.

—Bueno, si no son incompetentes, descubrirán que Simon tenía una aventura con Lauren y querrán interrogarlo.

—Y también a Vicky.

—Sí, quizá. Pero ella puede con eso. Solo tiene que hacerse la tonta, ¿no? No hay nada que me conecte a mí con ella.

—Me parece que confías demasiado en Vicky.

—No tanto como crees —digo—. En todo caso, estamos tendiéndole una trampa a Simon. Voy a usar las mismas botas que él y el mismo disfraz de la Parca que tiene en su armario. Si alguien me ve o si la policía encuentra mis huellas, van a ir por Simon. No van a pensar que Vicky se puso ese disfraz. Además, solo tenemos que aguantar un par de días, ¿no? El día después de Halloween, el 1 de noviembre, Simon se entera de las noticias. Eso lo va a arrollar como un tren de carga. Vicky se hace la tonta. Quizá Simon le confiese su infidelidad. Quizá no. Pero después solo necesitamos que pasen otras veinticuatro horas, hasta el 2 de noviembre, y luego llegamos al 3, cuando cumplen diez años de casados, y ganamos.

—Querrás decir que Vicky gana —señala Gavin, y se detiene en el sendero. Debe de ser el lugar que tenía en mente para practicar tiro.

—No, los dos ganamos.

Gavin esboza una de sus típicas sonrisas engreídas.

—¿Y cómo sabes que, una vez que pase el 3 de noviembre, Vicky no se va a olvidar de tu existencia?

—No lo va a hacer —digo—. Confía en mí, no lo va a hacer.

—¿Cómo lo sabes?

—La puta madre, Gavin, ¿dónde dejaste la confianza? Sé lo que estoy haciendo.

Gavin toma una lata vacía y la pone sobre un tronco.

—Confío en ti —dice—. Pero no en Vicky. ¿Y si solo quiere que seas el tipo que dispara el arma que mata a la novia de Simon? ¿Y una vez que hayas hecho eso, besitos, chao, y olvida que “Christian Newsome” alguna vez existió? ¿Y si el sentido de tu existencia es ser el tipo que resuelve “el problema de Lauren” para ella?

Niego con la cabeza antes de que termine.

—No tiene sentido. Primero que nada, Vicky no tenía ningún “problema de Lauren” hasta hace unos días. Y, segundo, en los últimos dos meses, Vicky ha estado pensando en solo dos cosas, nada más: conseguir ese dinero y chupármela. Me la follo como nunca se la han follado en su vida y, encima, soy el tipo que puede cuadruplicar su dinero. Ese es mi talento. Atraigo a mis objetivos. Nunca me salió mal. Y no me va a salir mal ahora.

Busco la Glock con el silenciador en la bolsa de deporte. Gavin marca un punto a tres metros.

—Además, estoy demasiado cerca de ese dinero

—agrego—. No voy a dejar que una rubia cualquiera le muestre el culo a Simon y me borre por completo de todo esto. Sea cual sea el riesgo, vale la pena. Son veintiún millones de dólares, colega. Todo tiene un riesgo. Y si algo sale mal y terminamos estrellándonos, ya veremos qué hacer.

Apunto la pistola a la lata vacía sobre el tronco y disparo. Un estallido apagado, nada parecido ni remotamente al sonido que uno esperaría de un arma. El silenciador funciona bien. El problema es la persona que dispara.

La lata y el tronco siguen intactos.

—Es más difícil apuntar con un silenciador —dice Gavin—. No se ve con tanta claridad.

—No puedo darle a nada. Voy cero de cinco.

—Sí, pero te estoy haciendo dispararle a una lata a tres metros —agrega—. Vas a dispararle a una persona a menos de un metro. Es difícil fallar a esa distancia. Solo apunta al medio y dispara. No vas a fallar. Si fuera tú, dispararía varias veces. El cargador tiene diecisiete balas. Pam-pam-pam. Solo sigue disparando.

Bajo la pistola hacia un lado del cuerpo.

—No puedo creer que vaya a hacer esto.

—Ey, mira eso —dice Gavin. Sigo su mirada hacia un árbol cercano, donde hay un neumático colgado de una rama como una especie de columpio improvisado—. Sería un buen plan alternativo —agrega—. Siempre necesitas un plan B, ¿no?

—¿Qué? ¿Le tiro un neumático a la cabeza?

—No, idiota, la cuerda —dice, acercándose al árbol y mirándola—. Puedes atártela a la cintura. Además, queda bien con el disfraz de la Parca.

—¿Una cuerda como alternativa? ¿Por qué no un cuchillo o algo así?

—No, no, no. —Menea la cabeza—. Un cuchillo no. Nunca uses un cuchillo. Corres mucho riesgo de cortarte y dejar tu ADN en la escena, o incluso terminar lleno de sangre. Una cuerda no hace sangrar a nadie. Sí —dice—, esta va bien.

—Entonces... si no puedo dispararle, ¿la estrangulo con la cuerda?

—Bueno, si es necesario —dice, examinando la cuerda, que tiene nudos cada treinta centímetros más o menos, y unos tres metros de largo desde la rama—. Sí, me gusta. Vas a tener buen agarre con los nudos. Y ya tiene el lazo.

—¿Un lazo? Joder, tío, no hay manera de que pueda hacer eso.

—Una vez que empiezas algo, tienes que terminarlo, Nicky. Si algo sale mal...

—¿Qué va a salir mal?

—Bueno, no sé, ¿cómo voy a saberlo? —dice—. Lo que sí sé es que es lógico que tengas un plan alternativo. Ayúdame a bajar la cuerda.

No puedo creerlo. No puedo creer nada de todo esto. Pero ya no puedo echarme atrás.

Veintiún millones de dólares. Es Lauren o yo.

CAPÍTULO 67

Vicky

MAÑANA DEL DOMINGO 30 DE octubre. El día antes de Halloween.

Es solo un día más, otro día de entrenamiento, mientras camino a paso ligero, con mi ropa de deporte y los auriculares puestos. Y simplemente me detengo para mirar el teléfono y fingir que mantengo una conversación, justo frente a la casa de Lauren Betancourt en Lathrow Avenue de Grace Village, Illinois.

No voy a quedarme mucho tiempo aquí. Ya falta muy poco para el día D. Camino en círculos, mientras digo cosas como “Sí, ¿has visto?” y “Si a ti te sorprendió, ¿deberías haber visto mi cara!”. Me muestro animada, incluso un poco risueña.

Pero lo único que necesito es echar un vistazo al lado sur de la casa, por el camino lateral y la enorme cerca.

Sigue abierta. La ventana, que parece ser la de la cocina. Lleva abierta, según mis cálculos, más de ocho días consecutivos, lo que significa que la deja abierta todo el tiempo. No debe siquiera saberlo.

No está a la altura de los ojos. Parece que voy a necesitar una escalera, un taburete o una silla... algo para poder alcanzarla. Eso lo vuelve más difícil. Más arriesgado.

Pero, sin lugar a dudas, es una entrada a su casa.

CAPÍTULO 68

Simon

ME ATO LAS ZAPATILLAS DE deporte para correr a las siete y media de la tarde. Reservé mi ruta más larga del fin de semana para esta noche, la noche del domingo: veintidós kilómetros.

Si bien disfruto corriendo por el oeste de Chicago, no puedo negar la violencia que azota estos vecindarios y sé que no es la mejor idea correr por la calle a oscuras un fin de semana. Las decoraciones de Halloween tampoco ayudan: los fantasmas, las brujas y las caras de espanto.

Pero nunca dejo de correr por estas calles. Me inspiran: la gente luchando por salir de la pobreza y las escuelas venidas a menos, siempre recibiendo las sobras, pero aun así tratando de salir adelante. Tengo una vida privilegiada. Lo sé. Tuve malos momentos, claro, pero nunca me pregunté si tendría un plato de comida en la mesa, nunca me pregunté si iría a la universidad, nunca tuve que evitar estar cerca de las ventanas de mi propia casa por miedo a una bala perdida, nunca me dijeron que no había esperanza para mí. Nunca me ignoraron. “Encontrarás a alguien que ames”, me dijo mi madre en su última semana de vida, casi luchando para que las palabras salieran de su boca. Tenía razón. No tuve problemas para encontrar a alguien que amo. De hecho, encontré a dos personas. La cuestión es que ellas me amen. Ese es el vacío que sentía, incluso antes de darme cuenta de que era un vacío.

Termino corriendo más rápido de lo que esperaba, supongo que por la ansiedad. Recorro unos once kilómetros en menos de cuarenta minutos.

Me detengo en el callejón detrás de Viva Mediterránea; siento el aire frío sobre mi rostro sudado y mantengo el gorro de lana bastante bajado. No es que Christian vaya a reconocirme, ni siquiera si saliera a su terraza esta noche fría y me mirara. ¿Ha visto alguna fotografía mía? Puede ser. Es probable. Nunca nos hemos visto en persona.

A las ocho, enciendo mi teléfono verde y meto la tarjeta SIM. Ya tengo un

mensaje esperándome:

Sé que no vas a leer esto hasta mañana por la mañana. Lamento decírtelo por mensaje en lugar de hacerlo en persona. Me habría costado mucho hacerlo cara a cara. Así que, aquí va. Estuve pensándolo mucho y no podemos estar juntos. No funcionamos. Me pareces una persona MUY especial, pero, si algo aprendí, es que dos personas, para estar juntas, tienen que ser la una para la otra. Y nosotros no lo somos. No puedo casarme contigo y no estar realmente contigo. Me iré de la ciudad algunos días para despejar la mente. Voy a apagar el teléfono. Ya sé que es difícil, pero tengo que hacer lo que sea mejor para mí y es justamente esto. Por favor, respeta mi decisión y no intentes contactar conmigo. Lo siento mucho. No quería hacerte daño.

Empiezo a escribir tan rápido que casi se me cae el teléfono:

¿Es una broma? No puedes estar hablando en serio. Todo es grandioso entre nosotros. ¡Por favor, dime que es una broma!

Aparece que está escribiendo. No le lleva mucho tiempo:

Lo siento, no es una broma. No puedo estar contigo. Por favor, respeta mi deseo. Esto es lo que quiero. No voy a cambiar de parecer. Créeme que es lo mejor para los dos.

Respondo de inmediato:

Hablémoslo. En persona. No lo hagamos por teléfono. Si hay algún problema, hablémoslo. Por favor, al menos dame esa oportunidad. ¿Estás en tu casa ahora?

Su respuesta llega enseguida:

No, ya te lo he dicho, me he ido de la ciudad por algunos días. Si me amas, respetarás mi decisión. Voy a apagar el teléfono ahora.

Respondo de inmediato, rompiendo la regla número uno sobre usar nuestros nombres:

Lauren, por favor. Hablemos en persona. O llámame.

No responde. No aparece que esté escribiendo.

Lauren, por favor. Si TÚ me amaras, al menos me hablarías.

Una vez más, no hay respuesta. No hay nada.

Lauren, te lo ruego.

Pulso Enviar.

¿¿¿¿¿¿¿¿Así tratas a alguien a quien AMAS??????

Pulso Enviar.

Y luego, después de unos segundos, una respuesta:

No te amo. ¿Ok? Nunca te amé. Necesitaba a alguien diferente después de un matrimonio desastroso. Solo fuiste una etapa de ese duelo. Pero nada más. Es cruel, lo sé, pero tú me obligaste a decirlo. Por favor, no me vuelvas a escribir.

Dejo de escribir y la llamo. La voz robótica me dice que el número al que intento llamar no se encuentra disponible.

No le dejo un mensaje de voz. La vuelvo a llamar. La misma voz robótica.

La llamo otra vez. La misma voz robótica.

La llamo otra vez. La misma voz robótica.

Abro los mensajes. Con el corazón acelerado y las manos temblorosas, le escribo un último mensaje:

Esto no ha terminado.

CAPÍTULO 69

Vicky

PUEDE QUE LA GENTE PRESTE más atención por la noche, pero aun así es fácil pasar desapercibida en las calles de Grace Village si una es mujer. Además, ¿qué problema habría si solo te detienes un momento en la acera de una avenida medianamente bulliciosa como Lathrow una noche de domingo?

Ahora entiendo por qué a Lauren le gusta vivir aquí. Hay árboles hermosos que cubren las calles, hay casas grandes con terrenos amplios. Es un lugar pacífico y silencioso. Y también entiendo por qué alguien como Simon, que vive en el vecindario colindante, lo detesta.

Hablando de Roma. El teléfono rosa vuelve a sonar, otro mensaje del muchacho: Lauren, por favor. Si TÚ me amaras, al menos me hablarías.

La vida es una mierda. Otro mensaje de él: Lauren, te lo ruego.

Sí, bueno, sigue rogando. Sostengo el teléfono rosa en la mano y le doy un poco más de tiempo. Sigue rogando, colega.

¿¿¿¿¿¿¿¿Así tratas a alguien a quien AMAS???????

Aparentemente.

Son cuatro mensajes consecutivos. Hora del golpe final de Lauren: No te amo. ¿Ok? Nunca te amé. Necesitaba a alguien diferente después de un matrimonio desastroso. Solo fuiste una etapa de ese duelo. Pero nada más. Es cruel, lo sé, pero tú me obligaste a decirlo. Por favor, no me vuelvas a escribir.

Pulso Enviar, el teléfono emite un sonido cuando el mensaje viaja hacia el teléfono de Simon. Sí, es cruel. Pero Lauren, la puta cazafortunas, sería capaz de decir algo así, ¿no? Estoy segura de que sí.

El teléfono suena. Lo dejo sonar.

Suena otra vez. No lo cojo.

Otra vez. Suena, suena, suena...

Otra vez. Nadie va a contestar, Simon. La verdadera pregunta es si vas a

enviar otro mensaje. ¿Vas a dejar que Lauren tenga la última palabra? Vamos, tío, lo tienes en la sangre.

Una notificación, otro mensaje del protagonista de este drama: Esto no ha terminado.

Pulso el botón de encendido y veo cómo la pantalla se apaga. Camino hacia el sur, mirando el camino del lado sur de la casa. La ventana de la cocina sigue abierta. Lauren de verdad debería ser más cuidadosa.

Sigo caminando, complacida por el último mensaje de Simon. Tiene razón. Esto no ha terminado.

Pero terminará en veinticuatro horas.

CAPÍTULO 70

Simon

TRES DE LA MAÑANA. TÉCNICAMENTE, ya es Halloween. Vicky está en el quinto sueño, durmiendo pacíficamente en la habitación. Yo, en cambio, no puedo dormir; estoy demasiado acelerado. Necesito correr, pero es demasiado temprano, incluso para mí.

Me quedo mirando el teléfono verde. No, aquí no, ahora no.

No quiero despertar a Vicky, así que bajo y deambulo por la casa a oscuras. Tiemblo del frío, o quizá de los nervios, no sé, pero tengo muchísimo frío, como si un viento invisible me estuviera atravesando.

Camino de un lado a otro, frotándome los brazos, y pienso. O, al menos, intento pensar. No puedo quedarme quieto.

Respira hondo. Cálmate, Simon. Respira hondo.

¿Por qué le decimos “Salida” al punto de partida de un juego de mesa, cuando en realidad es el lugar por donde “entramos” al juego?

Respira hondo.

La frase “Es la única opción” es un oxímoron.

Si alguien me dice “Creí al hombre que no tenía dinero”, ¿creyó que no tenía dinero o creyó a un hombre pobre?

Respira hondo.

No. No. Los viejos trucos no funcionan, no funcionan para nada. No puedo lograr que mi cabeza deje de recordar. Recordar tus palabras, Lauren, hace diecinueve años, y la expresión en tu rostro cuando me lo dijiste.

“Supongo que no estabas pensando que nos casaríamos”, dijiste.

Y luego te reíste, una risa pequeña, como si incluso la mínima posibilidad de tener una relación conmigo fuera divertida. Era una broma para ti. Yo era una broma para ti.

No te importaba. Ni siquiera te molestaste.

Después de estrellarte contra mí como una bola de demolición, te fuiste. Al

menos tuviste la decencia de irte.

Y yo estaba dispuesto a dejarte ir. Me llevó mucho tiempo, fue difícil, brutal, pero dije: “Está bien, déjala ir, hazte a un lado”, y lo hice, Lauren. Me hice a un lado. Nunca te olvidé, ni un solo día, pero me hice a un lado.

Y después volviste. Y ni siquiera me lo dijiste. Solo volviste como si nada importara, como si nada de lo que habías hecho hubiera cambiado algo y simplemente volviste a pasearte por aquí y ¿qué mierda importaba si era cerca de mi casa? Y ese club, ese club de campo, al que nunca voy, solo soy socio por herencia familiar, pero sabías que era el lugar predilecto de mi familia y tenías que haber pensado que nos cruzaríamos allí, pero ni siquiera eso evitó que fueras; lo hiciste, Lauren, fuiste todos los días, porque nunca te importó una mierda, ¿verdad? Porque todo gira alrededor de ti. Nunca te importó nadie más que tú.

Desearía no haberte visto ese día de mayo. Cinco segundos, Dios, cinco segundos de diferencia y quizá no te habría visto, nunca me habría enterado de que habías regresado.

Abro la llave de gas de la chimenea en la sala, me siento cerca cuando el fuego cobra vida y la leña empieza a crepitar. Acerco las manos. Pero no puedo dejar de temblar.

Tomo el certificado de matrimonio. *Acta de matrimonio. Nombre Simon Peter Dobias. Nombre Victoria Lanier. Fecha de registro 03/11/2012.*

Vicky me ayudó a ser mejor. La habría amado para siempre si ella me hubiera amado de la misma manera.

Abro la pequeña puerta metálica y arrojo el certificado al fuego. Me quedo mirando cómo se quema, se retuerce y se convierte en cenizas.

El diario verde. Odio ese diario. Estoy harto de ese diario. Lo hojeo, mientras el calor abrasador me golpea el rostro. Lo leo, todos esos días de primavera, verano y otoño.

—¿Quieres que nos volvamos a ver?

Arranco la página y la tiro al fuego.

—¿Quiere que sea su puta, profesor Dobias?

La arranco y la tiro. La observo quemarse.

¿Eres mi adicción, Lauren? ¿Estoy avanzando a toda velocidad hacia un acantilado?

Al fuego.

Me convertí en el hombre que odio.

¡Al fuego!

—*Quiero que nos caseemos.*

Fuego, fuego, maldito FUEGO...

Las quemo todas. Quemo todo. Quemo la tapa. Quemo hasta el último registro de su existencia. Recojo las cenizas y salgo al jardín, aprovechando que los arbustos y los árboles me ocultan en la oscuridad total, y las tiro al viento como cuando sueltas las cenizas de un muerto.

Luego voy al sótano, a la pequeña habitación donde está la caja fuerte que vino con la casa, esa que ya estaba aquí cuando mis padres la compraron hace treinta años.

Giro la rueda hacia la derecha, 9; hacia la izquierda, 19; hacia la derecha, 81, y abro la puerta. Casi necesito ambas manos para abrirla, por lo pesada y chirriante que es. La caja fuerte está incrustada en el suelo, como una de esas antigüedades enormes que parecen más un horno que una bóveda para objetos valiosos. Si bombardean la casa, la caja fuerte va a quedar intacta. Solía usarla para guardar liquidaciones fiscales y otros documentos importantes, pero ya no. Ahora solo contiene dos cosas.

Una: fajos de dinero. Un millón de dólares en efectivo. Dinero que saqué del fideicomiso este verano y que ocupa la mayor parte de la caja.

Y dos: la pistola de Vicky.

Una Glock 23, según dijo ella, lo que sea que eso signifique. No sé mucho sobre armas. Pero sé lo necesario. Sé que disparan balas. Sé que matan personas.

Apoyo la pistola contra mi sien y cierro los ojos.

Ah, qué ironía, ¿no? El tipo que coordina el grupo de prevención del suicidio se mete una bala en la cabeza.

No es demasiado tarde. No es demasiado tarde para arrepentirse. Les ahorraría a todos muchos problemas, mucho dolor. Tal vez sea lo mejor para todos.

No.

Dejo la pistola sobre la caja fuerte.

No voy a dejar que te salgas con la tuya con tanta facilidad, Lauren.

Esto no ha terminado. Eso es lo que escribí en el último mensaje. Y lo digo en serio. Esto no ha terminado.

CAPÍTULO 71

Vicky

ESTOY EN EL CALLEJÓN DEL garaje del apartamento de Christian el lunes al mediodía. El sol está alto, el aire es frío. La temperatura va a alcanzar hoy una máxima de cinco grados y hay una baja probabilidad de lluvia temprano por la tarde, aunque no lloverá mucho tiempo si es que llueve. Me sirve. El clima perfecto para pedir dulces. Una noche perfecta para cometer un asesinato. Alguien debió haber dicho eso en una película.

Pero ¿qué es lo que no está tan bien? La puerta del garaje no se abre. Christian siempre abría a tiempo para no dejarme parada en el callejón, expuesta a la vista de todos.

Elegiste un día bastante de mierda para retrasarte, Christian.

Sé el código para entrar a su garaje, pero no quiero usarlo. No quiero asustarlo. Ya parecía bastante nervioso. Preferiría que saliese y me abriese él.

Levanto la vista hacia su apartamento, pero el sol me da de lleno en la cara y no veo ningún indicio de lo que pueda estar sucediendo allí arriba.

Cinco minutos pasadas las doce, un leve pánico empieza a apoderarse de mí. Necesito verlo. ¿Qué está haciendo? ¿Se ha olvidado? ¿Cómo se pudo olvidar?

Está asustado, eso es lo que pasa, está asustado...

La puerta empieza a abrirse y me sobresalto. Me cuelgo el bolso al hombro y entro.

Al otro lado encuentro a Christian con una camiseta blanca sucia y el cabello sobre los ojos con profundas ojeras.

—Feliz Halloween —digo, pero no sonrío—. ¿Qué pasa? Te ves hecho una mierda.

Lo sigo arriba.

—¿Estás bien? —pregunto.

Se detiene en la cocina y me mira.

—Estoy bien. Un poco nervioso nada más. Nunca he hecho algo así.

No te acobardes ahora, Christian. Te necesito, compañero.

Tiene los ojos vidriosos, como si hubiera estado llorando. Está pálido, sudado y tembloroso.

¿Es una broma? ¿Me va a abandonar ahora? Solo faltan unas horas.

—Voy a buscarte un vaso de agua —digo.

—Guantes —indica, señalando la encimera de la cocina.

Un par de guantes de goma, fuera de su envoltorio, esperándome. Inteligente.

—Es que pasé... todo el fin de semana limpiando cualquier rastro tuyo de este apartamento —explica.

Me pongo los guantes de goma, saco un vaso del armario, lo lleno de agua y se lo doy.

—Bebe —digo—. ¿Tienes gripe o algo así?

—Es que... acabo de vomitar —admite—. Es el estómago, por los nervios, supongo. No tengo gripe.

—Déjame tomarte la temperatura. ¿Tienes un termómetro?

—Eh..., creo que sí. Es viejo.

Entro al baño. Apesta a vómito. La tapa del retrete sigue levantada. ¡Menudo blandengue! ¿Qué esperaba de un tipo que tiene un cepillo de dientes de titanio que combina con una recortadora de vello nasal?

—Voy a limpiar un poco aquí —grito—. Deberías acostarte. Descansa un poco.

Descansa y compórtate como un hombre.

Cuando salgo del baño, está acostado en el sofá, intentando relajarse, aunque sin lograrlo. Dejo mi bolso a un lado, me siento junto a él y le levanto los pies sobre mi regazo.

—Solo tenemos una oportunidad —digo.

—Lo sé. No te preocupes. Cuenta conmigo.

—¿Practicaste con la Glock?

Asiente.

—Sí. Está bien. Es fácil.

—Vale. ¿A qué hora vas a ir?

Suspira con fuerza.

—Creo que a las seis y media, más o menos, estaré ahí. Voy a intentar mezclarme con la gente. Llegaré a la casa cinco minutos antes de las siete.

—Bien. Unos minutos antes de las siete, toca el timbre. Si son pasadas las siete, quizá no te abra.

—Lo sé. Entendido.

—Y justo a las siete, puede que la gente esté a punto de asomarse a gritar “Feliz Halloween”...

—Lo sé, Vicky. Unos minutos antes de las siete. ¿Y si hay otros niños justo en ese momento? Ya sabes, pidiendo dulces.

—No es probable —digo—. Pero si ocurre, espera a que se vayan.

—¿Y estás segura de que Conrad está en el centro?

—Sí. Lauren va a abrir la puerta. Va a estar sola. ¿Está bien? —Le doy una palmada en la pierna—. ¿Estamos bien? Es un buen plan, Christian.

—Sí —dice, como si intentara convencerse tanto a sí mismo como a mí—. Estoy bien.

Cielos. ¿De verdad quiere los veintiún millones de dólares o no?

CAPÍTULO 72

Simon

ESTO NO HA TERMINADO.

Una vez que Vicky se va el lunes por la mañana, intento encontrar una manera de descargar estos nervios. Limpio la planta baja: rocío limpiador sobre cada superficie, paso un trapo, aspiro y quito el polvo. Cuando termino, estiro la espalda; me duele todo, pero estoy más tranquilo después del esfuerzo físico. El sol que entra en la habitación también ayuda. En la mitad de la noche, oscura y desoladora, no me siento bien. El día es mucho mejor.

Y es agradable haber dejado atrás ese diario verde, haberlo quemado hasta que no fuera más que abundantes cenizas esparcidas al viento en el jardín. Era lo único que me conectaba con Lauren.

Más allá del teléfono verde, apagado, en mi bolsillo.

Voy a trabajar. No sé por qué. No tengo clases hoy ni tareas administrativas, pero iré de todas maneras, quizá porque creo que es lo que se supone que tengo que hacer, porque se ve bien, porque se ve normal, pero no puedo pensar en las leyes. Solo puedo pensar en ella. Intento leer el boletín informativo que recibo todos los lunes sobre nuevas sentencias basadas en la Cuarta Enmienda en todo el país, pero lo único en lo que puedo pensar es en ella. Intento concentrarme en mi nuevo artículo sobre la excepción de buena fe al requisito de una orden judicial, pero lo único en lo que puedo pensar es en ella. Me coloco los auriculares y elijo la música más fuerte que puedo encontrar, Metallica y Rage Against the Machine: Atrapado en mí, de mi cuerpo soy rehén.

Un vaso vacío de sí mismo estalló en algún lugar de su interior.

La pongo más y más y más fuerte, pero lo único en lo que puedo pensar es en *Lauren Lauren Lauren Lauren LAUREN*.

Abro los ojos. Estoy en casa. Llegué a casa. Sí, conduje hasta casa.
Estoy en el sótano, en la oscuridad. No tengo que hacer esto. No tengo que hacer esto. Tú no tienes que hacer esto.
Simon Peter Dobias: puedes dejar ir todo esto. Puedes dejarla ir.

Voy a la despensa y la abro. Seiscientos cuarenta dulces, cuatro bolsas de ciento sesenta cada una. Feliz Halloween.

¿Qué hora es? Poco más de las tres. Los niños empiezan a pasar a las cuatro en Grace Park, una hora más tarde que en Grace Village.

Espero. Esta espera me está haciendo un agujero en el estómago. No puedo hacer nada más que aguantarlo. Respira hondo ahora, Simon. Respira hondo.

¿Por qué siempre “truco o trato” y nunca “trato o truco”? Significa lo mismo. Al igual que “vida o muerte” o “blanco y negro”.

Truco o trato, huele mis pies, dame algo de una vez.

¿Por qué los pies huelen y el agua corre?

Estás bien, Simon. Estás bien.

Falta poco para que sean las cuatro. Vas a tener que abrir la puerta. Vas a tener que sonreír y entregar los dulces. Tienes que hacer que te vean entregando dulces, quieres que la gente diga: “Sí, sí, Simon Dobias estaba en su casa. Sí, estaba en su casa entregando dulces. ¿Por qué? ¿Por qué pregunta, oficial? ¿Cree que Simon Dobias fue a la casa de Lauren Betancourt y le disparó en la cabeza porque ella se cagó en todo lo que le importaba a él y se rio de eso? ¿Porque se fue como si no le importara nada, sin dejar de reír? Bueno, no, oficial, no”.

“Estaba en su casa entregando dulces”.

Subí por la escalera. Aunque me temblaban las piernas, lo logré.

Todavía no son las cuatro y no estoy seguro de si puedo abrir la puerta y pasar por todo esto. No estoy seguro de poder sonreír y entregar dulces y decir “¡Feliz Halloween!”. Pero sé que puedo. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. Claro que puedo, pero necesito cargar mi teléfono, no el verde, sino el mío personal,

mi iPhone, tengo que cargarlo en mi mesilla de noche. El cajón está entreabierto y nunca lo dejo entreabierto. Lo abro y miro dentro....

El anillo de Vicky. El que tenía esta mañana.

El que una vez le coloqué nervioso en el dedo.

Dijo que no la primera vez que le propuse matrimonio.

—¡Feliz Halloween! ¡Adelante, coged los que queráis!

—¡Gracias!

—¡De nada! —Y saludo a los padres con sus paraguas porque está lloviznando. Escuchad, recordadme, recordadme, soy Simon Dobias si alguien pregunta si (a) estaba en mi casa entregando dulces o (b) estaba en la casa de Lauren disparándole en la cabeza porque esta vez no pude dejarlo ir. Esto no ha terminado.

—¡Feliz Halloween! Adelante, coged varios, ¡lleaos cinco cada uno!

Cinco y media.

—¡Feliz Halloween! Adelante, ¡lleaos todos los que queráis!

Seis y cuarto.

Subo por las escaleras y abro el armario de mi habitación y miro hacia la derecha. Saco el disfraz que compré el año pasado, pero que no usé en la fiesta para la que lo compré. Un disfraz de la Parca. Una túnica larga y negra con una capucha gigante. Está como nuevo. Al final no fui a la fiesta. Era una celebración de Halloween de los estudiantes y hay que ser cuidadoso al socializar con ellos, así que decidí no ir en el último momento.

Tomo mi iPhone, todavía cargándose en la mesilla de noche.

Pongo Netflix. Elijo *House of Cards*. Veo las sinopsis de la primera temporada

para recordar los nombres de los personajes: Frank, Claire, Zoe, Peter, Stamper, y la trama general. Luego pongo la primera temporada, el primer episodio.

Me cambio: traje azul y corbata roja. Me pongo la máscara de Barack Obama. Casi tengo la misma contextura física que el expresidente, así que, excepto por las diferencias obvias en la pigmentación de la piel, es un disfraz bastante decente. Soy Barack Obama, el cuadragésimo cuarto presidente de los Estados Unidos.

Cojo una funda de almohada y la lleno con todo lo que necesito. El disfraz de la Parca es más pesado y abultado de lo que me gustaría, pero no puedo hacer nada al respecto.

Voy hacia la puerta trasera, aprovechando la privacidad del jardín, y salgo al callejón.

Camino por Division Street, porque no quiero llegar demasiado pronto. Hace frío y hay humedad fuera. No voy muy abrigado y recibo algunos comentarios al respecto de algunas personas con las que me cruzo: “¡Gran disfraz! ¿No tienes frío?”, pero el frío me ayuda a no detenerme.

Porque lo voy a hacer. El tiempo de preocuparme, obsesionarme, debatir, adivinar... se terminó. Es liberador, debo decirlo, terminar con el conflicto. Ahora puedo concentrarme.

Para las siete menos cuarto, estoy en Lathrow y Division, en Grace Village. La cantidad de niños que salieron a pedir dulces ha empezado a disminuir y la mayoría ahora son chavales mayores.

La casa de Lauren está a una manzana y media hacia el sur.

No deberías haber vuelto, Lauren.

LOS DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 73

Jane

LOS SARGENTOS JANE BURKE Y Andy Tate bajan de su coche y entran a la central del Grupo de Trabajo contra Delitos Graves de los Distritos del Oeste en Forest Park. Jane llegó a la comisaría a las seis de la mañana, en el segundo día de la investigación, y Andy, a las seis y media.

—Cruel, sí —dice Jane.

—No puede ser peor —confirma Andy—. ¿“No te amo”? ¿“Nunca te amé”? ¿“Necesitaba a alguien diferente después de un matrimonio desastroso”? ¿“Solo fuiste una etapa de ese duelo, pero nada más”? En serio, no se puede ser más cruel que eso. ¿Te imaginas si alguien te dijera algo así?

Jane lo mira de reojo.

—No —dice—. Ese es el problema. Parece..., no sé, fingido.

—Ah, vamos, Janey. ¿En serio crees que lo hizo una mujer? ¿De verdad crees que el novio de Lauren tenía una esposa y la esposa hizo esto?

Jane se detiene antes de entrar a la comisaría. El aire frío la deja sin aliento.

—Sé que el rastro de sangre que me mostró Ria no miente, Andy. Alguien movió el teléfono rosa después del asesinato. Tuvo que haber sido el asesino. Y si el asesino era el novio de Lauren, tendría que ser el tipo más idiota del mundo para no cogerlo y llevárselo.

—Y nunca conociste a un asesino que cometiera un error...

Un par de oficiales de Forest Park, a quienes Jane reconoce, pero cuyos nombres no recuerda, pasan a su lado al entrar a la comisaría. Ella retrocede y hace un gesto de asentimiento hacia ellos.

—Sí, los asesinos cometen errores, pero este tipo no lo vio o estaba tan nervioso que se le pasó por alto. Eso puedo entenderlo. —Da un paso hacia delante y baja la voz—. Pero este tipo sí lo vio. Le prestó atención. Le prestó mucha atención. Lo empujó despacio y con cuidado debajo de la mesa. Fue a propósito, Andy. Se tomó su tiempo. Lo pensó bien. ¿De verdad crees que

cuando él, o ella, empujó el teléfono debajo de la mesa nunca se le ocurrió decir “Ey, este teléfono es bastante incriminatorio, quizá debería llevármelo... o romperlo en treinta mil pedazos”?

—Entonces, ¿fue una mujer? ¿La esposa del amante? —pregunta Andy—. Mata dos pájaros de un tiro. Mata a Lauren e inculpa a su esposo. ¿Todo porque un teléfono se movió no una, sino dos veces?

—Ya sé que no es una prueba irrefutable, de acuerdo

—dice—. Pero hay algo que no encaja.

—Una mujer levantó a Lauren y la lanzó por la barandilla, mientras pataleaba y gritaba.

—¿Quién dijo que pataleaba y gritaba? El golpe en la cabeza pudo haberla dejado inconsciente. El atacante le puso el lazo alrededor del cuello y la lanzó por encima de la barandilla. Puede que no sea lo más fácil, pero muchas mujeres podrían hacerlo. Solo... hazme un favor y mantén la mente abierta.

—Aquí tienes, Jane —dice Marta Glasgow, del equipo forense de Delitos Graves, cuando abre una imagen en su ordenador—. Ahí está. Ahí tienes tu bota.

Jane se asoma por encima del hombro de Marta y mira la pantalla.

—Unas... Peak Explorer.

—Sí. La marca es Paul Roy. Tienen una colección que se llama Peak y este modelo es el Explorer. ¿Ves las suelas?

En la parte derecha de la pantalla dividida se ve la suela de una bota en diagonal, con una tira en el centro y la figura triangular de la cima de una montaña, junto a otras pequeñas secciones del mismo diseño.

—Unas Peak Explorer de Paul Roy.

—Sí. Talla cuarenta y cinco.

—¿Y estás segura?

—Sí. Coincide con el molde y las fotografías de las huellas en la puerta principal. Tienes suerte de que haya llovido esa tarde. Apenas lo suficiente para humedecer la tierra detrás de los arbustos, junto a la ventana.

—¿Tienes idea de cómo de viejas son estas botas? —pregunta Jane.

Marta ríe.

—No hago milagros, Jane. Pero por lo que veo, las suelas no estaban muy

gastadas. Podrían ser nuevas o con muy poco uso.

—Gracias, Marta.

Jane se atreve a mirar a Andy.

—No digas nada.

Andy se inclina hacia ella.

—¿Una mujer que calza el cuarenta y cinco?

—¿Tiene idea de cuántas llamadas he recibido en las últimas veinticuatro horas? Están todos muy molestos. Algunos incluso están asustados —dice el presidente del barrio, Alex Galanis, apoyando una rodilla en la silla de la oficina del jefe—. Más de una persona me contó que piensa mudarse a Chicago para alejarse de esta clase de violencia.

—Creo que están exagerando, Alex —dice el jefe Carlyle—. Mi declaración dejó muy claro que nadie estaba en peligro.

—No fue lo suficientemente fuerte. ¿Tiene algún sospechoso o alguien de interés, al menos? —pregunta Galanis, suspirando, mientras se coloca la corbata. Alex Galanis es un abogado que trabaja en la ciudad y cumple su segundo mandato como presidente del barrio. Se rumorea que lo están probando para postularse al Senado del estado en 2024. Jane conocía a su hermano menor, Nikos, del bachillerato.

—La sargento Burke ha estado llevando adelante esta investigación sin descanso —explica el jefe—. Es nuestra mejor agente. Jane, ¿por qué no te encargas de eso?

Su primer instinto es darle las gracias por dejarle responder esa pregunta, como si le estuviera dando vía libre para hacer su trabajo y quedarse con el mérito. Aunque el mérito, en este contexto, puede convertirse en una mayor responsabilidad y esa vía libre puede estar todo menos libre y hacer que termine atropellada por un tren.

—Tenemos numerosas pruebas que indican que este homicidio tuvo un móvil personal —comenta—. Tenemos mensajes de texto desde un teléfono prepago. Mensajes de amor. Lauren tenía una aventura. Y los mensajes muestran que ella acababa de terminar ese romance. Así que eso nos da un motivo bastante claro. Lo desafiante ahora es identificar quién estaba del otro lado de esos mensajes.

Jane no cree que sea tan sencillo, pero como resumen es bastante aceptable.

—Bueno, bien, por lo menos es algo..., me refiero a lo del romance —dice Galanis, y levanta una mano—. No tenemos un asesino en serie suelto por ahí ni nada por el estilo. ¿Y creen que este asesino... pudo haberse suicidado?

—Bueno, señor, el último mensaje que le envió, una vez muerta, parece una nota de suicidio, sí.

Galanis asiente. No quiere desearle la muerte a nadie, pero eso sin duda calmaría el miedo en el barrio.

—Entonces, ¿cuánto va a llevar esto?

—Desearía tener una respuesta, señor.

—¿Semanas? ¿Meses?

—Espero que no. Es demasiado pronto.

—¿Pero podría llevar meses?

—Llevará lo que tenga que llevar, señor —responde con firmeza.

—Ah, no nos va a llevar meses, Alex —interviene el jefe—. La sargento Burke es muy metódica. Esperamos que no nos lleve mucho tiempo. Pero no podemos garantizarle nada.

—Sabe lo que van a decir todos —señala Galanis—. Van a decir que estamos lidiando con muchos policías incompetentes de algún pueblito perdido. Estamos hasta el cuello, ¿no? —Mira a su alrededor—. ¿No?

—Claro que no. Estamos trabajando con el FBI y con el equipo forense del Grupo de Trabajo contra Delitos Graves. Y tenemos a todos involucrados en el caso.

—Quiero actualizaciones diarias. —Se abrocha la chaqueta y sale de la oficina.

El jefe mira a Jane y le guiña un ojo.

—Otro cliente satisfecho. ¿Quién está a cargo de la geolocalización de los teléfonos móviles? ¿Delitos Graves o el FBI?

—El FBI —responde Jane—. Conozco a una agente que puede decodificar esas cosas al derecho y al revés.

—Está bien. ¿Y eso va a ser hoy?

—Sí, señor.

—Bien. Ah, otra cosa, Jane, ¿qué es lo que acaba de enviarnos Grace Park? Muchas cajas con archivos.

—Todo lo que tienen sobre Simon Dobias —responde Jane.

—¿Ese es... el tipo que hizo aquella denuncia en 2004?

—Sí.

—¿Sigue aquí? ¿En Grace Park?

—Según los registros de los impuestos a la propiedad, sí.

—¿Y crees que puede haber algo relevante ahí? Ya ha pasado mucho tiempo.

—Lo sé —admite Jane—. Conozco un poco a este tipo. Fuimos al bachillerato juntos.

—¿Y crees que pudo haber sido él?

—Bueno..., ha pasado mucho tiempo. No lo conocía tanto.

—Sí, pero cuéntale lo que me contaste a mí, Jane —dice Andy Tate—. Lo del bachillerato. La historia sobre Mitchell Kitchens.

CAPÍTULO 74

Jane

—SIMON Y YO CURSAMOS JUNTOS el mismo año —cuenta Jane—. No lo conocía bien. Compartíamos algunas clases. Era un chico bastante bajito, pero pegó el estirón en el último año y resultó ser un gran corredor, el típico atleta delgado. Pero cuando empezó el bachillerato era pequeño, flaco, tímido y superinteligente. Y lo molestaban mucho.

—Tiene sentido —dice el jefe.

—En primer año había un chico del último año llamado Mitchell Kitchens —continúa—. Un tipo enorme que practicaba lucha y era de los mejores del estado en su peso. Yo salía con un chico de segundo que también estaba en el equipo y, para él, para los más jóvenes, Mitchell Kitchens era como un dios, ¿vale? Este estudiante del último año, luchador estrella, atleta destacado a nivel del estado, en busca de una beca; todo eso.

—Bien —dice el jefe Carlyle.

—Bueno, parece que Mitchell acosaba bastante a Simon. Todo esto salió a la luz después.

—¿Después de qué?

—Bueno, esa es la historia. Al parecer, Mitchell molestaba mucho a Simon. Decían que, cuando Simon bajaba del autobús todas las mañanas, Mitchell lo levantaba y lo lanzaba.

—Lo... ¿Cómo que “lo lanzaba”?

—Eso mismo. Lo tomaba del cuello de la camisa y del cinturón y lo lanzaba por el aire.

—¿Como en esos torneos de lanzamiento de enanos que hacían en los bares?

—No sé. Pero sí, para Mitchell era una especie de torneo. ¿Cómo de lejos podía lanzarlo ese día?

—Cielos. ¿Y nadie decía nada?

Jane se encoge de hombros.

—No lo hacía frente a toda la escuela ni nada por el estilo. Los luchadores usaban un gimnasio pequeño junto a la entrada de la escuela. Iban ahí y Mitchell hacía su lanzamiento diario, mientras sus amigos se reían. Y supongo que Simon nunca se quejó.

—Genial.

—El otro tema era que Simon llevaba su almuerzo todos los días con una botella de Gatorade. Bueno, parece que Mitchell se la robaba siempre. Se acercaba a la mesa y le decía: “¿Me trajiste mi Gatorade?”. Al menos, eso es lo que oí. Más tarde. Después de todo.

—Entonces, quizá deberías ir a lo importante, Jane.

—Bueno. Era el final de la temporada de lucha, las competencias “regionales”, o algo así como las eliminatorias, antes del campeonato del estado.

—Semifinales, regionales, lo que sea.

—Sí, puede ser. Entonces, Mitchell Kitchens, este luchador estrella, había llegado a las regionales. Pero tenía que luchar contra otro tipo que supuestamente era igual de bueno. Mismo peso. Era, no sé, como una especie de batalla de titanes o algo por el estilo. Mi novio de entonces estaba muy entusiasmado. Era en la Grace Consolidated High School un viernes por la noche. Al parecer también había cazatalentos de algunas universidades con los mejores equipos de lucha del país. Sé que Iowa tenía a alguien ahí y, al parecer, era todo un acontecimiento.

—Vale.

—Fue una cosa de locos. Las gradas estaban llenas, todos estaban entusiasmados, muchos de estos tipos musculosos corriendo de un lado a otro con esas mallas ridículas superajustadas que parecen trajes de bailarines.

—Y... —El jefe hace un gesto con la mano para que siga—. ¿Mitchell Kitchens luchó contra este tipo?

—Bueno, ese es el asunto —dice Jane—. No. Justo antes de la pelea hicieron un anuncio. Mitchell había sido descalificado por un test antidopaje que dio positivo para una sustancia prohibida.

El jefe se reclina en la silla, con la lengua entre los dientes y los ojos entrecerrados.

—No recuerdo qué sustancia —agrega Jane—. Cloro algo. Recuerdo que sonaba a cloroformo. Era una especie de diurético o... No sé, dijeron que era

un “agente enmascarante”, una sustancia que se utiliza para ocultar la presencia de otra sustancia ilegal...

—Un agente enmascarante. Sí, los conozco. Pero ¿qué tiene que ver esto con Simon...? —pregunta el jefe, bajando la mirada—. ¿Me vas a decir que este tal Simon Dobias adulteró su propio Gatorade porque sabía que Mitchell Kitchens se lo robaría?

—Eso fue exactamente lo que dijo Mitchell —responde Jane.

—Es..., bueno, es...

—Diabólico —dice Andy Tate—. No existe otra palabra.

—¿Y pudieron demostrarlo? —pregunta el jefe.

—¿Que Simon adulteró su Gatorade? Cielos, no. ¿Cómo iban a hacerlo? Esas sustancias permanecen días en el cuerpo. Simon pudo haberla puesto en alguna de las botellas que Mitchell le robó a comienzos de semana, varios días antes del test antidopaje. Cuando dio positivo, la botella ya no existía, estaría en un vertedero, enterrada bajo montañas de basura; eso, en caso de que siquiera quedaran rastros de la sustancia en ella. No había manera de probar nada. Mitchell estaba convencido y muchos creían que era posible, pero... no había pruebas.

—Claro —dice el jefe, con una sonrisa forzada—. Claro.

—Mitchell lo intentó. Su familia también. Pero parte del problema era que, incluso para contar la historia, tendría que explicar por qué Simon haría algo así. Tendría que admitir que le robaba el almuerzo a un estudiante más pequeño todos los días. Lo que sí dijo fue que Simon le convidaba un trago todos los días, pero vamos... nadie se lo creyó. Simon dijo que Mitchell se lo robaba y todos en su mesa, ocho o diez personas, lo confirmaron.

—Claro, por supuesto. —El jefe asiente—. Cielos. Para señalar a Simon, Mitchell tenía que admitir que lo acosaba hasta el hartazgo.

—Exacto. Ahora consideremos la versión de Simon —dice Jane—. Solo tuvo que negarlo. No sabía nada de esas sustancias. Nada de las regionales de lucha ni los tests antidopaje. Era un ratón de biblioteca. Nadie podía probar lo contrario.

—Y el luchador, Mitchell, no logró nada con su acusación.

—Lo único que logró fue complicar más su situación. La investigación de la escuela terminó demostrando que Mitchell había estado atormentando a un chico más joven que él. Y eso no lo hizo quedar muy bien que digamos. Cuando la escuela cerró el caso, Simon era la víctima, no el perpetrador.

—Aunque lo fuera de hecho.

—Ah, sí. Era víctima de un acoso brutal. Y tendría que haber visto lo que pasó cuando Mitchell lo encontró el lunes siguiente en la escuela. Ahí todo llegó al límite.

—¿Qué pasó?

—Bueno, yo no estaba presente, pero me enteré luego. Todos se enteraron. Mitchell estaba esperando a Simon cuando llegó en el autobús. Se acercó directo a él, lo tiró al suelo y empezó a golpearlo. Un tipo enorme del último año golpeando a un chico diminuto de la mitad de su tamaño. El vigilante de la escuela se acercó corriendo para separarlos, pero también recibió un golpe.

—¿Mitchell golpeó al vigilante?

—Ah, sí, para cuando terminó, ya habían llegado varios coches de la policía. Fue un escándalo. Tuvieron que dispararle con una táser y llevárselo esposado.

—¿Lo arrestaron? ¿Lo imputaron?

—Sí y sí —responde Jane—. Simon se negó a presentar cargos en su contra, pero olvidemos a Simon; Mitchell había golpeado a un vigilante. Y tenía diecisiete años, así que podía ser juzgado como un adulto. Resistencia a la autoridad y agresión con agravantes. No fue a prisión. El juez le concedió la libertad condicional. Pero lo expulsaron de la escuela y quedó con antecedentes. Creo que ahora trabaja en la construcción.

El jefe procesa todo esto, menea la cabeza y se inclina hacia delante.

—Bueno, entonces, supongamos, y esto es solo una hipótesis, supongamos que Simon Dobias es un genio malvado. Diabólico —sugiere, mirando a Andy Tate—. Planeó todo para que su acosador básicamente se perjudicara a sí mismo al robarle su bebida adulterada.

—Y se aseguró de que fuera casi imposible de probar —interviene Jane—. Y lo obligó a confesar que lo acosaba para siquiera poder contar la historia.

—Lo acorraló por todos los flancos —dice Andy Tate—. Se aprovechó de la situación de todas las formas posibles.

—Bueno. Y luego está la muerte de su padre en San Luis en, cuándo, ¿2010? —dice el jefe—. ¿Por qué el departamento de policía de San Luis sospecha que Simon Dobias asesinó a su padre?

—Para entender la historia de la muerte de Ted Dobias en 2010 —responde Jane—, tenemos que retroceder hasta 2004. A la denuncia que hizo Simon ante la policía de Grace Park. Eso es lo que hace que todo tenga sentido.

CAPÍTULO 75

Jane

—ESTÁ BIEN, TE SIGO —DICE el jefe—. Entonces, en 2002, la madre de Simon Dobias sufre un ictus, uno bastante complicado, y queda casi inválida, viviendo en su casa en una silla de ruedas, y casi no puede cuidarse sola.

—Sí —responde Jane.

—Y el padre... Ted, ¿no?

—Sí, señor. Theodore Dobias; al parecer, le decían Ted.

El jefe agita una mano.

—Ted gana un juicio enorme por un accidente laboral, recibe mucho dinero y entonces, con todo ese dinero y éxito, se siente el rey del mundo. Así que decide que una esposa que casi no puede comer por sí misma no encaja con su nueva vida de rico y famoso, y quiere una mujer trofeo a su lado. ¿Hasta ahí voy bien?

—Sí, señor.

—Y básicamente se gasta todo el dinero y no le queda nada para garantizarle a su esposa los cuidados que necesita.

—Bueno, Simon no dijo que “se lo gastó” —explica Jane—. Según él, el dinero fue robado.

—¿Quién lo robó?

Jane mira a Andy antes de responder.

—Lauren Lemoyne —dice.

El jefe se la queda mirando.

—Lauren. ¿Lauren, nuestra víctima?

—Lauren Lemoyne, ahora Lauren Betancourt, sí.

—¿Ella le robó el dinero a la familia Dobias? —Golpea el escritorio con la

palma—. ¿Ella era el trofeo?

—Sí y sí —responde Jane—. Lauren Lemoyne era el “trofeo” de Ted, como usted dice. Trabajaban juntos en el mismo bufete. Él era socio mayoritario y ella, una asistente joven y hermosa. Es el típico cliché.

—Ni me lo digas.

—Ni me lo digas —repite Jane—. Supuestamente, Simon los encontró una noche teniendo sexo en la oficina de Ted. Y la aventura continuó después de eso. Ted no quería que terminara. Estaba enamorado.

—La denuncia que presentó Simon Dobias fue por robo, fraude, lo que sea que se le hubiera ocurrido —agrega Andy Tate—. Quería que la policía de Grace Park arrestara a Lauren. Aseguraba que sedujo a Ted, mantuvo un romance largo con él, lo convenció de que estaba enamorada y, entre otras cosas, de que pusiera la cuenta de ahorros a su nombre.

—¿Y lo hicieron? —pregunta el jefe—. ¿La arrestaron?

Jane se encoge de hombros.

—No había ningún delito. Ted puso la cuenta a su nombre. Ella era titular con acceso total. Legalmente, tenía tantos derechos sobre ese dinero como Ted.

El jefe presiona la lengua contra el interior de la mejilla, pensativo.

—¿Cuánto robó?

—Más de seis millones de dólares —responde Jane—. Vacío la cuenta. Todo el dinero de Ted, aunque, técnicamente, era el dinero de toda la familia. Se llevó hasta el último centavo.

—Cielo santo —dice el jefe, meneando la cabeza—. Entonces se va, deja a la familia en la ruina, sin posibilidad de hacer frente a los gastos de la madre.

—Bueno, ya no tenían forma de pagar una cuidadora a tiempo completo —dice Jane—. Así que decidieron internarla en una residencia geriátrica.

—Y después ella se suicida. ¿Por la infidelidad?

—Bueno, quizá por todo —responde Jane—. Casi no podía valerse por sí misma, su esposo la había abandonado, el dinero había desaparecido y la internaron en un geriátrico. Además, ¿quién sabe en qué estado quedó después del ictus? Así que sí, la infidelidad pudo haber sido la gota que colmó el vaso. Lauren los dejó en la miseria. —Abre las manos—. ¿Ahora entiende por qué el departamento de policía de San Luis está tan seguro de que él mató a su padre?

—Sí, abandonó a la madre y trajo una leona a la guarida.

—Y puede ver que también tenía razones de sobra para matar a Lauren

Betancourt. No solo se acostó con su padre y le rompió el corazón a su madre, aunque eso ya sería suficiente para muchos.

—Pero ella hizo mucho más que eso —dice el jefe—. Es probable que Simon culpe a Lauren Betancourt de la muerte de su madre y la destrucción de su familia.

CAPÍTULO 76

Jane

—¿SI SOSPECHO QUE SIMON DOBIAS mató a su padre? Sí.

Jane, Andy y el jefe Carlyle están sentados frente al ordenador del jefe en una llamada de Zoom con la teniente del departamento de policía de San Luis, Brenda Tarkington, y con Rick Gully, ahora retirado y asentado en Wyoming.

—Estoy de acuerdo con Brenda en eso —dice Gully—. Durante la semana de finales del último año de universidad, fue hasta San Luis, le estampó una botella de vino en la cabeza a Ted Dobias, luego lo apuñaló en el abdomen mientras estaba en el suelo cerca de la piscina y lo empujó al agua. Después volvió a Chicago y llamó a su terapeuta temprano esa mañana para confesar sus pecados. Solo que no pudimos obligar a la terapeuta a hablar por el secreto profesional. La corte falló en nuestra contra. Si bien no hablamos con su terapeuta durante algunos años, los jueces dijeron que él seguía contactando con ella a demanda.

—Y sin eso, ¿no pudieron probarlo? —pregunta Jane.

—No teníamos ninguna prueba tangible —responde Gully—. El cuchillo no tenía huellas. Encontramos una huella en la botella de vino y ADN femenino en una copa, pero no tuvimos ninguna coincidencia en la base de datos ni con las huellas de Simon, y la base de datos de ADN también fue un callejón sin salida. Es probable que haya sido un arma improvisada: una botella de vino que Ted había compartido con alguna amiga un rato antes. Y además...

—Tampoco disponíamos de las herramientas que tenemos ahora —agrega la teniente Tarkington—. Simon tenía un coche viejo, así que no contaba con GPS ni ninguna memoria que indicara a dónde había conducido esa noche, o incluso si lo había hecho. La interestatal no tenía cámaras de seguridad como ahora. Si se detuvo a echar combustible, no usó una tarjeta de crédito. Y creo que revisamos todas las cámaras de seguridad de todas las gasolineras de la interestatal entre San Luis y Chicago. Algunas ya habían grabado encima para

cuando fuimos a buscarlas. Otras ni siquiera tenían cámaras que funcionaran y solo las usaban como fachada. Y en ninguna de las que sí funcionaban y todavía tenían grabaciones de esa noche vimos a Simon Dobias.

—No pudimos desmentir su testimonio de que estuvo toda la noche en su casa estudiando —agrega Rick Gully—. No había forma de probar que no era verdad. El fiscal no pudo hacer nada.

—Creo que tenía el recibo de una pizza que había comprado —indica Tarkington—. ¿Verdad?

Sí. Jane lo vio entre los archivos que enviaron.

—Me había olvidado de eso —dice Gully, riendo—. Así tuvimos nuestra ventana de tiempo. Firmó el comprobante de la tarjeta de crédito cuando compró la pizza a una hora específica de la tarde, cerca de las cinco, y el repartidor confirmó que Simon Dobias atendió la puerta y pagó. También le dejó una propina bastante generosa, por lo que recuerdo.

Jane sonríe. Dejó una propina bastante generosa para que el repartidor lo recordara.

—Este tipo es bueno —susurra Andy Tate.

—Entonces, cuando vimos la hora y la comparamos con la hora en que se presentó a hacer el examen el día siguiente a las ocho de la mañana —dice Tarkington—, vimos que casi no tuvo tiempo suficiente para ir hasta San Luis, apuñalar a su padre con un cuchillo de cocina, regresar a Chicago y presentarse a hacer el examen. Pero solo casi.

—Una coartada casi perfecta —interviene Gully.

—¿No hay otros sospechosos? —pregunta Jane.

—Nadie que hayamos podido encontrar. El padre tenía dinero, pero no robaron nada en la escena. Muchas empresas grandes probablemente lo odiaban porque las había llevado a juicio y les había quitado una buena cantidad de dinero, pero estas empresas no se dedican a matar a abogados que las denuncian. Les gustaría, pero luego aparecería otro y ocuparía su lugar.

—Ted Dobias no tenía novia en esa época —dice Tarkington—. Por lo que pudimos reconstruir, estaba bastante paranoico con las mujeres. Tenía algunas escorts que contrataba, algunas mujeres de la vida. Pero ninguna relación seria. Quizá porque Lauren Lemoyne le había robado todo el dinero, como descubrimos luego gracias a la policía de Grace Park.

—Además, nos focalizamos en Simon bastante rápido —interviene Gully—. Lo primero que pensamos fue, por supuesto, un tipo rico es asesinado, ¿quién

se beneficia? ¿Quién es su heredero? Era Simon. Listo para heredar, ¿cuánto? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete millones? Pero luego descubrimos que Simon y su padre habían dejado de hablar cuando Ted se mudó a San Luis. No hay ninguna llamada telefónica, ni tarjeta de Navidad. Así que Simon, por lo que entendemos, probablemente ni siquiera sabía que iba a heredar ese dinero ni cuánto era.

—El dinero no era lo único —explica Tarkington—. Era él. Simon mismo. Cuando lo interrogamos, el tipo fue bastante frío. Recuerdo que me pareció un tipo impasible, insensible. Y luego nos enteramos, gracias a los chicos de Grace Park, de que Simon había denunciado a Lauren Lemoyne en 2004, de que Ted engañaba a su esposa y dejó que Lauren se marchara con todo ese dinero; y el suicidio de su madre y, bueno, Simon fue ingresado a una clínica psiquiátrica un tiempo después de su muerte...

—Sí, eso lo leí.

—... y después escuchamos todo lo que pasó con ese luchador y el Gatorade adulterado. Y más tarde descubrimos que, la mañana siguiente a la muerte de Ted, Simon llamó a su terapeuta a primera hora de la mañana, la primera llamada que le hacía en años.

—Muchas alarmas, pero ninguna prueba —señala Jane—. Sin embargo, lo que no entiendo es... ¿por qué lo hace en 2010? Su madre murió en 2004. ¿No estuvo internado en la clínica... qué... dieciocho, veinte meses? Eso ya sería 2006. ¿Por qué esperó cuatro años para hacerlo? ¿Y por qué elegir la semana de los exámenes finales?

Una pausa. Jane deja a todos en silencio con esa pregunta. Luego Brenda Tarkington suelta una risita. Gully también empieza a reír.

—¿Dije algo gracioso?

—No, sargento, para nada. No queremos faltarle el respeto —dice Tarkington—. Es que nos hicimos esa misma pregunta. ¿Por qué esperar tanto? El tiempo pasa, sigue adelante, está a punto de graduarse y especializarse en una facultad prestigiosa. Está listo para el éxito. ¿Por qué elegir ese momento para vengarse de papi?

—¿Y qué respuestas tienen?

—Esas preguntas son las respuestas —dice Gully—. Porque nos hicimos esas mismas preguntas y lo descartamos como sospechoso. ¿Por qué esperar tanto? ¿Por qué elegir el momento en que está a punto de hacer los exámenes finales, cuando sería increíblemente inconveniente, casi imposible, hacer algo así?

¿Justo cuando está a punto de entrar a la facultad de Derecho y tener una vida exitosa?

—Se tomó su tiempo.

—Ah, sí, sargento —coincide Gully—. Se tomó todo el tiempo del mundo.

—Parece que ese es el *modus operandi* de Simon Dobias

—agrega Tarkington—. También esperó el momento adecuado para destruir a ese luchador que lo acosaba.

—Pero todo esto del padre parece diferente —interviene Andy Tate—. Con lo del luchador, cielos, lo hizo perfecto. Usó todo ese acoso en su contra. Lo manipuló para que se hiciera daño a sí mismo y luego tuviera que admitir que lo acosaba. Pero con su padre..., ahí no fue manipulador.

—Bueno, no podía manipular las cosas del mismo modo con su padre —dice Tarkington—. Estaba demasiado lejos. Estaban totalmente distanciados. Habría tenido que pasar mucho tiempo en San Luis preparando algún plan, aprendiendo todo lo posible sobre la nueva vida de su padre y, además, tendría que haber explicado por qué estaba pasando tanto tiempo allí. No, con su padre fue diferente. Lo mejor que podía hacer era buscarse una coartada sólida y hacerlo él mismo.

—O quizás eso era una cuestión tan personal que quería hacerlo él mismo —opina Jane.

—Sí, claro, eso también puede ser —coincide Gully, moviendo un dedo frente a la cámara—. Pero cuanto más lo interrogamos y más ayuda recibimos del departamento de policía de Grace Park sobre lo del luchador... ¿Nuestra teoría? Es un manipulador, antes que nada. Brenda tiene razón. No contaba con los recursos para orquestar un plan así en San Luis o lo habría hecho.

Jane se reclina, asintiendo, y mira a Andy por si tiene alguna otra pregunta.

—Escuchad, muchachos —dice Gully—. Si sospecháis que fue él quien asesinó a Lauren, y creo que deberíais hacerlo, más vale que estéis listos para que os presente una coartada sólida y mejor que estéis listos para ir un paso más allá. Se toma su tiempo, como dijo Jane. Lo tiene todo planificado. No va a dejar ningún rastro de sus propias huellas.

Tarkington asiente y sonríe.

—Es capaz de orquestar todo —concluye— para que alguien más haga su trabajo sucio sin siquiera saberlo.

HALLOWEEN

CAPÍTULO 77

Simon

DIEZ MINUTOS PARA LAS SIETE. Diez minutos para dejar de repartir dulces y para que Grace Village quede sumida en la oscuridad. Hago tiempo como puedo, pasando junto a dos chicos con bolsas de supermercado que casi ni se tomaron la molestia de disfrazarse: solo llevan chaquetas de béisbol, una gorra y un poco de pintura negra alrededor de los ojos, con la esperanza de recibir los dulces que sobraron.

—¡Presidente Obama! ¡Buena onda! —grita uno de los chicos, levantando la mano para chocar los cinco. Quizá le resulte extraño que use guantes y ningún abrigo; solo este traje azul con corbata roja y la máscara de Barack.

Empiezo a caminar más lento cuando me acerco a Thomas Street, a solo media manzana de la casa de Lauren. Un grupo de tres adolescentes se acerca en mi dirección, hacia el norte, pero doblan en la esquina y siguen hacia el oeste por Thomas.

Se oye música a través de una ventana, canciones de Halloween para niños, primero “Monster Mash” y luego algo de Will Smith que nunca había escuchado, una especie de improvisación sobre el tema de *Pesadilla en Elm Street*.

Casi me asusto cuando lo veo aparecer por Thomas hacia Lathrow al este. La Parca, oscura y ominosa y, lo mejor de todo, anónima, oculta por esa capucha.

Hola, Christian.

Viernes 15 de agosto de 2003. La mañana siguiente a cuando te atrapé, Lauren.

La mañana siguiente a cuando os descubrí a ti y a mi padre follando como animales en su oficina.

Me quedé parado en la puerta de la oficina de los pasantes en nuestro bufete, que compartías con otras tres personas. Se me hizo un nudo en el pecho. Me temblaban los brazos y las piernas. Sentía un hueco en el estómago, un profundo vacío.

Estabas sola, sentada, revisando unos documentos. Te asustaste al verme. Por un instante, parecías avergonzada, incluso arrepentida.

—¿Cómo... cómo... has podido? —logré decir con una voz temblorosa y una gran congoja en la garganta.

Pero entonces levantaste la barbilla con total compostura.

—Somos adultos, Simon.

—Pero ¿qué hay de...? ¿Qué hay de...?

—Cierra la puerta —dijiste.

Lo hice y luego me volví hacia ti.

—Espero que esto no sea por aquella vez en mi casa

—agregaste—. Reconozco que fue divertido. Fue un regalo de cumpleaños. Quiero creer que no estabas pensando que nos íbamos a casar.

Y luego soltaste una risita, como si fuera un chiste. Como si yo fuera un chiste para ti.

Como si yo fuera el que estaba exagerando todo. Ni siquiera me refería a la vez que estuvimos juntos. Ni siquiera se te ocurrió pensar que me refería a otra cosa, a otra persona.

—¿Qué hay de... mi madre? —pregunté, con dificultad para articular las palabras.

—Ah... —dijiste, y apartaste la mirada—. Es una situación difícil para todos, considerando lo enferma que está tu madre. Lo entiendo. No quiero quedar en el medio de eso. En serio.

—Pero... ya estás en el medio.

Te levantaste de la silla y te acercaste a mí.

—Debes entender que la relación entre tus padres ahora es distinta. Sabes a lo que me refiero, Simon. Pero él nunca la va a abandonar. No va a dejar de cuidarla. Yo solo soy una parte diferente de su vida.

Pero su vida era con mi madre. Mamá y papá, hasta que la muerte los separe.

Levantaste una mano, como si estuvieras haciéndome una promesa.

—Nunca haría nada para que tu padre abandone a tu madre. Él siempre estará con ella. Siempre la cuidará. Siempre la amará. Nunca, ni en un millón de años, interferiría con eso.

No supe qué decir. No podía creer ni comprender tu reacción. ¿La gente se comportaba así? ¿La gente pensaba así?

Quería gritar, llorar, sujetarte y hacerte daño. Pero mis pies se quedaron anclados en el suelo. Sentía la garganta tan cerrada que apenas podía respirar. Era como una pesadilla, esas en las que quieres gritar, pero no te sale la voz.

Miraste el reloj.

—Bill me necesita para tomar una declaración. Ya llego tarde.

No me moví. Cogiste tus cosas y pasaste caminando a mi lado. Yo, una estatua inmóvil, el chico estúpido, el impotente, el inútil que no hace nada, mientras Roma arde a su alrededor.

Fue la última vez que te vi en diecinueve años.

Tres meses más tarde. El día anterior al Día de Acción de Gracias de 2003. Hablé con mi madre hasta que se quedó dormida en su cama, con un ronquido suave, acostada boca arriba.

Me puse un abrigo y guantes y salí a tomar un poco de aire al jardín trasero. Hacía bastante frío, pero no me importaba. Siempre necesitaba tomar aire fresco después de acostarla. Necesitaba sentir un olor distinto, algo diferente. Nunca había estado tan enfermo como ella, así que no podía imaginarme lo que debía de sentir. Pero sí sabía lo que era ver a alguien que amas deteriorarse ante tus ojos.

Había tenido tiempo para acostumbrarme. Había pasado más de un año desde que sufrió el ictus. Lo que hacía que fuera más difícil era que acababa de comenzar la universidad e iba todos los días, lo que se traducía en sentirme abrumado por los nervios, el entusiasmo y la exigencia de este nuevo ambiente académico y social —estaba empezando mi vida, en muchos sentidos—, mientras mi madre se marchitaba en casa con un esposo de mierda.

El viento soplaba fuerte. Levanté un poco la frente, dejé que me agitara el cabello y se filtrara por mi abrigo. Me quedé allí un rato con los ojos cerrados.

Fue entonces cuando, al volverme para entrar, la vi. Sobre una mesa junto a la barbacoa de gas.

Una botella de champán vacía. Y dos copas alargadas de plástico rojo, de esas baratas que se pueden comprar en un autoservicio para llevar a un picnic o a un concierto al aire libre.

Pero mi madre no bebía alcohol, no después del ictus. No podía.

Dos copas. No una. Dos copas rojas de plástico.

Me acerqué y me las quedé mirando. Una botella de champán Laurent-Perrier Ultra Brut. No sabía nada de champán, si Laurent-Perrier era una marca cara o barata, pero sí sabía que no era la clase de bebida que tomas con tus amigos en casa.

Me limpié la boca y me puse de pie, mirando la botella y esas copas de plástico por tanto tiempo que mi cuerpo empezó a temblar del frío. Una vez dentro, tomé una bolsa de basura, volví afuera, metí la botella y las copas en la bolsa y la cerré, rezando que mi madre jamás viera eso.

No le dije nada a mi padre esa noche. Solo fui a mi habitación y cerré la puerta.

El día siguiente. ¡Feliz Día de Acción de Gracias de 2003!

—Es solo por una noche —dijo mi padre, mientras secaba los platos y yo fregaba. Mi madre ya estaba en la cama hacía una hora—. Este posible cliente tuvo un accidente horrible...

—¿Quién tiene una reunión el día después de Acción de Gracias? —pregunté—. ¿Y quién pasa la noche con ese cliente?

—Ya te lo dije —respondió, abriendo el armario y guardando una bandeja—. La familia vive en Kankakee y es un viaje largo...

—Pura mierda.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué has dicho, jovencito?

—Dije pura mierda. Sigues viéndote con ella, ¿no? Me prometiste que no lo harías, pero... lo sigues haciendo. Todavía estás con... Lauren. —Su nombre parecía veneno en mi lengua.

—Simon...

—¿Sí o no, papá?

—Baja la... —Levantó la vista hacia el techo—. Baja la voz.

—Encontré la botella de champán y las dos copas en el jardín —dije, soltando las palabras con un susurro entrecortado—. Parece que te olvidaste de deshacerte de las pruebas.

Se quedó congelado, recordando, regañándose a sí mismo. No fue difícil

descubrirlo. El contenedor de reciclaje está en el callejón y, en ocasiones, cuando hace frío, dejamos la basura en el porche trasero y la llevamos al callejón la mañana siguiente. O nos olvidamos, como al parecer le había pasado a él.

—Entonces, ¿qué? ¿Ahora viene a nuestra casa? ¿Se mete cuando mamá ya está dormida y yo estoy en la facultad? ¿Qué más haces con Lauren aquí, debajo de la habitación de mamá, cielo santo, mientras ella...?

—Escúchame, hijo...

—¿Sí o no? —insistí, empezando a levantar la voz. Me contuve cuando mi padre hizo un gesto con la mano para que bajara la voz. No quería que mi madre me oyera. No podía permitirlo.

Tres minutos para las siete. Tres minutos para que se apaguen las luces en Grace Village.

Christian camina más lento al acercarse a la casa de Lauren con su disfraz de la Parca. Tiene una cuerda atada a la cintura. ¿Una cuerda? Eso no venía con el disfraz. ¿Por qué una cuerda?

El disfraz le queda mejor que a mí. El mío, que llevo ahora dentro de la funda de almohada, casi se arrastra por el suelo cuando lo uso. Pero Christian es más alto y la parte inferior de la túnica casi no llega a las botas. Sus Peak Explorer de Paul Roy.

Tú y Vicky pensasteis un gran plan para destruirme, Christian. Pero este es el problema: como dijo un sabio alguna vez, si vas a engañar a alguien, más vale que sea una sorpresa.

Christian avanza por el camino de la casa y desaparece en el porche cubierto de arbustos, un pequeño nido de ladrillos que lo mantendrá oculto cuando suene el timbre y Lauren abra la puerta.

No tardes demasiado, Christian.

Una vez que los platos del Día de Acción de Gracias estuvieron limpios y secos, mi padre se sentó en la sala con los codos sobre las rodillas, mirando un

vaso de bourbon. Más fácil eso que mirarme a los ojos, parado junto a la chimenea.

—Hay cosas que... un joven como tú no puede entender —dijo—. Tu madre y yo..., nuestra relación... Todavía la amo y siempre la voy a amar, Simon. Siempre...

—Pero te tiras a Lauren.

—Ey, escúchame.

Levanté las cejas. Nunca le había hablado así, pero sabía que no tenía ninguna autoridad moral.

—Venga, te escucho. Pero es eso, ¿no? Mamá está en silla de ruedas y no te sirve, ¿verdad? Ahora tienes una cantidad absurda de dinero, bajaste diez kilos, incluso te hiciste un nuevo corte de pelo. El nuevo solterón esbelto, Ted Dobias. Y mamá no encaja con tus planes. Quieres divertirte. Y Lauren es divertida, por supuesto.

Se llevó la mano a la cara.

—Siempre te las arreglas para dejarme mal parado.

—Ah, no es tan difícil, papá. Créeme. —Me puse de pie—. Esto tiene que terminar ahora. Lo que tienes con Lauren termina hoy.

—Eso no va a pasar, hijo —dijo con un tono decidido.

Me acerqué, sintiendo cómo mis labios temblaban.

—¿Vas a dejar a mamá? Ahora que no puede...

—No, no, no. —Agitó una mano—. No voy a dejar a tu madre. Nunca lo haría.

—Pero no vas a dejar de acostarte con Lauren.

Se tomó un momento, luego cerró los ojos y asintió.

—No. No voy a dejar de hacerlo. Es mi decisión. No la tuya, Simon. Lo siento, pero no es tu decisión.

No supe cómo reaccionar. Podría haberle arrojado algo, roto algo, pero ¿de qué serviría? Podría haberlo golpeado hasta dejarlo inconsciente, pero ¿cómo se lo explicaría a mi madre?

Mi madre. La mujer que nos dio todo.

—Y creo que estamos de acuerdo en que es mejor que tu madre no se entere —dijo mi papá.

No se lo conté a mi madre. En el estado en que estaba, solo un recuerdo de lo que solía ser, a veces lúcida y alerta, a veces perdida y olvidadiza, la mantuve en

la ignorancia. Nunca mencioné nada, ya que temía que fuera la gota que colmara el vaso, que la destrozara. No podía hacerlo.

No permití que Lauren Lemoyne se metiera con el matrimonio de mis padres. Pero dejé que se quedara con mi silencio. Me convertí en su cómplice.

No volví a hablar con Lauren después de eso. Iba y venía de Grace Park durante mi primer año de universidad, mientras dejaba a mi madre en casa con la cuidadora, Edie. Nunca dije nada cuando mi padre tenía “reuniones” inusualmente tarde los sábados por la noche o en Nochebuena, cuando su “trabajo” lo retenía más horas que de costumbre un martes o un jueves por la noche. Nunca hice ningún comentario. Y tampoco mi madre.

¿Lo sabía? ¿Lo sabía ella, la persona más inteligente que jamás había conocido, la mente legal más afilada de todas, incluso con el cerebro dañado? ¿Sabía lo que él hacía? Si lo sabía, no dijo nada. Y yo tampoco.

Así como tampoco mi padre, hasta aquel día, casi un año más tarde, a finales de octubre de 2004, cuando llegó a casa y rompió en llanto, desesperado y avergonzado, y confesó que había puesto a Lauren como titular de la cuenta en la que tenía todo el dinero, que le había concedido acceso total, y todo el dinero había desaparecido.

—Me dijo que la trataba como una segundona —confesó entre lágrimas—. Solo quería sentir que algo mío también era suyo.

¿Y ese algo tenía que ser la cuenta que tenía todo nuestro dinero?

Pero eso es lo que haces con la gente que amas. Confías. Confías hasta que te demuestran que te equivocas. Hasta que te traicionan.

Y, entonces, reaccionas como sea que estés configurado para reaccionar.

—¡Feliz Halloween!

Sería una exageración decir que todos en Grace Village salen de sus casas a las siete a celebrarlo, al menos este año, pero muchos lo hacen, lo que marca el final de Halloween.

Pero es cierto que son bastante predecibles con las luces. En uno o dos segundos, apagan casi todas las luces de las casas y el vecindario queda sumido en una oscuridad total, salvo por unas farolas lejanas en el cruce.

Sin embargo, las luces de la casa de Lauren siguen encendidas. ¿Qué ha pasado? ¿Qué está pasando ahí?

Camino por Lathrow, por la acera opuesta, intentando actuar lo más natural posible: el muchacho disfrazado de Barack Obama. Miro hacia la derecha. La puerta sigue cerrada, la luz de la entrada aún está encendida.

¿Qué está pasando ahí dentro?

Aminoró la marcha todo lo posible. Hay poca visibilidad, pero me sirve, ya que me ayuda a mantenerme oculto en la oscuridad con el contraste de la luz de la casa de Lauren.

Camino un poco más, mirando hacia atrás, preguntándome cuánto tiempo más puedo seguir caminando “con naturalidad” por la misma acera...

La luz del se apaga y la casa queda sumida en la oscuridad total.

Luego se ve una gran oleada de luz (¿la puerta que se abre?), que desaparece casi con la misma rapidez con que había surgido, mientras Christian sale de su escondite y camina a toda prisa hacia la acera. Se dirige hacia el norte, en la dirección opuesta. Camina demasiado rápido. Debería ir más despacio, actuar con más naturalidad.

Pero eso solo podría importarle si alguien se fija en él y, probablemente, no sea el caso. A estas alturas, cualquiera como él, como yo, pidiendo dulces en un vecindario que dejó de entregarlos estaría en retirada, como suelen decir.

Yo también giro hacia el norte, solo para pasar otra vez por frente a la casa. Todo está a oscuras. Eso es bueno. La puerta está cerrada. También es bueno. ¿La puerta está cerrada con llave? Imposible saberlo. Nunca entré a esa casa.

Respiro hondo y sigo caminando.

Gracias por tus servicios, Christian. Aunque no supieras que lo estabas haciendo por mí.

LOS DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 78

Jane

—GRACIAS POR ESTO, DEE. TE debo una.

—No hay problema. Parece que vais justos de tiempo, así que empecemos.

—La agente especial Dee Meadows lleva a Jane Burke y Andy Tate a una sala de reuniones en una sede del FBI—. ¿Suelen usar estos datos de localización por antenas?

—No mucho —responde Jane—. Pero sabemos cómo funciona en líneas generales. El teléfono envía una señal, una torre de telefonía la recibe, por lo general, la que esté más cerca, y esa torre almacena un registro de la comunicación: qué teléfono fue y a qué hora, hasta el minuto y el segundo. Así podemos rastrear los movimientos de un teléfono, lo que significa que podemos rastrear los movimientos de su dueño. La operadora nos dio acceso al historial de ubicaciones del teléfono rosa de Lauren Betancourt y del teléfono con el que se estaba comunicando. Y nosotros os lo dimos a vosotros para que lo analicéis.

—Sí, a grandes rasgos es eso —confirma Dee Meadows, quien en la última época ha trabajado sobre todo en el equipo forense, pero tuvo mucha experiencia en trabajo de campo con la madre de Jane—. Así que, primero lo primero: repasemos el historial de comunicaciones, pero dejemos de lado la noche de Halloween, que parece diferente.

—Claro.

—Bueno, salvo por la noche de Halloween, estos dos teléfonos se comunicaban solo entre sí —explica Meadows—. No se registró ninguna comunicación con otro número.

—Entendido.

—Y, como sabréis, estas comunicaciones habían sido cuidadosamente planificadas. A las diez de la mañana, de lunes a viernes, se escribían mensajes.

Y luego, a las ocho de la noche, de lunes a jueves. Se tomaban los viernes por la noche y los fines de semana libres.

—Sí.

—Y mantenían los teléfonos apagados en cualquier otro momento.

—Interesante —comenta Jane—. No sabía eso.

—No podrías saberlo sin revisar el historial de los datos de localización por antenas. Pero con eso verás que sus teléfonos no enviaban ninguna señal, salvo en esos horarios. Así que eso que veis ahí, esos momentos en que se conectaban al mismo tiempo, en contraste con el resto de las horas que tenían sus teléfonos apagados, son las típicas señales de dos personas casadas que tienen una aventura y realmente no quieren que sus parejas se enteren.

—Ya sabemos que Lauren estaba casada, Dee. Pero no sabemos nada del hombre.

—Está bien —dice Meadows—. Esto es lo otro. Cada comunicación de Lauren ocurrió desde su casa. Y me refiero a todas. ¿Y el otro teléfono? ¿El del atacante? Excepto la noche de Halloween, que ya dijimos que fue diferente...

—Sí, Halloween es diferente.

—Bueno, dejando eso de lado, parece que él también escribía siempre desde la misma ubicación por la mañana y la misma ubicación por la noche. Siempre dentro de Chicago. Ahora pasemos a eso —anuncia Meadows, mientras empieza a trabajar en su ordenador—. Asumo que entendéis que el sistema no es absolutamente preciso, ¿verdad?

—Sí, solo entrega una ubicación dentro del rango de cobertura de la torre. Una zona. Cuantas más torres haya cerca, más pequeña será la zona.

—Exacto. En zonas rurales, por ejemplo, este sistema no es muy útil. Pero este tipo estaba en la ciudad, donde hay muchas torres, así que es un poco más preciso. Bueno, como os decía, todos los mensajes de Lauren salieron de su casa. O de una zona bastante pequeña en la que se encuentra su casa, para ser más precisa.

—Sí —coincide Jane—. Podría haber estado dentro de su casa o en el jardín o en la entrada del garaje...

—O incluso a media manzana, como mínimo, y aun así habría enviado información a la misma torre de Grace Village. Pero sí, todos los mensajes de Lauren, cada uno de ellos, llegaron a la misma torre, así que no hace falta que veáis eso. Lo que sí quiero que veáis es el teléfono del atacante.

La agente Meadows apaga las luces y vuelve a su ordenador. Una imagen

aparece proyectada sobre la pantalla blanca de la sala de reuniones. Es una vista aérea con cientos de puntos azules y varios círculos rojos más gruesos.

—Esta es la zona cerca del tren elevado en el centro, cerca de la estación Clark & Lake —explica Meadows—. Para los mensajes de las diez de la mañana, y me refiero a cada uno de ellos, el teléfono se conectó a una o dos torres diferentes: una justo en la estación Clark & Lake y la otra a unas manzanas al sureste sobre Dearborn, entre Washington y Randolph. Ahora bien, estas zonas tienen mucha densidad poblacional.

—Hay muchos edificios comerciales enormes allí —comenta Andy Tate.

—Bueno, espera —indica ella—. Cada torre de telefonía cuenta con antenas direccionales que dividen la zona en diferentes sectores. Así que, en la torre de Clark & Lake, la antena sureste es la que recibió la señal. Y en la de Dearborn, la antena noroeste es la que la recibió. Entonces, eso nos da un área transversal bastante más pequeña.

—¿Un área de edificios comerciales enormes?

—En realidad, no —dice Meadows—. Mirad los edificios de estos sectores. En la intersección de Clark y Randolph, tenemos el Centro Daley, oficinas del condado, ¿no? Ya sabéis, jueces, fiscales, policías. Luego tenemos el Centro Thompson, donde en su mayoría son empleados públicos. Y luego el edificio del condado y la alcaldía. Lo mismo: empleados públicos. —Meadows mira a Jane—. ¿Algo de eso encaja con el perfil de tu sospechoso? ¿Un empleado público? Mencionaste que tenías una hipótesis de que este tipo tenía dinero.

—Es solo una hipótesis —aclara Jane. Es lo que la exesposa de Conrad creía: Lauren buscaba un tipo con mucho dinero para sustituir al que quería divorciarse de ella.

—Bueno, además de los edificios del Gobierno, también hay un aparcamiento enorme cerca. ¿Creéis que el tipo escribía desde un aparcamiento a las diez de la mañana?

—No creo —responde Jane—. Sospechamos que estaba en el trabajo. Solo una sospecha.

—Pero bastante buena —acota Meadows—. Entonces, si alguien con mucho dinero trabaja en este sector, es probable que lo haga en este edificio de aquí. —Señala un edificio que se encuentra en la esquina de Randolph y Clark—. Cuarenta o cincuenta pisos. Muchas empresas comerciales, prestamistas, abogados, la clase de oficinistas del sector privado. Gente con bastante dinero.

Jane mira el mapa.

—La Torre Grant Thornton.

—Así se llama ahora —dice Meadows—. Pero, ya sabéis, soy de la vieja escuela, así que para mí siempre será el Chicago Title & Trust.

—Entonces, de aquí salían los mensajes de las ocho de la noche —comenta Meadows—. Es la zona de Bucktown y Wicker Park, cerca del cruce de North, Damen y Milwaukee Avenues.

—La conozco más de lo que me gustaría admitir —dice Jane—. De mi juventud, claro.

Meadows le guiña un ojo.

—Entonces, como decía, si miramos la cobertura de estas torres de telefonía, parece que su atacante estaba en este vecindario —explica, marcando un círculo con un dedo en la pantalla proyectada—. Al norte de la avenida North, al sur de Wabansia, cerca de Damen o Winchester.

—¿Y qué hay ahí? —pregunta Jane, mirando el mapa.

—Unos edificios residenciales en Winchester —responde Meadows—. Más allá de eso, algunas tiendas en Damen, un cajero automático, Nike, Lululemon, una pizzería y un restaurante llamado Viva Mediterránea, que os recomiendo mucho, por cierto. Excelentes martinis.

Jane conoce Viva. No por sus martinis, sino por un hombre. Los martinis fueron lo mejor.

—Pero no me parece probable que escribiera desde Nike, Lululemon o Viva Mediterránea todas las noches. Es más probable que viva aquí, en Wicker Park. Quizá sobre North Winchester al 1600.

—Es tu mejor hipótesis.

—De lejos —dice—. En especial porque ahí es donde fue después del asesinato.

Jane se endereza.

—La ubicación...

—Le escribe la noche del asesinato, en Halloween, ¿cierto?

—Sí —responde Jane.

—Justo desde la puerta de su casa, ¿verdad?

—Sí.

—Y luego los mensajes cesan. Ahí suponemos que es cuando entra a la casa.

—Sí.

—Entonces, está en la casa, la mata y se va. Pero esta vez, no apaga el teléfono.

—¿Qué hace?

—Bueno, como sabréis —empieza Meadows—, el teléfono sigue activo, aunque no envíes ningún mensaje ni hagas una llamada. Se actualiza...

—Entonces, ¿dices que después del asesinato, deja encendido el teléfono y este envía señales a las torres, y eso nos permite rastrearlo?

—Sí, exacto. Y, si aislamos el 31 de octubre, tenemos este bonito recorrido.

La agente Meadows busca algo en su ordenador y proyecta una nueva imagen, esta vez con la información del 31 de octubre, Halloween. Jane se pone de pie y se queda mirando el camino registrado por las antenas y las zonas cerca de esas torres.

—Me parece que fue hacia el este desde la casa de Lauren, cruzó algún parque hasta Harlem Avenue, luego tomó Eisenhower, siguió hasta Kennedy, subió por Kennedy hasta North Avenue y desde ahí fue a su casa en Wicker Park

—dice la agente Meadows.

Jane mira a Andy.

—Quizá tomó un taxi en Harlem y Lake —sugiere.

—Pudo haber dejado su coche ahí —dice Andy.

—Sí, pero es bastante difícil aparcar por esa zona —señala Jane—. Estoy casi segura de que tomó un taxi o un Uber.

—Entonces, debe de haber algún registro —dice Andy, tomando nota—. Yo me encargo.

—Como sea, el atacante llegó a su casa, en algún lugar de Wicker Park cerca de la intersección de esas tres avenidas, y envió su último mensaje —explica Jane—. La supuesta nota suicida. —Mira la transcripción del mensaje, el último que recibió Lauren después de su muerte: Lunes 31 de octubre, 22.47

Lo siento, Lauren. Lamento lo que hice y lamento que no me amaras. Pero no lamento haberte amado como nadie más lo hizo. Iré contigo ahora. Espero que me aceptes y me dejes amarte como no podrías hacerlo en esta vida.

—Noche de Halloween, 22.47 —dice Jane.

—Tiene sentido —comenta Meadows, que no tiene la transcripción, sino

solo los datos de la localización por antenas—. Es la última señal que recibimos del teléfono. Y después de las 22.47, la señal muere para siempre.

—Eso significa que apagó el teléfono —dice Jane, mirando a Andy—. Y luego... ¿se mata?

Andy se encoge de hombros.

—No entiendo por qué apagaría el teléfono antes de suicidarse —agrega Jane—. ¿Qué? ¿Quería ahorrar batería?

—Todavía no sabemos si de verdad se suicidó —dice Andy—. Averigüémoslo.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? —pregunta Andy al salir de la oficina del FBI.

Jane menea la cabeza.

—Ya sabes cuál es el problema. Todo parece raro.

—Pero ¿qué tiene de raro?

—¿Por qué Lauren sigue apagando el teléfono en su casa cuando ya no vive con Conrad? Ya sabes, cuando vivía con ella, está bien, tenía sentido. Pero ¿una vez que se muda a mediados de septiembre? Ya no está ahí para ver si se le enciende la pantalla o si suena.

—Quizás estaba pensando en el divorcio —sugiere Andy—. Conrad tenía pensado jugar fuerte. Seguro que contrataría a un investigador para revisar sus mensajes, sus llamadas.

—¿De un teléfono que ni siquiera sabía que existía?

—Mierda, no sé, Janey. No me parece raro que una persona infiel sea tan paranoica.

Jane guarda silencio. Por supuesto, lo que sugiere Andy es una posibilidad.

—Estás pensando en Simon Dobias —dice él—. Y en todo lo que escuchamos hace unas horas. Cómo manipula a la gente y cubre sus huellas.

—Bueno, sí. —Llegan al coche. Andy conduce. Jane prefiere no hacerlo cuando está montando una hipótesis—. ¿No crees que todo esto parece un poco preparado, Andy? ¿No te parece demasiado obvio? Ya sabes, como si todas las flechas señalaran con mucha obviedad esas ubicaciones. ¿Esta gente nunca se movió de ahí?

—Entonces, ¿cuál es tu hipótesis? —pregunta—. Digamos que este tal

Simon Dobias está detrás de todo esto. ¿Qué? ¿Va al trabajo de este tipo todas las mañanas para enviar mensajes? Y luego va a la casa del tipo...

—O cerca —lo interrumpe Jane—. Recuerda que tenemos solo una zona. Podría haber estado parado en la puerta y enviar los mensajes desde ahí, y la señal se conectaría a la misma torre de telefonía que si estuviera dentro de la casa. Como dijo Dee, podría estar a media manzana y la señal seguiría conectándose a la misma torre.

—Bueno, pero me sigue pareciendo rebuscado.

—Y eso es justamente lo que quiere que creamos.

—Bueno, joder, Janey, podemos estar jugando a eso todo el día. Para cada pista que absuelve a Simon, puedes decir “Eso es lo que quiere que creamos” o “Lo montó todo para que parezca de esa manera”. ¿Sabemos...? ¿Sabemos siquiera si Simon Dobias podría saber algo así?

—No lo sé, Andy. La gente sabe que sus teléfonos envían señales todo el tiempo a muchas antenas.

—Sí, pero ¿saben que esas antenas registran cada minuto y segundo de sus vidas y lo guardan por años? ¿Saben que nosotros podemos acceder a esa información y rastrear todos sus movimientos, incluso después de mucho tiempo?

—La única pregunta que importa es si Simon Dobias lo sabe —dice Jane—. Y apuesto a que la respuesta es sí.

CAPÍTULO 79

Simon

—FELIZ MIÉRCOLES A TODOS Y feliz noviembre —le digo a la clase—. Espero que hayáis tenido un bonito Halloween y un buen día para recuperaros ayer. Vayamos a lo nuestro. Carpenter contra los Estados Unidos, un caso que bien se puede resumir en una frase: “Es aterrador que el Gobierno nos pueda hacer algo así”.

Eso provoca varias risas. Intento mantener un ambiente agradable.

—Los teléfonos móviles —continúo—. Ya no son solo dispositivos para hacer llamadas o enviar mensajes de texto. Ya no son solo pequeños ordenadores para navegar por internet, contar cuántos pasos en el día caminamos o escuchar música por Spotify. Ahora también son dispositivos de rastreo. Tal como descubrió el desafortunado señor Carpenter, los móviles le permiten al Gobierno no solo seguir sus movimientos en tiempo real, sino también reconstruir los del pasado, incluso de años atrás.

”Vuestros móviles siempre están enviando señales, incluso si no los estáis usando, aunque no sea más que para actualizarlos y recibir nuevos mensajes de texto o correos electrónicos. Siempre buscan las antenas más cercanas para establecer una conexión, y cada antena registra esa conexión y la almacena en su memoria con tanta precisión que se puede saber con exactitud el día, la hora, el minuto y el segundo en que recibió la señal. Entonces, si el Gobierno tiene acceso a vuestro número de teléfono, puede retroceder en el tiempo y solicitar que se presenten esos registros, el historial de datos de localización por antenas, como elementos probatorios para reconstruir vuestros movimientos. No solo las llamadas que hicisteis. No solo los mensajes que enviasteis. También, cada lugar por el que caminasteis. Cada lugar por el que condujisteis. Y el momento exacto, hasta los segundos, en el que lo hicisteis.

”En pocas palabras, el Gobierno puede volver el tiempo atrás y saber, con una aproximación razonable, cada lugar en el que estuvisteis y en qué momento. A

menos que, claro, hayáis apagado el teléfono. Pero ¿qué tan seguido lo hacemos hoy en día?

(A veces. A veces lo hacemos).

”El Gobierno sospechaba que el señor Carpenter había robado una serie de tiendas durante un período de cuatro meses. Obtuvieron acceso al historial de datos de localización por antenas de sus teléfonos durante ese período y encontraron casi trece mil puntos de localización de sus movimientos, casi cien por día. Así pudieron trazar un mapa con sus movimientos y ubicarlo en la escena de cuatro robos distintos o en una ubicación cercana en el momento en que ocurrieron.

”Pero ¿violaron sus derechos? Esa fue la discusión principal del caso. ¿La Cuarta Enmienda exige una orden judicial para que el Gobierno pueda acceder a esta información valiosa, pero altamente privada?

Una vez que termina la clase de la tarde, vuelvo a mi oficina. Abro el periódico de hoy, miércoles 2 de noviembre, y releo el artículo de la tercera página:

LA POLICÍA INVESTIGA ASESINATO EN GRACE VILLAGE

La esposa de un prominente inversor de fondos de alto riesgo fue encontrada muerta en su residencia el martes por la mañana en el barrio de Grace Village, en lo que las autoridades describen como “circunstancias sospechosas”. Aun así, el jefe de la policía de Grace Village, Raymond Carlyle, asegura que no hay ningún indicio de que la comunidad esté en peligro.

El equipo forense del condado de Cook identificó a la víctima como Lauren Lemoyne Betancourt, de 39 años, quien vivía con su esposo, Conrad, de 54, en una casa en North Lathrow Avenue, 1000. No tenían hijos.

Carlyle explicó que recibieron una llamada para presentarse en el domicilio aproximadamente a las siete y media de la mañana del martes, después de que la señora Betancourt fuera encontrada sin vida por una empleada doméstica.

“La información preliminar recogida de la escena del crimen indica que la muerte ocurrió en circunstancias sospechosas”, expresó Carlyle por escrito en un comunicado difundido a través de los representantes del vecindario. “Sin embargo, ninguna de las heridas parece haber sido autoinfligida”.

¿Ninguna herida autoinfligida? Bueno, depende de cómo se mire.

Cojo el periódico, salgo al pasillo y lo tiro al cubo de basura. Me siento un

poco culpable por no reciclarlo, pero he hecho cosas peores.

Me encantaría entrar en internet y leer más sobre las últimas novedades del caso. Estoy leyendo un artículo publicado esta mañana en papel, lo que significa que fue escrito anoche: el martes por la noche. Y ahora ya es miércoles por la tarde. No puedo evitar imaginar lo que habrán encontrado desde entonces.

Pero no puedo verificarlo. Pueden rastrear todas las búsquedas que haga en mi teléfono o en mi ordenador. Así que solo tengo acceso a los viejos periódicos de papel, tan enmohecidos como una rodaja de pan de hace un mes para cuando los leo.

Me suena el teléfono. No reconozco el número.

—Hola, habla Simon.

—¿Simon? Habla Jane Burke. Soy la sargento del...

—¿Jane Burke? ¿Del bachillerato?

—...mento de policía.

Hablamos uno encima del otro. Ya sé quién es. Sé dónde trabaja. No sé si le tocó el caso, pero es probable. No es un departamento muy grande.

—¿Jane Burke de Grace Consolidated? ¿Promoción del 2003?

—Esa misma, sí.

—Lo siento, creo que hablamos uno encima del otro. ¿Dijiste que eres sargento?

—Sí, soy sargento del departamento de policía de Grace Village. ¿Tendrías un momento para hablar conmigo?

—Sí, claro. ¿Es por... algún asunto oficial?

—Sí.

—Vale, bueno..., ¿puedes contarme de qué se trata?

—Pues preferiría que lo habláramos en persona si no es problema.

Por supuesto. Quiere ver mi reacción cuando me diga que Lauren Betancourt fue asesinada.

—Ah, vale —digo.

—¿Está bien si paso por tu casa hoy? ¿Esta noche?

—Claro, estoy libre —respondo—. Solo dime a qué hora.

HALLOWEEN

CAPÍTULO 80

Simon

CAMINO DOS MANZANAS HACIA EL norte desde la casa de Lauren, casi siguiendo la ruta que tomó Christian hace algunos minutos, aunque él avanzó bastante rápido, mientras que yo prefiero mantener la actitud tranquila del expresidente cuyo disfraz estoy usando. Está empezando a hacer un poco de frío, y yo solo llevo un traje y ningún abrigo, aunque la máscara de Obama me mantiene la cabeza caliente.

Llego a la escuela de primaria y presto atención a cualquier sonido detrás de mí, girando de vez en cuando en busca de la odiosa luz de algún coche de policía, atento a alguna sirena. Por ahora, nada. Ningún coche de policía yendo a toda velocidad hacia la casa de Lauren. Solo hay dos opciones: irán en cualquier momento o no irán para nada.

Camino hacia la parte trasera de la escuela y me quedo parado junto al contenedor de basura, que me deja fuera de la vista desde la calle. Dejo que pase el tiempo. Necesito que pase el tiempo. Espero que pase rápido. Cuanto menos tiempo tenga para pensar, menos margen para volverme loco.

Respira hondo. Respira hondo, Simon.

¿Dónde está la cuerda del reloj cuando hay que “darle cuerda”?

Si un amigo alquila una casa, ¿está pagando o está cobrando?

Empiezo a saltar en el lugar para entrar en calor y descargar energía, ansioso porque todo esto termine.

Respiro hondo.

Faltan diez minutos para las ocho. Busco el disfraz de la Parca en mi bolsa de dulces. Me cuesta un poco ponérmelo sin quitarme la máscara de Obama. Sí, voy a usar una doble capa de anonimato. Dudo de que alguien me vea la cara

con esta capucha gigante, pero si alguien, de algún modo, lo lograra, el rostro que vería sería el de nuestro primer presidente afroamericano.

Me estoy congelando aquí fuera con solo cuatro grados y después de haber estado quieto durante media hora, así que el disfraz me brinda el calor que necesito.

Esta es la parte más arriesgada, pero no hay recompensa sin riesgo y ya he llegado hasta aquí.

Siempre me repito: si me atrapan, mala suerte. El primer objetivo era Lauren y parece que Christian ya se ha encargado de eso por mí. El segundo objetivo, no menos importante, es que no me descubran. Aunque tengo que aceptar la posibilidad de que lo hagan.

Vuelvo a la casa de Lauren. Camino por Lathrow hasta Thomas y me detengo junto a un árbol enorme en la esquina. Ya ha pasado una hora desde que Christian salió de la casa. La policía todavía no ha aparecido, así que nadie vio ni oyó nada sospechoso.

La casa junto a la que estoy parado tiene las luces de la planta baja encendidas, pero el primer piso está a oscuras. Supongo que alguien podría asomarse y verme, pero, por ahora, no he hecho nada malo, ¿verdad? Eso no significa que quiera que me vean ni mucho menos toparme con la policía. Nada más alejado de eso.

Este es el momento. Este es el momento en el que me expongo de verdad.

Aquí vamos.

Cruzo la calle y me acerco a los arbustos frente a la ventana, sin aminorar la marcha, actuando lo más normal posible, o tanto como puedo disfrazado de la Parca, caminando por el jardín de otra persona en plena oscuridad. Actúo como si estuviera previsto que estuviera ahí y no como si me estuviera escabullendo.

Me detengo frente a la ventana y miro hacia el interior, dejando que mis botas Peak Explorer de Paul Roy dejen bien marcadas sus huellas en la tierra húmeda. Lo suficientemente húmeda, por la llovizna del día, como para considerarse barro. Agito una mano, como si intentara llamarle la atención a alguien dentro de la casa, solo por si algún vecino me está mirando. Solo verían a un amigo, no a un acosador. Un amigo raro, quizá, pero no un tipo peligroso.

Mis pulsaciones empiezan a acelerarse, mi respiración se entrecorta, y siento como si me estuvieran apuntando a los ojos con la linterna más brillante del

mundo. Señalo la puerta principal, como si quisiera que Lauren me abriera. De nuevo, todo es una fachada. Extraño, sí, lo sé, pero parece como si estuviera hablando con Lauren desde fuera; soy un tipo raro, pero amigable, no un asesino al acecho.

Entonces, levanto los dos pulgares, como si Lauren hubiera aceptado recibirme en la puerta.

¿Qué pensaría ese vecino chismoso? No creo que esté tan seguro de llamar a la policía. No cuando estoy saludando a Lauren dentro, comunicándome con ella por medio de señas. ¿Verdad?

Salgo de entre los arbustos y camino con confianza hacia la puerta del frente protegida por el porche de ladrillos. Este porche es la mayor de las bendiciones. Ningún vecino puede ver directamente la puerta, ya que los ladrillos la tapan. Nadie puede verme aquí.

Apoyo un pie contra la puerta y empujo con fuerza, asegurándome de hacer el menor ruido posible, o eso espero. A estas alturas, con el pulso retumbándose en los oídos, no creo que pueda oír ni siquiera un par de platillos de batería.

Repito el movimiento una vez más, empujando la puerta con suavidad, aunque con fuerza. La suela de la bota, oscura por la tierra húmeda, es inconfundible. Las Peak Explorer de Paul Roy, talla cuarenta y cinco.

Es hora de entrar.

¿La puerta está abierta? ¿Christian la dejó abierta? ¿Suele quedar sin llave? No lo sé. Si es necesario, entraré por la ventana lateral, junto a la cocina, que Lauren siempre deja abierta. Pero preferiría entrar por la puerta del frente, por obvias razones.

El sudor empieza a caerme sobre los ojos, siento el cuerpo en llamas, apoyo mis manos enguantadas sobre la puerta y giro el picaporte.

La puerta cede.

Miro hacia dentro, sin levantar demasiado la vista, esperando verla tirada en el vestíbulo.

Pero no está tirada en ningún lado. Entonces, levanto la vista y la veo. Está colgada (¿¿¿colgada???) de la barandilla del primer piso. Colgada de una larga cuerda anudada, la misma que Christian llevaba atada a la cintura. Eso explica por qué tardó tanto. ¿Por qué no le disparó?

Entro y cierro la puerta. ¡Esperé tanto este momento!

Levanto la vista hacia sus ojos muertos. No mira en mi dirección. Está bien.

La vida no es perfecta.

—Cuánto tiempo, Lauren —susurro—. ¿Me recuerdas?

Espero. Dentro de la casa, el cuerpo de Lauren cuelga justo frente a mí y, en el suelo, cerca de mis pies, hay un tazón de vidrio roto. Me acerco a la mirilla que da a Lathrow. Si algún vecino llamó a la policía, no tardarían tanto en responder. Llegarían en cuestión de minutos.

En cuanto vea un coche de policía, correré hacia la puerta trasera, cruzaré el jardín y escaparé desesperado. No hace falta decir que no es el desenlace que quiero.

Saco el teléfono verde y lo enciendo. Envío un mensaje al teléfono rosa: ¿Truco o trato?

Luego busco el teléfono rosa en mi bolsillo y lo enciendo. Dos teléfonos: uno rosa y uno verde.

El teléfono rosa recibe el mensaje. Bien.

Espero. Vuelvo a asomarme por la mirilla. Si algún vecino ha llamado a la policía, lo habría hecho bastante desesperado. “¡Hay un tipo raro fuera y ahora se ha metido en la casa!”. La policía no tardaría tanto en responder, vendría enseguida. Probablemente ya debería estar aquí o llegar en cualquier momento. O quizá... quizá no. Quizás el vecino dudó, ya que no estaba seguro, no querría armar ningún escándalo innecesario, no querría tener problemas con los Betancourt si todo esto no era nada, aunque, sin embargo, sintió una cierta preocupación, hizo la llamada, minimizando lo que vio, y la policía se lo tomó con calma porque no parecía urgente. Eso significa que pueden aparecer en algunos minutos, que todavía no estoy fuera de peligro...

Respira, Simon. No te vuelvas loco. Concéntrate en lo que viniste a hacer.

Escribo otro mensaje desde el teléfono verde: ¿Hola? ¿Estás en casa? Necesito hablar contigo.

El teléfono rosa suena. Pasan otros dos minutos angustiosos, porque necesito un poco de tiempo entre los mensajes, y luego escribo otro: Probando... probando... 1, 2, 3... probando, probando... 1, 2, 3.

Entonces, vuelvo al teléfono rosa y escribo una respuesta que parece apropiada para la situación: No estoy en casa, te dije que salí de la ciudad.

Seguida de una respuesta rápida con el teléfono verde: Qué raro, juraría que

te acabo de ver cruzando la sala, ¡debo de estar viendo fantasmas!

Eso requiere una respuesta rápida y cargada de miedo desde el teléfono rosa: ¿¿¿Estás en mi casa???

Y la respuesta razonable y calma desde el teléfono verde: Solo quiero hablar, eso es todo.

Un ida y vuelta cargado de desesperación. No es tan fácil escribir con guantes, aunque son guantes de correr, diseñados para que los corredores puedan seguir usando sus teléfonos para cambiar la música o lo que sea que hagan. Mis manos temblorosas tampoco ayudan. Pero ya he llegado hasta aquí y es momento del último intercambio: No tenemos nada de qué hablar, por favor, vete, ¡por favor!

Déjame entrar, trátame como un adulto. Sé que todavía me amas. ¿Por qué finges que no?

Vete y COMPÓRTATE como un adulto. Lo siento, de verdad lo siento, pero se terminó.

¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?

Deja de patear la puerta, voy a llamar a la policía.

Adelante, llámalos, atrévete.

Te dejaré entrar si me prometes que vas a estar tranquilo.

Lo prometo, lo juro.

Listo. Con eso es suficiente. Christian está molesto, viene a su casa, monta una escena fuera, ella no tiene más remedio que dejarlo entrar. Y, cuando lo hace, la mata.

Bien. Ya casi he terminado. Casi.

CAPÍTULO 81

Christian

LLEGO A MI APARTAMENTO A las ocho y media, después de deshacerme del disfraz de la Parca y de las botas en un contenedor de basura a unos tres kilómetros de Grace Village. Y después de hacer una segunda parada para deshacerme de la pistola de mierda que me dio Gavin y que se encasquilló justo cuando la necesitaba.

Cojo la botella de bourbon como si fuera un salvavidas y le doy un trago para calmarme.

Lo hice. Creo que todo salió bien.

Ahora que estoy en casa, ahora que no tengo que preocuparme de que me vean, repaso todo.

Tenía el disfraz. Nadie me vio la cara. Usé guantes. Si quedaron huellas de las botas, bueno, van a ser las mismas que las de Simon.

Estaba tapado de pies a cabeza. No dejé ningún rastro de ADN. Ninguna huella gracias a los guantes.

Apago los sonidos en mi cabeza: Lauren Betancourt ahogándose con el lazo. El ruido de su cuello partiéndose cuando la tiré por encima de la barandilla.

Se acabó. Lo hice.

“Era ella o yo”, sigo repitiéndome. “Uno de los dos se queda con veintiún millones de dólares y el otro, con nada”.

Ella misma se lo buscó. Ella hizo esto. Ella se metió conmigo. Ella intentó robarme mi dinero.

No hay nada que me conecte con Lauren Betancourt. No hay nada que me conecte con Vicky o con Simon Dobias. Solo soy un tipo más en la ciudad que...

De pronto, giro la cabeza hacia la derecha con brusquedad al oír la puerta del garaje. Alguien entró. ¿Gavin? ¿Por qué...?

—¿Hola? —grito, con el corazón golpeándose tan fuerte que apenas puedo

hablar.

Reconozco sus pisadas cuando sube por la escalera.

—Soy yo —responde Vicky.

La recibo arriba.

—¿Qué haces aquí? No puedes estar aquí.

—Tenía que verte. —Lleva un abrigo largo, un gorro de lana con el cabello recogido debajo y guantes. Apoya sus manos enguantadas sobre mis mejillas—. Quería asegurarme de que estuvieras bien. Me estaba volviendo loca con tanta preocupación...

—Estoy bien, estoy bien. No deberías estar aquí. Limpié todo para que no...

—Tengo guantes —dice—. Y un abrigo y un gorro. No te preocupes.

No la contradigo. Sé que tengo razón, no debería estar aquí, pero no puedo negar que agradezco verla, tener un poco de compañía, escuchar una voz que me consuele.

—Entonces... cuéntame qué pasó.

—Lo que pasó es... —Suspiro con fuerza—. Ya se terminó. Ya está.

—¿Sí? —Su expresión es una mezcla de alivio y alarma.

—Sí, pero escucha, no salió como lo planeamos. El arma se encasquilló. Igual pude hacerlo. Y no dejé ningún rastro.

—Pero... está muerta —susurra Vicky.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. —La tomo del brazo y la llevo hacia la cocina—. Deberías irte. Quiero que te quedes, pero no puedes. Vuelve a salir por el callejón.

—Tenemos que hablar —dice—. Sobre Simon.

—Pensé que podías encargarte de él —digo—. ¿Qué...? Vale, ¿qué pasa con Simon?

—Creo que... sospecha algo.

—Eh, ¿qué? ¿Qué sospecha?

—Creo que... sospecha que estoy viéndome con alguien.

—¿Por qué?

—Es que hoy... —Pasa rozándome, agitando los brazos—. Empezó a hacerme preguntas.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero beber algo, tengo sed —responde—. Tengo guantes, no te

preocupes. Siéntate y relájate. Me estás poniendo más nerviosa de lo que estoy. De hecho...

—¿De hecho qué?

—Deberías darte una ducha, Christian. Para calmartte. Para quitarte todo de encima. Después vemos qué hacemos.

Y, considerando lo inquieto que estoy, una ducha suena bien.

La ducha me ayuda. Lo hago rápido, pero con eficacia, frotando cada orificio de mi cuerpo, de pies a cabeza, cubriéndome de espuma y asegurándome de limpiar todo. Cuando termino, me pongo una camiseta y unos pantalones cortos. Quiero afeitarme, pero ¿dónde...? ¿Dónde dejé la maquinilla? Mierda. ¿Dónde mierda está...?

—No tengo toda la noche —dice Vicky desde la sala.

Está bien, está bien. Vuelvo a la sala. Vicky, por suerte, no se quitó nada: el gorro sigue ocultando su cabello y todavía tiene los guantes. De todas formas, voy a pasar la aspiradora cuando se vaya, aunque no es probable que deje ningún rastro.

—Por nosotros —dice, chocando nuestros vasos de bourbon. El mío está bastante lleno, pero lo bebo de un trago. Esta noche no bebo por gusto: necesito calmarme.

Vicky bebe un poco.

—No te olvides de lavar este vaso cuando me vaya —dice.

—No te preocupes, lo haré. —Venga, respira hondo y cálmate—. ¿Qué te dijo Simon?

Se sienta a mi lado en el sofá.

—Hoy me preguntó, sin rodeos: “¿Me eres fiel?”. Ni siquiera lo dijo con un tono acusador. Era más como si se hubiera resignado. Dijo: “Sé que las cosas no están bien desde hace un tiempo”.

Eso no suena bien. No suena para nada bien.

—Está preparando el terreno para el divorcio —digo—. Está terminando contigo poco a poco. Y busca quitarse responsabilidad acusándote de engañarlo.

Así funcionan la mayoría de las personas, en mi experiencia, y tengo mucha experiencia rompiendo matrimonios. Si se sienten culpables por cómo te

tratan, van a intentar convertirte en la villana. Empiezan a tratarte con crueldad.

Mira su vaso.

—Puede ser. Pero ahora...

—Una vez que se entere de la muerte de Lauren, probablemente quede tan conmocionado que no le preste atención a nada más.

—Al menos hasta el 3 de noviembre —dice—. Que es lo único que importa.

Sí, ese es el primer obstáculo: llegar al 3 de noviembre o Vicky no recibe ni un centavo. Una vez que pasemos esa fecha, podemos arreglar el resto del daño. Necesito que sigan juntos para que ella no tenga que dividir el dinero con él en un divorcio. Los necesito “felizmente” casados por unos días, por tiempo suficiente para que ella me entregue el control del dinero.

Solo sigue pensando en ese día. Veintiún millones de dólares.

—Solo trátalo bien los próximos días y finge no saber nada —señalo. Me hace sentir bien dar consejos; es como si tuviera más control de la situación del que realmente tengo.

—Es probable que se entere de lo de Lauren mañana —dice—. Quizá salga en las noticias.

—Entonces, el 1 de noviembre. Solo hay que aguantar dos días.

Podemos hacerlo. Vicky puede hacerlo. Lo tiene en la sangre.

—Me voy a quedar aquí sentada unos minutos —anuncia—. Me calma, ya sabes, verte.

A mí también me calma. Sin duda, me siento mucho mejor. ¡Funcionó! Hice el trabajo y me salí con la mía.

¿O estropeé algo? El miedo vuelve a invadirme. Considero el peor escenario. Pero no veo cómo podrían conectarme con Vicky o Simon.

Nos quedamos sentados en silencio. Vicky se bebe su copa. Me sirvo otra.

La tensión empieza a disiparse. Funcionó. Lo hice. Funcionó y todo va a salir bien, como dice Bob Marley.

¿Por qué siempre me preocupo tanto?

En serio, me preocupo demasiado. Todo está bien.

—¿Estás bien? —pregunta Vicky.

Mejor. Me siento mejor. Mucho mucho mejor.

—Todo va a salir bien —dice Vicky—. Es un alivio.

Alivio. Me quedo pensando en la palabra. Como si un tipo llamado Alí

hubiera visto algo. Como Alí Babá y los cuarenta ladrones. Recuerdo haberlo leído cuando era niño.

¡Y ahora soy un ladrón!

Qué divertido. No sé por qué estaba tan preocupado.

Quizá debería usar Alí Babá como mi próximo alias. Aunque no va a haber un próximo alias porque ¡voy a tener todo el dinero que necesito!

—¿De qué te ríes? —pregunta Vicky, inclinando la cabeza.

—No sé, creo que... no haber dormido... me dejó...

Vicky se acerca y se sienta sobre mi regazo, presionándome contra el sofá, con su rostro cerca del mío.

—Estás cansado. Te ves cansado. Tienes que dormir, Christian. Ya está. Lo hiciste. Ahora deberías dormir. Mañana vamos a estar a un paso de estar juntos.

Reclino la cabeza contra el cojín.

—Me siento..., guau, agotado.

—Y ahora ya puedes relajarte —dice, apoyando las manos sobre mi pecho—. Nadie nos va a atrapar. Voy a conseguir esos veintiún millones de dólares, te los voy a dar y tú los vas a convertir en cien millones.

Cierro los ojos, sintiendo cómo el cansancio se apodera de mí, esa ligereza previa a quedarme dormido.

—Sí. Eso es... lo que va a pasar.

Se aleja de mí y se levanta del sofá.

—¿A dónde...?

—Voy a lavar el vaso, solo para asegurarme de que no haya quedado labial ni ADN.

—Sí, es... está bien... —No puedo abrir los ojos. No puedo resistirme al sueño.

¿Qué?

—Hola, he vuelto —dice Vicky, sentada a horcajadas sobre mí, expulsando su aliento sobre mi cara—. Pareces cansado, Christian. ¿Estás listo para dormir, cariño?

Abro un poco los ojos.

—Sí...

—Bueno, hazlo. Ya he lavado el vaso. Y tú eliminaste todo rastro mío del apartamento, ¿verdad?

Asiento. Creo que asiento. Siento que mi cabeza se mueve, de eso estoy seguro. Su dedo, su dedo enguantado, me acaricia la cara, deslizándose por mi nariz.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad, Christian?

—Puedes...

—No planeas robarme todo el dinero cuando te lo entregue, ¿verdad? — Presiona el dedo contra mi nariz.

—Espera..., no...

Siento algo frío debajo de mi garganta, sube y me obliga a llevar la cabeza hacia atrás.

—No estás fingiendo que te importo, ¿verdad? ¿No es eso lo que haces? ¿Buscar a una mujer que parece infeliz en su matrimonio y fingir que te enamoras de ella para que deje a su esposo? ¿Y luego robarle el dinero?

Sí, eso mismo en pocas palabras. Pero ¿cómo...? ¿Cómo lo sa...?

Aparto lo que sea que esté debajo de mi barbilla con la mano izquierda. No puedo abrir los ojos, pero me parece oír un estallido metálico, un sonido ahogado...

—Ey, tranquilo —susurra Vicky. Todavía siento el acero frío bajo mi barbilla —. Esto no te va a hacer daño. Mira, tócalo.

Lo toco. Tiene forma cilíndrica, alargada, suave, como el silenciador que usé...

Espera... ¿Por qué...?

—Adiós, Nick Caracci —dice.

CAPÍTULO 82

Vicky

ABRE MUCHO LOS OJOS CUANDO presiono el gatillo. Su cabeza sale disparada hacia atrás y una lluvia de sangre salpica la pared. Su mano izquierda cae sin vida sobre mi pierna.

Suelto el aire. Me quedo quieta un momento.

Me bajo de él con cuidado, aun con la pistola en la mano derecha. Me pongo de pie, me aparto y me examino el cuerpo. No veo ninguna gota. Quizás algo microscópico, pero nada visible. No parezco alguien que acaba de cometer un asesinato.

Sujeto el cañón de la Glock con una mano enguantada y, con la otra, desenrosco el silenciador. Me habría gustado no usarlo, pero no podía arriesgarme a que los vecinos oyeran el disparo.

Lo guardo en el bolsillo del abrigo. Me lo voy a llevar. Una cosa más.

El arma podría habersele caído de la mano, pero, según lo que me explicó mi viejo amigo policía Rambo, eso casi nunca pasa. Por lo general, la mano suele quedar aferrada a la pistola y el dedo permanece en el gatillo cuando cae hacia un lado tras un suicidio.

Deslizo la pistola en su mano izquierda. No me voy a arriesgar a ponerle el dedo en el gatillo. Ya disparé una bala más de las que tenía intenciones de disparar. No necesito otra.

Con suerte, las dos veces en que tuvo la mano cerca del arma (la primera, cuando la apartó y la pistola se disparó por accidente, y la segunda, cuando tocó el silenciador), podría haber dejado algún residuo de pólvora en su piel. Es posible, aunque poco probable. De todas maneras, con un silenciador no queda tanto residuo.

Busco el envase de Valium en el bolsillo. Hago que lo sostenga con su mano derecha para que deje sus huellas y aparto la mano. Tomo el envase y lo vuelco hacia un lado, para que las pastillas queden desparramadas por el suelo.

Bien. Listo. No es perfecto. Cielos, fui tan estúpida. Tendría que haber disparado sin tantas vueltas. Pero no, tenía que hacerle saber que sabía quién era, que sabía cuál era su plan. No podía irme sin complicarlo todo un poco más.

Y ahora hay una bala incrustada en la pared que lo prueba.

Respiro hondo una vez más. Ya está. No puedo recuperar esa bala. No debería tocar nada. Ya lavé, sequé y guardé el vaso de bourbon que me serví para mí.

Y también lavé, sequé y guardé el vaso del que él bebió, para eliminar todo rastro de la droga que le puse.

La botella de bourbon sigue todavía sobre la mesa baja frente a él.

Lo miro una vez más. Tiene los ojos abiertos, fijos en el techo. ¿Pidiendo perdón, Nick?

Bajo por la escalera hacia el garaje. Abro la puerta, salgo al callejón y escribo el código en el teclado numérico. La puerta chirría al cerrarse detrás de mí. Siento el aire fresco en mi cara.

Todo parece estar saliendo bien. Todo lo demás...

—Hola, Vicky.

Una mano fuerte me sujeta del brazo y me arrastra hacia lo profundo del callejón antes de que pueda reaccionar.

—Pon las manos donde pueda verlas —indica—. Y ni se te ocurra gritar.

Siento el cañón de una pistola sobre la mejilla.

—Vamos a dar un paseo —dice Gavin—. Y decidamos qué mierda va a pasar luego.

CAPÍTULO 83

Vicky

GAVIN ME ACORRALA CONTRA UNA cerca junto a un contenedor de basura que nos mantiene ocultos.

—Me conoces, ¿verdad? —pregunta, presionando la pistola bajo mi barbilla, tal como yo hice con Christian.

Cierro los ojos, meneo la cabeza.

—Sí, claro que me conoces. Responde o nos despedimos ahora mismo. Otra puta asesinada en la ciudad. —Acerca su rostro al mío—. Respóndeme, basura.

—Eres... Gavin Finley —digo entre dientes.

—¿Y Christian? —pregunta con un tono exigente.

—Nick Caracci.

—Bien, entonces, has hecho los deberes, Vicky Lanier. Vicky Lanier de Fairmont, Virginia Occidental, ¿no? ¿La misma que escapó de su casa en 2003?

No digo nada.

—Pero hay algo que no cuadra —agrega—, porque hace unos meses encontraron el esqueleto de una chica con ese mismo nombre enterrado en una montaña de Virginia Occidental.

Lo sabe. Me investigó. Pero... eso significa que Nick lo sabía y no...

—Nick te investigó al principio, pero no buscó nada más —dice—. Yo, en cambio, acabo de enterarme de tu nombre, así que hice los deberes y leí todo sobre el hallazgo de la Vicky Lanier de Fairmont que desapareció en 2003. Quizá debería haberle dicho algo, pero Nick estaba tan convencido de su plan que pensé que valía la pena intentarlo. También creí que te lo ibas a quitar de encima. Y mírate, lo hiciste.

No digo nada. No sé qué decir. Desde que encontraron el cuerpo de la verdadera Vicky Lanier, temía que este día llegaría.

Tengo que escapar de Gavin. Tengo que salir viva de aquí...

—Eres inteligente, Vicky —susurra con una voz ronca—. Nick está muerto,

Simon va a ser investigado por el asesinato de Lauren Betancourt, probablemente termine en prisión sin una sentencia firme, y, cuando llegue el momento, vas a escapar con todo ese dinero. ¿Tengo razón?

Sabe lo del fideicomiso. Sabe lo de Simon. Lo sabe todo.

Bueno, casi todo.

No bajé la persiana antes de matar a Nick. Tendría que haberlo hecho, pero los nervios me superaron. Debió de haber estado mirando desde el otro lado de la calle, lo poco que haya alcanzado a ver por la ventana. Sabe que maté a su amigo.

No respondo. No digo nada. Solo...

Presiona la pistola con más fuerza contra mi barbilla, aplastándome la cabeza contra la cerca de alambre.

—¿Tengo razón?

—Sí, tienes razón —respondo. Siento el pulso acelerado, pienso rápido, pero lo único que me viene a la mente es “Aléjate de él”.

—Me pregunto cómo se va a tomar Simon todo esto —dice—. Cree que está casado con alguien llamada Vicky Lanier, una chica con un historial limpio y agradable. Supongo que tenías un motivo para usar un nombre falso. ¿Antecedentes penales, quizá? ¿Prostitución? ¿Algo peor? Un tipo rico como Simon no iba a elegir a una puta como tú. Así que te limpiaste y te inventaste una identidad nueva con un historial impecable.

—Sí —digo porque ya no puede empujarme más la cabeza contra la cerca.

No puedo hacer nada. No tengo fuerza para defenderme ni para tratar de apartarlo. Estoy acorralada, con una pistola en el cuello. Cualquier cosa que intente podría hacer que dispare.

—Dime tu verdadero nombre, Vicky —ordena.

Ah, gracias a Dios... No sabe quién soy. No llegó tan lejos. No tiene mis huellas.

No puedo permitir que eso suceda jamás. En ninguna circunstancia puedo dejar que Gavin conozca mi verdadera identidad. Prefiero morir antes de que eso ocurra.

—Respóndeme, hija de puta. —Aparta la pistola de mi barbilla y me abofetea en la mejilla con la otra mano. Luego me empuja contra la cerca y me apoya el arma en la frente—. Dímelo ahora o...

—Jamás —digo—. Dispárame si quieres.

Se me queda mirando unos segundos, sopesando mi respuesta. Pero no

dispara. No ha venido a matarme. Si ese fuera el caso, ya lo habría hecho.

—Qué interesante —dice—. Pero ¿sabes qué? No me importa tu nombre. Vamos a lo importante, Vicky. Tu matrimonio es un fraude. Te casaste con una identidad falsa. Y si esa joyita sale a la luz, no vas a recibir ni un centavo.

Mis piernas empiezan a ceder.

—Así que quiero la mitad —dice—. O te quedas sin nada. El 3 de noviembre. Esa es la fecha en la que consigues el dinero, ¿no?

No puedo hablar. Intento asentir, pero tengo la pistola casi incrustada en la frente.

—El 3 de noviembre —repite—. Voy a ir a verte. Y me vas a transferir la mitad. Diez millones. Lo redondeamos porque soy un buen tipo.

—¿Cómo...? ¿Cómo? —susurro.

—No te preocupes por el cómo. Yo me encargo. Así que, entre hoy y el 3 de noviembre, Vicky, vas a ser extremadamente amable con tu esposo. Solo dos días. Hazlo feliz. Abre bien las piernas. Eres muy buena haciendo eso, ¿no?

Me empuja con fuerza y reboto contra la cerca. Caigo al suelo sobre mis manos y rodillas, junto a una caja vieja y una bolsa de comida rápida.

—Si escapas, Vicky, o me jodes de alguna forma, le contaré todo a Simon. Y todos esos diez años que pasaste trabajando para quedarte con su dinero se van a ir a la mierda. Y ni se te ocurra hacerme lo que le hiciste a Nick. Nick no te vio venir. Yo sí.

—Va a parecer sospechoso si, tres días después de la muerte de Lauren, transfiero diez millones de dólares a una cuenta anónima —digo.

Me patean en las costillas. Me retuerzo por el dolor y caigo de bruces sobre el suelo mugriento del callejón.

—Me importa una mierda si parece sospechoso —dice—. Ese es tu problema. Tú decides, Vicky. ¿Qué prefieres? ¿Parecer un poco sospechosa o perder hasta el último centavo de ese dinero? No me parece una decisión difícil. Ya se te ocurrirá algo. Ah, por cierto —agrega, alejándose—, feliz Halloween.

CAPÍTULO 84

Simon

PASO JUNTO AL TAZÓN ROTO en el suelo, con los dulces de Halloween desparramados, rodeo el cuerpo sin vida de Lauren y subo por la escalera hacia el primer piso, procurando dejar marcadas las huellas de las botas al subir. Es un poco incómodo con esta túnica larga. Cielos, fue incómodo caminar toda la noche con unas botas talla cuarenta y cinco cuando yo calzo cuarenta y tres.

Llego al primer piso. Hay sangre en el suelo, no muy lejos de donde está atada la cuerda en la barandilla de hierro fundido. ¿Aguantará el peso de Lauren? Puede ser. Parece bien hecho. Aunque tampoco me importa mucho.

No puedo perder tiempo. Cada segundo cuenta. Quizás alguien sí llamó a la policía y ya está en camino, pero, si hago lo que tengo que hacer en más o menos un minuto, tal vez pueda salir de aquí antes de que lleguen.

Empiezo por lo más importante: el teléfono rosa.

La sangre en el suelo indica dónde ocurrió el forcejeo. Lo que sea que haya pasado, como sea que haya pasado, pasó aquí. Me lo imagino. Sí, imagino la pelea, su terror, su dolor.

Hay una pequeña mesa de patas curvas en el corredor. Sobre ella hay un florero con flores frescas y una foto enmarcada de Lauren y su esposo, Conrad. La mesa tiene una balda.

Si dejo el teléfono ahí arriba, los policías se van a preguntar por qué el asesino no se lo llevó. Debe quedar fuera de la vista. Tiene que haberse deslizado por el suelo durante el forcejeo. Y Christian, presa del pánico, sin pensar con claridad, o bien nunca se dio cuenta de que se había caído o no quiso perder tiempo buscándolo.

Me inclino, evitando pisar la sangre, y dejo con cuidado el teléfono rosa en el suelo de madera. Lo deslizo hacia la mesa.

Mierda. Me he quedado corto. Bueno, supongo que siguieron peleando y, de algún modo, lo patearon otra vez.

Me acerco y, con un dedo enguantado, lo empujo de nuevo, esta vez asegurándome de que quede debajo de la mesa, oculto por el estante.

Listo. Así está bien. En su desesperación, en medio de la confusión tras matar a la mujer que amaba, Christian no ve el teléfono, porque está demasiado alterado, así que decide irse.

Pero yo todavía no estoy listo para irme.

Muevo la mesa con fuerza. El florero cae al suelo, salpicando agua y astillas de vidrio por todas partes. La foto de Lauren y Conrad queda boca abajo. La pintura que cuelga justo encima no se mueve. Está bien.

¿Ya he terminado? ¿Doy media vuelta y me marchó?

Podría. Pero voy a terminar esto.

Me quito las botas ahí mismo, deslizo los pies fuera de ellas, lo que es más fácil que de costumbre, ya que son dos números más grandes.

Miro alrededor de la zona junto a la mesa. No hay ningún rastro evidente de sangre.

De todos modos, doy un pequeño salto, por si acaso, y caigo con los calcetines a pocos centímetros de la habitación principal, aún con la bolsa de dulces en la mano.

Entro a la habitación, voy al baño y abro el botiquín de medicamentos para terminar lo que vine a hacer.

El pánico se asienta, el miedo que sigue a la adrenalina. Ya salí de la casa, caminé por el vecindario con mi disfraz de la Parca sin que nadie me viera, sin ver ningún coche de policía cerca, crucé el parque en diagonal para salir de Grace Village y entrar a Grace Park.

Pero el pánico, por mucho que intente controlarlo, sin importar en cuántas rarezas del lenguaje piense para calmarme, hace que las piernas casi no me respondan. Así que me escondo detrás del cobertizo de herramientas de la Secretaría de Parques. Me pongo en cuclillas, me reclino contra la pared, me quito la capucha, me quito la máscara de Obama y siento la cabeza ardiendo y el cabello empapado de sudor.

Empiezo a hurgar en la bolsa de dulces, la inmensa funda de almohada. Es mucho más ligera sin el disfraz de la Parca. Tengo un cuchillo grande que traje por si acaso, pero no lo necesito ahora.

Trato de calmarme. Saco el teléfono verde y empiezo a escribir: Lo siento, Lauren. Lamento lo que hice y lamento que no me amaras. Pero no lamento haberte amado como nadie más lo hizo. Iré contigo ahora. Espero que me aceptes y me dejes amarte como no podrías hacerlo en esta vida.

Pero no presiono Enviar. No todavía. Eso es para más tarde. Lo copio, por si llega a borrarse cuando vuelva a abrir la aplicación. Luego dejo el teléfono sobre mi regazo. Extiendo la mano con la palma hacia abajo y me la quedo mirando. Se mantiene quieta y firme.

Vale, me siento mejor ahora. Ya estoy listo.

Me vuelvo a poner la máscara de Obama, me cubro con la capucha y camino hacia Harlem Avenue. Es una intersección bastante transitada, así que no me cuesta encontrar un taxi. El taxista me mira raro, debido a mi disfraz y a que no puede verme la cara, pero, oye, es Halloween, y los cinco billetes de veinte dólares que le doy cuando subo parecen disipar su preocupación.

—Wicker Park —digo.

Mantengo la cabeza baja para evitar que me vea la cara. En cuanto a mi voz, bueno, no soy hábil para cambiarla, pero intento hacer que suene más ronca, e incluso toso un poco para reforzar el efecto.

Está escuchando pop, algo de Panic! At the Disco, así que claramente alguien ahí arriba cree que merezco un castigo por lo que hice.

—North, Damen y Milwaukee —agrego, para ser más específico.

A solo unas manzanas de la casa de Christian.

LOS DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 85

Jane

—GRACIAS, SIMON. NOS VEMOS ESTA noche. —Una vez confirmada la reunión con Simon Dobias, Jane Burke cuelga el teléfono y mira a su alrededor en la habitación principal de la casa de Lauren Betancourt. Es espaciosa y está bien decorada, pero no es tan ostentosa como habría esperado. Sencilla y elegante. Techo alto con molduras ornamentadas, un televisor enorme de pantalla plana con apliques a cada lado y una chimenea debajo. No hay ningún armario para la ropa; esos están reservados para el vestidor. Debe de ser precioso.

—Hoy sería genial. Cuanto antes, mejor —dice Andy al teléfono y, cuando cuelga, mira a Jane—. El jefe de seguridad de la torre Grant Thornton nos va a enviar una lista de todas las empresas con oficinas en su edificio y todos los que tienen una tarjeta magnética —informa—. Deberíamos tener todo antes de que termine el día. Va a ser una lista exhaustiva de los que trabajan en el viejo Chicago Title & Trust, como lo llamó tu amiga del FBI. ¿Hablaste con Dobias?

—Hablé con Simon, sí. Vamos a vernos en su casa esta noche a las ocho.

Mira su reloj. Vaya día hasta ahora. Se siente como si fuera medianoche, no las cuatro y media de la tarde. Apenas es 2 de noviembre, dos días de investigación, y ya parece la semana número veinte.

—¿En su casa? ¿No en la comisaría?

Jane se encoge de hombros.

—Quiero ver dónde vive. Y quiero ver cómo reacciona a mi presencia en su casa.

—¿Creías que quizá no iba a querer que fueras allí? ¿Que se iba a resistir y propondría venir a la comisaría?

—Sí, pero no lo hizo. Me dijo que yo decidiera lo que yo quisiera.

—Como si no le importara nada —dice Andy, moviendo un dedo ante ella—. ¡Justo lo que quiere que creamos!

—Ahora solo te estás burlando de mí.

—Bueno, sí, un poco —admite—, pero eso no significa que crea que te equivocas. Solo me parece que es muy pronto. Quiero que mantengamos la mente abierta. Tenemos muchas razones para creer que Lauren tenía una aventura que terminó mal y no creemos que el tipo sea Simon, ¿verdad? Quiero decir, ¿con su historia? Lauren sería la última persona en la faz de la tierra con la que Simon se acostaría. Y viceversa, sospecharía.

—Bueno, para eso estamos aquí, ¿no? —dice Jane, haciendo un gesto amplio con una mano—. Busquemos alguna prueba de que había otro hombre aquí. Alguien más, además de Conrad. Asumiendo que venían aquí para sus encuentros.

—Tendría sentido —dice Andy, entrando al vestidor—. Si está casado, como creemos, no podrían ir a su casa. Además, Conrad se mudó a su apartamento a mediados de septiembre. ¿Quién quiere ir a un hotel con cámaras de seguridad, porteros y recibos de tarjetas de crédito cuando puede venir aquí y satisfacer sus instintos?

—Voy a revisar el baño —dice. Se quita la mochila del hombro, la deja sobre la cama y luego extrae algunas bolsas de papel para recoger pruebas.

Andy sale del vestidor.

—Nada a primera vista. Conrad vació su lado. No quedó absolutamente nada.

Jane entra en el baño. Está hecho todo de mármol, tiene una bañera de cuatro patas y una ducha enorme. Un tocador doble con botiquines a cada lado, con un gran trabajo de ebanistería que los hace parecer muebles de lujo. Piensa en su baño diminuto y suelta una queja.

Andy entra al baño y se detiene frente al botiquín de la izquierda.

—Este sin duda parece el de Lauren —dice.

Jane abre el de la derecha. Gotas para los ojos, loción, ibuprofeno, vitaminas...

—Ey —dice ella—. Mira esto.

Andy se acerca.

—Una maquinilla eléctrica negra y reluciente. Bastante lujosa. Y ¿eso...? ¿Una recortadora de vello?

—Sí, es casi lo mismo, pero para la nariz o las orejas. También bastante lujosa —coincide Jane, mirándola, pero sin querer tocarla, incluso aunque tenga guantes—. La marca es BK y es de... titanio, dice. Sí, lujosa.

—¿Una mujer usaría una recortadora de vello nasal? —pregunta Andy.

—Nunca usé una. Yo uso unas pinzas. Pero ¿la maquinilla eléctrica? Tiene que ser de un hombre.

Andy toma el teléfono y empieza a escribir.

—Aquí está —dice—. El juego de cuidado masculino Bentley-Kravitz Elite —agrega—. Todo de titanio y viene en negro mate. Cepillo de dientes, cortaúñas, maquinilla eléctrica, recortadora para vello nasal y un portahilo dental. Un juego de cinco piezas. Cuesta casi nueve mil dólares, cielo santo.

Le muestra la foto. Sí, es el mismo.

Jane toma la bolsa para pruebas y usa un bolígrafo para empujar la recortadora de vello nasal y meterla dentro. Repite el proceso con la maquinilla eléctrica en una bolsa diferente.

—Podrían tener huellas —dice—. Es algo que se sujeta con bastante fuerza. Si es que siquiera se pueden obtener huellas del titanio.

—Quizá también haya ADN —agrega él—. Poco probable, pero posible.

Jane asiente.

—Solo tenemos dos objetos de un juego de cinco piezas —comenta—. Averigüemos si son de Conrad.

—La parte sombreada del mapa es la zona de cobertura de la torre de telefonía —dice Andy al teléfono cuando regresan a la comisaría—. Cubre un área de dos manzanas, incluyendo Damen. Revisad todos los establecimientos comerciales y ved si están abiertos a las ocho de la noche. Si es así, entonces, quizá nuestro atacante iba allí todas las noches a esa hora, al menos de lunes a jueves, para enviar los mensajes. Alguien que va tantas veces a una tienda o un restaurante tiene que ser reconocible para los empleados. Conseguid los nombres del personal. Y las grabaciones de las cámaras de seguridad.

”Es más probable —agrega— que fuera alguien que estaba escribiendo desde su casa, así que conseguid la dirección de todas las viviendas de la zona, sean casas de familia, residencias o apartamentos. Luego revisad los registros de propiedad, así nos ponemos en contacto con todos los dueños. Es probable que la mayoría sean inquilinos.

Cruzan la comisaría hacia la sala de operaciones. Jane entra y mira a su alrededor. Las fotos a todo color del cadáver de Lauren, las transcripciones de los mensajes ampliadas y clavadas en paneles de corcho, la cuerda usada para

ahorcar a Lauren, el teléfono rosa, que ya volvió del laboratorio para analizar las huellas y se está cargando.

Se acerca a uno de los mensajes ampliados, uno de la noche del miércoles 17 de agosto: Ah, cielos. Para ser alguien con un nombre tan religioso, tienes un lado bastante sucio...

—Simon Peter Dobias —susurra para sí misma.

Pero Andy tiene razón. ¿Por qué Simon se escribiría estas cosas con Lauren? La odiaba, la culpaba de la muerte de su madre. No se acercaría a ella jamás. Incluso si fuera un tipo diabólico (palabra de Andy, que siempre la hace pensar en Agatha Christie), si fuera un tipo tan diabólico que fingiera interesarse por Lauren solo para acercarse y lastimarla, Lauren jamás caería en la trampa, ¿no? Sabe lo que le hizo a la familia Dobias. Nunca, ni en un millón de años, creería que Simon quisiera empezar un romance con ella.

No tiene sentido. Algo no encaja.

—Vale. Timpone se está encargando de Wicker Park

—informa Andy, después de colgar el teléfono—. Ah..., el mensaje del “nombre religioso”. Religioso como “Simon Peter”, ¿verdad?

—Pero tienes razón, Andy —dice ella—. No puede ser. Simon podría estar detrás de todo esto, pero no hay manera de que se escribiera esas cosas con Lauren.

—Entonces, Lauren escribía a otra persona —dice—. Quizás a alguien con una recortadora de titanio.

—Y con un nombre religioso —agrega.

Suena un teléfono. Andy se da una palmada en el bolsillo y Jane mira el suyo, pero no es ninguno de los dos.

—Mierda —dice Andy.

Jane lo mira. Está señalando la mesa. Ella también mira en esa dirección.

El teléfono rosa.

Jane se acerca y mira con curiosidad a su compañero, que asiente y hace un gesto para que atienda. Jane lo hace.

—¿Hola?

—¿Quién habla? —pregunta la voz de un hombre.

—¿Quién habla? —responde Jane.

Una pausa.

—¿Eres... Lauren?

Jane mira a Andy, que está cerca y puede oírlo todo.

—Primero su nombre —susurra Andy.

—Por favor, dígame quién llama —dice Jane.

El hombre se aclara la garganta.

—El sargento Don Cheronis, del departamento de policía de Chicago.
¿Hablo con Lauren?

—No. Habla con la sargento Jane Burke, del departamento de policía de Grace Village.

—¿En serio? —dice él—. Estamos investigando una muerte sospechosa.

Jane mira a Andy con una expresión asombrada de haberlo entendido todo.

—Qué coincidencia —dice ella—. Nosotros también.

CAPÍTULO 86

Jane

EL SARGENTO DONALD CHERONIS, DEL departamento de policía de Chicago, Distrito Catorce, con su cabellera ondulada y canosa, y su rostro estrecho y arrugado, está esperando junto a la puerta cuando Jane y Andy entran.

—Tenemos que quitar al cuerpo de aquí —dice, estrechándoles la mano—. Pero les pedí que os esperaran.

—Te lo agradezco, Don. Mucho.

Jane percibe de inmediato el olor penetrante de un cuerpo en descomposición. Según el médico forense y las pruebas circunstanciales, explica Cheronis, la hora de la muerte corresponde a dos noches atrás, la noche de Halloween.

Los hace pasar.

—A vuestra izquierda —indica—. Os presento a Christian Newsome.

Jane se detiene, mantiene la distancia, mientras observa todo. Sobre la mesa baja hay una botella abierta de bourbon.

En el sofá, rígido y pálido, está Christian Newsome, con la cabeza echada hacia atrás sobre el respaldo acolchonado y la mirada vacía clavada en el techo. Su cuello está completamente expuesto y justo debajo de la barbilla tiene un único orificio de bala. A su lado, hay un envase caído sin etiqueta y varias pastillas desparramadas por el sofá y el suelo.

Detrás de él, una enorme salpicadura de sangre y masa encefálica en la pared.

Lleva puesta una camiseta blanca y pantalones cortos de deporte.

Está descalzo. Pero, a su lado, como si se las hubiera quitado con los pies, hay un par de botas color caramelo de cordones gruesos.

—¿Puedo revisar las botas? —pregunta ella.

—Sí —dice Cheronis—. Tomamos las fotografías y vídeos necesarios. Las guardaré cuando termines.

Con los guantes puestos, Jane levanta una de las botas y mira la suela, solo

para confirmar lo que ya sospechaba. Son unas Peak Explorer de Paul Roy. En la lengüeta figura la talla.

Mira a Andy.

—Cuarenta y cinco —dice.

Se ve más feliz de lo que Jane se siente.

—Le quitamos la pistola de la mano —explica Cheronis—. Obviamente, por protocolo. Era una Glock 23, tenía el cargador casi completo; solo se dispararon dos balas. El número de serie estaba limado.

Dos balas.

—Entonces, ¿suicidio? —pregunta Andy.

—Puede ser —responde Cheronis—. Mirad el techo.

Hay un trozo de cinta adhesiva amarilla en un rincón, donde la pared ensangrentada se encuentra con el techo. Un orificio de bala.

—Ese no es el disparo que lo mató, obviamente —explica Cheronis—. El ángulo no cuadra.

—Un segundo disparo —dice Jane.

—Un segundo disparo.

Jane mira a Cheronis y luego a Andy.

—Quizá no fue un suicidio.

—Todavía no tenemos los resultados de toxicología, así que no sabemos lo borracho o drogado estaba —informa Cheronis—. Pero dejadme deciros que vi muchas cosas en mi vida. Vi muchos suicidios. Vi muchas vacilaciones en las víctimas de suicidio. Pero nunca vi a nadie que se apuntara con una pistola y fallara.

—Entonces, su nombre es Christian Newsome —dice Jane, mirando a Andy, que claramente está pensando en el comentario sobre el nombre religioso de los mensajes de texto.

Cheronis le entrega una tarjeta personal. Verde, el color del dinero. No tiene ningún logotipo ni eslogan. Solo el nombre, “Christian Newsome”, con una

tipografía negra sencilla y, debajo, separada por una línea horizontal, la leyenda “Newsome Capital”.

En una esquina, los datos de contacto: NEWSOME CAPITAL

Torre Grant Thornton 161, North Clark Street Oficina 1320

Chicago, IL 60601

Jane le pasa la tarjeta a Andy.

—Torre Grant Thornton —dice ella.

—Esto está en Clark y Randolph, en el centro —agrega Cheronis—. Justo frente a los centros Daley y Thompson. La mayoría la conoce como el Chicago...

—Chicago Title & Trust —termina Jane—. Sí, lo sé.

—¿Está casado? —pregunta Jane.

—Por lo que sabemos, no. Encontramos el cuerpo hace solo unas horas, así que, quién sabe, pero nada aquí sugiere que viva con una mujer. O con otra persona siquiera.

Jane se inclina hacia delante, cuidando de no tocar el cadáver, y examina con especial atención el orificio de bala debajo de la barbilla, la salpicadura de sangre y masa encefálica en la pared, y el ángulo del otro disparo.

Forma una pistola con la mano, extiende el dedo índice debajo de su propia barbilla, luego lo gira hacia la derecha, hacia un lado, y baja el pulgar simulando presionar el gatillo.

Eso es lo que pasó. La bala que no lo alcanzó terminó incrustada en la pared, a pocos centímetros del techo, a su derecha. La única manera de que acabara allí es si la pistola se disparó justo por un lado de su rostro.

Estaba debajo de su barbilla y luego ya no. La pistola se movió hacia la derecha y se disparó.

—No es difícil imaginar que estuviera dudando —dice Cheronis—. Ni que pudo haberse apuntado por debajo de la barbilla y luego, por los nervios, la apartó hacia un lado.

—Pero no dispararía —dice Jane—. O, al menos, no intencionadamente.

—Uno creería que no —coincide Cheronis—. Pero, bueno, si tomas la decisión de suicidarte, ¿quién sabe lo que se te pasaba por la cabeza? Quizá le

tembló el pulso, ¿no? Es posible que la pistola se disparara sola. Además, quién sabe cuántas pastillas había ingerido.

Puede ser.

—O alguien le puso la pistola debajo de la barbilla, él la apartó y se disparó en el forcejeo —dice ella.

—Es... posible, sí —admite Cheronis.

—¿Los vecinos oyeron algo? ¿Alguna pelea? ¿Disparos?

—Nada. Hablamos con todos. La nota suicida sugiere que murió cerca de las once de la noche de Halloween. A esa hora, la mayoría ya estaba durmiendo. Y Wicker Park, Bucktown... ya sabéis, es una zona bastante ruidosa, más aún en Halloween.

—La nota suicida.

—Le envió un mensaje a esta tal “Lauren” a las diez y cuarenta y siete de la noche.

—Sí. Yo tengo el teléfono de Lauren.

—Asegurémonos de que hablamos de lo mismo —dice Cheronis, mostrándole un teléfono desechable idéntico al de Lauren, aunque este es verde en lugar de rosa.

Jane coge el teléfono verde.

—¿Con cuántas personas habló desde este aparato?

—Solo con una —dice Cheronis—. Con esa tal “Lauren”.

Aún con los guantes puestos, Jane busca los contactos del teléfono y encuentra solo uno: Lauren. Abre los mensajes. Todos los mensajes que intercambié con Lauren durante meses están allí. Hasta el último: ***Lunes 31 de octubre, 22.47***

Lo siento, Lauren. Lamento lo que hice y lamento que no me amaras. Pero no lamento haberte amado como nadie más lo hizo. Iré contigo ahora. Espero que me aceptes y me dejes amarte como no podrías hacerlo en esta vida.

—Y todo esto nos lleva a lo que tenemos y lo que sabemos —dice Jane.

—¡Jane! —grita Andy—. Jane, tienes que venir a ver esto.

Andy está en el baño, con las manos en los bolsillos.

—¿Ves algo que te resulte interesante? —pregunta.

—Ah, sí, este tipo —dice Cheronis—. El tipo tiene un maldito cepillo de

dientes de titanio y otras cosas por el estilo. ¿Sabéis qué es esto?

Jane mira el lavabo. Tres objetos del juego de cinco piezas de cuidado masculino Bentley-Kravitz Elite, titanio y negro mate: cepillo de dientes, cortaúñas y portahilo dental.

—Esta cosa es para sujetar un maldito hilo dental —dice Cheronis—. ¿Os imagináis lo que cuesta algo así? ¿Cuánto dinero hay que tener...?

—Casi nueve mil dólares —comenta Andy, mostrándole la página web en su teléfono a Cheronis—. Lo único que falta es la maquinilla eléctrica y la recortadora de vello nasal. ¿Y adivinas dónde las encontramos?

Andy levanta la túnica con las manos enguantadas, cuidando de no tocarla con otra parte del cuerpo ni moverla. Es una túnica larga negra con una capucha enorme. Un disfraz de la Parca, sobre la cama de Christian Newsome, idéntico al que vio la niña la noche de Halloween.

Jane sale de la habitación, coge su teléfono y marca.

—Simon, habla Jane Burke —dice—. Escucha, surgió algo y no voy a poder ir a Grace Park esta noche. ¿Podemos vernos mañana? ¿3 de noviembre?

CAPÍTULO 87

Jane

EL JEFE CARLYLE ESTRELLA EL puño contra su escritorio.

—Maravilloso. Tiene el teléfono desechable. Tiene el maldito disfraz de la Parca, las botas coinciden y la mitad de su juego de artículos de aseo está en el baño de Lauren Betancourt. Trabajaba en el edificio desde donde probablemente salieron todos los mensajes y vivía en una zona que coincide con la franja horaria de los mensajes de la noche. Es un “moreno guapo y alto”, como decían los mensajes. Y “Christian”, por lo que tengo entendido, es un nombre bastante religioso. —El jefe extiende las manos—. Jane, ponte contenta.

—Estoy contenta, jefe.

—Pero no convencida. Las pruebas no son tan contundentes para ti.

—Ah, son contundentes. De hecho, lo único que falta es una declaración jurada de Christian Newsome que diga que él y solo él, sin ayuda de Simon Peter Dobias, asesinó a Lauren Betancourt —dice—. Pero asumo que llegará en cualquier momento.

El jefe la mira detenidamente y se humedece los labios.

—Recuérdame que no te haga nunca un regalo, Janey. Solo me dirás todo lo que tiene de malo. —Le hace un gesto con la mano a Andy—. ¿Qué hay de ti, sargento Tate?

Andy es un colega bastante leal como para no dejarla en ridículo. Pero Jane sabe que él está más convencido que ella.

—Las pruebas podrán ser muy sólidas, jefe, pero creo que vale la pena considerar las preocupaciones de Jane.

El jefe se sienta y tamborilea los dedos sobre el escritorio como si estuviera tocando el piano.

—Está bien, repasemos esas preocupaciones, Jane, de principio a fin, antes de que desee no haber oído nunca el nombre de Simon Dobias.

Jane levanta una mano y extiende los dedos.

—Número uno, el teléfono rosa. Como sabe, luego de la muerte de Lauren, alguien empujó ese teléfono debajo de la mesa del pasillo.

—Crees que alguien lo hizo.

—No hay duda de que el teléfono fue movido una segunda vez, y con mucho cuidado, sin alterar el rastro de sangre. Un nivel de cuidado, señor, que nos obliga a descartar cualquier cosa que no sea un acto intencionado. Y le juro por mi vida que no entiendo por qué el asesino, cuando encontró el teléfono de Lauren, que es de lejos la prueba más incriminadora en su contra, lo empujaría debajo de la mesa, sabiendo que lo encontraríamos.

—Lo dices como si los delincuentes nunca hicieran estupideces —señala el jefe—. Como si nunca entraran en pánico ni cometieran errores.

—No fue un *error*, señor. Si no lo vio o si lo pateó por accidente, sería un error. Entrar en pánico y correr lo entiendo. Pero esto no fue pánico. Esto fue cuidadoso e intencionado —dice y menea la cabeza—. Quería que encontráramos ese teléfono. Pero no quería ser demasiado obvio.

—Estaríamos hablando de Simon Dobias.

—Es la hipótesis, sí.

El jefe se cruza de brazos.

—Bueno, me permito dudar. Adelante.

—Número dos, las localizaciones recogidas por las antenas son tan precisas, tan evidentes, que parece que todo ha sido preparado —dice Jane—. Además, Simon Dobias es profesor de Derecho especializado en la Cuarta Enmienda. Tiene un blog que acabamos de encontrar, que se llama *Simon dice*, ja, ja. Escribe para abogados y estudiantes de abogacía, y también publica reseñas sobre decisiones judiciales. Escribe sobre cómo el Gobierno puede rastrear a los ciudadanos e invadir su privacidad. Es probable que sepa más que nosotros sobre rastrear personas con el historial de datos del teléfono móvil.

—Vale, entonces, el historial de datos de localización por antenas es demasiado convincente. Nuestras pruebas son demasiado sólidas, básicamente —resume el jefe—. Continúa.

Jane respira hondo para controlar la frustración. Entiende por qué quieren cerrar rápido el caso y entregarlo servido en bandeja de plata. El primer asesinato en la historia de Grace Village y la policía lo resuelve en una semana. El presidente del barrio le da una palmada en la espalda al jefe y todos suspiran aliviados, y se felicitan por el gran trabajo.

—Tres —sigue—. El error en los mensajes. Lauren dice que una noche no durmió bien por los ronquidos de Conrad, pero sabemos que Conrad ya no vivía en esa casa. Al principio creí que Lauren le estaba mintiendo a su novio secreto.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que eso fue un error. Porque Simon Dobias no sabía que Lauren y Conrad ya estaban separados. Estuvo falseando esas conversaciones, intentando hacer que parecieran auténticas, pero fue demasiado lejos y se equivocó en algo sin darse cuenta.

—Es posible, quizá, pero también es posible que Lauren le mintiera a su novio. A Christian.

—¿Por qué Lauren dejó el teléfono encendido la noche de Halloween? —pregunta Jane—. Después de deshacerse de su amante, que se supone que debemos creer que es Christian Newsome, dijo que se iría de la ciudad y que dejaría el teléfono apagado. Entonces, ¿por qué lo tenía encendido?

—No sé y no me importa —responde el jefe.

—¿Por qué necesitaba dejar apagado el teléfono salvo cuando se escribían? —continúa—. Cuando Conrad se mudó a mediados de septiembre, la casa quedó toda para ella. No necesitaba ocultar sus mensajes. Y sí, ya sé que se estaban divorciando, pero ¿qué le importaba? Tenían un acuerdo prenupcial y casi todo el dinero de Conrad estaba en un fideicomiso al que ella no podía acceder. Entonces, ¿por qué necesitaba mantener el teléfono apagado todo el tiempo? ¿De qué tenía miedo?

—Jane, no tengo...

—Y, en esa misma línea, señor, ¿por qué Christian Newsome apagaba su teléfono? —Agita la mano—. No estaba casado. No encontramos ningún certificado de matrimonio ni ningún indicio de otra persona en ese apartamento, novia, esposa, novio, esposo, nada. Ese hombre era soltero. No tenía a nadie a quien ocultar ese teléfono.

El jefe levanta las cejas y extiende las manos.

—¿Y cuál es tu hipótesis, otra vez?

—Todavía no estoy segura de nada —responde Jane—. No quiero sacar conclusiones apresuradas.

El jefe frunce el ceño. No es la frase que un investigador quiere oír.

—Todas estas pruebas que encontramos en contra de Christian Newsome no me parecen “conclusiones apresuradas”, sargento.

—Pero vale la pena considerar que Simon Dobias estaba moviendo los hilos en todo esto —señala Jane—. Los teléfonos estaban apagados entre los intervalos de los mensajes porque no quería que nadie rastreara sus movimientos.

—Entonces, ¿qué? ¿Simon Dobias envió esos mensajes desde el teléfono de Christian?

—Sí, esa sería la hipótesis.

—Entonces... ¿Christian Newsome y Lauren Betancourt no tenían una aventura?

—Esa sería la hipótesis, correcto.

—Ni siquiera se conocían.

—Es probable que no.

—¿Lauren no estaba teniendo un amorío con nadie?

—Probablemente no —responde Jane—. No les contó nada a sus amigas más íntimas, jefe. De hecho, recuerde que a una de ellas le dijo que “echaba de menos el sexo”. Y eso fue hace solo una semana. Si creemos en los mensajes, no tenía motivos para echarlo de menos. Estaba teniendo sexo bastante seguido.

—¿Y no puede ser que le haya mentado a su amiga?

—Sí, por supuesto, pero no veo por qué lo haría.

—Y la maquinilla y la recortadora de vello nasal de Christian..., Simon las plantó en la casa de Lauren.

—Correcto.

—Entonces... ¿Christian no mató a Lauren Betancourt? Fue Simon.

—Correcto. Esa es la hipótesis.

—Porque a mí me parece bastante evidente que Christian tenía el disfraz de la Parca en su casa y las mismas botas que anduvieron por la casa de Lauren.

—Sí, es verdad, sí.

—Entonces, Simon mata a Lauren a las ocho de la noche de Halloween, luego va a la casa de Christian, lo mata, planta el disfraz y deja las botas junto a sus pies. ¿Verdad?

—Eso o algo parecido, sí.

El jefe se reclina en su silla.

—Entonces, respóndeme esto, sargento —dice—. Si Simon escribía en nombre de Christian, ¿quién respondía? Asumo que no Lauren. Porque, por todo lo que sabemos, Simon y Lauren eran como el agua y el aceite.

—Ese... es el mayor punto débil en mi hipótesis —admite Jane—. Aunque,

si no me equivoco, significaría que Simon no actuó solo.

—¿Y tenemos idea de quién podría ser esa otra persona?

—Todavía no he hablado con Simon. Cancelamos la reunión de esta noche después de encontrar a Christian Newsome. Mire, señor —agrega, y se acerca al escritorio—, no digo que tenga razón en todo lo que planteo. Es simplemente que no estoy muy convencida de esta respuesta que parece caída del cielo. Quiero seguir investigando.

El jefe tensa la mandíbula y la mira.

—Bueno, solo han pasado dos días. —Piensa un momento y asiente—. Esto es lo que voy a hacer: daré una rueda de prensa para anunciar que estamos concentrándonos en un posible sospechoso, que estamos en proceso de seguir algunas líneas nuevas de información y que creemos firmemente que el asesinato tuvo un motivo personal y doméstico, y que no presenta ningún peligro para el resto de los residentes. Estamos de acuerdo en eso, ¿no?

—Sí, señor. —No hace falta mencionar que el posible sospechoso ahora es un cadáver.

—Entonces, mañana ve a interrogar a ese tal Dobias que tanto te interesa —dice—. Fíjate qué consigues. Pero escucha, Jane. No hay manera de que Simon Dobias pudiera haber estado a ambos lados de todas esas conversaciones por mensaje de texto cuando esos teléfonos estaban a más de treinta kilómetros de distancia. Así que, si quieres convencerme de que mantenga la investigación abierta, tráeme cualquier cosa, por más mínima que sea, que demuestre que Simon Dobias no trabajaba solo.

HALLOWEEN

CAPÍTULO 88

Simon

—LA CAGUÉ. LA CAGUÉ. —ME empiezo a mecer en el asiento del taxi, manteniendo la cabeza baja para que la capucha me tape la cara, empapada de sudor por el calor sofocante del interior del coche y, sí, quizá también por los nervios.

El taxista, un joven con un acento africano bastante marcado, cuya licencia dice Dembe Abimbola, baja el volumen de la canción pop que suena en la radio.

—¿Está bien, señor? —pregunta—. ¿Va a vomitar?

—No, no voy a vomitar. —Meneo la cabeza, gesto que creo que se entiende incluso con la capucha enorme sobre la cabeza—. La cagué. La cagué, la cagué, la cagué.

Intento hacer que mi voz suene ronca, cortada, como un *staccato* sibilante, sin revelar demasiado de mi verdadera voz ni mi cadencia personal, porque si hay algo que no conozco es la voz de Christian.

—¿Necesita algo, señor? —pregunta.

Agito las manos. No quiero llegar demasiado lejos con esto. Lo último que necesito es que me lleve a un hospital o, Dios no lo permita, a una comisaría de policía.

—¿Está seguro de que va a estar bien, señor? ¿Quiere el cambio?

Agito la mano y me bajo del taxi en Wicker Park, en la intersección de las tres avenidas: North, Damen y Milwaukee, uno de mis lugares favoritos de la ciudad. Son casi las diez, así que la noche justo empieza por esta zona; las calles están llenas de gente, muchos disfrazados como yo.

Es agradable estar fuera del taxi. Pasarme todo el viaje inclinado hacia delante

para que el conductor no me viera la cara no fue lo más cómodo del mundo, sobre todo en un camino con tantos baches. Ahora también mantengo la cabeza baja, por obvias razones, pero por suerte no tengo que caminar demasiado.

Un grupo de tres personas avanza en mi dirección, una de ellas con los ojos en su teléfono. No tengo ganas de hablar con nadie, así que me llevo el teléfono verde a la oreja o, mejor dicho, a la capucha que me cubre la oreja, y asiento, además de murmurar algo cuando pasan a mi lado.

—Qué miedo —dice una de las personas, pero sigo caminando.

No hay nadie cerca, ni coches de policía ni tráfico. Las calles están repletas de automóviles aparcados, incluso con el poco espacio que hay disponible. Las casas de dos pisos y los edificios de apartamentos están bien iluminados; la mayoría de las personas aquí sigue despierta, haciendo cosas dentro de sus casas o quizás fuera, disfrutando de la noche. Básicamente, parece una calle cualquiera de Chicago, en una noche cualquiera. Halloween es importante para algunos adultos, sí, pero, como este año cayó un lunes, aquellos que organizaron una fiesta de disfraces lo hicieron el fin de semana.

Levanto la vista hacia el ventanal del apartamento de Christian Newsome. Las persianas están bajadas, pero no del todo, así que la visibilidad no es la mejor, pero se puede ver algo. Al menos, no parece haber movimiento dentro.

¿Estás en casa, Christian?

¿Estás muerto, Christian?

¿Vicky te mató después de que hicieras los deberes y mataras a Lauren?

¡Espero que sí! Porque, si no, te vas a sorprender mucho cuando me veas.

El patio trasero de Viva Mediterránea está vacío porque hace frío. El callejón también.

Estoy solo yo, parado junto al teclado numérico del garaje de Christian. Introduzco el código y la puerta se abre.

Entro, rodeo su coche y cierro la puerta detrás de mí. Enciendo la luz del techo.

Dejo la bolsa en el suelo y me quito el disfraz. Me quedo con la máscara de Obama; mejor mantener la cabeza tapada para no dejar restos de ADN. Quiero quitarme las botas, que me rozan muchísimo porque son dos tallas más

grandes, pero primero tengo que subir por la escalera. Después me las quitaré y me pondré los zapatos que traje, los que tengo en la bolsa de dulces.

Suspiro. Aquí vamos.

Abro la puerta y presto atención. Lo único que oigo son los latidos de mi corazón.

—¿Hola? —pregunto.

Nada.

—¿Hola?

Dejo el disfraz sobre la cama. Me quito las botas cerca del sofá, intentando simular que él se las quitó con los pies. No importa demasiado. No tiene que verse perfecto ni pulcro.

Christian tenía que deshacerse de su disfraz y sus botas. Me decepcionaría mucho si no lo hubiera hecho.

Reviso el teléfono verde, que dejé encendido. La nota suicida que escribí en el parque sigue ahí, lista para enviarse. Presionó Enviar. El mensaje sale a las 22.47.

Apago el teléfono y miro a mi alrededor.

Bueno, intentaste que pareciera un suicidio, ¿verdad, Vicky? Tengo que admitirlo, se ve bastante bien. La pistola junto a su mano en el sofá. La botella de bourbon abierta. Pastillas desparramadas por todo el lugar.

¿Lo disfrutaste, Vicky? ¿O fue más difícil de lo que creías?

No, estoy bastante seguro de que lo disfrutaste.

LOS DÍAS DESPUÉS DE HALLOWEEN

CAPÍTULO 89

Vicky

QUIEN HAYA DICHO QUE LA espera es la peor parte no sabía de lo que hablaba.

Estoy en el trabajo, haciendo el inventario en la cocina para salir a comprar otra tanda de provisiones. Por lo general, voy los lunes, pero el lunes fue Halloween y yo (obviamente) no trabajé ese día. Y ayer, martes, fue uno de esos días en los que todo sale mal y hay que apagar pequeños incendios: el horno dejó de funcionar, uno de los esposos abusivos apareció exigiendo hablar con su esposa, ingresamos a otras tres mujeres que llegaron con golpes, cortes o quemaduras bastante evidentes, una de ellas con un bebé.

Incluso hoy, miércoles 2 de noviembre, fue un día de locos. Ya son casi las cuatro de la tarde y siento que mi turno acaba de empezar.

Pero eso es algo bueno. Estuve trabajando doble turno los dos días desde Halloween. Concentrarme en estas mujeres y sus hijos en el centro de acogida me ayudó a quitar a Gavin y la investigación de mi cabeza.

Oigo el crujido de la grava en la entrada y un coche que se detiene. El centro de acogida funciona desde hace treinta años y aún no tenemos un aparcamiento pavimentado, ya que nunca pudimos recaudar los fondos necesarios. Pero, para mí, tiene la ventaja de que ningún vehículo puede llegar sin que lo oigamos primero.

Miro quién es. Cada vez que un coche llega los últimos dos días, siempre miro quién puede ser. ¿Gavin? ¿La policía?

No sé qué sería peor. Gavin solo podría encontrar este lugar si me siguiera. Christian... Nick no pudo haberle dicho dónde trabajo, porque solo le conté que era voluntaria en un centro de acogida sin ánimo de lucro (una verdad a medias; no me pagan mucho, pero me pagan). De todas maneras, nunca le di un nombre. No quería que viniera aquí.

Si Gavin sabe dónde trabajo, entonces, también sabe mi nombre, mi verdadero nombre, Vicky Townsend. La mitad de nuestro presupuesto

proviene de subsidios del estado, así que somos un libro abierto. Mi nombre y mis huellas están registrados en las oficinas del estado desde que hicieron la averiguación de antecedentes penales con mis huellas dactilares.

Me acerco a la ventana. Veo un coche de policía aparcado. Dos oficiales uniformados, con su actitud arrogante y sus dispositivos, se acercan a la puerta del frente.

Vuelve a tus tareas.. Repasa las compras. Recorta cupones. Es un día más en tu vida. No sabes nada. ¿Christian Newsome? Nunca oí hablar de él. ¿Nick Caracci? Tampoco.

No pueden estar aquí por mí, ¿verdad? ¿Encontraron alguna huella aislada que los llevó de inmediato a Vicky Townsend...?

—Vicky —dice Miriam, mi jefa, asomando la cabeza por la cocina.

La miro, levantando las cejas, sin hablar, porque temo que me tiemble la voz. Solo girar la cabeza me hace doler las costillas, justo donde Gavin me pateó hace dos noches.

—El calefactor no funciona —me avisa—. Sorpresa, sorpresa.

—Se... Ah... —El alivio me invade por completo—. ¿Quieres que vaya a revisarlo?

—Eres la única que sabe repararlo.

—Claro. ¿Quién...? ¿Había alguien en la puerta?

—Policías. Quieren hablar con la mujer que llegó hace dos noches, Jamie. Sobre presentar cargos contra su esposo.

Intento calmarme y respiro hondo varias veces. No vinieron por mí.

Voy a reparar el radiador arriba en el dormitorio A. No tener aire acondicionado es una cosa, pero debemos mantener el lugar cálido. El invierno pasado, la calefacción dejó de funcionar en febrero. Tuvimos que usar todas las mantas que teníamos disponibles, conseguir varios aparatos de calefacción eléctricos y rezar para que el centro de acogida no terminara incendiado.

Hace frío fuera y hay un niño aquí. Y no tenemos fondos para contratar a alguien que lo repare por nosotras.

Consigo hacer que el radiador funcione. El pasador del cabezal de la válvula se quedó atascado hacia abajo, así que la aflojo con una llave inglesa y aplico un

poco de lubricante para que no vuelva a suceder. No es difícil, pero con cada movimiento recuerdo la patada que Gavin me dio en las costillas.

Una vez que el calefactor vuelve a funcionar, con sus gorjeos y silbidos usuales, mi trabajo está hecho.

Miro de nuevo por la ventana. ¿Vendrá Gavin esta noche?

¿O esperará a mañana, 3 de noviembre, la razón de todo esto?

Gavin es un problema. Un error mío. Un cabo suelto.

Odio los cabos sueltos.

CAPÍTULO 90

Jane

—SEÑORA BILSON, ESA ES LA razón por la que convocamos esta reunión de emergencia —dice Alex Galanis, presidente de Grace Village, sentado en el centro de una mesa larga—. Para que podamos ser transparentes con ustedes. Tan transparentes como pueda serlo el jefe con una investigación en curso.

Jane sonríe. Convocaron esta reunión de emergencia a las ocho de la mañana con la esperanza de que asistiera poca gente. No funcionó. El lugar ni siquiera tiene sillas y hay más de cuatrocientas personas apiñadas allí. Agradece no estar presente en esa sala y, en cambio, estar sentada en la oficina del jefe, viendo todo a través del circuito cerrado junto a su compañero, Andy Tate.

—Bueno, hoy es 3 de noviembre —dice la señora Bilson, de pie en un estrado—. Tuvieron dos días enteros para investigar y parece que nadie sabe nada. O, al menos, no nos quieren contar nada. Ni siquiera sabemos cómo murió. ¿Es cierto que la encontraron ahorcada?

—Cierto —murmura Jane, siempre atenta a los detalles. Andy la empuja con el codo.

—... publicar nada para no comprometer la investigación —dice el jefe Carlyle—. Podemos asegurar que fue un homicidio. Pero preferiría no agregar más detalles.

—Bueno, ¿tienen alguna pista? ¿Es verdad que el asesino usaba un disfraz?

—De nuevo, señora...

—Cielos, menos mal que no estoy ahí —dice Andy—. Recuérdame no ser jefe de una fuerza policial nunca.

—Mi nombre es Donald Fairweather. Recibimos información de que hay una pandilla involucrada en esto, algo sobre un ritual de iniciación, como sucedió hace algunos años con los robos de coches. ¿Es verdad?

Jane se cubre los ojos con la mano. Tres veranos atrás, Grace Village sufrió una oleada de robos violentos de coches, vinculados a una pandilla del oeste,

una especie de ritual de iniciación. Tuvieron que coordinarse con cuatro distritos diferentes del oeste y con el departamento de policía de Chicago para desmantelarla.

—Bueno, creo que a todos nos gustaría saber si alguna pandilla de Chicago decidió venir a nuestro vecindario ¡a matar gente!

—Señor... señor Fairweather... Estamos bastante seguros, como ya dijimos, de que este asesinato fue por motivos personales. Estuvo enfocado únicamente en la familia Betancourt.

—¿Eso significa que están cerca de resolverlo?

—Eso es lo que temía —dice Jane. Mierda, ¿qué quiere esta gente? ¿Un juicio rápido o una buena investigación?

—Siempre se ponen nerviosos —comenta Andy—. No están acostumbrados como nosotros.

—¿Van a poner más patrullas en el vecindario?

—No creemos que sea necesario —responde el jefe—. No creemos que exista una amenaza latente para la comunidad.

—Pero eso... —El presidente Galanis abre las manos y mira al jefe—. Eso es algo que podríamos hacer, ¿verdad, jefe?

Ah, fantástico. Al jefe le va a encantar eso. Claro, señor presidente, denos los fondos y será un placer patrullar todas las calles que quiera.

Jane mira su reloj. Ella y Andy tienen que ir al centro para reunirse con el sargento Cheronis, del departamento de policía de Chicago.

—Entonces, ¿por qué todavía no arrestaron a nadie si están tan seguros?

—Nos mudamos aquí para escapar de la violencia de Chicago —dice otra mujer, cuyo nombre Jane no recuerda—. ¿Y ahora llegó hasta aquí? ¿Así va a ser nuestra vida de ahora en adelante?

Por cuarta vez, como mínimo, el jefe repite: —No creemos que exista una amenaza latente para la comunidad. Este crimen estuvo enfocado solo en la familia Betancourt.

Y entonces, sin importar el decoro ni el protocolo, varios residentes empiezan a gritar al mismo tiempo variaciones de la misma pregunta.

—Entonces, ¿cuándo lo van a resolver?

CAPÍTULO 91

Simon

JUEVES POR LA MAÑANA. TERCER día de investigación, 3 de noviembre.

Se suponía que anoche me reuniría con Jane Burke. Me preparé, practiqué y todo, pero luego canceló la reunión.

¿Por qué? No lo sé. ¿Encontraron el cuerpo de Christian y el teléfono verde? Es bastante probable. Y quizá sea eso. Debería ser eso. Christian tiene el teléfono con el que se escribía con Lauren en horarios bastante estrictos. Tiene el disfraz de la Parca y las botas llenas de barro en su apartamento. Es difícil que lleguen a otra conclusión: Christian se acostaba con Lauren, ella lo dejó, él no pudo manejarlo, fue a su casa y la mató.

En algún momento, pronto, si es que no lo hicieron ya, tendrán el historial de datos de localización por antenas de los dos teléfonos. Y si ya encontraron a Christian, sabrán que todos los mensajes se enviaron desde su casa en Wicker Park o desde su oficina en el centro.

Tiene que ser una victoria rotunda, ¿no?

Hoy estoy en casa, completamente solo. Podría haber ido a trabajar, pero Jane no sabía con seguridad a qué hora podría hablar conmigo y no quería que me fuera a ver a la facultad para interrogarme. Así que le dije que hoy trabajaría desde casa y que podría venir cuando quisiera. Me pareció una manera natural e inocente de manejar todo esto.

Hojeo el periódico de la mañana que compré en una tienda de Division Avenue. La nota del Tribune no dice nada nuevo sobre el asesinato de Lauren. Asumo que todavía es demasiado pronto. No hay nada sobre Christian Newsome. Una de las tantas personas que mueren en la ciudad todos los días.

Sigo sin buscar nada en internet. Me limito al periódico de la mañana y, por consiguiente, a poca información. Es inquietante, pero sabía que sería así. Sabía que los “días posteriores” serían angustiosos, frustrantes y aterradores. A estas alturas, solo tengo que confiar en mi plan. Es más fácil decirlo que

hacerlo... Suena el timbre. Estoy con el ordenador arriba, respondiendo el correo de un estudiante.

Jane me dijo que me llamaría antes de venir. Reviso mi teléfono para ver si tengo alguna llamada perdida. Nada.

Me acerco a la ventana y miro hacia el porche del frente.

Un hombre, vestido de traje, erguido, cabello corto.

Bajo y abro la puerta.

—¿Simon Dobias? —dice.

—¿Sí?

Saca unas credenciales del bolsillo y me las muestra rápido.

—Agente especial John Crane, del FBI —dice—. Me gustaría hablar con usted sobre Lauren Betancourt. Y sobre su esposa, Vicky.

—Yo... ¿Cómo dijo que se llamaba? —pregunto.

Vuelve a mostrarme sus credenciales con un movimiento rápido del tarjetero.

—Agente especial John Crane.

No, claro que no. Eres Gavin Finley, el amigo de Christian.

—Claro —digo—, adelante.

CAPÍTULO 92

Jane

JANE BURKE Y ANDY TATE están sentados en una sala de interrogatorios junto a la sala de los detectives del departamento de policía de Chicago del Distrito Catorce a las diez de la mañana.

—Nicholas Christopher Caracci —dice Jane, revisando algunas páginas—. También conocido como Collin Daniels, Richard Nantz, David Jenner... —Cierra el archivo.

—Christian Newsome —agrega el sargento Don Cheronis—. Un estafador. Siempre elegía mujeres casadas con mucho dinero. Las seducía, lograba que se divorciaran de sus esposos, las convencía de que recibieran el dinero en un único pago y después les robaba lo que obtenían de los acuerdos de divorcio. Iba de un lado a otro, cambiando de identidad.

—Entonces..., ¿qué? —pregunta Andy—. ¿Elegió a Lauren y terminó enamorándose de ella? ¿Y, cuando lo dejó, se volvió loco?

Jane se encoge de hombros.

—Es una posibilidad. Hay muchas posibilidades. Pero no por eso son ciertas.

—Sí, pero, Jane...

—Dije que es posible, ¿vale? —responde ella.

El sargento Don Cheronis presiona Reproducir en el ordenador.

Jane y Andy se quedan detrás de él y observan.

El vídeo, una imagen granulada en blanco y negro, muestra un taxi que se detiene en la intersección de North, Milwaukee y Damen Avenues en Chicago. Por la puerta derecha del vehículo, sale una persona disfrazada de la Parca.

—Ahí —dice Dembe Abimbola, un taxista que dejó su trabajo de contable

en Nigeria para mudarse a los Estados Unidos hace dieciocho meses—. Es mi taxi. Ese es el tipo.

—Era un hombre —dice Jane.

—Sí, sí.

—¿Hablaste con él?

—Solo repetía lo mismo: “La cagué. La cagué”.

—¿“La cagué”? —repite Jane. El hombre tiene un buen dominio del idioma, aunque con un acento bastante marcado, con tendencia a exagerar las vocales.

—Sí. Eso. Le pregunté si necesitaba algún medicamento, un médico, si estaba bien. No dijo nada... solo que no. “La cagué” es lo único que dijo.

Jane reproduce el resto del vídeo. Estas estúpidas cámaras de seguridad de la ciudad, por desgracia, no apuntan a un único lugar, sino que giran. Por eso no captan todos los movimientos de la Parca. Cuando la cámara vuelve a encuadrar la escena anterior, lo único que se ve es la espalda de la persona disfrazada, caminando hacia el este por North Avenue, en dirección a Winchester, donde vivía Christian Newsome... o, bueno, Nicholas Caracci.

—¿Pudo verle la cara? —pregunta Jane.

—Vi lo mismo que ustedes. —Abimbola señala la pantalla y la persona encapuchada—. No le vi la cara, no. Yo conducía.

Cheronis mira a Jane.

—¿Algo más? —pregunta.

Jane dirige esa pregunta a Abimbola.

—¿Recuerda alguna otra cosa, señor?

—Me dio una buena propina —responde.

—¿Eh?

—Me dio cien dólares. El viaje costó, no sé, veinticinco dólares. Nunca olvidas a los que dejan buenas propinas.

Jane mira a Andy.

—Me imagino —dice.

Jane y Andy están de regreso en la sala de operaciones del departamento de policía de Grace Village, comiendo sándwiches calentados en microondas, bien pasada la hora del almuerzo, mientras leen el archivo del FBI sobre Nicholas Caracci. El teléfono de Jane suena. Reconoce el número y activa el altavoz.

—Llegaron los resultados de toxicología —avisa Cheronis con una voz un tanto estridente—. Caracci llevaba unas cuantas copas encima y cuarenta miligramos de diazepam en sangre. Una dosis promedio ronda los diez miligramos.

—¿Suficiente para una sobredosis? —pregunta Jane.

—Es posible. El médico forense dice que, para alguien de su tamaño, quizá sí, quizá no. Pero sí es suficiente para dormirlo y dejarlo bastante atontado en poco tiempo.

—Diazepam —repite Jane—. O sea, Valium.

—Sí, un relajante bastante común.

Jane mira a Andy.

—Droga en sangre —dice ella—. ¿Te suena de algún lado?

—Aquí tienen —dice el encargado de la torre Grant Thornton, un hombre eficiente de traje oscuro—. ¿Prefieren que los espere aquí o quieren llamarme cuando terminen?

—Le avisaremos cuando terminemos —responde Andy.

Están dentro de la oficina de Newsome Capital, la 1320. El lugar no se ve como si estuviese preparado para recibir visitas.

—Parece que nuestro amigo Nick tenía en mente hacer un viaje —comenta Andy.

El lugar había sido vaciado. En el escritorio de la recepción hay marcas cuadradas de polvo, al parecer, donde había un monitor. Debajo, hay un cable de corriente suelto. La alfombra tiene una marca bastante profunda, rectangular, quizá de la torre del ordenador o el disco duro. Los archivadores que se encuentran detrás de la recepción están abiertos y completamente vacíos.

—El ordenador no está, los archivos tampoco —dice Andy—. Borró todo rastro de él.

—O de alguien más —apunta ella—. ¿Te parece que alguien que piensa suicidarse se preocuparía por todo esto? O sea, ¿por qué le importaría que descubriéramos sus estafas o cualquier cosa relacionada con Lauren si después piensa volarse la cabeza?

—Entiendo, pero... —comienza Andy, cerrando los archivadores con los

guantes puestos, en caso de que necesiten buscar alguna huella—. Quizá sabía que la iba a matar y quería borrar cualquier prueba de ella en esta oficina. Tal vez el suicidio no fue planeado, Jane. Se toma unas cuantas copas de bourbon, algunos relajantes, empieza a arrepentirse, se pone sensible y, de pronto, pegarse un tiro en la cabeza empieza a sonar como una buena idea. No puedes descartar esa posibilidad.

—No, claro que no —concede. Andy tiene razón. Todo es posible—. Pero no me gusta.

Inspeccionan la oficina principal, un espacio bastante impresionante: el intento de Nicholas Caracci de convertirse en “Christian Newsome”, el inversor rico y brillante. Hay una barra en un rincón, un sofá enorme, paneles electrónicos con índices rotativos como el Dow Jones, el Nasdaq y el Nikkei. Pantallas planas en la pared. Un escritorio metálico impecable. Alfombras caras. Sin duda, cualquiera se lo creería.

Pero no hay nada en los cajones. Nada en los armarios. Ningún ordenador. Ningún rastro de quién estuvo aquí ni qué hacía.

Encuentran al encargado del edificio en el vestíbulo.

—¿Algo más que pueda hacer por usted, sargento Burke? —pregunta con su mejor comportamiento. La mayoría de las personas son así cuando las visita la policía.

—Agradecemos su ayuda —dice Jane—. Vamos a necesitar una cosa más. ¿Tienen un registro de visitas?

Jane y Andy abren una reja y cruzan un pequeño jardín delantero por un sendero que lleva hacia una casa de dos pisos en Lincoln Park. Jane encuentra el timbre junto al nombre Fielding.

—Todavía no lo crees —dice Jane.

—Nunca dije eso. Sigo con la mente abierta.

—Bueno, compañero. —Presiona el timbre y se oye la campana.

—¿Hola? —pregunta una voz robótica por el portero automático.

—¿Emily Fielding?

—¿Sí?

—Soy Jane Burke, de la policía de Grace Village. No está en problemas, no se preocupe. —Enseguida, agrega—: Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre el hombre para el que trabajaba, Christian Newsome.

CAPÍTULO 93

Simon

—PERMISO —DICE GAVIN, AUNQUE NECESITO recordarme no llamarlo así. “Agente especial John Crane” es el nombre que me dio.

—Podemos sentarnos aquí —digo.

Lo llevo hasta la sala, la primera habitación que ves al entrar a la casa, según el diseño de mi madre. Cuando era pequeño, no tenía permitido entrar a esta sala. Casi nunca venía aquí. Mis padres solían hacer fiestas y terminar en esta sala bebiendo café y tomando el postre. Los muebles siguen exactamente igual.

El sofá es bastante duro, según recuerdo, así que lo dejo para él y me siento en uno de los sillones individuales, con su tapizado de terciopelo anticuado. O, quién sabe, quizá la moda siempre vuelve y ahora es la última tendencia.

—Entonces, dígame, ¿en qué puedo ayudarlo? —pregunto.

De cerca, Gavin es un poco más aterrador de lo que recordaba. Lo vi en el balcón de Christian un par de veces, pero no le presté demasiada atención. Tiene un cuello robusto, al igual que los hombros y el pecho, y sus ojos parecen los de un depredador. Me recuerda, más que nadie, a ese luchador, Mitchell Kitchens.

—¿Conoce a un hombre llamado Christian Newsome, señor Dobias?

Levanto la vista, como si estuviera pensando.

—No, nunca he oído ese nombre.

—¿Y qué tal Nick Caracci?

Abro las manos.

—No.

—¿Lauren Betancourt? A ella sí la conoce, ¿verdad, señor Dobias?

No es muy bueno haciendo esto. Un verdadero agente del FBI, no alguien que finge serlo, habría hecho una pregunta abierta, un poco más inocente. Me daría la oportunidad de dar la respuesta incorrecta y así imputarme un cargo por mentirle a un agente federal.

—Se podría decir que la conocía —respondo.

—¿Por qué en pasado? ¿Porque fue asesinada recientemente?

Otra vez, Gavin, lo estás haciendo mal; no me des la respuesta; dame una cuerda para ahorcarme. (Perdón por la analogía).

—En pasado —digo—, porque no hablo con ella desde hace diecinueve años.

Gavin intenta mantener el semblante rígido del típico agente especial, pero se mueve con brusquedad, lo que me resulta gracioso, ya que está sentado.

—¿No habla con Lauren desde hace diecinueve años?

—Así es. Desde 2003. Se fue de la ciudad en 2004, pero la última vez que hablé con ella fue en 2003. Me enteré de que había regresado. Y también de su muerte, por supuesto.

Levanta un dedo. Parece que está poniéndose un poco pálido.

—Señor Dobias, sabe que es un delito mentirle a un agente federal.

Claro que lo sé. Y no estoy mintiendo. Bueno, tal vez sí hablé con Lauren cuando ya estaba muerta en su casa, pero no considero que eso cuente como “hablar” con ella. Dejando eso de lado, digo la verdad.

No intercambié una sola palabra con Lauren en diecinueve años, no desde el día en que me enfrenté a ella en el estudio, la mañana siguiente a descubrirla follando con mi padre.

—Señor Dobias, sabemos que tenían una aventura con Lauren —dice.

—¿Una qué? ¿Creen que tenía una relación con Lauren, precisamente con ella? Es la última persona en el mundo a la que me acercaría.

Todo verdad.

—Agente Crane —digo—, ¿hay alguna razón por la que crea que me acostaba con Lauren?

Claro que la hay. Todo lo que Gavin sabe lo sabe por medio de Christian.

—Leímos su diario íntimo, señor Dobias.

Bueno, técnicamente, Christian leyó el diario íntimo. Aunque yo prefiero llamarlo diario, a secas, pero no es momento para entrar en cuestiones terminológicas.

—¿Qué diario? —pregunto—. No tengo ningún diario.

Ese fue uno de mis mejores trabajos. Lleno de altibajos y melodrama, como la mayoría de los romances apasionados. Y sí, usé algunas cosas que son verdad; como dicen, las mejores mentiras siempre tienen algo de verdad, ¿no? Pero, en gran medida, fue ficción pura. Un amorío intenso y breve, mis dudas y

vacilaciones, el embarazo de Lauren... falso, falso, falso. Aunque, claro, necesario para Christian, repleto de detalles para hacerlo verosímil.

Gavin se inclina hacia delante.

—¿Niega que tenía un diario en el que escribía todo sobre su amorío con Lauren?

—Niego cada palabra de esa frase. No tengo ningún diario, agente Crane. Además, si me conociera, aunque sea un poco, sabría que preferiría beber cianuro a tener un amorío con Lauren Lemoyne. O Betancourt, lo que sea.

—Es... —dice Gavin, meneando la cabeza—. Es imposible.

—Si tengo un diario, entonces, muéstremelo —sugiero.

—No es así cómo funciona, señor Dobias.

—Vale, entonces, alguien debió de haber escrito muchas palabras en una página. Supongo que cualquiera puede decir cualquier cosa, ¿no le parece? No tiene por qué ser verdad.

Gavin se reclina hacia atrás. Intenta ponerse al día. Solo sabe lo que le contó Christian y Christian se tragó todo el cuento: anzuelo, línea y plomada.

Es casi cómico. Este tipo es un estafador, cómplice de otro de su misma calaña. Y, aun así, la posibilidad de que alguien los hubiera estafado a *ellos* parece no cruzárseles por la cabeza.

Este es el problema: es más fácil engañar a una persona que convencerla de que fue engañada.

—Estaba a punto de divorciarse de su esposa y dejarla por Lauren —dice Gavin, aunque con menos convicción. Empieza a darse cuenta de que está parado sobre un terreno más pantanoso de lo que esperaba.

Suelto una carcajada brusca y lo miro.

—¿Es una broma?

—¿No tenía pensado separarse de su esposa?

—Es absurdo.

—¿No está distanciado de su esposa en este momento?

Meneo la cabeza.

—No entiendo de dónde obtuvo esa informa...

—Entonces, ¿dónde está? —pregunta, fuera de sí—. ¿Dónde está su esposa, Vicky, desde Halloween? Porque estuvimos vigilando su casa, señor Dobias. Y desde la noche de Halloween, cuando Lauren Betancourt y Christian Newsome fueron asesinados, su esposa, Vicky, no ha regresado.

—Hay una buena razón para eso —digo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál sería?

Llevo ambas manos a cada lado de mi boca, como si fuera a gritar: —¡No tengo esposa! ¡No estoy casado y nunca lo estuve!

El encuentro no está saliendo tan bien como Gavin esperaba. Lleva una mano al apoyabrazos del sofá, como si estuviera buscando un punto de apoyo.

—Vicky Lanier —dice, cerrando la mano con fuerza, visiblemente agitado.

—¿Vicky quién?

—Vicky... Lanier —repite, casi como una plegaria.

—Nunca he oído ese nombre.

—La mujer que vivía con usted —dice.

—Nadie estuvo viviendo conmigo. Nadie llamada Vicky ni nadie más. Soy soltero. Nunca estuve casado. Cielos, ni siquiera tengo novia.

Solía tener novia. Amo a Vicky Townsend. Le pedí que se casara conmigo una vez. Dijo que no. Se lo pedí una segunda vez. Dijo que no de nuevo. Decidió que era mejor que nos separáramos porque veía que yo quería el combo completo, matrimonio, hijos, y ella no. O, al menos, no conmigo.

Estos últimos meses, por más estresantes que hayan sido mientras planificaba todo esto, al menos disfruté que Vicky se quedara conmigo. Siempre yendo y viniendo a oscuras, usando el garaje del callejón detrás de la casa y entrando al resguardo de la cerca de arbustos. Me hizo feliz pasar tiempo con ella otra vez. Me habría gustado que se quedara para siempre. Pero lo que yo le ofrecía —compromiso, amor, devoción— no era suficiente para ella.

—Estuvo casado durante diez años, señor Dobias. Justo hoy, diez años exactos.

Pobre Gavin. Sigue intentando mantener la cabeza fuera del agua.

Hace diez años ni siquiera conocía a Vicky. La conocí hace tres años en Supervivientes del Suicidio, poco después de que su hermana, Monica, tuviera una sobredosis de oxicodona. Pero sí, Vicky le contó a Christian lo del aniversario de los diez años. Y yo expresí cada detalle en el diario.

—Tuvimos acceso a una solicitud de nulidad de matrimonio —agrega.

—Me suena a otra falsificación, como el diario —digo.

—Vimos un acta de matrimonio.

—Probablemente otra falsificación, agente Crane. ¿Cómo de difícil sería

falsificar un acta de matrimonio? Investígueme si quiere. Fíjese si figuro como casado en el condado de Cook.

—No es necesario que figure en los archivos del condado para estar casado —dice—. No si es un matrimonio que se celebró en el extranjero. —Sus ojos empiezan a ponerse vidriosos. Ira, probablemente.

—¿Un acta de matrimonio extranjera? Mierda, eso sería aún más fácil de falsificar.

Lo fue, de hecho. Solo descargué un documento con los espacios en blanco y edité el PDF. Me llevó alrededor de media hora. Vicky me ayudó. También me ayudó mucho con el diario. Me dio algunos detalles desde la perspectiva de una mujer.

Verás, este es el asunto: si eres un estafador como Christian y una mujer como Vicky aparece con un anillo en el dedo (el anillo de mi madre, por cierto), y dice que está casada con Simon Dobias, ¿por qué diablos Christian creería que está mintiendo? ¿Quién mentiría sobre algo así? Estaba tan ocupado intentando estafarla a ella que no se dio cuenta de que el objetivo siempre fue él.

—Tiene un... fideicomiso —asevera Gavin—. Más de veinte millones de dólares.

—Es verdad —digo, porque lo es.

La primera vez que Gavin encuentra terreno firme y consigue una respuesta que quería. Pero es solo una pequeña parcela de tierra.

—Y dice que su esposa no puede tocar el dinero hasta que haya estado casada con usted durante diez años.

También verdad. Gracias a mi padre. Es lo que nos dio esta idea a Vicky y a mí. Teníamos que agregarle el factor de la urgencia al asesinato de Lauren, así que trabajamos hacia atrás. ¿Cuál sería una buena fecha para cometer un asesinato? Halloween. Bien, digamos que nuestro décimo aniversario es justo después de Halloween.

Y digámosle a Christian justo antes de Halloween, démosle solo unos pocos días para que haga lo suyo y, si quiere el dinero, no tendría más remedio que matar a Lauren.

—Sabe bastante sobre mi fideicomiso —digo—. Es bastante perturbador.

—Hoy es su décimo aniversario —afirma.

—¿Sabe a qué suena? —pregunto sonriendo—. A que alguien estuvo

llevando a cabo una estafa. ¿Alguna vez vio a esta tal “Vicky Lanier” que mencionó? Apuesto a que ni siquiera es su verdadero nombre.

No pude resistirme. Vicky me contó que Gavin estaba detrás de ella. Al parecer, también le dio una buena patada en las costillas.

—¿Qué es lo que me ocultas? —pregunta Gavin, que se levanta y se ubica frente al sillón donde estoy sentado, dominándome con su altura.

—No estoy ocultando nada —respondo—. Le estoy contando todo.

Mi teléfono suena. Gavin también lo oye. Lo cojo de la mesa baja que nos separa y miro la pantalla. Es Jane Burke.

—Perdone, pero tengo otra cita en... Parece que llegarán en unos minutos.

—Tendrá que cancelarla —dice, todavía de pie frente a mí.

—¿Cancelar una cita con la policía de Grace Village? —pregunto.

—La... ¿qué? —Da un paso hacia atrás.

—La policía de Grace Village —repito—. Quieren hablar conmigo sobre el asesinato de Lauren. Debería quedarse. Pueden comparar la información que tienen. Algo así como una cooperación entre agencias, ¿no cree?

Mantengo una expresión inmutable mientras él mueve los pies, inquieto, pensando rápido.

—O puede dejarme una tarjeta y se la entregaré a ellos —agrego—. ¿Tiene una tarjeta, agente Crane?

—Es... Preferiríamos mantener nuestra investigación por vías separadas —dice.

—¿Sí? Lo entiendo. En su caso, sin duda lo entiendo.

—¿Qué quiere decir? —pregunta.

Me levanto y me acerco a la ventana. Miro hacia la calle. Dicen que podría nevar más tarde.

—Significa que Nick estaba claramente superado por la situación —digo—. Y eso significa que tú también, Gavin.

—¿Qué has dicho? —Gira la cabeza—. ¿Cómo me acabas de llamar?

—Gavin Finley —digo—. El tipo que cree que va a conseguir diez millones de dólares de Vicky Lanier. Pero no, Gavin. No vas a ver ni un solo centavo. Ah, ahí están los detectives, deteniéndose justo en la puerta. —Me vuelvo hacia él—. Imagino que quieres usar la puerta trasera, ¿no?

—No sé... Esto no... —Aprieta la mandíbula—. Esto no ha terminado, imbécil.

—Claro que sí. ¿Quieres contarle todo a la policía? Adelante. Nunca van a

poder culparme de nada. Ni a mí ni a esta “Vicky” fantasma, que, por Dios, te apuesto que estaba usando un nombre falso. ¿Diarios, actas de matrimonio y solicitudes de divorcio? Nada de eso existe. Ya no. Pero creo que la policía estará bastante interesada en escuchar lo que tienes que decir, ya que sabes tanto. Te van a mirar con lupa, Gavin. ¿Te entusiasma? ¿Que la policía revise todas esas pequeñas estafas financieras que llevas a cabo? No lo creo. Decidiste arriesgarte con Vicky y conmigo, pero te salió mal. Y considérate afortunado si no empeora. No tienes idea de los planes de contingencia que tengo en mente.

—Voy a... matarte, hijo de puta, si llegas a decir algo sobre mí. —Me muestra la pistola que lleva en la cintura, en caso de que no sepa que las pistolas pueden matar a las personas.

—Se están bajando del coche, Gavin.

—Ni una palabra sobre mí o estás muerto.

—¿Crees que no lo sé? No les voy a contar nada sobre ti. No me serviría. Lo mejor que puedes hacer, Gavin, de ahora en adelante, es hacerte el tonto. Si fuera tú, diría que no sabía nada de la vida social de tu amiguito Nick, ni que salía con una mujer casada, ni que se enamoró de ella y que ella le rompió el corazón. Digamos que no hablaba mucho. Aunque podrías ayudarlos con la hipótesis del suicidio. Christian estaba deprimido, tenía muchos cambios de humor, a veces era un poco dramático. Ya sabes..., ese tipo de cosas ayudarían. Depende de ti. Eres inteligente.

Me apunta con un dedo, pero ya no tiene la amenaza para respaldar ese gesto.

—Están acercándose, Gavin. Si fuera tú, me iría enseguida. Por la cocina.

Gavin se marcha a toda prisa. Abre la puerta trasera y desaparece. Al menos podría haber cerrado la puerta.

CAPÍTULO 94

Simon

—JANE BURKE. GUAU. ME ALEGRO de verte —digo. Se ve exactamente igual que en el bachillerato: cabello rizado y enmarañado hasta los hombros, un rostro pequeño y redondo, una nariz chata, unas mejillas un poco rosadas. Siempre me gustó. No la conocía bien, pero era de esas personas que le caen bien a todo el mundo.

Nos sentamos en la misma sala donde hablé con Gavin.

—Bonita casa —dice—. ¿Vives solo?

—Solo yo.

—Nunca te casaste, ¿eh?

—No, nunca me casé —respondo, dándome palmadas en las rodillas.

—¿No convives con tu novia? —pregunta—. ¿O tienes novia, aunque no vivas con ella?

—No, no estoy saliendo con nadie.

Asiente, como si fuera solo una conversación trivial. Pero no lo es.

—Bueno, empecemos —dice, aunque ya hemos empezado—. ¿Sabes por qué estamos aquí?

No puedo evitar sonreír.

—Jane, ¿has visto que cuando un oficial te detiene mientras conduces lo primero que te pregunta es “¿Sabe por qué lo detuve?”? Siempre odié eso. Siempre me pareció una violación de la advertencia Miranda, de que te lean tus derechos. Debería serlo si vamos al caso. No eres libre de irte y la pregunta está diseñada para que te inculpes.

—Siempre fuiste inteligente, Simon —comenta—. Siéntete libre de echarnos cuando quieras, por supuesto. Pero, si lo prefieres, puedo leerte tus derechos.

—Está bien. —Me reclino en el sillón—. Supongo que estáis aquí para hacerme algunas preguntas sobre Lauren Lemoyne. Leí sobre su muerte.

Esto es lo que pienso: si me hago el tonto, si me comporto como si no

tuviera idea de nada, entonces, tendría que armar toda una escena mostrándome sorprendido cuando me diga que Lauren está muerta, y no soy tan buen actor. Soy un excelente director, claro, pero actor no.

—¿Sí? ¿Dónde lo leíste?

—En el *Tribune*.

—¿Y cuál fue tu reacción?

—Se podría decir que no lloré hasta quedarme dormido. Lauren y yo no compartimos una historia muy amigable. Estoy seguro de que ya lo sabéis, o no estaríais aquí.

No dice nada, solo me sostiene la mirada.

—¿Cómo murió? —pregunto—. El periódico decía que había sido en circunstancias sospechosas.

—No puedo compartir los detalles. ¿Cuándo supiste que Lauren había vuelto a la ciudad?

—Me pareció verla una vez la primavera pasada —respondo—. Abril, mayo, por esos meses.

—¿Dónde?

—En Michigan Avenue, en el centro. Pasó caminando delante de mí. Se parecía a ella, pero son casi veinte años.

—¿Hablasteis?

—No. Solo la vi. La miré una segunda vez, solamente para estar seguro. Cuando no ves a alguien durante casi dos décadas, es fácil confundirse. Pero se parecía mucho.

—Entonces, ¿qué hiciste?

Bueno, varias cosas: (1) fui corriendo a contárselo a Vicky; (2) empecé a planear con ella cómo matar a Lauren; (3) llegamos a la conclusión de que, si ella iba a hacerse pasar por mi “esposa” frente a Nick, él la vigilaría, así que tendría que fingir vivir conmigo, y (4) levanté una cerca para que pudiera entrar y salir por la puerta trasera sin que nadie la viera.

¿Te refieres a ese tipo de cosas, Jane?

—Bueno, más tarde ese día, después de verla, la busqué en Facebook —respondo—. Y la encontré. Decía que estaba viviendo en Grace Village.

Si las cosas se complicaran demasiado, podrían revisar mi ordenador del trabajo y, en caso de que un equipo forense lo analice a fondo, van a confirmar que la busqué. Es mejor que yo comparta esa información voluntariamente.

Fue un error buscarla en mayo. Pero cuando la vi, estaba tan sorprendido que

no podía creerlo. No estaba pensando en matarla. Eso vino después, tras algunas conversaciones con Vicky.

—Entonces, ¿te comunicaste con ella?

Inclino la cabeza.

—¿Qué? ¿Con Lauren?

—Sí, te...

—No, no me “comuniqué con ella”. ¿Por qué lo haría? Es la última persona con la que habría querido hablar.

No tengo por qué ocultar mi hostilidad hacia Lauren. Una persona inocente tampoco lo haría, en ninguna circunstancia.

Y técnicamente mi respuesta es verdad. No me comuniqué con ella y es la última persona con la que habría querido hablar.

—¿Todavía eres miembro del club de campo de Grace Village?

—Sí, por herencia.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste ahí?

—Hace años —respondo—. Muchos muchos años.

—¿Volviste después de que Lauren se asociara?

—No sabía que Lauren era miembro —digo—. Y no sé desde hace cuánto estaba en la ciudad.

Buen intento, Jane.

—Sus amigas nos dijeron que iba al club casi todos los días —comenta—. Tenis, golf, almuerzos.

—Me alegro por ella —digo.

—¿No hablaste con ella desde que regresó a Grace Village?

—No, para nada.

—¿Estuviste dentro de su casa?

Río.

—Jane, vamos.

—¿Es un “no”, Simon?

—Es un “no”.

—Entonces, ¿solo dejaste pasar el hecho de que ella volviera? Esta mujer le robó todo el dinero a tu familia y básicamente provocó la muerte de tu madre.

—Sí, soy bien consciente de lo que hizo Lauren, créeme. No es algo que me guste recordar.

Levanta las manos.

—Tienes razón. Lo siento. Es solo que debo prestarle atención hasta al

último detalle, ¿lo entiendes?

—Entonces, préstale atención hasta al último detalle y terminemos con esto.

—De acuerdo. Lo haré. Solo para que me quede claro... —Junta las manos y las inclina hacia mí—. ¿Nunca pusiste un pie dentro de la casa de Lauren Betancourt?

—Correcto. —Mis manos están firmes. Mis rodillas están firmes. Mis pies están firmes. No tengo los brazos cruzados.

—Entonces, no deberíamos encontrar tus huellas dentro de la casa.

—No se me ocurre cómo podrían encontrar mis huellas allí. —También verdad. Usé guantes todo el tiempo cuando estuve en la casa. Al igual que Christian, asumo, al menos por lo que vi—. Pero sentíos libres de buscarlas. Si necesitáis una muestra de mis huellas, estoy dispuesto a dárosla.

—No es necesario.

—No es ninguna molestia. En serio. Si lo necesitáis, también una prueba de ADN. El combo completo. Podemos ir a la comisaría ahora mismo...

—Ya tenemos tus huellas, Simon. Y tu ADN.

Su compañero, Andy Tate, levanta la vista de las notas que está escribiendo, como si le sorprendiera que Jane acabara de revelarme eso.

—Ah... Ah, está bien —Me reclino hacia atrás—. El departamento de policía de San Luis, ¿verdad? Por supuesto, lo entiendo. Bueno, supongo que creéis que ya lo tenéis todo resuelto, entonces. Yo maté a mi padre y luego, años más tarde, maté a Lauren. “La venganza es un plato que se sirve frío”. ¿Esa es la idea?

—Asumo que no llamaste a tu terapeuta la mañana siguiente a Halloween, Simon —dice ella.

Junto las manos, como si aplaudiera despacio.

—¿De verdad creéis que fui yo? —pregunto—. ¿Creéis que maté a Lauren?

—Creo que eres un tipo muy inteligente que se toma su tiempo antes de hacer algo —responde.

—Por alguna razón, no creo que eso sea un cumplido.

¿Cómo de lejos han llegado? Hoy es jueves. Tercer día de investigación. ¿Ya encontraron el cuerpo de Nick?

—¿Conoces a alguien llamado Christian Newsome? —pregunta.

Ahí está la respuesta a *esa* pregunta.

—No.

—¿Y a Nick Caracci?

—No.

—¿Puedo preguntarte qué número calzas, Simon?

—¿Qué número... calzo? —Lo mejor que puedo hacer es mostrarme sorprendido por esa pregunta—. Ah, bueno... un cuarenta y dos y medio o cuarenta y tres.

¡No cuarenta y cinco!

—¿Pasas mucho tiempo en la zona de Bucktown y Wicker Park? —pregunta.

—Ya no tanto. Pero suelo correr por toda la ciudad. Y, sin duda, a veces corro por esa zona. Voy alternando.

—¿Estuviste por ahí recientemente? Por la zona de Milwaukee, Damen y North. Más o menos por esa zona. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste ahí?

—No... no recuerdo.

—¿La última semana? Supongo que te acuerdas.

—No recuerdo haber estado por ahí esta última semana —respondo—. Es posible. Si hubiera sabido que sería importante, lo habría anotado en un cuaderno o algo así.

(Me gusta divertirme, aunque sea un chiste solo para mí).

—¿Corres mucho, Jane?

—¿Yo? ¿Ahora? No. El único ejercicio que hago es pensar.

Sonrío.

—Entonces, debes de estar haciendo bastante ejercicio en este momento.

Inclina la cabeza un poco.

—*Touché*. Pero, Simon, en Wicker Park... Mencionaste que corres por ahí. ¿No te detienes por la zona? No sé, ¿a pasar el rato? ¿Beber una cerveza? ¿Nada por el estilo?

—Corro por ahí, pero no me detengo a beber una cerveza.

—Pero ¿te detienes en algún momento? —pregunta—. No sé, digamos, ¿cerca de North y Winchester? ¿O quizá Wabansia y Winchester?

—No conozco Winchester —digo—. Conozco North Avenue. Y sé que Wabansia queda por ahí cerca.

—¿No conoces Winchester?

—No. ¿Es una calle lateral?

—¿Nunca te detuviste cerca de Winchester, entre Wabansia y North, y enviaste mensajes desde un teléfono desechable?

—Guau —digo—. Eso es muy específico. Parece que tenéis toda una hipótesis armada. ¿Cuál es?

—Es solo una pregunta, Simon.

—Claro que no. Quieres que sepa que tenéis una hipótesis. Bueno, vamos, escuchémosla. ¿Qué hice yo como la mente criminal maestra que soy? —Me inclino hacia delante en el sillón, hacia ella—. ¿Adulteré mi propio Gatorade?

Espera.

—Os juntáis con esos policías de San Luis —agrego— y, tarde o temprano, me vais a acusar de secuestrar al bebé Lindbergh. ¿También asesiné a JFK y culpé a Lee Harvey Oswald?

Parece que ya dejamos atrás la farsa. No puedo saber todo lo que ella sabe, pero, si llegó tan lejos como Nick, tiene una hipótesis bastante sólida del caso que me deja fuera de sospecha. Presiento que encontraron la mitad del juego de aseo personal de Nick en la casa de Lauren y las otras piezas en su casa. Y sé que ya revisaron el historial de localización de los teléfonos, lo que explica las preguntas sobre los mensajes desde un teléfono desechable cerca de Winchester, donde vivía Nick. Las pruebas apuntan en la dirección opuesta a mí.

Y, aun así, Jane está segura de que tiene al culpable frente a sus ojos. Siempre me pareció una chica inteligente.

—¿Alguna vez estuviste en el apartamento de Lauren en Michigan Avenue?

—No.

—¿En la esquina de Superior y Michigan?

—No fui a su apartamento —digo. Es bastante cierto. Nunca entré a su apartamento.

—Me imagino que sabes que hay cámaras en todo el edificio.

Lo sé. Y fui una vez, solo al vestíbulo, cuando la vi por primera vez en mayo. Una estupidez, pero lo hice. No se lo mencioné a Jane, pero sí le dije que la vi en Michigan Avenue, así que, si las cámaras del edificio guardan material hasta mayo y me ve de pie en el vestíbulo durante cinco segundos, solo diré que no contradice mi versión.

—Nunca fui al apartamento de Lauren —repito.

Sonríe.

—¿Y estás seguro de que nunca entraste a su casa de Grace Village? ¿En Lathrow?

—No estuve en su casa. Creí que eso había quedado claro.

—¿Y la noche de Halloween? —pregunta—. ¿Dónde estabas?

—Aquí mismo. Repartiendo dulces.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta... que terminó —digo—. De hecho, se me acabaron los dulces. Siempre es un dilema, ¿no? ¿Cuántos comprar? Si compras pocos, se te acaban enseguida. Si compras muchos, quedan juntando polvo en la despensa todo el invierno y terminas comiéndotelos. Es un verdadero dilema.

Practiqué esa línea. Estuve ensayando para esta conversación desde Halloween. Me gusta el tono, con esa cuota justa de sarcasmo. Pero al decirla ahora, en estas circunstancias, a medida que la temperatura desciende en la sala, suena forzada.

Puedo terminar con esto cuando quiera. Puedo terminar esta conversación y pedir un abogado. Solo necesito saber todo lo que saben. Necesito saber si están cerca de Vicky.

—¿Estabas solo? —pregunta Jane—. ¿O tu novia estaba aquí?

Sí, todavía sigue pescando.

—Estaba solo —digo—. No tengo novia.

—O novio —dice ella—. No quiero entrometerme en tu vida privada, pero sabes a lo que me refiero. Una persona especial.

—No tengo a nadie así en mi vida. Estuve aquí toda la noche de Halloween —repito, intentando mantener la voz firme—. Estaba viendo Netflix. Puedo probarlo con mi teléfono.

Jane asiente, como si le pareciera una gran idea.

—No esperaré menos de ti, Simon. Estoy segura de que incluso puedes decirme exactamente qué estabas viendo y contarme la trama.

—*House of Cards* —respondo sin entusiasmo.

Andy le toca el brazo a Jane.

—Me encanta esa serie. Es sobre un tipo que manipula a todos a su alrededor para que hagan lo que él quiere. También mata a algunas personas.

—¿Sabes qué es lo que me gusta de ver series en el teléfono? —le pregunta Jane a Andy—. Presionas Reproducir y, cuando el episodio termina, el siguiente empieza solo. Podrías dejar el teléfono ahí toda la noche, sin tocarlo, y se reproduciría uno tras otro, como si estuvieras haciendo una maratón de una serie. Y el teléfono, claro, estaría conectándose a la torre de telefonía más cercana todo el tiempo.

—Claro, y si te interesa todo el tema del historial de datos de localización por antenas —dice Andy—, como si fueras un profesor de Derecho especializado en la Cuarta Enmienda y supieras todo sobre ese tipo de rastreo, sería una excelente coartada. Y parecería que estuviste en tu casa toda la noche.

Jane asiente.

—Exacto. Pero, al final, ¿qué prueba eso? Nos muestra que el *teléfono* estuvo en casa toda la noche. No nos dice nada sobre tu ubicación. —Me mira—. ¿No es cierto, Simon?

—Vaya hipótesis que tenéis —digo—. Mi teléfono estuvo en mi casa toda la noche y, por lo tanto, yo no estuve en mi casa. Vais a llegar muy lejos si seguís así.

—Ah —dice Jane, agitando la mano—. Solo un obstáculo. Tenemos que seguir trabajando. Bueno, sargento Tate, creo que ya terminamos aquí, ¿no?

—Sí, diría que sí —responde él—. Solo nos queda hablar con una persona más.

—Perfecto —dice Jane—. Vayamos a hablar con Vicky.

CAPÍTULO 95

Simon

—¿QUÉ? —LA PALABRA SE ME escapa antes de poder pensarlo. Vicky. Tienen el nombre de Vicky. Una cosa era que lo tuviera Gavin, pero otra completamente distinta es que la policía lo tenga.

¿Cómo es posible?

Jane Burke hace como si fuera a levantarse del sofá, lista para irse, pero obviamente es solo eso, una escena, un poco de teatro, porque se vuelve a sentar.

—Vicky —repite—. Vicky Lanier.

Tienen su nombre completo.

Me encojo de hombros, pero estoy seguro de que me estoy poniendo pálido, si es que no lo estoy ya.

—No la conozco.

—Eso creíamos —dice—. No conoces a Nick Caracci, no conoces a Christian Newsome, así que estoy segura de que tampoco conoces a Vicky Lanier.

¿Cómo? ¿Cómo consiguieron su nombre? ¿Por la “solicitud de nulidad de matrimonio” falsa que escribí para que Vicky le mostrara a Christian? ¿Por una entrada falsa en mi diario? ¿Christian les tomó foto a esas cosas? Vicky estaba segura de que no lo había hecho... pero quizá se le pasó algo por alto...

—¿Ocurre algo, Simon? —pregunta Jane—. Pareces un poco... inquieto. Molesto.

—¿Estás molesto, Simon? —pregunta Andy Tate.

—No, es solo que... tengo curiosidad, supongo. Me lanzáis todos estos nombres sin decirme nada más.

—Es verdad —admite Jane dándose una palmada en las rodillas—. Bueno, no creo que haga daño ponerte al día con algunas cosas.

Me acomodo para parecer relajado, aunque no lo estoy en absoluto.

—Nick es un tipo muy atractivo —dice Jane—. Y exitoso. Una especie de inversor financiero. Tiene una relación con Vicky. Sabemos que tenían sexo en la oficina de Nick en el centro. Una tarde, mandaron a la recepcionista a su casa más temprano y, antes de que se fuera, empezó a oír unos sonidos bastante interesantes dentro de la oficina.

—Vale —digo, asintiendo—. ¿Y qué hay de esta tal Vicky?

—Vicky quiere ver muerta a Lauren Betancourt —dice Jane.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno... —dice Jane, levantando los hombros—. Una de dos posibilidades. No sé cuál. Una es que Nick también empezó a salir con Lauren. Engañó a Vicky. Así que ella mató a Lauren, engañó a Nick para que pareciera el culpable y luego lo mató. Hizo que pareciera un suicidio impulsado por remordimiento.

—Bastante extremo —digo.

—Suena bastante extremo, ¿no, Simon? —pregunta con un tono que roza la burla—. Por eso no soy muy fan de esa hipótesis. Me gusta más mi otra hipótesis.

—¿Sí? ¿Cuál es, Jane?

—Que Vicky trabajó con alguien más que quería que Lauren muriera —responde, mirándome directo a los ojos—. Quizá, por ejemplo, con alguien que cree que Lauren destruyó a su familia y provocó la muerte de su madre. Alguien así, Simon.

—Guau. —Meneo la cabeza—. Tienes una imaginación envidiable.

—No tanto. Solo sigo los hechos.

—Ah, tienes hechos. —Mi turno de burlarme.

—Bastante buenos, por cierto. En primer lugar, Nick fue asesinado. No se suicidó. La escena fue alterada para que pareciera un suicidio, pero fue un homicidio.

¿Lo sabe o solo lo sospecha? ¿En qué la cagó Vicky? Yo mismo vi la escena después. Me pareció bastante buena. Pero ¿qué sé yo de escenas del crimen?

Tenía drogas y alcohol en sangre, una nota suicida en el teléfono, un disparo debajo de la barbilla... ¿Nada de eso fue suficiente? ¿Encontraron algo que les indicó que Nick no se mató?

¿O está engañándome? ¿Está intentando provocarme?

—Creo que, de una manera u otra, Vicky y su cómplice usaron a Nick

Caracci para matar a Lauren —explica—. No tengo claro cómo lo hicieron. Pero tenían que matarlo después para no dejar ningún cabo suelto.

—A Nick lo engañaron... eso es lo que dices.

—Es lo que digo.

—Parece algo salido de una película.

—Tú pusiste el teléfono rosa en la escena del crimen, Simon.

Guau, qué directa. Se cansó del papel de policía buena.

—Yo... ¿Qué? ¿Ahora qué hice?

—Pusiste ese teléfono.

—¿Qué teléfono, Jane?

Esboza una enorme sonrisa.

—El teléfono rosa. Es obvio que fue puesto allí con mucho cuidado y luego movido más de una vez con precisión para que no lo encontráramos enseguida, pero para que técnicamente pareciera escondido. Las manchas de sangre lo muestran con bastante claridad.

—No te sigo —digo, aunque sí, y estoy maldiciendo por haber sido demasiado cuidadoso con ese maldito teléfono. Tendría que haberlo empujado con más fuerza desde el principio para asegurarme de que terminara debajo de la mesa o debería haberlo dejado donde estaba, pero no lo hice. Lo empujé una segunda vez y, básicamente, confesé lo que estaba haciendo.

—Si Nick fue el asesino, jamás habría movido el teléfono con tanto cuidado. Se lo habría llevado. Pero, en cambio, lo encontramos en la escena.

Demasiado. Estoy sobrecargado. No puedo decidir qué es lo que se supone que sé y lo que no. Tengo miedo de hablar. La cagué y terminé poniendo a Vicky en la mira, de eso estoy seguro.

Y creí que yo podía engañarlos a todos con un poco de planificación y meticulosidad.

Andy agita la mano en mi dirección.

—Como sea, obviamente no tienes nada de qué preocuparte, Simon, ya que no conoces a ninguna de estas personas. No tienes ninguna razón para preocuparte por Vicky Lanier. Porque no la conoces. ¿Verdad, Simon?

—¿Estás absolutamente seguro de que no conoces a Vicky Lanier? —pregunta Jane.

—Yo... no reconozco ese nombre.

Esboza una media sonrisa.

—Está bien, Simon —dice—. Estaremos en contacto.

CAPÍTULO 96

Jane

JANE Y ANDY NO INTERCAMBIAN palabra hasta que están en la patrulla y se alejan de la casa de Simon. Andy está al volante.

—Entonces, ¿qué piensas? —pregunta ella—. Viste la cara que puso cuando mencionamos a Vicky. Solo estaba intentando hacerlo enfadar.

—Y funcionó —dijo Andy—. Esa es tu hipótesis, ¿verdad? ¿Que ella es la que ayudó a Simon a hacer esto? ¿La otra persona detrás de los mensajes?

—Alguien lo ayudó, Andy. Y se encendió como un petardo cuando la mencionamos.

—Entonces, la recepcionista, esta tal Emily Fielding, dice que esta mujer llamada Vicky Lanier y Nick lo hacían en su oficina —dice Andy—. Y esa fue la última vez que vio a Vicky. Entonces, digamos que coquetean y se acuestan. ¿Cómo encaja eso en la historia? Si Simon está detrás de todo esto, si él es el que tira de los hilos, ¿qué papel cumple Vicky Lanier en todo esto? ¿Por qué tenía que acercarse tanto a Nick Caracci? ¿De qué le sirve eso a Simon para cumplir con su objetivo final de matar a Lauren Betancourt?

—Bueno, Nick es el chivo expiatorio, ¿no?

—Sí, según tu hipótesis, pero ¿por qué Vicky tiene que acercarse a él?

—Bueno, para entrar a su apartamento y robarle la mitad de su juego de aseo personal, nada más. Quizá para convencerlo de matar a Lauren. Tal vez Nick fue el autor material. No conozco todos los detalles todavía. —Apunta con el dedo—. Todavía. Pero estás de acuerdo en que estamos encaminados.

—Sí, mierda, no sé, Janey. Quiero decir, es probable que Nick Caracci tuviera algo que ver en todo esto, ¿sí? Un tipo atractivo, rico, o que al menos finge serlo. ¿El hecho de que tenga sexo en su oficina? Ya sabes, nunca me pasaría algo así a mí, pero no sorprende para nada que él tuviera éxito con las mujeres. Podría ser eso y nada más.

Jane mira a Andy. Está pensando de manera práctica, racional. Podría tener

razón. Con todas las pruebas en contra de Nick, Jane no va a poder contener al jefe y al presidente de Grace Village por mucho más tiempo.

—Si solo es eso —dice—, entonces, ¿por qué Simon reaccionó de esa manera cuando mencionamos a Vicky Lanier?

—No, tienes razón. Es verdad. —Se queja—. Este caso me da dolor de estómago.

—¿Por qué?

—Porque teníamos la hipótesis perfecta con lo de Nick Caracci, Jane, por eso.

—Sí, pero ¿qué te dice tu instinto?

Andy gruñe y tamborilea con los dedos en el volante. Entra al aparcamiento de la comisaría de policía, apaga el motor y se vuelve hacia ella.

—Mi instinto me dice que conoce a Vicky Lanier —admite.

—Sin duda.

—Pero no sabemos nada sobre ella. Me refiero a si está implicada en esto con Simon, si fue parte de una especie de plan para involucrar a Nick Caracci en todo esto, sinceramente dudo de que “Vicky Lanier” sea siquiera su verdadero nombre.

—Es probable que no lo sea. El nombre en sí es casi con seguridad un callejón sin salida. De todas maneras, haremos una revisión de antecedentes por si acaso, pero tienes razón; su nombre quizá no sea Vicky Lanier.

—Entonces, no sabemos una mierda.

—No todavía —admite—. Procesaste todas las huellas que se encontraron en la escena del crimen, ¿verdad?

—Sí. Las cargué ayer en el Sistema Automatizado de Identificación de Huellas Dactilares. Si hay alguna coincidencia, nos enteraremos, con suerte, hoy o mañana a más tardar.

—Y Cheronis cargó las huellas del apartamento de Nick Caracci —dice Jane—. Quizá tengamos suerte con alguna huella. El equipo forense puede ser nuestra única salvación en todo esto. Simon puede manipular todo lo que quiera, pero no puede manipular una huella dactilar.

CAPÍTULO 97

Jane

EN UNA SALA DE INTERROGATORIOS, una hora más tarde.

—Muchas gracias por venir, señor Lemoyne —dice Jane—. Espero que haya tenido un buen vuelo.

Albert Lemoyne, de sesenta y nueve años, es un tipo grande y avejentado, con un rostro rubicundo y ancho, y unos ojos hundidos e inyectados de sangre. Miembro del sindicato de camioneros, con manos robustas que lo dejan bien en claro. Tiene sobrepeso y está bastante envejecido, pero Jane puede ver en él a un hombre que, en su día, debió de haberle llamado la atención a más de una mujer. Tiene la piel curtida por el sol; ahora vive en Scottsdale.

—Volé a casa para enterrar a mi hija —dice—, así que no, no fue tan bueno.

—Claro. Fue...

—¿Lo encontraron? ¿Ya saben quién lo hizo?

—Creemos que estamos cerca, señor Lemoyne.

—Mierda, llámame Al, todos me llaman así.

—Bueno. Necesito hacerle algunas preguntas sobre su hija, Al.

—¿No me hiciste suficientes preguntas cuando me llamaste el martes?

—Solo algunas más, señor —dice Jane.

—Sabía que se estaban divorciando —dice él—. No dejaba de asegurarme que estaba bien, que estaría bien. Ella no... no compartía mucho con su padre. Tenía más confianza con su madre.

Su madre, Amy Lemoyne, murió hace cuatro años de cáncer. Desde entonces, Al vive solo en la casa que Lauren les compró en Arizona.

—¿Sabía, Al, si Lauren había empezado otra relación?

Menea la cabeza.

—Pero dudo de que me lo mencionara a menos que fuera algo serio.

—¿Le suena el nombre Christian Newsome?

—No, para nada.

—¿Nick Caracci? ¿Vicky Lanier?

La misma respuesta para cada nombre.

—¿Qué hay de Simon Dobias?

Sus ojos se mueven con cierta brusquedad, como si estuviera incómodo.

—El muchacho —dice—. El hijo. El que la acusó de robar.

—Sí.

—¿Sigue viviendo por aquí?

—¿Por qué lo pregunta?

Cierra un puño y golpea suavemente la mesa.

—Se lo dije. Le dije: “¿Estás segura de que quieres volver al mismo lugar donde viven ellos?”, y me dijo que no sería ningún problema. Quiero decir, cuando se mudó a Chicago, le dije que estaba bien; es un lugar grande. Pero luego conoce a Conrad y se muda a Grace Village, y se lo dije. Le dije: “¿Estás segura, cariño? ¿Estar tan cerca de él?”, pero me respondió que el que le preocupaba era el padre y estaba muerto. No le preocupaba el muchacho.

Jane levanta las manos.

—Necesito desentrañar eso. Cuando Lauren se casó con Conrad y se mudó a Grace Village, hace tres años, ¿estaba preocupado porque iba a vivir muy cerca de Grace Park, donde vivía la familia Dobias?

Asiente.

—Dijo que había mucha gente en estos barrios, así que las probabilidades de cruzárselo eran casi nulas, si es que siquiera vivía allí.

—Se refiere a Simon.

—Sí. El padre... ¿Ted? Se mudó a San Luis después de todo. Y luego creo que murió.

Jane levanta las cejas.

—El padre se mudó a San Luis “después de todo”. ¿Después de qué?

Su mirada se torna más severa, como si lo hubieran insultado.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Por favor, Al, necesito...

—Después de todo lo del dinero. Dijeron que ella le había robado el dinero. Algo que ella no hizo. Ted se lo dio. No digo que fuera algo de lo que mi hija

estuviera orgullosa, eso de salir con un tipo casado, pero solo tenía veinte años y él era mucho mayor. Así que, ¿quién tiene la culpa? ¿Él o ella?

—¿Está diciendo que Ted Dobias le dio el dinero?

—Era uno de esos abogados oportunistas llenos de dinero. Tenía de sobra. — No es verdad, pero parece que eso es lo que Lauren les contó a sus padres en aquel entonces. En la versión que escuchó Al, Ted Dobias sacó unos buenos seis millones de dólares del bolsillo y se los arrojó como si fueran solo monedas, solo una parte de lo que tenía. Pero Al no parece comprender que Lauren desplumó a la familia Dobias, les quitó todo el dinero que tenían en aquel entonces.

Quizás en el fondo sospecha otra cosa y defiende a su hija por instinto. O quizá siempre creyó lo que ella le contó. O quizá dieciocho años fueron suficientes para que se le mezclara la verdad con lo que quería creer. El tiempo y la sangre tienen una manera curiosa de jugar con la verdad.

De cualquier modo, Jane no va a romperle la ilusión ahora, cuando está atravesando un duelo.

—Demonios, tuvo que irse del país para alejarse de él.

—¿A dónde se mudó? —pregunta Jane, aunque ya lo sabe.

—París. Vivió un tiempo en París. Se mudó a otras ciudades, pero siempre se quedó en Europa, ya que era joven y tenía todo ese dinero. Pero París fue su hogar.

—¿Ella...?

—Ella creía que la estaba vigilando. Que la había seguido. Que la espiaba. Ese tipo de cosas.

—¿Quién?

—¿Quién? —pregunta—. Dobias. Ted Dobias. A veces, me decía que sentía que la observaban o la estaban siguiendo. Todavía seguía un poco resentido por lo del dinero.

—Se refiere a Ted Dobias. No a Simon.

—¿El muchacho? No mencionó al muchacho. Solo a Ted. Demonios, ¿cuántos años estuvo en Europa? Todo por ese tipo.

—Nunca regresó, ¿eh?

—No, ella... Bueno, solo una vez. Cuando Amy y yo celebramos treinta y cinco años de casados. Ella organizó una fiesta para todos en el Drake, en el centro. Tomó un vuelo y pasó algunas semanas aquí. Reservó varias habitaciones en el hotel y mi hermano, Joe, y mi hermana, y sus hijos y

algunos amigos del trabajo..., todos pasamos la semana en el Drake. ¿En serio? ¿Fueron como dos semanas?

Jane asiente.

—Entonces, ¿Lauren estuvo en Chicago dos semanas?

—Sí.

—¿Alguna posibilidad de que se cruzara con Simon Dobias en ese entonces?

—No que yo sepa. Estuvo un tiempo en la ciudad. No la estuve vigilando ni nada por el estilo. Pero no mencionó haberlo visto. Ni a él ni a Ted.

—Bien. ¿Y cuándo fue esto, Al? ¿Cuándo ocurrió?

—Cielos... —Levanta la vista hacia el techo, entrecerrando los ojos—. Nuestro aniversario es el 18 de mayo. Nos casamos el 18 de mayo de 1975. Entonces... —Cierra los ojos—. Si mal no recuerdo, el año que vino a la ciudad para la gran fiesta, nuestro aniversario cayó a mitad de semana, así que la celebración fue el fin de semana siguiente en el Drake. Y luego todos se quedaron una semana más, incluso el fin de semana largo por el Día de los Caídos.

—¿Incluso Lauren?

—Sí. Disfrutamos mucho estar con ella durante dos semanas. Pasamos mucho tiempo juntos.

—¿Y usted nunca vio ni oyó nada sobre Simon Dobias en ese entonces?

Se encoge de hombros.

—Nunca lo he visto. De hecho, no lo conozco. Nunca tuve el placer. Nunca hablé con él.

—Bien, bueno...

—¿Crees que el muchacho hizo esto? Si no, no lo mencionarías tanto. ¿Crees que Simon Dobias asesinó a mi hija?

Levanta una mano con calma.

—Tenemos que evaluar todas las posibilidades, señor Lemoyne. Supongo que puede entenderlo.

CAPÍTULO 98

Vicky

CUANDO TERMINO MI PRIMER TURNO y me tomo un descanso antes de empezar el segundo, conduzco hasta mi apartamento en Delavan, un estudio pequeño e insignificante que se encuentra a solo diez minutos del centro de acogida en Elkhorn, Wisconsin. El lugar solo tiene el tamaño suficiente para extender los brazos, pero es mío, y el horno, la nevera y el calefactor funcionan.

No echo de menos conducir casi ciento cincuenta kilómetros para ir y volver de Grace Park, cuando “vivía” con Simon, allá por julio, y tenía que viajar todos los días hasta aquí para trabajar.

Sin embargo, voy a echar de menos la cama cómoda de Simon. Voy a echar de menos esa cocina enorme y el café listo para cuando me levantaba. Voy a echar de menos no tener que pensar dos veces si la nevera o la despensa estaban llenas. Voy a echar de menos ese oasis que creó en la terraza.

También voy a echar de menos a Simon. Su consideración y sus particularidades, su sentido del humor. Más que nada, su manera de mirarme. Desearía que hubiera sido suficiente para mí. Desearía haber podido decirle que sí cuando me propuso matrimonio... las dos veces que lo hizo.

Si alguna vez me caso, será con Simon. Pero nunca lo haré. Nunca voy a atarme a otra persona. Aprendí a vivir sola y supongo que aprendí bastante bien.

Pasamos un gran momento hace tres años, cuando me mudé a Chicago después del suicidio de mi hermana. Yo era un desastre y él no. Me ayudó a recuperar la sobriedad. Me rescató del pozo en el que estaba metida. Desde entonces no volví a consumir drogas ni a vender mi cuerpo. Simon fue el primer hombre que me trató como si valiera algo. Me puso en un pedestal. Pero me daba cuenta de cuánto más quería de mí —hijos, matrimonio—, así que decidí terminar la relación. Esa vida no era para mí. Y no me habría

gustado que nos quedáramos sin hacer lo que queríamos. Me mudé a Wisconsin y empecé a trabajar en el centro de acogida.

Y no volví a hablar con él durante meses.

Hasta mayo, cuando vio a Lauren en Michigan Avenue.

Cuando termino la comida que recalenté en el microondas, conduzco hasta la reserva ecológica de Burlington, a treinta minutos. He estado viniendo aquí tres veces al día: por la mañana, al mediodía y después del trabajo. Camino por el sendero hasta un mirador panorámico a poco menos de un kilómetro, donde hay una placa de madera que cuenta la historia del lago que se ve abajo. Busco detrás de la placa y despego un recipiente adherido con velcro. En su interior, está el teléfono desechable que Simon me dio para toda la diversión post-Halloween.

Lo enciendo y espero a que carguen los mensajes. Primero aparece el que le envié a Simon la noche de Halloween, después de conducir hasta Wisconsin, a este mismo lugar: ***Lunes 31 de octubre, 23.09***

Gavin me vio. Sabe lo de mi nombre. Quiere la mitad del \$\$ el 3/11 o te lo contará todo. También me dio una buena patada en las costillas. ¿Necesitas ayuda?

Y luego las respuestas de Simon de los últimos días, con un mensaje nuevo que envió hoy: ***Martes 1 de noviembre, 12.06***

No, yo me encargo de él. No hay mucho en los periódicos hoy.

Miércoles 2 de noviembre, 11.39

Salió en los periódicos, pero dan pocos detalles. Estoy organizando para hablar con la policía, no te preocupes.

Hoy 16.34

Buenas/malas noticias. Ya me encargué de Gavin. Hablé con la policía, tienen tu nombre completo (¿la recepcionista?), pero siguen confundidos.

Mierda. Tienen el nombre de Vicky Lanier. La policía lo sabe. Sí, debió de ser eso... Tiene que haber sido la recepcionista. Emily, por lo que recuerdo. Es lo único que se me ocurre.

Pero el mensaje dice que “siguen confundidos”, lo que significa que no saben qué hacer con el nombre de Vicky Lanier. Eso espero. Por lo demás, no tienen ningún rastro mío. Ese nombre no los va a llevar a ningún lado.

Y al menos ya se encargó de Gavin. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Qué le hizo? Conociéndolo, es probable que haya hablado con él para que no se metiera.

Dependo de las huellas dactilares. Si dejé alguna huella aislada en algún lugar de la oficina o del apartamento de Nick, estoy acabada. La van a pasar por la base de datos nacional y me van a encontrar en cinco segundos, registrada en el estado de Wisconsin.

Simon me dijo que procesarían las huellas uno o dos días después de encontrar a Lauren, lo que significa que podrían descubrirlo en cualquier momento.

O salgo limpia o estoy condenada.

CAPÍTULO 99

Jane

—¿QUÉ? ¿QUÉ? —GRITA JANE AL teléfono.

—No mates al mensajero —dice Don Cheronis—. Viene de la oficina del comisario; van a su propio ritmo. Les dije que esperaran, pero no les importa lo que yo quiera.

—Bueno, debería importarles un poco.

—La verdad es que no.

—Bueno, ¿te resististe, Don?

—Yo... Jane, tienes que entender...

—Les hiciste caso, ¿verdad?

Suicidio. El médico forense del condado de Cook va a firmar la muerte de Nicholas Caracci como suicidio. Y Cheronis no se resistió porque tampoco está en desacuerdo.

Bonita manera de empezar un viernes.

El jefe Carlyle está sentado, impávido, con las manos entrelazadas, detrás de su escritorio, mientras Jane le informa las últimas novedades.

—Todo esto que me cuentas es interesante —dice—, pero no nos sirve como prueba. No prueba nada. Sigues desestimando las pruebas sólidas que tenemos contra Nick Caracci, básicamente diciendo que es todo un montaje, que es demasiado oportuno, y eso es algo que se podría decir de la mayoría de los crímenes resueltos por las fuerzas del orden en toda la historia del país. Y después te aferras a sospechas que tienes sobre Simon Dobias, pero que ni siquiera pueden ser consideradas una prueba. Solo son suposiciones, posibilidades... ¿qué tal esto?, ¿qué tal aquello? Y ahora me traes a esta tal “Vicky Lanier”, pero no sabes nada sobre ella, salvo que, número uno, se

acostaba Nick en su oficina y, número dos, Simon Dobias reaccionó de manera extraña al escuchar su nombre. Incluso dudas de que “Vicky Lanier” sea su verdadero nombre. Rayos, acaban de desenterrar a una Vicky Lanier en... ¿dónde era?

—Virginia Occidental —responde Jane—. Jefe, entiendo que todavía no tenemos pruebas contundentes. Solo...

—Mucha gente coincide en que sí tenemos pruebas contundentes desde que encontramos el cuerpo de Nick Caracci. El tipo es un estafador que ataca a mujeres ricas, infelices en sus matrimonios. Lauren Betancourt era rica y era infeliz en su matrimonio.

—Jefe, si hubiera estado ayer en esa casa con Simon Dob...

—Jane, ya te he escuchado. Tú y Andy sois buenos policías y algo os hizo saltar las alarmas cuando hablasteis con él. Parece sospechoso. Daba la impresión de estar a la defensiva, como si estuviera ocultando algo. Pero ¿cómo esperabas que reaccionara? Sabe que va a ser sospechoso por la muerte de Lauren. Además, ya lo acusaron de asesinar a su propio padre. Y ya sé que no hubo una sentencia formal, pero sabes a lo que me refiero. Así que sí, es obvio que va a estar a la defensiva y va a ser hostil.

—Fue más que eso.

—Bueno, pero sabes a lo que me refiero. Estamos a punto de resolverlo, Jane. Y no quiero estirarlo demasiado tiempo. Tengo a seis administradores y un presidente del barrio que me llaman o me escriben a cada rato. Y estuviste en la reunión del comité de emergencia. Esto no es Chicago. Este es un vecindario bonito y tranquilo donde la gente se pone muy triste si matan a alguien. No es algo que se suponga que pueda pasar aquí. Por eso viven aquí. Entonces, cuando pasa algo así, necesitan saber que vamos a resolver el caso rápido. Pero, en cambio, lo único que escucho son frases como “son todos unos novatos” y “muchos policías inútiles”. Esta gente cree que estamos desbordados. Uno de los administradores dijo algo sobre traer al FBI...

—Ay, por Dios, solo es viernes por la mañana, maldita sea —dice Jane con brusquedad—. Encontramos el cuerpo el martes por la mañana. ¿Qué le pasa a esta gente?

—Jane, entiendo todo lo que dices, pero creo que tenemos que seguir este rumbo. Con todas las pruebas que hay en contra de Nick Caracci, y ahora incluso con la hipótesis del suicidio confirmada, ¿qué fiscal aprobaría presentar cargos contra Simon Dobias? Un buen abogado defensor, que sin duda puede

pagar, nos va a hacer pedazos. No me digas que estoy equivocado. No podrías condenar a Simon Dobias ni en un millón de años.

Jane junta las manos y respira hondo.

—Al menos esperemos las huellas. Deberíamos tenerlas hoy. Sea quien sea esta tal “Vicky Lanier”, quizás encontremos sus huellas. En la escena del crimen de Nick Caracci, en la de Lauren. Joder, tal vez incluso en la de Ted Dobias.

El jefe se reclina en su silla.

—¿Ahora crees que mató al padre de Simon?

—No me hable como si me hubiera vuelto loca, jefe. Se encontraron huellas no identificadas en la botella de vino que se usó para golpear a Ted Dobias en la cabeza. Y también un vaso con ADN de mujer. Creemos que Simon asesinó a su padre, ¿no? Bueno, quizá tuvo un poco de ayuda. Quizá sea la misma persona que lo ayudó esta vez. Quizá no. Solo esperemos las huellas. Las huellas no mienten. Y si tenemos una coincidencia, entonces, quizá podamos saber quién es esta mujer que se hace llamar “Vicky Lanier”. Y si no, que así sea.

—No hay ninguna razón para no esperar las huellas, jefe —agrega Andy.

—Está bien, esperaremos las huellas —concede el jefe, levantando las manos—. Y cuando las tengáis, venid a verme.

Jane y Andy salen de la oficina.

—No se equivoca, Jane —dice Andy por lo bajo—. Quizá se siente asfixiado por la presión política, pero tiene razón. Nunca vamos a poder presentar cargos contra Simon cuando todas las pruebas apuntan a Nick Caracci.

—Esperemos las malditas huellas —dice ella—. Dame... Espera. —Mira su teléfono—. Brenda Tarkington me acaba de llamar del departamento de policía de San Luis. No he podido cogerlo.

—Llámalas ahora mismo.

—En la sala de reuniones —dice Jane. El teléfono tiembla en su mano como si fuera la llave de su destino.

—Brenda, soy Jane Burke. Tengo a Andy Tate a mi lado.

—Deben de haber procesado las huellas de la escena del crimen —dice la

sargento Tarkington con una voz robótica a través del altavoz—. Recibimos novedades del Sistema Automatizado de Identificación de Huellas Dactilares.

—¿Alguna coincidencia con vuestra escena del crimen?

—Sí, así es, sargento Burke.

Jane golpea la mesa.

—Cuéntame, Brenda, y, por favor, hazme feliz.

CAPÍTULO 100

Vicky

—NO ES VERDAD PARA NADA —dice Mariah.

—Sí que lo es, me acuerdo —responde Macy.

—Claro, seguro, te acuerdas. ¿Qué tenías? ¿Seis años?

—pregunta Mariah, mirándola como si fuera la criatura más tonta del planeta.

—Chicas...

—¡Tenía siete y tú estabas llorando y estabas nerviosa!

—Chicas, por favor —digo—. Las dos estabais nerviosas antes de haceros las perforaciones. Pero fuisteis muy valientes.

Es viernes por la noche en Elm Grove. Queda a menos de una hora en coche desde mi horrible apartamento en Delavan. Con todos los dobles turnos que he estado cubriendo últimamente, me debían unas horas el viernes. Pensé en quedarme en casa, pero Macy quería perforarse las orejas y me pidió que la acompañara.

Tomo Sunflower Drive con el coche de Adam y conduzco hacia la casa.

Entonces, veo un coche, un sedán, aparcado en la entrada del garaje. Aminoro la marcha lo suficiente para ver la matrícula. Tiene el sello del estado, con la mitad del texto en la parte superior del círculo y la otra mitad en la parte inferior: **Departamento de Justicia de Wisconsin**

Oficina del Fiscal General

Sigo conduciendo.

—Mmm, Vicky, ¿esa es nuestra casa?

—Ey, ¿sabéis qué? Había olvidado que vuestro padre tenía una reunión —digo, alejándome de la casa—. ¿Qué os parece si vamos a cenar y después le llevamos algo?

—¿Quieres que le avise? —pregunta Mariah.

—No, no. No hace falta. Tiene una reunión, no lo molestes.

Sujeto el volante con fuerza y cuento hasta cinco.

Podría escapar. Podría hacerlo. Ahora mismo, podría escapar. Rambo podría conseguirme una nueva identidad. Pero tengo a las chicas conmigo.

No va a ser posible.

CAPÍTULO 101

Simon

VIERNES POR LA NOCHE. ESTOY atrapado en mi casa. Esperando, por si aparecen con una orden de registro. Aterrado de hacer algún movimiento en falso. Pensando en Vicky. Esperando un poco más. Asustándome con cada sonido, sobresaltándome con cada sombra. Deambulando por toda la casa sin poder dormir, intentando mantenerme ocupado escribiendo una entrada para el blog sobre una nueva decisión en circunstancias apremiantes de un tribunal de apelaciones de Texas.

La puerta de un coche se cierra cerca. Estoy quieto en mi escritorio, escuchando.

Pisadas frente a mi casa. La luz del porche se enciende con el sensor de movimiento.

El timbre no suena. No llaman a la puerta.

¿Quién está ahí fuera?

Bajo hacia la puerta y la abro. En el umbral está la sargento Jane Burke, sin expresión alguna, con un bolso colgado del hombro.

Abro la mosquitera.

—Un poco tarde para una orden de registro, ¿no?

—No vine a registrar tu casa —dice, pasando junto a mí y entrando al vestíbulo.

—Creo que no te he invitado a pasar, Jane.

—No soy un vampiro.

—No, eres una policía. Una que no tiene derecho a entrar a mi casa sin consentimiento o sin una orden judicial.

Cruza la sala y entra a la sala de estar.

—Simon, puedes tomar la Cuarta Enmienda y metértela por el culo.

Entro a la sala, pero no me siento.

—¿Puedo citar tus palabras?

Se sienta y empieza a hurgar en su bolso.

—Te he traído algo —dice.

Saca una botella de champán y dos copas de plástico rojas, y las deja sobre la mesa baja.

El champán es Laurent-Perrier, Ultra Brut. Nunca entendí qué significa eso. ¿Es diferente a “más o menos brut”? ¿Un poco mejor que “bastante brut”?

—¿Qué estamos celebrando? —pregunto.

Hace una mueca.

—Una botella de champán de esa misma marca con dos copas rojas de plástico, de las más baratas, se encontraron en la escena del crimen de tu padre.

—No me viene a la memoria la marca —digo—, pero sí recuerdo que lo golpearon en la cabeza con...

—Ay, Simon, Simon, Simon. —Suspira—. Dime, ¿qué clase de persona guarda una botella de champán vacía durante años, esperando el momento adecuado para llevar a cabo su venganza?

—No sé, Jane...

—Una botella de champán que tu padre y Lauren compartieron. Seguro que te molestó bastante. Igual que las copas. Las guardaste durante años, Simon, esperando el mejor momento para ir hasta San Luis y golpear a tu padre en la cabeza antes de apuñalarlo.

—¿El mejor momento? —pregunto—. ¿La semana de mis exámenes finales era el “mejor momento” del que hablas?

Agita un dedo frente a mí.

—Tuve una bonita charla con el padre de Lauren, Al Lemoyne —dice—. Lauren volvió una vez mientras vivía en París. Se quedó aquí dos semanas para celebrar los treinta y cinco años de casados de sus padres.

—Qué tierno —comento.

—Sí, qué tierno. Los padres de Lauren se casaron el 18 de mayo de 1975. Así que su trigésimo quinto aniversario fue el 18 de mayo de 2010.

Abro las manos.

—¿Y bien...?

Me clava la mirada.

—Lauren se quedó en Chicago esa semana hasta después del Día de los Caídos. Ese año, el Día de los Caídos cayó el 31 de mayo, Simon. El 31 de mayo de 2010. Sabes lo que significa.

—Creo que no.

—¿Me vas a hacer decirlo a mí?

—Me temo que sí, Jane. No te sigo.

—Sí, claro que me sigues. Tu padre fue asesinado el 27 de mayo de 2010. Lauren estaba en Chicago cuando eso ocurrió.

—Guau —digo.

—Sí, guau. Al menos, podías intentar sonar un poco más sorprendido.

—Ey, Jane, ¿sabes qué deberías hacer?

Inclina la cabeza fingiendo curiosidad.

—¿Qué debería hacer, Simon?

—Deberías buscar las huellas de Lauren. Quiero decir, asumo que excluyeron algunas huellas cuando la encontraron muerta.

—Claro, Simon. Claro que lo hicimos.

—Entonces, deberíais ver si coinciden con las de la botella de champán que se usó para atacar a mi padre.

Jane se levanta del sofá.

—¿Debería hacer eso, Simon? ¿Debería?

—Sí, creo que sí —respondo—. Quiero decir, si yo soy capaz de conducir hasta San Luis y matar a Ted, no veo por qué Lauren no sería capaz de hacer lo mismo. Y ella no tenía ningún examen final por el que preocuparse, ¿no?

—Claro, Simon. Totalmente. De hecho, analizamos sus huellas. Y, sorpresa, sorpresa, la botella de champán tiene las huellas de Lauren.

—Qué... genial. ¡Caso cerrado! ¡El asesinato de San Luis está resuelto!

Le gusta eso. Una sonrisa amarga.

—Todos se preguntaban por qué habrías esperado tanto para matar a tu padre. ¿Por qué habrías esperado a la semana de los exámenes finales para conducir hasta San Luis y matar a tu padre? Pero resulta que no elegiste esa fecha por los exámenes, sino porque Lauren Lemoyne había regresado a los Estados Unidos.

Me encojo de hombros.

—Te aseguro que no sé de qué hablas. ¿Cómo iba a saber que Lauren había regresado?

—Facebook, por supuesto. —Busca una hoja en el bolsillo y me la entrega. Asumo que es una página del perfil de Facebook de Lauren. Bueno, de hecho, lo sé, porque recuerdo haber leído esa publicación del 12 de mayo de 2010: ¡No puedo estar más contenta de volver a Chicago la semana que viene para

celebrar los 35 años de casados de mis padres! ¡Pasaré el Día de los Caídos en el Drake!

Le devuelvo la hoja sin expresión. Jane Burke es una excelente detective. Pero si está aquí, significa que perdió la batalla.

Se me acerca.

—Solo para que lo sepas... Sé la verdad. Sé que tú hiciste todo esto. Tu padre, Lauren y Nick Caracci. Y vas a salir libre de toda esta maldita mierda.

No me mira al pasar junto a mí hacia la puerta.

—Ey, ¿Jane?

Se vuelve.

—Grace Village tiene una excelente detective en la policía —digo.

Me mira sin inmutarse.

—Si viniera de cualquier otra persona sobre la faz de la tierra, lo tomaría como un cumplido —dice.

CAPÍTULO 102

Vicky

NO PUEDO ALARGAR LA CENA por siempre. Las chicas y yo pedimos comida para llevarle a Adam y volvemos a casa. Intenté prestarles atención mientras comíamos —Macy estaba eufórica con sus nuevos pendientes—, pero lo único que puedo hacer es ensayar mis respuestas.

Sin embargo, no hay mucho que ensayar. Negar todo y, si me acorralan, negarme a responder.

“¿Dónde estaba en Halloween, oficial? Bueno, en el apartamento que alquilo en Delavan, Wisconsin, repartiendo dulces”. Dejé el teléfono allí, tal como habíamos planeado. No puse ninguna serie en Netflix como Simon, pero dejé el teléfono ahí. Emitiría señales hacia la torre celular más cercana al menos un par de veces, aunque no hiciera nada más que actualizarse.

“¿Christian Newsome? Nunca he oído de él. ¿Nick Caracci? Tampoco. No me suena”.

“¿Mi coche? Conduzco un Chevy Lumina de 2007 bastante destartado. ¿Quieren revisar si la matrícula aparece en las cámaras de las cabinas de peaje o en los dispositivos de observación policial de Chicago? Adelante, háganlo”. No van a encontrar nada. El coche nunca salió de Wisconsin desde que me mudé a Delavan hace casi un año.

Sí, puede que haya usado un Jeep para ir y venir de Chicago, pero ese vehículo ya hace rato que es historia. Además, no hay manera de que lo conecten conmigo o con Simon.

“¿Simon Dobias? No lo conozco, oficial”. ¿Se refiere al tipo que me escuchó durante horas y horas después de mi primera reunión en Supervivientes del Suicidio, al que me rescató del pozo una semana más tarde, cuando estaba a punto de acompañar a mi hermana, Monica, al mundo de la sobredosis, con cocaína en lugar de oxicodona?

¿Se refiere al tipo que me obligó a entrar en rehabilitación, el mismo que

cubrió todos los gastos y que me estaba esperando cuando salí?

¿Se refiere al tipo que me convenció de darle otra oportunidad a la vida?

No, nunca conocí a ese hombre. Nunca oí hablar de él.

Vuelvo a la casa, consintiendo a las chicas, riéndome de sus chistes, aunque, por dentro, siento un terrible dolor en todo el cuerpo. Pero estoy lista. “No tengo idea de lo que está hablando, oficial”. Mis respuestas serán confiadas, aunque no demasiado perfectas.

Cuando doblo en la calle, veo enseguida que la patrulla ya no está. El alivio me recorre todo el cuerpo. Aparco en el garaje. Las chicas entran corriendo a la casa.

—¡Papi, mira, me he perforado las orejas!

Entro despacio, sintiendo cómo mi pulso se desacelera a medida que la adrenalina se disipa. Las M&M están saltando por toda la casa, subiendo a su habitación y a la oficina de su padre, abriendo la puerta del sótano.

—¿Y papá?

Lo veo fuera, en el patio, con la mirada perdida. Tiene algo en la mano..., ¿un cigarrillo?

—Chicas, llevad la comida a la cocina. Está fuera. Voy a hablar con él un momento. En privado —digo cuando Macy va corriendo hacia la puerta—. Dame un minuto, por favor, ¿vale, Mace?

—Ey.

Adam está en el jardín trasero, de pie junto a una fuente de piedra, vacía en esta época del año. Va poco abrigado para el frío que hace; solo lleva un jersey fino y unos vaqueros. Tiene un cigarrillo encendido en la mano.

—¿Desde cuándo fumas? —pregunto.

—Desde nunca. —Mira el cigarrillo, lo tira al césped y lo pisa—. Monica empezó a fumar para superar su adicción a la oxicodona. Siempre me pareció una estupidez. Pero habría aceptado cualquier cosa con tal de que dejara esas pastillas. Incluso fumé algunas veces con ella. Ahora, de vez en cuando, al pensar en ella, enciendo uno. ¿No es una estupidez?

—Estás pensando en ella —digo.

Me mira y mete las manos en los bolsillos.

—Vinieron de la fiscalía. ¿La gente con la que hice la denuncia después de la sobredosis de Monica? ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

Me sigue mirando y noto que su mandíbula empieza a temblar, mientras los ojos se le llenan de lágrimas.

—Está muerto —dice.

—Eh... ¿quién?

—David.

—¿David?

—David Jenner. ¿El tipo que nos quitó a Monica, que le robó el dinero y la dejó con un envase de pastillas para que sufriera una sobredosis? ¿El traficante atractivo, carismático, glorificado?

Intento sonar sorprendida.

—Claro que lo recuerdo. Intenté borrar ese nombre de mi cabeza.

Suspira.

—Yo también. Además, ni siquiera era su verdadero nombre. Suponíamos que usaba una identidad falsa.

—Cierto.

—Se llamaba Nicholas Caracci —dice Adam—. Se suicidó.

—Se suicidó, ¿eh?

Adam menea la cabeza.

—Parece que intentó hacerle lo mismo a una chica en Chicago. Pero... algo salió mal. No sé.

Apoyo una mano sobre su hombro.

—¿Y cómo te sientes?

—¿Cómo me siento? Quiero que me devuelvan a mi esposa, así me sienten...

Se derrumba, algo que no hace a menudo. Se tapa la cara con las manos y llora, sin contenerse. Le acaricio la espalda y espero que las chicas no estén mirando.

—Las cosas que le dije —balbucea.

—Adam, por favor.

—Cuando se fue. Cuando había tenido una recaída, acostándose con un tipo guapo que le daba las pastillas como si fueran dulces. Le dije que no se acercara a las niñas.

—No tuviste otra opción.

—Le dije que no quería que vieran que su madre era una puta adicta...

Lo abrazo con más fuerza mientras llora desconsoladamente.

—Tenías que proteger a las niñas —susurro—. Intentaste ayudarla y lo habrías hecho. Ella también habría intentado salir. Pero él usó las drogas para arrastrarla al lado oscuro. La convirtió en alguien que no era. No podías dejar que las niñas la vieran así.

Yo también recuerdo esos tiempos. Hablar con Monica todos los días, atender las peticiones urgentes de Adam. Debería haber hecho más. Pero yo también estaba demasiado atrapada en mi propia adicción. Y estaba fuera de mí. Nunca había tenido que aconsejar de ninguna manera a mi hermana mayor, la exitosa.

—La habría apartado de eso —dice con la voz rota.

—Lo sé.

—Después él le robó y desapareció, y ella se quedó casi en la miseria, rodeada de suciedad y desperdicios. La habría traído de vuelta, la habría ayudado a rehabilitarse, y podríamos haber... Sé que podríamos...

—Lo sé, Adam, lo sé. Pero nada de esto fue culpa tuya.

Eso parece ayudar. Adam no tiene a nadie con quien hablar sobre estas cosas, sobre su culpa. No tiene ningún grupo como Supervivientes del Suicidio, ningún terapeuta. Un tipo como Adam nunca aceptaría algo así.

Yo sí tuve a alguien. Yo tuve a Simon. Él me escuchó. Escuchó todo lo que tenía que decir. Me escuchó hablar sobre la hermana que amaba más de lo que creía después de su muerte, y de cuánto amaba a estas dos niñas. No me juzgó cuando le conté por qué me había mudado a Chicago, que había contratado a un investigador privado para encontrar a Nick, y que estaba esperando que regresara a la ciudad para matarlo.

Intentó convencerme de que no lo hiciera. Me dijo que no resolvería nada. Me dijo que ya estaba limpia, estaba sobria, y debía concentrarme en empezar una nueva vida y pasar tiempo con las niñas. Me propuso matrimonio y me habló sobre formar una familia. Pero, incluso cuando lo rechacé, nunca me abandonó. Me dijo que debía dejar ir todo eso y salir adelante, que eso era lo que él había hecho con Lauren. Que él la había dejado atrás. Y yo debía hacer lo mismo con Nick.

Pero no me juzgó cuando le dije que no podía hacerlo, que no podía dejar ir a Nick. Me ayudó a hacer las maletas y mudarme a Delavan, a alejarme tanto

como fuera posible de Chicago, para que nadie pudiera vincularme con Nick ni con Chicago cuando lo matara.

Y estaba lista para hacerlo. Estaba esperando que llegara el verano y, entonces, volvería a Chicago, según mi plan original, me encontraría con Nick en un bar, esperaría que me llevara a su casa. Y si eso fallaba, buscaría otra manera.

Pero entonces Simon vio a Lauren en mayo y mi pequeño plan de degollar a ese monstruo se transformó en algo mucho más elaborado. Un plan para que ambos pudiéramos encontrar algo de paz.

¿La encontramos? ¿La encontré?

—Adam —digo con suavidad—. Macy tiene muchas ganas de enseñarte sus nuevos pendientes. Todavía tienes dos hijas hermosas.

—Lo sé, lo sé —repite, secándose las lágrimas y recuperando la compostura. Respira hondo y me mira—. Está bien. Es que todo vino de golpe... Estoy bien. Lo siento.

—No tienes que disculparte.

—¿Quieres saber algo? —pregunta—. Y que conste que esto no se lo contaría a nadie.

—Dime.

Respira hondo una vez más y me mira.

—Me habría gustado ser yo quien lo matara. En serio.

Entrelazo mi brazo con el suyo. Volvemos a la casa y Macy está esperando dentro junto a la puerta, saltando sin parar.

—Sé lo que se siente —digo.

CAPÍTULO 103

Simon

A LAS DIEZ Y MEDIA de la mañana del lunes siguiente, es hora de hacer mi llamada. No recuerdo si él me iba a llamar o al revés, pero justo me llama en ese momento exacto.

—Dennis —digo.

—Simon, ¿cómo estás?

—Si me fuera mejor, tendrían que arrestarme —respondo.

—Bueno, desearía poder decir lo mismo. Vamos a echarle de menos.

—Te lo agradezco. Y re agradezco todo lo que has hecho por mí, Dennis. En serio.

—Ha sido un placer. Bueno, ¿quieres que repasemos las asignaciones una vez más?

—Por favor.

—Vale —dice—. Cinco millones para la Asociación Estadounidense de Accidentes Cerebrovasculares.

—Sí.

—Cinco millones para la Línea Nacional de Prevención del Suicidio.

—Sí.

—Cinco millones para el Centro Nacional sobre Violencia Doméstica, Traumas y Salud Mental.

—Correcto.

—Otros cinco millones para la Línea Nacional de Jóvenes Fugitivos.

—Sí.

—Bueeeno —dice—. Y sacaste un millón de dólares hace unos meses.

Así es. Eso es para otra cosa.

—Entonces... —continúa—. Quedan aún algunos cientos de miles. Podrías dejarlo con nosotros o podrías invertirlo en un fondo de renta fija.

—Divídelo en partes iguales y súmalos a los cinco millones que estamos

donando a cada uno de los grupos —indico.

—¿No quieres quedarte con un poco para ti, Simon?

No. No quiero ni un centavo de ese dinero.

CAPÍTULO 104

Simon

—GRACIAS, PROFESOR SOUTHERN. PROFESOR DOBIAS, ahora lo escucharemos a usted.

Los miembros de la facultad, unos cien profesores, están sentados en sillones de cuero cómodos, que forman una especie de semicírculo dentro de una de las enormes salas de la universidad; un lugar que, como la mayoría aquí, lleva el nombre de algún benefactor magnánimo.

Me sitúo al frente de la sala; es mi oportunidad para presentar mi proyecto. Llevo traje y corbata.

—Seré breve —digo—. Me gustaría hablar de la razón por la que estoy aquí. No aquí, concursando para obtener la titularidad, sino aquí, y punto. Al principio, creía que sería abogado porque mis padres lo eran. Mi madre, en particular, a quien algunos de ustedes quizá recuerden, me inculcó el amor por el derecho: sus objetivos, su ideal, pero también sus fallos y sus debilidades. La verdad es que era solo un muchacho, un universitario que estaba dando sus primeros pasos en el mundo académico sin saber muy bien qué quería para mi vida.

”Como muchos de ustedes sabrán, mi madre falleció cuando yo acababa de empezar la universidad. Me tomé algunos años para superar su suicidio. Incluso tuvieron que internarme un tiempo. Me culpaba por su muerte. Culpaba a mi padre. Culpaba a muchas personas y muchas situaciones. Hasta que tuve una buena terapeuta que me enseñó a ver las cosas de otra manera. Mejoré y retomé mis estudios.

”Cuando iba a graduarme, literalmente cuando iba a presentarme a mi último examen final en esta misma universidad, mi padre fue asesinado en San Luis, donde vivía en aquel entonces. Y, por más absurdo que me parezca, la policía sospechó de mí. Estábamos distanciados. No hablábamos. Nuestra relación había terminado mal tras el suicidio de mi madre. Y todo eso era

cierto. Pero, tal como les expliqué a ellos, aquello había quedado en el pasado, seis años atrás. Y, como también les expliqué, habría sido imposible que cometiera el crimen mientras estaba en Chicago durante la semana de exámenes finales.

(Bueno, casi imposible).

”Pero nada de eso impidió que la policía sospechara de mí. Registraron mi casa en Chicago, la casa de mi familia. La destrozaron, para ser sincero; la dejaron hecha un desastre. También intentaron averiguar de qué hablaba con mi terapeuta. Interrogaron a mis amigos y compañeros de clase. Invadieron cada aspecto posible de mi vida. Le dieron vuelta por completo.

”Yo sabía que era inocente, claro. Pero bastó la más mínima sospecha para que el Estado me destruyera la vida. Cuando por fin comprendieron que no tenían ninguna prueba en mi contra, cuando entendieron que no podía haber sido yo... ¿lo reconocieron públicamente? No. No limpiaron mi nombre. Solo detonaron una bomba en mi vida y me dejaron recogiendo los pedazos.

”Fue entonces cuando supe que quería ser abogado. Cuando entendí, por experiencia propia, la importancia de nuestras garantías constitucionales. Leemos sobre ellas en los libros, debatimos sobre ellas en clase, pero yo viví en carne propia su importancia. Desde entonces, dediqué mi vida a este campo del conocimiento. Empecé a notar cómo las doctrinas basadas en la Cuarta Enmienda estaban siendo, en mi opinión, erosionadas por los tribunales. Exigí cambios, cambios estructurales en la forma en que entendemos el derecho a la privacidad. Y nunca dejaré de intentarlo. Nunca dejaré de cuestionar, de luchar por eso, de insistir. Nunca dejaré de escribir sobre esto. Nunca dejaré de enseñarlo. Es lo único que quiero hacer.

No ensayé este discurso. No hacía falta. Es lo que pienso, lo que siento. No les conté la verdad sobre lo que hice en San Luis, no podía hacerlo. Esa es la única parte que me molesta. Una mentira salpicada en un discurso, por lo demás, honesto.

Pero elegí vivir con esa mentira. Y ahora, después de lo de Lauren, con dos mentiras. Lo magnífico del derecho es que no trata de individuos particulares, sino de un sistema aplicable a todos. Protege a los culpables para poder proteger a los inocentes. Me protegió a mí, el culpable, de ser procesado dos veces ahora.

—¿Profesor? —Desde una de las filas del fondo, se alza una mano. Es una mujer que no conozco bien, con quien no he intercambiado más que un

saludo en el pasillo. Creo que se llama Amara Rodríguez, pero no estoy cien por cien seguro, así que me dirijo a ella por su cargo.

—Sí, profesora —digo.

—Mencionó San Luis. Y quizás esté al tanto de que estos eventos a los que se refiere salieron a la luz durante la revisión de las candidaturas por parte del consejo de departamento.

Sí, pero solo porque me lo anticipó Anshu.

—Con gusto responderé cualquier pregunta sobre San Luis —digo.

—¿Es cierto que hace solo unas semanas, en noviembre, la policía de San Luis identificó a una sospechosa que creen responsable del asesinato de su padre? ¿Según una nueva prueba forense?

—Sí, es cierto —respondo.

No estoy muy al tanto sobre las dinámicas internas del departamento de policía de San Luis, pero imagino que sus jefes sienten la misma presión para cerrar casos que aquel pequeño vecindario de Grace Village. Quienquiera que estuviera a cargo del caso sin resolver recibió la nueva prueba de las huellas de Lauren en la botella y luego su ADN en la copa, junto con la información de que Lauren había regresado al país por esa época. El caso se cerró como resuelto. Suele ser mucho más fácil cuando la sospechosa está muerta y no es posible llevarla a juicio ni apelar la decisión de ninguna manera.

—No debe de ser muy consolador quedar exonerado después de doce años —dice.

Algo así. Nunca iban a vincularme con lo de San Luis, siempre y cuando no pudieran hablar con mi terapeuta, a quien le conté todo a la mañana siguiente. (Un momento de debilidad que jamás olvidaré ni repetiré).

Pero ¿consuelo? No usaría esa palabra. Ni siquiera diría que estoy feliz con lo que hice. Ni infeliz. Casi cualquier código moral o penal condenaría mis actos. Pero yo, en cambio, preferiría pensar en los códigos de guerra. Mi padre y Lauren nos declararon la guerra a mi madre y a mí. La mataron y yo los maté a ellos. Los soldados no son juzgados por matar a otros soldados. Solo son juzgados por matar inocentes. Lauren y mi padre estaban lejos de ser inocentes. No necesito aprobación, aunque tampoco acepto desaprobación por lo que hice.

¿Sabía que la policía de Grace Village iba a tomar las huellas de Lauren y muestras de su ADN? Sí, siempre lo hacen, aunque solo sea por una cuestión de exclusión, una especie de diferenciación de otras huellas y ADN

encontrados en la escena. ¿Sabía que introducirían esa información en la base de datos del FBI? Por supuesto, es el protocolo estándar. ¿Sabía que encontrarían una coincidencia entre esta nueva información y la base de datos de la botella de champán y la copa de plástico que encontraron en la escena del crimen de mi padre? Eso esperaba. No podía estar seguro de que sus huellas o ADN estuvieran en esa botella o esas copas. Pero soñar no cuesta nada.

¿Y planifiqué todo para que la policía de San Luis pudiera cerrar el caso solo semanas antes de presentarme ante el consejo de departamento y responder sus preguntas?

Bueno, digamos que terminó saliendo bien.

—Me alegra poder dejar atrás todo eso —digo, mirando fijamente al vicedecano Comstock.

CAPÍTULO 105

Simon

LA RESERVA NATURAL EN LAS afueras de Burlington, Wisconsin, donde Vicky escondió su teléfono para comunicarse conmigo después de Halloween, parece un lugar tan bueno como cualquier otro para encontrarnos. Llego pronto; tenía el trayecto más largo y no quería retrasarme. Me cuesta quitarme de encima la costumbre de pactar horarios exactos con Vicky, algo que fue tan crucial durante el verano y el otoño.

Asumo que ya no es tan necesario ser tan cuidadosos. El día que Jane Burke vino a verme con las novedades sobre las huellas de Lauren en la botella de champán, el departamento de policía de Grace Village anunció que había resuelto el asesinato de Lauren Betancourt. Nicholas Caracci, también conocido como Christian Newsome, la mató en un ataque de celos después de que ella lo rechazara y luego se quitó la vida por remordimiento. Vi la rueda de prensa: ahí estaba Jane Burke junto al jefe, tan feliz como alguien con hemorroides.

A través de la ligera nevada, Vicky avanza por el sendero con un abrigo largo de lana y un sombrero a juego.

Me pregunto cómo se acercará: ¿con los brazos extendidos para darme un abrazo o con las manos en los bolsillos, manteniendo la distancia? No es ningún secreto que nunca sentimos lo mismo en nuestra relación; yo quería mucho más de lo que ella quería. Y eso volvió incómodas algunas situaciones durante los meses de planificación. No fue fácil ejecutar este plan. Fue aterrador y estresante. A veces, dependíamos el uno del otro para encontrar consuelo: un abrazo, un beso en la mejilla, una caricia rápida en la espalda.

Pero había una intimidad innegable en compartir secretos, en saber que éramos nosotros contra el mundo y que no podíamos confiar en nadie más. Solíamos acostarnos en la terraza, en sillas plegables, o en el sofá de la sala, mientras organizábamos todo. Discutíamos los detalles, en mayor medida

sobre si Vicky debía acostarse con Nick, algo insoportable para mí y lo último que ella quería hacer en la vida, pero insistió: “Es su manera de actuar, su estafa; se va a sentir cómodo porque va a creer que le está saliendo bien como siempre”. “¿De qué otra manera vamos a acercarnos lo suficiente para que todo esto funcione?”. “Puedo manejarlo. Sé cómo desconectarme y actuar sin que signifique nada. Tengo años de experiencia en eso”.

A veces, le hacía preguntas para mantenerla atenta: ¿cuál era el segundo nombre de mi madre? ¿Qué día nos casamos? ¿A qué bachillerato fui? Repasábamos el intercambio de mensajes del día siguiente: “Recuerda ser juguetona; todavía sigues en la fase de luna de miel”. “Quizás un poco molesta mañana; todos se molestan a veces, ¿no?”. “Mañana empiezas a mostrar dudas, como si te estuvieras arrepintiendo”. Leíamos el diario que estaba escribiendo y me hacía algunas sugerencias: “No olvides mencionar que soy de Virginia Occidental, pero hazlo como un comentario de pasada”. “Debes parecer más desesperado, ¿te estás enamorando de Lauren y estás casado conmigo!”. “Tienes que mostrar algo de duda, como si todo fuera demasiado bueno para ser real”.

Lo admito: a veces parecía extraño reavivar el coqueteo. Pero siempre percibía en Vicky una cierta precaución, un miedo a animarme, a darme la idea equivocada. Y siempre encontraba la forma de recordarme lo que haría después, por ejemplo, lo mucho que deseaba vivir en Wisconsin con sus sobrinas, como una manera sutil de dejarme en claro que nada iba a cambiar entre nosotros.

No, tenía que repetírmelo una y otra vez. Vicky no se estaba enamorando de mí. Solo estaba siendo cariñosa. Solo le agrado mucho.

Eso, además de que estábamos planificando un doble asesinato juntos.

Cuando se acerca, muestra una enorme sonrisa. Algo en mi interior se rompe. Nunca la había visto así. Y creía que conocía todas sus versiones. La vi amargada y llena de veneno. La vi abatida y desolada. La vi concentrada y determinada, canalizando su ira. Y, sí, por un tiempo, antes de estropearlo todo —al enamorarme perdidamente y proponerle matrimonio, y presionarla—, la vi contenta, lo que creía que era ver a Vicky feliz.

Pero no era el caso. Esta Vicky, hoy, es una Vicky feliz. Su rostro tiene un brillo nuevo, su andar tiene el entusiasmo de una niña. Es la mujer más hermosa que jamás he visto.

Extiendo los brazos y ella se lanza hacia ellos, y nos quedamos abrazados por un buen rato, disfrutando el momento. Cierro los ojos y me pierdo en todo: su

aroma, su tacto, su calidez, y entiendo que es muy probable que sea la última vez que la sostenga así.

—Aaaah, te he echado de menos, amigo —susurra.

No tanto como yo. Pero no lo digo. No voy a hacerlo más difícil para ella.

—Feliz Navidad —digo al separarnos lo suficiente para vernos la cara. Me coge las manos.

—Feliz Navidad —dice—. Santa fue bastante generoso este año. Bastante. Deberías haber visto la cara de Miriam, Simon. Lloraba de la alegría, gritaba. Contó el dinero como diez veces. No dejaba de repetir “¡Un millón de dólares! ¡Un millón de dólares! ¿Quién nos donaría un millón de dólares en efectivo?”. No dije nada, claro, aunque quería hacerlo.

Asiento despacio.

—Mejor mantenerlo anónimo. Solo por si alguien está siguiendo mis movimientos y ve que he donado mucho dinero en efectivo a un centro de acogida de violencia de género al azar en Wisconsin. Podrían terminar dando contigo.

Asiente.

—No creerás que alguien sigue investigándonos, ¿verdad?

—No. Pero siempre fui más paranoico que tú.

—Gracias a Dios que lo eres. —Me mira—. No tenías que hacerlo, ¿sabes? Donar ese dinero.

—Ey, ¿qué voy a hacer con un millón de dólares? Ya tengo calefacción y aire acondicionado.

Pone los ojos en blanco.

—Podrías haberte quedado con un poco del dinero de Ted.

—Y tú podrías haberte quedado con un poco, señorita.

Se lo ofrecí a ella. Todo. Pero dijo que no. Es una de las razones por las que la amo tanto. Fue pobre toda su vida, luchó por cada centavo y vendió su cuerpo para sobrevivir, y aquí había un tipo dispuesto a darle veintiún millones de dólares sin pedirle nada a cambio y los rechaza. Para el centro de acogida, sí, pero no quiso ni un céntimo para ella.

Está reconstruyendo su vida y quiere hacerlo a su manera.

—Ah, hablando de cantidades absurdas de dinero

—dice—. Quería preguntarte... ¿conseguiste la titularidad?

Abre mucho los ojos bien grandes. Me alegra que le importe tanto como para

recordarlo; cuánto lo deseaba para mí, y hasta dónde estaba dispuesta a llegar para conseguírmelo.

—No —respondo—. Eligieron a Reid. Pero me he enterado de que la votación estuvo bastante igualada.

—¡Qué rabia! Lo siento. —Presiona un dedo contra mi pecho y levanta la barbilla—. Deberías haber usado la información que te conseguí, tonto.

Me encojo de hombros.

—La buena noticia es que la policía de San Luis limpió mi nombre. Cerraron el caso. Así que el vicedelano ya no tiene nada en mi contra. Siempre habrá una próxima vez.

Se queda pensando en eso.

—Lo hiciste a tu manera. Como debía ser.

Se hace un silencio entre nosotros y luego empieza a preguntarme sobre mi vida, sobre el trabajo, esa clase de cosas. Y yo hago lo mismo. Me habla de las chicas y, de hecho, su rostro parece iluminarse todavía más cuando habla de ellas.

Pero se nos está acabando el tiempo. Lo percibo. Lo percibo y no hay nada que pueda hacer.

—Creo que ya tienes que volver —digo.

—Sí. Ven conmigo. —Entrelaza su brazo con el mío y caminamos por el sendero hacia el aparcamiento. No puedo evitar sentir un gran nudo en el pecho, y el corazón que late con fuerza, mientras cuento los segundos.

Tengo que decírselo. Tengo que decirle una vez más lo que siento. Tengo que intentarlo una vez más. ¿Qué puedo perder?

—Escucha...

—No somos personas normales, ¿verdad? —dice.

Aminoró el paso y exhaló. Luego pienso en su pregunta y me río.

—Avísame cuando puedas definirme normal.

—Bueno, sabes a lo que me refiero.

—La verdad es que no —digo—. ¿Es normal estafar a alguien, robarle todo su dinero y destrozarle la vida?

—Algunas personas lo dejarían ir. Incluso, aunque no pudieran perdonarlo, lo olvidarían. O simplemente vivirían con eso.

—Nick no solo le robó el dinero a Monica, Vicky. La destruyó. Se aprovechó de su adicción. La alejó de su familia, la mantuvo drogada, le quitó todo y la dejó casi muerta. Tú sabes eso mejor que nadie.

—Lo sé...

—¿Y Lauren? Ella sabía cuál era la situación de mi familia. Si hubiera robado un poco del dinero, no sé, un millón de dólares o algo así, y nos hubiera dejado el resto, todo habría estado bien. Habría sido una mierda, sin duda, pero podríamos haber salido adelante. Pero no. Tuvo que vaciar cada centavo de esa cuenta y llevarse todo lo que teníamos. El dinero que necesitábamos para cuidar a mi madre en casa. Nos dejó en la miseria y nunca miró atrás. Eso me parece bastante lejos de lo normal. Así que no veo por qué mi reacción tenía que serlo.

Me presiona el brazo, ya que siente que estoy empezando a enfadarme. Y sí. Pero a veces tengo que recordarme por qué hice lo que hice.

Me detengo y la miro.

—¿Te arrepientes de algo?

—¿Tú?

—Yo pregunté primero.

—Sí, pero yo soy la chica.

Sí, es verdad.

—Mi terapeuta de aquel entonces me habría dicho que les estuve dando poder a algunas personas que me hicieron daño —digo—. No se equivocaba. De eso sí me arrepiento. Me arrepiento de haberles dado ese poder. Me arrepiento de haber dejado que Lauren y mi padre dominaran mis pensamientos.

—Pero esa no fue mi pregunta.

Exhalo aire frío y queda flotando delante de mí.

—A veces, pensaba que mi padre era en parte el culpable y en parte la víctima. Lauren lo manipuló desde el principio. Nunca se preocupó por él. Así que sentí la tentación de no juzgarlo. Pero... nunca debería haberle abierto la puerta a Lauren. Él la dejó pasar. Y luego tomó la decisión consciente de quedarse con ella. Yo no puedo... no, no puedo perdonarlo por lo que le hizo a mi madre. —La señalo con la cabeza—. Tu turno.

—Sueño mucho con esto —responde.

—¿Pesadillas?

—No sé si las llamaría pesadillas. Monica aparece ahí. Nick también. Es gracioso porque, en la vida real, nunca los vi juntos. Pero en los sueños sí, están juntos, en ese apartamento que compartían, o en algún otro lugar al azar, un aeropuerto, un restaurante. Cosas de los sueños. Pero lo que siempre se repite

es que ella sufre y hace todo lo posible para escapar y yo lo sé. Sé que él se está aprovechando de ella, pero no hago nada. Solo me quedo ahí, mirando.

—Bueno, yo...

—A veces creo que lo que le hice a Nick fue por mí. Una manera de aliviar mi propia culpa. No reviví a Monica, ¿no? No les devolví su madre a esas chicas. ¿Qué sentido tuvo hacer todo eso?

—Bueno, te deshiciste de una persona horrible —digo—. Alguien que les habría hecho lo mismo a otras mujeres.

—Es verdad —admite—. Pero no fue la razón por la que lo hice. Eso es solo una consecuencia.

—Bueno, cielos, Vick, creo que no eres una persona normal, entonces.

No suena con tanta gracia como pretendía.

—Ey. —Le tomo la barbilla con la mano—. Sobreviviste a una infancia de mierda y lograste atravesar un período horrible que habría destruido a cualquier persona. Luchaste contra una adicción y volviste a ponerte de pie, limpia y sobria. Ahora vas a pasar la vida ayudando a personas que están en relaciones abusivas. Y, sea o no la razón por la que lo hiciste, borraste del mapa a un mal tipo. Así que, si lo pones en la balanza, señorita Vicky Townsend, diría que estás bien con el karma. Además, si te sirve de algo, soy un tipo bastante cínico y haces que me tiemblen las piernas. Debes de tener algo especial.

Se queda en silencio y me mira. Luego apoya una mano en mi rostro y me besa en los labios. Es el beso más suave, cálido y sensual que jamás me dieron.

Luego sonrío, se aleja unos pasos y levanta una mano para despedirse.

Intento pensar algo ocurrente para decirle mientras se va, pero el beso me dejó sin palabras. Apenas puedo respirar. Estoy seguro de que voy a tener un infarto después de ese beso.

Se va conduciendo una camioneta, el último vehículo en el que esperaba ver a Vicky Townsend. Pero ahora tiene otra vida, otras prioridades.

Me quedo quieto un buen rato, esperando que la opresión en mi pecho disminuya, conteniendo las emociones, hasta que la hipotermia se vuelve una amenaza real. Finalmente, logro sonreír.

Por cierto, ¿de dónde viene la palabra *ocurrente*?

Creí que significaba “gracioso”, pero resulta que, después de una búsqueda rápida en mi teléfono, encuentro dos definiciones. Uno: “Que ocurre”. Guau, qué útil. Dos: “que tiene ocurrencias”. ¿Nada sobre ser gracioso o sarcástico? Si

estuviera enfadado y dijera “¡Mierda!”, sería algo que ocurre. ¿Calificaría como un comentario ocurrente?

No creo que funcione así. En absoluto. Quizá tenga que agregar la palabra a mi lista. Voy a tener que tomarme el tiempo para pensarlo...

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

Tienes que leer *Mi querida esposa*, un *thriller* vertiginoso en el que su autora, Darby Kane, al igual que David Ellis, juega con tu mente desde la primera página.

Aquí sabemos desde el inicio que el marido de Lila es un monstruo... y que ella lo mató. Sin embargo, el cuerpo no está donde lo dejó, y alguien comienza a chantajearla con revelar la verdad.

Si te atraen las historias de venganza que te mantienen pensando en cómo se resolverá cada giro, te invitamos a adentrarte en *Mi querida esposa* e intentar descifrar el misterio: ¿está él realmente muerto? ¿Quién acosa a Lila... y por qué?

El equipo editorial



Escanear el código QR
para ver más información de *Mi querida esposa*



Foto del autor: Kevin Kuster

David Ellis Es juez y autor de diez *thrillers*. Además, escribió junto a James Patterson ocho libros que se convirtieron en best sellers. Ganador del premio Edgar, sus obras han sido traducidas a más de diez idiomas en todo el mundo. En diciembre de 2014 se convirtió en el juez más joven en integrar la Corte de Apelaciones de Illinois para el Primer Distrito. Vive en las afueras de Chicago junto a su esposa y sus tres hijos.



Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:





MotusThriller

www.motus-thriller.com